

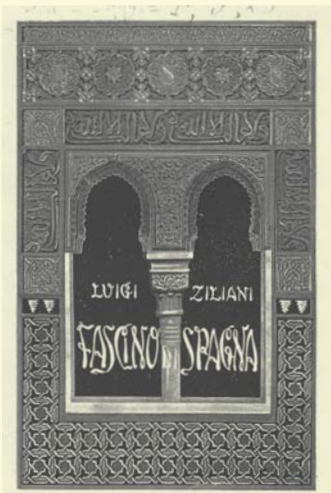


REV

SA

SALAMANCA
REVISTA DE ESTUDIOS

Núm. 56
2008



MONOGRÁFICO

SALAMANCA
EN LA
LITERATURA
ITALIANA

SALAMANCA

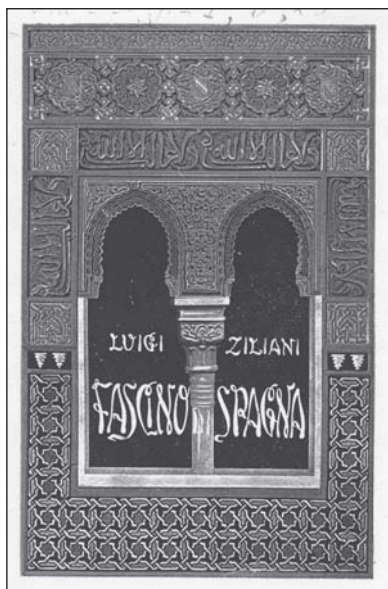
Revista de Estudios

SALAMANCA

REVISTA DE ESTUDIOS

MONOGRÁFICO

SALAMANCA EN LA LITERATURA ITALIANA



Coordinador
VICENTE GONZÁLEZ

Número 56
EDICIONES DE LA DIPUTACIÓN DE SALAMANCA
2008

Motivo de cubierta: Portada de la primera publicación del viaje a España
de Luigi Ziliani *Fascino di Spagna*

© Ediciones de la Diputación de Salamanca y los autores.

Para información, pedidos e intercambios dirigirse a:

Ediciones Diputación de Salamanca
Departamento de Cultura
Felipe Espino, n.º 1, 2.ª planta
37001 SALAMANCA (España)
Teléfono: 923 29 31 00 Ext. 617 - Fax: 923 29 32 56
e-mail: ediciones@lasalina.es
[http: www.lasalina.es](http://www.lasalina.es)

Diseño de Cubierta: M. Morollón

ISSN: 0212-7105

Depósito Legal: S. 102 - 1982

Maquetación: DIFUSIÓN Y PUBLICACIONES

IMPRESIÓN: Imprenta Provincial
Pol. Ind. El Montalvo
Salamanca

SALAMANCA

Revista de Estudios

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director:

Tomás Pérez Delgado

Vocales:

Enrique Battaner Arias
Dolores de la Calle Velasco
Antonio Casaseca Casaseca
José Luis Cascajo Castro
Miguel Domínguez Berrueta
Moisés Egidio Manzano
Ángel Espina Barrio
José María Fraile Sánchez
Eugenio García Zarza
Fernando Gómez Martín
Vicente González Martín
Antonio Heredia Soriano
Ángel Infestas Gil
Miguel Ladero Álvarez
José Luis Marcello y Barriada
Ángel Marcos de Dios
José Paz Bouza
Manuel Pérez Hernández
Agustín T. Sánchez de Vega García
Antonio Sánchez Zamarreño

Secretaría:

Jesús García Cesteros

Adjunta a Secretaría:

Elvira Mata Pérez

SUMARIO

<i>Presentación</i>	11
ESTUDIOS	13
MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: <i>Una Salamanca de cuento en Il Novellino de Masuccio Salernitano</i>	15
CELIA ARAMBURU SÁNCHEZ: <i>Lucio Marineo Sículo</i>	19
MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: <i>Crónica de un historiador de España en Salamanca: el Epistolario de Pedro Mártir De Anglería</i>	31
MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: <i>La Salamanca estudiantil del siglo XVII el Diario de Girolamo Da Sommaia</i>	37
LAUREANO NÚÑEZ GARCÍA: <i>La mirada de un clérigo ilustrado en la Salamanca del siglo XVIII. Norberto Caimo</i>	45
PAULINO MATAS GIL: <i>Benedetto Croce</i>	61
MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: <i>Una mirada diferente: La Salamanca antirromántica en Península pentagonal de Mario Praz</i>	67
MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: <i>Encantos y maravillas de Salamanca: el viaje del salesiano Luigi Ziliani</i>	75
MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: <i>Impresiones de un explorador en Salamanca: Vieja tierra de Iberia de Arnaldo Cipolla</i>	95
YOLANDA ROMANO MARTÍN: <i>El diario de un embajador italiano en Salamanca durante la Guerra Civil. Roberto Cantalupo</i>	105
MERCEDES GONZÁLEZ DE SANDE: <i>El hispanista Mario Puccini en Salamanca</i>	117
YOLANDA ROMANO MARTÍN: <i>La escuela de Salamanca en los Cuentos populares italianos de Italo Calvino</i>	129
VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN: <i>Leonardo Sciascia</i>	135
VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN: <i>La primera y última visita de Alberto Moravia a Salamanca</i>	143
ESTELA GONZÁLEZ DE SANDE: <i>Un enamorado de Salamanca: Raffaele Nigro</i>	149
VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN: <i>Salamanca-Unamuno en una novela de Romana Petri</i>	169
MANUEL HERAS GARCÍA: <i>Escritores italianos y cigüeñas en Salamanca: Paola Mastrocola y Andrea Vitali</i>	181
NORMAS DE ADMISIÓN DE ARTÍCULOS.....	189

PRESENTACIÓN

Surge este libro de una decisión muy meditada del Consejo de Redacción de la Revista de la Diputación de Salamanca, que decidió dedicar un volumen a la presencia de Salamanca en la cultura italiana y puse el encargo esencialmente en manos de los profesores del área de Filología Italiana de la Universidad de Salamanca, por considerar que ellos eran una garantía de seriedad científica y del logro de resultados válidos e interesantes para un amplio público, como es al que esta obra se dirige. Su apertura a un lector en su mayoría no especializado implica que los contenidos y el lenguaje de los diversos apartados, sin perder su rigor, busquen sobre todo la divulgación, dar a conocer de forma diacrónica y lo más completa posible la proyección que Salamanca ha tenido en la cultura italiana de todos los tiempos. Esta cultura y la española han tenido muy largas e intensas relaciones a lo largo de toda la historia por razones políticas y literarias y porque, como señalaba el gran poeta Giacomo Leopardi, la lengua española y la italiana son “gemellissime e sorellissime in tutto”, o, como repetía Miguel de Unamuno, otro enamorado de Italia, la cultura italiana siempre había ejercido un influjo beneficioso sobre la española.

Sin embargo, la tarea de encontrar huellas de la presencia salmantina en Italia no ha sido nada fácil. A priori podría pensarse que la intensidad histórica de las relaciones España-Italia en todos los sentidos y la imagen de la prestigiosa universidad de Salamanca bastarían para encontrar un aluvión de citas y, sobre todo, de viajeros italianos que hipotéticamente hubieran sentido la necesidad o la apetencia de conocer la ciudad y la provincia que albergaba tal institución. Pero los hechos no son exactamente así. Es cierto que puede encontrarse con relativa facilidad una mención al fulgor del estudio salmanticense en la cultura italiana, pero generalmente se queda ahí: en una breve cita y sólo en contadas ocasiones se da el paso para desarrollar un tema con el nombre de Salamanca y todavía en menos se da el paso siguiente que es viajar a Salamanca y describirla.

A lo largo de toda la historia Salamanca ha estado muy condicionada por una evidente dificultad de acceso desde el exterior –a veces podría hablarse de aislamiento– por carecer de buenas vías de comunicación y de medios de transportes asequibles para cualquier viajero. A eso se debe fundamentalmente el que los viajeros extranjeros que visitan España lleguen con dificultad a Salamanca. Siendo

más concretos, llegan muchos a Castilla y León, pero se quedan en Medina del Campo o Valladolid; otros muchos visitan Portugal, pero entran en el país vecino por Extremadura y sólo los que vienen fuertemente motivados por conocer la tierra que alberga a la renombrada Universidad se atreven a llegar a nuestra ciudad.

Por otra parte, sólo una pequeña parte de los que han visitado Salamanca han plasmado las impresiones de su viaje en escritos y, si lo han hecho, a veces son en publicaciones difíciles de encontrar y desperdigadas en su mayor parte por las bibliotecas italianas. Esta dificultad inicial creemos haberla superado con el esfuerzo y la capacidad del equipo de investigadores que han realizado las diversas búsquedas y estudios, logrando elaborar una amplia panorámica que va desde el siglo XV hasta nuestros días, aunque, como podrá apreciarse con sólo dar un vistazo al índice, predominan los autores contemporáneos y para varios de ellos la motivación que le impulsa a venir a Salamanca no es la ciudad en sí, sino las figuras que ha albergado, especialmente la de Miguel de Unamuno, que ha sido el mejor reclamo para que el nombre de nuestra ciudad, asociado al suyo, resuene en los ámbitos culturales italianos de los siglos XX y XXI.

Los contenidos de los diversos apartados son también diferentes porque abarcan un buen número de perspectivas y de temáticas, ya que van desde el estudio de la presencia de Salamanca en obras literarias italianas como en el *Novellino* de Masuccio Salernitano o en las “fiabe” de Italo Calvino, desde las puras descripciones de tipo geográfico e históricas, como las de Lucio Marineo Siculo o Raffaele Nigro, hasta las presencias de figuras literarias o históricas que forman parte indeleble de nuestra ciudad.

Estudios

UNA SALAMANCA DE CUENTO EN *IL NOVELLINO* DE MASUCCIO SALERNITANO

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO*

RESUMEN: Tommaso Guardati (1410-1475), más conocido como Masuccio Salernitano, es el escritor más importante en el género del cuento en vulgar durante el Humanismo italiano. Su única obra, *Il Novellino*, es una recopilación de cincuenta cuentos que datan de 1475. Es precisamente en el primer cuento de la primera parte de esta obra donde el autor nos presenta una Salamanca que servirá de marco a un cuento muy divertido, pero también muy polémico con la Iglesia.

ABSTRACT: Tommaso Guardati (1410-1475), better known as Masuccio Salernitano, was the most important short story writer in the vernacular during Italian Humanism. His only work, *Il Novellino*, is a collection of fifty stories dating from 1475. It is precisely in the first story of the first part of this work where the author presents a Salamanca that serves as a framework to a very amusing story that was also very polemical with the Church.

PALABRAS CLAVE: Masuccio Salernitano, cuento, Iglesia, anticlerical, vulgar, literatura meridional.

* Universidad de Salamanca.

De la ciudad de Salamanca también se ocupa Tommaso Guardati (1410-1475), más conocido como Masuccio Salernitano, escritor italiano del siglo XV. Este humanista desarrolla su actividad en la corte aragonesa de Nápoles en una época de importante florecimiento cultural. De hecho, es con Alfonso el Magnánimo (1442-1452) con el que se inicia la tradición humanista en la zona meridional de Italia, una tradición que continuará su ascenso de la mano de su hijo Ferrante (1452-1494). Grandes representantes del Humanismo italiano meridional en latín son Antonio Beccadelli, el Panormita, y Giovanni Pontano cuya labor dentro de la Porticus Antoniana, después llamada Academia pontiana, va a ser fundamental para la difusión del Humanismo.

Masuccio Salernitano no va a escribir en latín su única obra, *Il Novellino*, lo hará en vulgar. Se trata de una actividad literaria en vulgar que en el sur de Italia cuenta con representantes de alto nivel como Iacopo Sannanzaro en lírica o nuestro autor, probablemente la personalidad más relevante en el género del cuento en vulgar durante el Humanismo. Este género cuenta, por un lado, con un modelo en estos años ya ampliamente difundido, fundamentalmente en Toscana, e incuestionable, el de Giovanni Boccaccio y su *Decamerón* y, por otro, con una rica tradición oral. Es precisamente en Florencia donde nos encontramos con un mayor número de recopilaciones de cuentos, muchos de ellos anónimos, de tono entre popularesco y aristocrático.

De nuestro autor no nos han llegado muchos datos. Sabemos que nace en Salerno o en Sorrento (localidades cercanas a Nápoles) probablemente en 1410. Se forma en estudios humanistas en Salerno, ciudad que contaba con una antigua tradición cultural. En Nápoles está al servicio de la familia Orsini y en la corte de Aragón entra en contacto con muchos literatos y funcionarios de la corte, entre los que destacan Pontano y Boffilo del Giudice, que le anima a escribir *Il Novellino*. En 1463 está al servicio del príncipe de Salerno, Roberto Sanseverino. Muere en Salerno en 1475.

*Il Novellino*¹, su única obra, es una recopilación de cuentos que datan de 1475, aunque es muy probable que se escribieran a partir de 1450 y que sólo entonces se reunieran todos los cuentos en un único volumen articulado. La obra fue publicada un año después de la muerte del autor por Francesco del Tupò. Desgraciadamente tanto la edición impresa como el autógrafo del autor quedaron completamente destruidos al ser considerada por la Iglesia como una obra prohibida y como tal incluida en el *Índice de libros prohibidos* en 1557. Sin embargo, la obra continuó difundándose de manera semiclandestina fuera de Nápoles. Con las ediciones de Milán, 1483, y Venecia, 1484, la obra del autor salernitano contó con una discreta difusión.

El volumen lo componen 50 cuentos que se encuentran divididos en cinco partes, a modo de las jornadas en las que se dividía *El Decamerón* de Boccaccio.

1 Las citas que aparecen en este estudio se han tomado de la siguiente edición: SALERNITANO, Masuccio. *Il Novellino*. A cura di Alfredo Mauro. Bari: Laterza, 1940. La traducción es de Milagro Martín Clavijo.

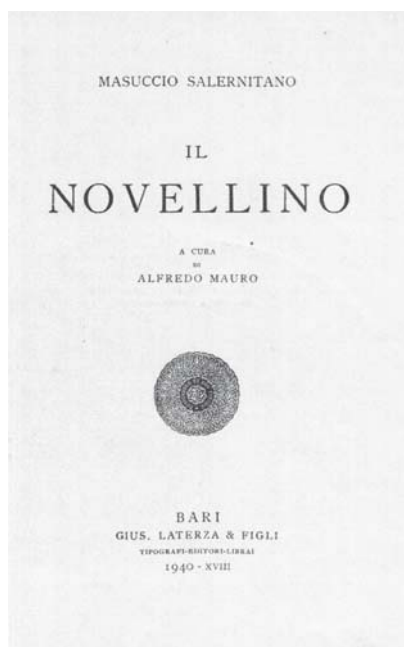
Cada parte engloba diez relatos que tienen un tema central común: la primera parte versa sobre las malas costumbres de los religiosos; la segunda trata el tema de los celos y las burlas que se les hace; la tercera parte se centra en los defectos de las mujeres; en la cuarta se alternan amores trágicos y felices y la última tiene como tema central la magnificencia de los príncipes.

El volumen está dedicado a Hipólita Sforza, duquesa de Calabria, y los cuentos aparecen precedidos por una introducción que termina con un *Parlamento del autor sobre su libro*. Todos los cuentos están estructurados de la misma manera: comienzan con un breve resumen del argumento, una dedicatoria diferente para cada relato, pero siempre a un personaje ilustre de la corte de Nápoles, un exordio, la narración propiamente dicha y terminan con el comentario del autor y el significado moral de lo narrado.

Es precisamente en el primer cuento de la primera parte de *Il Novellino* donde el autor nos presenta una Salamanca que servirá de marco al cuento. De forma muy resumida

y sin contar el meollo del asunto –el amor que el fraile maestro Diego siente por Caterina–, Masuccio traza el argumento del relato: la historia de un asesinato, el de un fraile, y de las aventuras de su cadáver entre los lugares donde viven las dos personas que tenían motivos para matarle: Roderico, el marido de Caterina, y un fraile del mismo convento con el que no se llevaba bien. Aventuras que terminan con el feliz desenlace gracias al buen hacer del rey Fernando de Aragón. Esta es la historia que estará ambientada en Salamanca, una ciudad que, por los datos que tenemos del autor, seguramente nunca visitó. Sin embargo, decide situar este cuento tan divertido, pero también tan polémico con la Iglesia, precisamente en Salamanca, una ciudad para él lejana, pero cargada de sugestivas imágenes, como señala Luis Cortés².

En Salamanca, antigua y nobilísima ciudad del reino de Castilla vivía un fraile menor conventual, llamado maestro Diego de Arévalo, quien valiendo menos para la doctrina tomista que para la propia escotista, consiguió estar entre estos últimos y fue elegido y ordenado con pequeño salario para profesar en las dignas escue-



Portada de *Il Novellino* de Masuccio Salernitano, cuyo primer cuento está ambientado en Salamanca

2 CORTÉS, Luis. *Salamanca en la literatura*. Salamanca, 1973, p. 44.

las del famosísimo estudio de dicha ciudad, donde, con admirable fama, ponía en práctica sus conocimientos científicos que eran conocidos en todo el reino, e incluso a veces hacía algunas prédicas más útiles y necesarias que devotas. (*Il Novellino*, Parte prima, Novella I, p. 8)

Como vemos, Masuccio sitúa la ciudad en Castilla, la ensalza como antigua y noble, nos presenta al protagonista de la historia y lo encuadra en el ámbito de la Universidad y de la Iglesia. Es también la ciudad en la que se encuentra el rey Fernando en un determinado momento, como también aparece narrado en el cuento: “En aquellos días estaba en Salamanca el rey Fernando” (*Il Novellino*, Parte prima, Novella I, p. 16) y, cómo no, Salamanca es también la ciudad de la Iglesia, llena de conventos, de iglesias...

El cuento está dedicado al rey don Fernando de Aragón al que exhorta repetidamente a continuación y al que se lo dedica, además, porque ha sido el propio rey el que le ha contado la historia que él mismo ha vivido en persona y de la que es también protagonista.

El tema tratado en este primer cuento es uno de los motivos recurrentes de *Il Novellino*, la corrupción del clero. El protagonista es un fraile llamado Diego de Arévalo que se convertirá en diana de múltiples y agresivos ataques por parte del autor. Denuncia vicios y engaños del clero en general, no sólo de los frailes viciosos e hipócritas como el que nos ocupa. Masuccio considera a la Iglesia culpable de la situación social corrupta a la que se ha llegado. En este sentido, el escritor salernitano tiene también muy claro su público, los nobles y la propia monarquía de la corte aragonesa en Nápoles, que precisamente no se caracterizaba por su comportamiento a favor del clero, aunque el autor acentúa al máximo dicho comportamiento antieclesiástico.

Otro tema que aparece en este primer cuento ambientado en Salamanca y que es objetivo de la polémica del autor en otros muchos relatos es el odio por las mujeres. Con esta recopilación Masuccio entra en la literatura misógina y lo hace con tintes mucho más agresivos que la media. En el caso del cuento que nos ocupa las flechas las lanza contra Caterina quien, aunque se comporte bien en última instancia, no deja de ser mujer y, por ello, llena de vicios.

Este primer cuento, como toda la recopilación, está escrito en lo que se intenta que sea un napolitano ilustre. Se trata de una sugestiva prosa mixta, cargada de elementos dialectales que se mezclan con latinismos y toscanismos literarios, con una sintaxis muy rápida y lejana de la armonía del estilo boccacciano. Como vemos, sobre el modelo de Boccaccio, Masuccio construye su *Novellino*, pero lo lleva al extremo en todos los sentidos, tanto en el estilo, como en la temática, y lo hace con gran violencia, mezclando lo cómico, con la deformación grotesca y mostrando en su narración una fantasía desbordante.

LUCIO MARINEO SÍCULO

CELIA ARAMBURU SÁNCHEZ*

RESUMEN: El humanista italiano Lucio Marineo Sículo (1444-1536) llegó a España en el año 1484 con la intención de mejorar su posición económica, como sucedía con otros humanistas de la época. Aceptó las cátedras de Poesía y Oratoria que le ofrecieron en la Universidad de Salamanca y aquí mantuvo un fuerte enfrentamiento con Nebrija por cuestiones de método gramatical, enfrentamiento que duró toda la vida. Fue cronista de los Reyes Católicos y escribió *De las cosas memorables de España*, obra en la que se dedica a alabar las grandezas de España, desde su geografía, hasta sus materias primas, sus hombres ilustres y sus reyes, entre otras cosas. Sus descripciones en esta obra son minuciosas y constituyen un valioso documento para conocer la España de los siglos XV y XVI.

ABSTRACT: The Italian humanist, Lucio Marineo Siculo (1444-1536), arrived in Spain in 1484 hoping to improve his financial situation, as did other humanists of the time. He accepted the Chairs of Poetry and Oratory that the University of Salamanca offered him and here he clashed strongly with Nebrija on issues of grammatical method, a confrontation that lasted his whole life. He was a chronicler of the Catholic Monarchs and wrote *De las cosas memorables de España*, a work in which he praised the greatness of Spain, ranging from its geography to its raw materials, its illustrious men and its monarchs, among other things. His descriptions in this work are highly detailed and are a valuable document for our knowledge of 15th and 16th century Spain.

PALABRAS CLAVE: Humanista, Universidad, Nebrija, Alba de Tormes, Baños de Ledesma, Montemayor del Río, río Tormes.

* Universidad de Salamanca.

El humanista e historiador siciliano Lucio Marineo Sículo, transcripción latina de su verdadero nombre Lucas di Marinis, nació en Vizzini (Catania) en el año 1444 (aproximadamente) y murió en Valladolid en 1536. Sus primeros estudios los realizó en su ciudad natal, en 1476 se trasladó a Palermo donde estudió lenguas clásicas, siendo sus profesores Giovanni Naso, al que considera el mayor poeta de todos los siglos, y Giacomo Mirabella. Llegó a Roma en 1478 donde continuó sus estudios y entre 1479 y 1484 ocupó en Palermo el puesto de profesor de gramática latina que había dejado vacante su maestro Naso.

Salió de Sicilia para venir a España con el fin de mejorar su posición social y económica, puesto que en su época era muy frecuente que los humanistas italianos buscasen fuera de sus fronteras el mecenazgo de diferentes nobles en Europa, especialmente en España.

Su llegada a España fue de la mano del almirante Fadrique Enríquez en el año 1484, hombre rico y muy influyente. Visitó en Salamanca a don Fernando Enríquez, hermano del Almirante, quien lo presentó al Claustro de la Universidad con grandes elogios; por este motivo le ofrecieron las cátedras de Poesía y Oratoria, las cuales aceptó inmediatamente.

Fue profesor en la Universidad de Salamanca desde 1486 a 1497. En 1497 los Reyes Católicos llamaron a la Corte a Lucio Marineo Sículo para nombrarle Capellán Real e Historiador Oficial.

Durante su estancia en Salamanca como profesor escribió su primera obra en latín, *De Hispaniae Laudibus*, en la que adopta una postura descriptiva y laudatoria, puesto que su principal intención era halagar los oídos de quienes le habían impulsado a escribir dicha obra. En *De Hispaniae Laudibus* Marineo trataba de dar las gracias a todos los que le habían apoyado en sus primeros años de estancia en España; por esta razón dedicó la obra al conde de Benavente que, según manifiesta en su *Epistolario*, le había impulsado a publicarla. También alude Marineo en algunas ocasiones al rector de la Universidad de Salamanca, Rodrigo Manrique, y a otros caballeros, quienes le habían apremiado en su escritura y posterior publicación.

La primera publicación de la obra es del año 1496 en la ciudad de Burgos. Pero elaboró una segunda versión titulada *De Rebus Hispaniae memorabilius*, publicada en 1530 por la imprenta Miguel de Eguía de Alcalá de Henares, ese mismo año la obra fue traducida al castellano y publicada, también por Miguel de Eguía, bajo el título *De las cosas memorables de España*.

Como cronista, además de las dos obras arriba mencionadas, también escribió *De Aragoniae Regibus et forum rebus gestis libri V*, obra publicada en Zaragoza en 1509; una parte de este libro formó el *Sumario de la vida de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel*, publicada en Madrid en el año 1587.

Durante su estancia en la Universidad de Salamanca como profesor se sintió acosado por diferentes profesores, y en especial por Nebrija, con el que mantuvo una fuerte discusión por cuestiones de método. Marineo, como en general la mayor parte de los humanistas italianos, estaba convencido de que el latín se debía estudiar con pocas reglas gramaticales y acudir a los textos para completar el conocimiento

de la lengua, es decir, un método sencillo basado sobre todo en el estudio directo de los textos; mientras que Nebrija proponía un método más academicista, es decir, estudio de las reglas y normas gramaticales y sólo al concluir la adquisición de conceptos acudir a los textos de los autores clásicos.

El mediador de este enfrentamiento fue el milanés Pedro Mártir de Anglería, amigo de los dos profesores, quien muy sabiamente aconsejó a Marineo mantener la calma puesto que saldría siempre perjudicado de este enfrentamiento, por ser él italiano y por contar Nebrija con numerosas influencias en España. En cualquier caso, Marineo intentó el acercamiento a Nebrija a través de dos cartas que le envió, pero que también difundió en su *Epistolario*, obra que representa un vehículo excelente para dar una determinada imagen de sí mismo y para elogiar a los numerosos correspondientes, casi todos personajes más o menos cercanos a la Corte y preocupados por la cultura.

En nuestro trabajo nos centraremos en la obra *De las cosas memorables de España*, texto en el cual se pueden diferenciar dos partes: la primera parte comienza con dos largos prólogos del autor dedicados al emperador Carlos y su esposa Isabel de Portugal, acompañados por tres cartas, dos de Baltasar de Castiglione y otra del propio Marineo. La segunda parte de la obra se divide en 22 libros o capítulos: los tres primeros están dedicados a una descripción detallada de la Península Ibérica; los restantes capítulos están dedicados a la historia de los reyes de la corona de Aragón, al reinado de los Reyes Católicos y a los emperadores romanos nacidos en España, así como también a los varones ilustres y algunas mujeres ilustres de España.

El mérito de esta obra está en que el autor incluye numerosos datos obtenidos de su experiencia personal, y no utilizaba exclusivamente como fuente las lecturas sobre los argumentos, como era habitual en la época.



Reproducción del libro *De las cosas memorables de España donde recoge una descripción de Salamanca*

De las cosas memorables de España
Libro primo. Fol. iij

De las mieles y vino de España

Hay también en otras ciudades y villas, y especialmente en Toro, Cantalpino y Cantalapiedra vinos excelentes y muy estimados. Con los cuales el tinto de Salamanca es muy suave y especialmente el que dicen del pozo amarillo.

Curiosamente en la actualidad el pueblo de Cantalpino, situado en el NE de la provincia de Salamanca, vive principalmente de la agricultura, con cultivos de cereales, remolacha, algunas verduras y sobre todo patatas. No hay una producción vinícola, como afirma Marineo. Lo mismo ocurre con Cantalapiedra, municipio de la provincia de Salamanca, situado a 50 km de la capital provincial, que forma parte de la comarca del Campo de Peñaranda. Cantalapiedra es el típico pueblo de Salamanca, que limita con el Antiguo Reino de León y Castilla la Vieja, asentado en una llanura inmensa repleta de campos de trigo.

El origen del viñedo en la Sierra de Salamanca se remonta a la época romana, pero tras la invasión islámica estas tierras sufren una despoblación y el consiguiente retraso económico. Sólo tras la reconquista se repueblan intensamente estas tierras; por este motivo a partir del siglo XI la viña comienza a resurgir en una economía fundamentada en los cereales, la ganadería y el aceite. Durante el siglo XIX el viñedo de estas tierras conoce una gran expansión.

Libro primo. Fol. iiij

De los árboles y frutos de España

En España hay muchas arboledas fructíferas y gran abundancia de cualquier género de fruta, y no solamente puestas y criadas por la industria y trabajo de los hombres: sino que también hay muchos frutales que de suyo se nacen y crían, y dan muy buen fruto. Yo vi en la villa de Montemayor, además de otros muchos lugares, una montaña y serranía en la cual de suyo habían nacido y nacen robles, castaños, encinas, nogales, avellanos, cerezos, ciruelos, perales, higueras, parras y otros muchos frutales grandes. Y cerca de la villa de Béjar yo medí un castaño de cuarenta pies en derredor. Y las frutas de España a mi ver son más en número y mayores que las de otras partes.

El pueblo de Montemayor del Río se sitúa sobre un cerro, en un valle muy profundo por el que pasa el río Cuerpo de Hombre. Es una población con un importante pasado histórico y se declaró Conjunto Histórico Artístico en 1982. Nació como un castro romano junto a la Calzada de la Plata y tuvo una gran importancia en la época visigoda. Durante la Edad Media ejerció jurisdicción sobre

catorce pueblos, como Colmenar de Montemayor, Baños de Montemayor, Horcajo de Montemayor, etc.

El Mayorazgo de Montemayor fue instaurado por el alférez mayor del rey, Juan Silba, en el siglo XV, quien recibió instrucciones y distinciones del monarca. En las siguientes generaciones pasaría a ser marquesado. Juan Ribera de Silba, hijo de la segunda mujer de Juan de Silba, sería su heredero y daría el título de marqués de Montemayor a Juan de Silba Ribera hacia 1534.

La localidad de Montemayor del Río no se concibe sin su castillo, el castillo de San Vicente, lugar en el que los arqueólogos tuvieron que trabajar a fondo para conocer los orígenes de la fortaleza y determinar cómo deberían llevarse a cabo las reformas que se realizan actualmente. El laboratorio de arqueología medieval de la Universidad de Salamanca determinó las características originales del castillo, cuyo uso principal fue ser residencia del marquesado en el transcurso del siglo XV. Con la llegada de los pobladores castellanos, la atalaya defensiva perdió sus elementos árabes para incorporar otros.

En el santuario de la Virgen del Castañar se puede visitar en la actualidad el enorme bosque de castaños, muchos de ellos centenarios.

Libro primo. Fol. iijj

De los pescados de España

[...] Así que digo que en muchos ríos de España se toma un pescado que tiene unas pintas doradas y coloradas, que es muy conocido, que en lengua castellana se llama trucha y en italiano se dice trota, en lengua latina no se sabe de cierto qué nombre tenga aunque muchos afirman que se dice turtur porque el vulgar conviene algo con él. Es pescado no solamente de buen sabor mas también es de buen mantenimiento, y hay tanto en España que toda la gente las puede comprar y comer por poco precio, y los mejores de estos pescados son los que se toman en León, Benavente, Burgos, Molina, Mansilla y en el Barco de Ávila, y también en un río no muy grande que se dice Cuerpo de Hombre las truchas son mejores que todas las otras. Yo vi en la ribera del Tormes junto a la ciudad de Salamanca una trucha de más de veinte libras.

La pesca sigue siendo una actividad muy habitual en las aguas del Tormes, además de las truchas que menciona Marineo Sículo, se pueden pescar lucios, carpas, barbos, siluros y, desde mediados del siglo XX, muchos o salmones del Danubio, introducidos en dicha fecha por el desaparecido ICONA.

Libro primo. Fol. v

De los baños de España

Hállanse en España baños muy saludables, y porque hay muchos, aquí sólo escribiré de algunos concreta y brevemente. Y primeramente de uno que yo por experiencia conocí. El cual está en la ribera del río Tormes y es de esta manera. Hay un monte a ocho mil pasos de Salamanca, o poco más o menos. Del cual nace un agua que va por unas venas de piedra que aquí llaman alcrevite. Y cerca del río se descubre y sale fuera tan caliente que apenas la mano lo puede sufrir, y dicen que un moro que le decían Cepha experimentado la virtud de aquel agua la encerró en un edificio cubierto de piedra para que conservase mejor su virtud y los enfermos fueran mejor curados, y el edificio que detiene esta agua es a manera de un estanque, y como llega allí el agua no pudiendo correr adelante crece hacia arriba y así se hace como un piélagos: en el cual se meten los hombres hasta el pecho y pueden nadar. Y comenzando a sentir alguna flaqueza o desmayo cuando sienten que el calor del agua ha traspasado hasta las entrañas y miembros vitales, luego salen y envueltos en sábanas y otra mucha ropa, sudando y durmiendo son librados y sanos de cualquier enfermedad y especialmente de la sarna. Llamen estos baños de Ledesma que es una villa allí cerca. Otro baño como este está cabe la villa de Béjar y viene el agua de un monte frío y lleno de nieve por unos caminos debajo de la tierra: y llega hasta los llanos adonde hay un pequeño lugar que se dice Baños. Y en este lugar la naturaleza muestra doblada fuerza y gran virtud. Porque hay dos baños de diversas aguas y no muy apartados el uno del otro siendo el uno de agua muy fría y el otro muy caliente, y la una es saludable para beber y la otra para bañarse. Y está allí cerca un lago no menos provechoso que maravilloso. En el cual hay grandes truchas y otros peces que son algo negros y muy buenos. Y cuando ha de mudar el tiempo o llover este lago hace gran ruido con el aire que corre. Y es tanto el sonido que parece bramido de buey y se oye casi por el espacio de tres leguas.

Los Baños de Ledesma se empezaron a construir en la época romana, concretamente en el tiempo de Marco Aurelio, y los concluyó su hijo el emperador romano Commodo. Parece evidente por el hallazgo de unas monedas romanas dentro del recinto que en el lugar en el que actualmente están los baños había unas termas romanas. En cualquier caso, Baños estaba asentada en la calzada romana que comunicaba Salamanca con Ledesma.

En el año 939 Ramiro II de León ordena repoblar los Baños y en 1164 Fernando II de León concede a la iglesia de Salamanca la villa de Baños.

Durante la Edad Media el asentamiento contó con un Arziprestazgo, con lo que adquirió mayor importancia y el médico de los Reyes Católicos recomendaba las Aguas en estos Baños por su poder curativo.

Ya en el siglo XVII los Baños son un anexo de Tirados. Hasta el siglo XVIII estos Baños no pertenecieron a nadie, puesto que el Fuero de Ledesma prohibía expresamente la posesión particular de fuentes antiguas y pozos. En el siglo XIX

la burguesía se encarga de hacer propaganda a los Baños a través de informes, estudios y compendios bibliográficos hidrológicos; y en el año 1931 se declara Monumento Histórico Artístico perteneciente al tesoro Artístico Nacional.

Los Baños de Ledesma pertenecen en la actualidad al municipio salmantino de Vega de Tirados. En 1975 se construyen las actuales instalaciones y en 1989 se renuevan y amplían el Hotel y las instalaciones balneoterápicas. Desde el año 1990 es propiedad del Montepío y Mutualidad de la Minería Asturiana contando con más de 200 habitaciones y 35 apartamentos, constituyéndose en uno de los centros termales con mayor capacidad de España.

Algunos autores relacionados con la ciudad de Salamanca han escrito sobre los Baños. Así Gil González de Ávila, en el siglo XVII en la primera *Historia de Salamanca*, dice¹:

Otra grandeza no pequeña es la de los Baños, que toman desta villa el nombre. Sus aguas son calientes. Por ser medicinales son visitadas de muchos, vienen encañadas al baño, que es un gran pilón de poca hondura, que está cubierto de una bóveda de ladrillo y en medio tiene una ventana por donde le entra la luz. Es edificio antiguo. En una relación he leído que los edificó un moro llamado Cepha. Estos baños no son de ningún señor, ni tampoco de la villa, sino comunes a todos.

También el escritor Diego Torres de Villarroel en su obra *Usos y provechos de las aguas de Tamames y Baños de Ledesma*, publicada en Salamanca en 1744, escribe:

Con justa razón tienen las aguas de Ledesma el nombre y la fama de las mejores del Reino, porque en virtudes y facultades exceden a cuantas corren con el crédito de provechosas y felices. Son universalmente conocidas y experimentadas por todos los médicos de España...

“Nacen estas aguas en un valle a las orillas del Tormes, distante seis leguas de Salamanca y casi dos leguas de Ledesma de donde sin duda han tomado el nombre de aquella Villa, y no el de aquesta celebrada ciudad.

El *Libro de los lugares y aldeas del obispado de Salamanca* (Manuscrito de 1604-1929), que se encuentra en el Archivo Diocesano de la Catedral de Salamanca, hace referencia a los Baños. En la página 140 podemos leer lo siguiente:

Baños. Este lugar es anexo de Tirados, tiene una iglesia razonable. La fábrica vale II mil, gástalos. El préstamo es el de Tirados. Aquí están los Baños.

1 Cfr. www.ledesma.helcom.es.

Libro primo. Fol. vj

De los ríos de España

Con éste (el Duero) se junta el Tormes, río de muy buenas aguas que se beben en Salamanca, que son tan delgadas que hacen purgar por sarna los cuerpos humanos y especialmente a los estudiantes. Del cual río tomó nombre la villa de Alba.

El río Tormes, de 247 km de longitud, nace en la Sierra de Gredos, en la provincia de Ávila, atraviesa las provincias de Ávila y Salamanca y desemboca en el río Duero, entre las localidades de Villarino de los Aires y Fermoselle. Las principales localidades por las que pasa son: Puente del Congosto, Guijuelo, Alba de Tormes, Santa Marta de Tormes y Salamanca.

El Tormes recibe sus aguas de numerosos torrentes, llamados en esta zona “gargantas”, que llegan de las altas cumbres. Las más importantes son las que desaguan de la Laguna Grande y de Las Cinco Lagunas, dos circos glaciares situados a más de 200 m; se trata de lagunas de origen glaciar que hasta hace no muchos años mantenían nieves perpetuas en sus alrededores.

Libro primo. Fol. viij

De las montañas y lugares altos de España

En Lusitania sesenta mil pasos poco más o menos de la ciudad de Salamanca yendo camino para Ciudad Rodrigo vimos un monte muy celebrado que vulgarmente se dice la Peña de Francia. El cual por una muy devota casa de religión de la madre de Dios es cada día visitado de muchos pueblos de España, y especialmente de los ciudadanos y estudiantes de Salamanca. Los cuales cada año los días de vacaciones van a esta santa casa con mucha devoción, unos para cumplir sus votos y otros a hacer oraciones y encomendar a la virgen gloriosa su salud y honra. Mas de esta casa de religión y de las otras muy devotas y de muchos milagros que en ellas han aparecido escribimos en otra parte.

Entre los términos de La Alberca y de Serradilla del Arroyo, en los montes que separan las provincias de Salamanca y Cáceres, se encuentra una pequeña sierra que desde antiguo recibe el nombre de Sierra de Francia. El origen de este nombre no está demasiado claro, existiendo varias teorías para argumentarlo². Algunos piensan que se trata de una deformación de “Sierra Franca”; pero los historiadores y los poetas retoman la leyenda para descifrar su origen. El P. Mateo Vasco Parra relata la revuelta de la Narbonense en tiempos del rey Wamba, con la incorporación al ejército godo de una parte de los rebeldes constituyendo la guardia real de Toledo.

2 COLUNGA, Alberto P. *Santuario de la Peña de Francia. Historia*. Salamanca: Imp. “Calatrava”. Libreros, 9, 1968.

Esta guardia participó en la batalla del Guadalete, y al constatar la huida del rey don Rodrigo se retiraron ellos, seguidos de cerca por los árabes. Acamparon en la “meseta del Francés” y allí fueron aniquilados por los musulmanes.

Don Esteban Garigay, cronista de los Reyes Católicos, llegó a la misma conclusión afirmando que en la zona habitaban ciudadanos franceses, bien por intereses personales como para hacer frente a los moros movidos por su fe. En su retirada, presionados por el avance de los moros, se hicieron fuertes en la Peña aunque los moros acabaron venciendo en el lugar de Monsagro.

Otros cronistas conocedores de las leyendas de Carlomagno utilizaron esta figura para retocar el suceso allí acaecido y trajeron al Emperador o a Rolando, su sobrino, a luchar en la Sierra contra los moros. De esta tradición caballeresca se sirvieron autores como Lope en el *Casamiento en la muerte* (jornada tercera) y Tirso de Molina.

No es fácil determinar el origen del nombre de “Francia” en este lugar de la Sierra de Salamanca; aunque sí hay algunos indicios: una colonia francesa cuyo caudillo fue D. Giralt Bernal figura entre los pobladores de Salamanca en el siglo XI³. Además, cuando Toledo fue conquistada en 1086 contaba en su población con mozárabes, castellanos y franceses, estos últimos habían ayudado a los castellanos en la reconquista.

El documento más antiguo para datar este nombre de “Francia” es una donación del 8 de enero de 1289 efectuada entre Granadilla y La Alberca, en donde al señalar los límites se dice: “E como partimos por los mojonos con Miranda, e va dar a Francia, e en Francia arriba, va hasta el arroyo de la Alberca”⁴.

Libro segundo. Fol. x

De la provincia Lusitania

Allí que vimos en la ribera del río que en otra parte llamamos Alagón, la ciudad de Coria que está en medio de Ciudad Rodrigo y Galisteo, lugares bien nombrados, y especialmente Ciudad Rodrigo que es muy caballerosa.

Ciudad Rodrigo durante los siglos XV y XVI vive una época de gran florecimiento puesto que en ella residía la nobleza. Es durante estos años cuando se construyen la mayoría de los monumentos, palacios, templos y casas señoriales que se conservan en la actualidad. En los últimos años del siglo XV y primeros del XVI la ciudad vive una lucha de bandos nobiliarios, en la que también participa el estamento eclesiástico. También se vivieron momentos críticos en la época de la Guerra de las Comunidades de Castilla: la ciudad se dividió entre los partidarios de Carlos I y los partidarios de la Comunidad. Además contó con una importante comunidad judía y luego conversa.

3 Op. cit. p. 18: VILLAR Y MACÍAS. *Historia de Salamanca*, I, 67-71, Salamanca, 1887.

4 *Ibíd.*

Libro segundo. Fol. x

De la provincia Lusitania

No muy lejos de éste (río Cuerpo de Hombre) está la noble villa que se dice Béjar, que en otro tiempo se llamaba Colmenar: Lugar por cierto muy apacible y abundante de muchas cosas, está puesto en un valle todo ceñido de montes y bosques con mucha caza.

El área declarada Reserva de la Biosfera comprende las Sierras de Béjar, Francia y Quilamas, que se formaron durante las orogenias hercínica y alpina. Junto a estas alineaciones montañosas destacan los valles formados por muchos ríos, entre los que destacan los ríos Alagón, Sangusín, Tormes, Francia, Quilamas y Cuerpo de Hombre.

En la zona conviven los climas mediterráneo y atlántico, dando lugar a una enorme variedad de ecosistemas como los que siguen: alta montaña, bosques de ribera, roquedos, canchales, turberas, encinares, melojares, rebollares, castañares, madroñales, fresnedas y pinares, además de dehesas, diferentes matorrales y algunos lagos, entre los que destacan lagunas de alta montaña y el embalse de Santa Teresa.

Todas estas características conllevan la existencia de una elevada biodiversidad, caracterizada por más de dos mil especies de flora y fauna, destacando la presencia de especies como el lince ibérico, la cigüeña negra, el buitre leonado, el buitre negro, el águila real, el águila perdicera, la nutria y diferentes especies de caza.

Libro segundo. Fol. x

De la provincia Lusitania

En la ribera del Tormes está el lugar que llaman el Barco de Ávila y Salvatierra y también Alba que por sobrenombre se dice Tormes. De los cuales todos y de muchos otros es cabeza la muy esclarecida ciudad de Salamanca madre de las artes liberales y todas las virtudes y también de caballeros como de letrados varones muy ilustres. En la cual hay grande abundancia de todas cosas que son necesarias a la humana vida. De esta ciudad casi todos los pueblos de España piden leyes y derechos para bien vivir como de su madre y señora muy acatada. De aquí salen para la corte y casa Real los consejeros, los letrados, los médicos, los físicos, los teólogos y finalmente los doctores y los maestros de cualquier ciencia necesaria y especialmente del colegio que fundó aquel buen varón don Diego de Anaya arzobispo de Sevilla y dotó con mucha renta. Y no será menos honrada la ciudad para adelante con el otro colegio que don Alonso de Fonseca arzobispo de Toledo hace. Para el cual con gran diligencia manda buscar hombres en todo género de letras muy famosos. Al estudio de esta ciudad vienen como a feria de

letras y todas virtudes no solamente de muchas ciudades y lugares de España: mas también extranjeros de otras naciones. Los cuales hacen la ciudad más rica y más noble. En la cual en nuestros tiempos: como en otra parte dijimos: se contaron por la matrícula siete mil estudiantes. Muchas otras cosas memorables se podrían decir de esta ciudad: las cuales aquí callo porque las escribí en otra obra. Está de Salamanca espacio de diez mil pasos Ledesma nombrada por unos baños muy buenos.

Alba de Tormes es un municipio histórico situado a pocos kilómetros de Salamanca que conforma el Ducado de Alba de Tormes, antiguo condado y señorío. En la población se encuentra el sepulcro de Santa Teresa de Jesús con su cuerpo incorrupto.

Durante el siglo XVI la ciudad de Alba desarrolla la vida cultural más fructífera de su historia con el III duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, y Santa Teresa de Jesús.

La Universidad de Salamanca fue fundada en el año 1218 por el rey Alfonso IX de León. La organización de los estudios dentro de la Universidad fue obra del Papado durante la Edad Media y del Monarca y su Consejo a partir del siglo XVI.

Durante los siglos XV y XVI la Universidad se incorpora a las corrientes humanísticas: de ahí la gran afluencia de humanistas españoles y europeos durante estos siglos en la Universidad. También durante el siglo XVI se registran las cifras más altas de estudiantes matriculados. El prestigio de Salamanca consigue atraer a numerosos estudiantes de toda Europa durante este siglo, pero a partir del siglo XVII comienza a descender el número de matrículas

Libro tercero. Fol. xxiiij

De los prelados del Reino de Castilla.

Entre los prelados de España que son por cuenta cincuenta y cinco, el arzobispo de Toledo precede a los otros en dignidad, honra y renta. Porque es Gran Canciller de Castilla y tiene por razón de su dignidad el primado de las Españas. Tiene de renta más de ochenta mil ducados [...]

Obispo de Salamanca diez mil.

Marineo sitúa al Obispo de Salamanca entre los mejor pagados del Reino.

Libro quinto. Fol. xliij

De las casas que hay en España de devoción y Romería

Entre Salamanca y Ciudad Rodrigo en la cumbre de un monte muy alto que llaman la Peña de Francia hay una muy devota casa que fue dedicada a la virgen

Santa María: la cual por las grandes obras y misterios que Dios en ella ha obrado es tenuta en gran veneración y visitada muchas veces de los pueblos comarcanos y de otros muy lejos: y especialmente de los estudiantes de Salamanca que la tienen por su abogada.

Según algunos estudiosos de la Peña de Francia, las imágenes que aparecieron en las diferentes cuevas fueron escondidas por los cristianos mientras se escondían en la zona para evitar los ataques de los moros. Durante el período de tiempo en el que Marineo estuvo en la Universidad de Salamanca, y según sus propias palabras, este santuario era muy visitado por los estudiantes, quienes habían convertido a la Virgen de la Peña de Francia en su protectora. Si bien, incluso en la actualidad, constituye un centro de peregrinación en toda España.

CRÓNICA DE UN HISTORIADOR DE ESPAÑA EN SALAMANCA: EL *EPISTOLARIO* DE PEDRO MÁRTIR DE ANGLERÍA

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO*

RESUMEN: Pedro Mártir de Anglería, humanista italiano e historiador de España, llegó a Salamanca el 22 de septiembre de 1488. De esta ciudad datan las epístolas 53-59 de su *Epistolario* y en ellas va a hablar de la ciudad, de las personas que allí viven y que son amigos del escritor y de algunos hechos que ocurrieron mientras se encontraba en Salamanca. Pedro Mártir no se detiene en grandes descripciones de la ciudad, le interesa fundamentalmente el ambiente en la Universidad, así como los sucesos históricos que allí se dieron, como la muerte del príncipe Juan, recogida en la epístola 182.

ABSTRACT: Pedro Mártir de Anglería, an Italian humanist and historian of Spain, arrived in Salamanca on 22 September, 1488. Letters 53-59 of his *Epistolario* are dated in this city, and in them he speaks of Salamanca, the individuals living in it who are his friends and certain things that occurred in Salamanca while he was there. Pedro Mártir does not dwell on great descriptions of the city, but rather is mainly interested in the university atmosphere, as well as the historical events that took place there, such as the death of Prince Juan which is described in letter 182.

PALABRAS CLAVE: Mártir de Anglería, humanismo, epistolario, universidad, historia, príncipe Juan.

* Universidad de Salamanca.

Pedro Mártir de Anglería, en italiano Pietro Martire d'Anghiera¹, llega a Salamanca en 1488 invitado como profesor a la Universidad. No será el único ni el primer humanista italiano que ha pasado por esta universidad en estos años: a su llegada le esperaba su amigo Lucio Marineo Sículo, también él profesor aquí. Antes otro humanista italiano, Bartolomeo Sancii de Firmo, había ocupado la primera cátedra de Retórica de la Universidad de Salamanca en 1403; en 1465 será Nicolao Antonio el que tome posesión de la primera cátedra, esta vez de Poesía, que unos años más tarde, en 1478, se verá ocupada de nuevo por otro estudioso italiano, Pomponio de Mantua.

Cuando llega a Salamanca, Pedro Mártir lleva ya un tiempo en España: el conde de Tendilla, Íñigo López de Mendoza y Quiñones, embajador español en Roma, le había conocido en 1487 y decidió tomarlo a su servicio para la instrucción de sus hijos en Castilla. Nuestro autor tiene entonces treinta años, pero ya es conocido como importante humanista en Italia y admirado por su erudición y dominio del latín.

Pedro Mártir fue también un gran historiador de España y de sus descubrimientos. Su obra más conocida es *Decadas de Orbe Novo (Décadas del Nuevo Mundo)* en la que describe los primeros contactos que tuvieron los descubridores europeos con los nativos americanos. También escribió, siempre en latín, *Legatio Babylonica* y *Opus epistolarum*² que es la obra que nos interesa más porque es donde aparecen las descripciones de Salamanca y su universidad. Se trata de un epistolario donde se encuentran recopiladas 812 cartas dirigidas a dignatarios eclesiásticos, altos cargos militares y hombres de Estado tanto españoles como italianos, referidas a sucesos contemporáneos y sobre todo a la historia de España entre 1487, momento de su partida de Roma con dirección a España, y 1525, año de la victoria de Pavía, a cuyo suceso se refiere la última carta. Se trata, por tanto, de una importante fuente histórica; de hecho, Menéndez Pelayo se refiere a ella como «un periódico de noticias en forma epistolar». Esta recopilación de cartas fue publicada después de la muerte del autor en Alcalá en 1530 y se hizo una nueva edición en Ámsterdam en 1670.

Será Gutierre de Toledo, primo hermano del Rey y maestrescuela de Salamanca, el que le pedirá que venga a Salamanca, como Pedro Mártir afirma en una epístola dirigida a esta persona y con fecha de 22 de septiembre de 1488: “Me ruegas, ilustre Gutierre, y para mí es un mandato, que vaya a Salamanca. [...]”

1 Pedro Mártir de Anglería nació en Arona, localidad situada a las orillas del Lago Mayor, en el norte de Italia y muere en Granada en 1526.

2 *Opus epistolarum Petri Martyris Anglerii Mediolanensis protonotarii apostolici atque a consiliis rerum Indicarum - Nunc primum et natum et mediocri cura excusum: quod quidem preter stili venustate nostrorum quoque temporum historie loco esse poterit*; [12], CXCIX, [1] c. ; fol.; latino, Compluti, 1530 (in aedibus Michaelis de Eguia, 1530)- IT\ICCU\PARE\050351.

Las citas que aparecen este artículo las hemos tomado de la traducción que del epistolario lleva a cabo López de Toro: ANGLERÍA, Pedro Mártir de. *Epistolario*. Estudio y traducción por José López de Toro, I libros I-XIV, Epístolas 1-231. Documentos inéditos para la Historia de España, Tomo IX, Madrid, 1953.

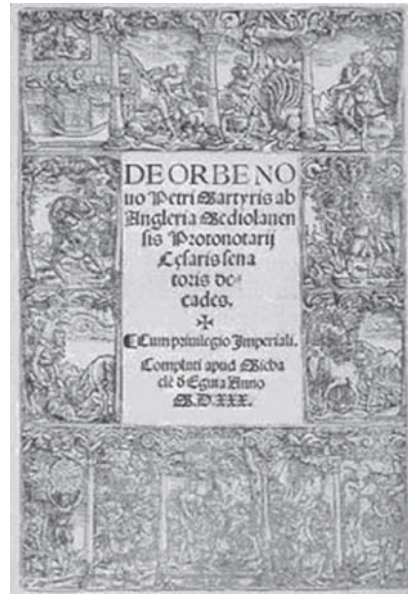
Dentro de tres días saldré hacia esa fragua de todas las buenas artes” (Epístola 52, 22 septiembre 1488).

Pedro Mártir de Anglería llegó a Salamanca el 22 de septiembre de 1488. De esta ciudad datan las epístolas 53-59 y en ellas va a hablar de la ciudad, de las personas que allí viven y que son amigos del escritor³ y de algunos hechos que ocurrieron mientras se encontraba en Salamanca. El autor cuenta, con bastante detalle, las dificultades de su viaje a Salamanca desde Guadalajara, sobre todo por las inclemencias del tiempo: “Al cabo de cinco días seguidos sin ver el sol ni las estrellas, llegué, por fin, el día 22 de septiembre. Disipadas las lluvias y secas mis ropas, recorro la ciudad”, como le cuenta a Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla (Epístola 53, 23 septiembre 1488, p. 78).

Pedro Mártir no se detiene en grandes descripciones de la ciudad, le interesa fundamentalmente el ambiente en la Universidad y la necesidad que tiene de ser aceptado y admirado tanto por los otros compañeros como por los grandes señores de la época: “He fijado en las puertas de las escuelas y de la iglesia vecina un epigrama, de doce versos tan sólo, en alabanza de esta Universidad. Esto ha motivado que la Universidad entera vuelque en mí su afecto”, señala en la carta dirigida de nuevo al conde de Tendilla, su protector (Epístola 57, 28 septiembre 1488, pp. 82-83).

Como buen humanista, Pedro Mártir de Anglería conocía y divulgaba la anti-güedad clásica y en sus clases los estudiantes mostraban un entusiasmo poco corriente, como el autor señala, con aire de broma, en su epístola 57:

Así, pues, lanzáronse pregones de que a las dos de la tarde del día siguiente un extranjero iba a disertar sobre Juvenal. Era jueves, y en este día vacaban las lecciones públicas. Hubo tal concurrencia de primates, que era imposible entrar en las clases. La mayor parte de los doctores, para ayudar al ordenanza –llamado bedel–, en su tarea de abrir paso, se proveyeron de picas y látigos. A fuerza de voces, de golpes y de amenazas, se abrió por fin un camino. A hombros me llevan en volandas hasta la cátedra. Uno que era fraile, Gómez de Toledo, pariente tuyo



Portada de la obra más famosa del historiador y profesor de la Universidad de Salamanca Pedro Mártir de Anglería, Decadas del Nuevo Mundo

3 Entre estos amigos residentes en Salamanca en ese momento se encontraban, entre otros, Gutierre de Toledo, Pedro Ponce, Lucio Marineo Sículo, Antonio de Nebrija y Hernando de Talavera.

por parte de su madre, la Condesa de Coria, y Alonso de Acevedo, hijo del Arzobispo de Compostela, y otros muchos del público tuvieron que ser sacados fuera medio asfixiados. Se perdieron muchos zapatos y no pocos bonetes. Se hicieron jirones muchas capas. Entre los demás, perdió el bedel, al caérsele, su capa roja. Se fue en consulta a los doctores a ver si me podía obligar a pagársela, supuesto que por mi causa la había perdido. Ellos lo tomaron a guasa.

Pero volvamos a lo nuestro. Cuando llegó el día señalado, desde la cátedra, pregunto qué desean les explique. Marineo Sículo, que desempeña aquí la cátedra de Poesía, en nombre de todos escogió la segunda sátira de Juvenal. Los llevo más allá de los Sármatas a recoger nieve. Desde antes de las dos –que, como dije, era la hora señalada– en que subí a la cátedra, hasta las tres, se me estuvo oyendo con oídos atentos, en perfecto orden, sin el menor ruido, sin moverse nadie. Todavía a las tres estaba en mi disertación, cuando dos jóvenes, en vista de mi prolijidad, empezaron a restregar los pies en el suelo –según es costumbre–. Los reprende la gente mayor, y me ruegan que prosiga. Cuando terminé el capítulo que había comenzado, pidiéndoles perdón descendí de la cátedra. Como a un vencedor desde el Olimpo, los más autorizados me acompañaron hasta mi domicilio (Epístola 57, 28 septiembre 1488, pp. 83-84).

Una epístola, como vemos, en la que se nos describe, ciertamente con gran sentido del humor y con claras exageraciones, el funcionamiento de la Universidad, de sus estudiantes y, cómo no, el buen hacer de nuestro humanista.

Será en la epístola 60, dirigida a Hernando de Talavera, donde encontremos más referencias a nuestra ciudad y lo hará Pedro Mártir para responder a la petición del Obispo de Ávila para que le describa la ciudad de Salamanca y su Universidad y que le diga la impresión que le habían producido. No se tratará de una descripción del patrimonio artístico de la ciudad; lo que interesa fundamentalmente a nuestro humanista italiano, como no podía ser de otra manera, son los estudios que se llevan a cabo en la Universidad, como atestiguan sus palabras:

Tengo la sensación de que vi una nueva Atenas y un nuevo Senado. Vi una ciudad rebosante de severos Catones, de Licurgos y de integérrimos Solones. Descubrí que habían alcanzado un grado eminentísimo la ciencia de Apolo y la familia de Esculapio. Bien merece la pena escuchar a la inmensa cohorte –en sus diversos círculos– de aquellos que escudriñan, desmenuzan e investigan los secretos divinos; cómo otros resuelven los enigmas de Podalirio con los arcanos de Trigemisto, y cómo otros desatan los nudos de las Leyes. Por otra parte, de mil modos admirables, estudian cuáles son las ocupaciones de los espíritus sobrenaturales y en virtud de qué inspiración mandados, dirigen y gobiernan las cosas humanas. Y desde el átomo hasta los altos montes a todo pasan revista; se plantea discusión con la mayor exactitud acerca de la suprema inteligencia que pone en movimiento los mundos celestiales hasta sobre la más diminuta partícula o elemento; se pone en claro a qué precio puede cualquiera comprar a Dios, es decir, a qué precio él nos ha comprado, esto es, con la caridad, por la cual –si la practicamos– nos

hacemos más ricos que todos los hombres y aún que los ángeles del cielo, porque con esta mercancía nos compramos para con Dios y para con los hombres un inmenso tesoro (Epístola 60, 15 octubre 1488, pp. 88-89).

Nuestro autor italiano recorrerá a partir de ahora gran parte de España, será cronista destacado en la guerra de Granada y desempeñará numerosos cargos, desde el de sacerdote, instructor de muchos nobles y capellán de Isabel la Católica, hasta embajador en Egipto, cronista de corte, miembro del Consejo de Indias y abad de Jamaica, entre otros. Volverá a Salamanca en 1497 y nos dejará constancia en la epístola 182. Se trata de un documento histórico en el que Pedro Mártir narra al cardenal de Santa Cruz el recibimiento del príncipe Juan en Salamanca y su trágica muerte en esta ciudad y en él nos describe una ciudad adornada para este especial evento:

El día 28 de septiembre entró el príncipe en Salamanca; y fue tanto el aplauso de trompetas y atabales con que sus vecinos le recibieron, que parecía rasgarse el aire de júbilo. ¡Oh, qué melodías de cítaras, qué diversidad de cantos, qué himnos nupciales preparó el clero! No salieron con más alegría en la fabulosa Tebas a recibir a su Baco cuando regresaba vencedor de la India, ni a su Hércules cuando venía de España. Bien merecía la pena contemplar en el campo las formaciones de la caballería ligera; era no sólo hermoso, sino admirable, ver los jaeces de los caballos, los adornos de los jinetes. Creerías que en aquel día se dieron allí cita todas las riquezas de España. Los coros de niños y niñas, desde los tabladros construidos en las plazas y desde las ventanas de las casas, imitando celestes armonías, recreaban en extremo los ánimos de los transeúntes. Con juncias, perfumados tomillos y demás hierbas olorosas estaban alfombradas las calles por donde había de pasar la comitiva. Todas las portadas estaban adornadas de ramas verdes y las paredes de las casas cubiertas de artísticos tapices admirablemente fabricados por artesanos flamencos. ¿Qué más? El cielo se abría a las voces de los cantores; la tierra, vestida como una novia, sonreía compuesta y adornada (Epístola 182, 19 octubre 1497, pp. 344-345).

Pedro Mártir nos presenta la ciudad con sus mejores galas, como no podría ser de otra forma: “Con más esmero y largueza se dispusieron estas solemnidades en Honor del Príncipe, en razón de que siendo esta ciudad –en la cual tú, purpurado príncipe, desde tu juventud te dedicaste al estudio de las letras–, la fuente literaria de toda España, esperaban de su futuro Rey –porque amaba y cultivaba las letras– un patrocinio más eficaz que el dispensado a las demás ciudades (Epístola 182, 19 octubre 1497, p. 345).

Una descripción pormenorizada de este recibimiento no propia de nuestro autor, pero la razón es evidente y está relacionada con un suceso histórico que ocurrirá pocos días después y al que asistirá personalmente: la muerte repentina del príncipe en esta misma ciudad.

LA SALAMANCA ESTUDIANTIL DEL SIGLO XVII: EL *DIARIO* DE GIROLAMO DA SOMMAIA

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO*

RESUMEN: Entre los miles de alumnos con que contaba Salamanca a principios del siglo XVII destaca un florentino, Girolamo da Sommaia (1573-1635), que durante ocho años cursará en nuestra ciudad Derecho civil y canónico. De su estancia en Salamanca desde 1603 a 1607 nos ha llegado un diario en el que detalles de su vida privada conviven con la historia, tanto la de la ciudad como la de España e Italia, convirtiéndose en importante testimonio de una época. De sus apuntes de todo tipo emerge también y con fuerza la ciudad de Salamanca: sus gentes, sus costumbres, su Universidad, sus catedráticos, los libros más leídos y buscados, sus aulas, sus pueblos...

ABSTRACT: Among the thousands of students in Salamanca at the beginning of the 17th century, we highlight the Florentine Girolamo da Sommaia (1573-1635), who studied Civil and Canon Law there for eight years. We have a diary of his stay there from 1603 to 1607, in which along with details of his private life, he includes history, not only of the city but also of Spain and Italy, making it an important testimony of the time. From his varied notes the city of Salamanca emerges strongly: its people, customs, University, professors, the most widely read books, classrooms, villages, and more.

PALABRAS CLAVE: Girolamo da Sommaia, diario, costumbres, vida cotidiana, universidad, Alba de Tormes, Santa Teresa, Duque de Alba.

* Universidad de Salamanca.

Estamos en la Salamanca de principios del siglo XVII. Por la Universidad y sus aulas pasan cientos de estudiantes que vienen de todas partes de España y también del extranjero. Entre ellos se encuentra un florentino, Girolamo da Sommaia, que durante ocho años cursará en nuestra ciudad Derecho civil y canónico y que nos dejará parte de un diario de gran interés para el estudio de la vida, costumbres, lecturas... de un intelectual de la época. Una obra en la que detalles de su vida privada conviven con la historia, tanto la de la ciudad como la de España e Italia, convirtiéndose en importante testimonio de una época.

Girolamo da Sommaia nace en Florencia en 1573 en el seno de una familia importante de la Toscana, tanto por parte de su padre, senador de esa ciudad, como por parte de su madre, miembro de la importante familia de los Guicciardini. Es seguramente de esta rama materna de la que le viene su interés por España: Francesco Guicciardini, gran político e historiador, había viajado y narrado en un diario su viaje a España como embajador de la República florentina en 1511 y su tío también había sido embajador de Florencia en la corte de España.

También él en 1599 emprenderá su viaje a España, esta vez no como embajador, sino como estudiante y no sin antes solucionar un primer obstáculo: la prohibición expresa del gran Duque para que estudiaran los florentinos en el extranjero. Empieza sus estudios en el curso 1598-99 y termina en 1600 ó 1601 las facultades de Leyes y de Cánones. Sale de Salamanca, ya bachiller en Derecho civil y canónico, el 22 de mayo de 1607 y se instala en su ciudad natal donde ejercerá como abogado para importantes familias, entre las que se encuentran los Médicis. A partir de aquí su carrera se acelera: doctor por la Universidad de Pisa, se ordena sacerdote, prior de la iglesia de San Esteban de Pisa, caballero de la Orden militar de San Esteban y director del Studio de Pisa. Muere en Pisa a la edad de sesenta y dos años en 1635.

De los ocho años que sabemos que estuvo estudiando en Salamanca sólo se conservan sus diarios de los últimos cuatro, desde 1603 a 1607, por lo que de sus primeros años sólo se sabe lo que él mismo recordará en esos últimos años de su estancia. Su diario se encuentra recogido en dos códices ológrafos que abarcan de 1603 a 1605 el primero y de 1605 a 1608 el segundo¹. Se trata de dos volúmenes muy parecidos, tanto en su organización como en su contenido misceláneo, pero en un principio se dedicaron a usos distintos: uno como libro de caja y el otro como diario más general, como afirma el propio autor al principio de cada volumen. Sin embargo, al final en ambos se intercalan cuentas y referencias a sus actividades más variadas, tanto de índole social, como personal e incluso íntimo.

Si nos preguntamos por las razones por las que este estudiante florentino llevó a cabo un diario desde el mismo momento de comenzar su viaje a Salamanca, veremos que en, primer lugar, Girolamo da Sommaia tenía que llevar un control, a modo de libro de caja, del dinero que recibía, por tanto detalla ingresos y

¹ Biblioteca Nazionale Centrale (Florencia): MS. Magliabecchi VIII. 29 (164 fols., 210 x 145), fechado en 1603-05; MS. Magliabecchi VIII. 30 (394 fols., 210 x 147), fechado en 1605-08.

gastos a diario. Le sirve también para llevar el registro de su correspondencia. Pero fundamentalmente, como afirma el mayor estudioso de esta obra, George Haley², este diario es más un instrumento de recuerdo; por tanto, al autor no le interesa analizar, ni tampoco describir, pretende exclusivamente retener en su recuerdo, con el fin de que lo que ha pasado por su vida no se quede en olvido. De ahí sus frases breves, a veces casi telegráficas con las que redacta el texto. No se trata entonces de un diario literario, no le importa el estilo, ni si es congruente para un posible lector, Girolamo escribe para sí mismo, no piensa en otro lector. Así se explica también la lengua utilizada que parte del toscano, su lengua materna, pero que se presenta continuamente contaminada por el castellano.

De sus apuntes de todo tipo emerge también y con fuerza la ciudad de Salamanca: sus gentes, sus costumbres, su Universidad, sus catedráticos, los libros más leídos y buscados, sus aulas, sus pueblos... todo lo que, de una manera u otra, entra en relación con nuestro diarista florentino, estudiante, además, muy curioso e interesado por una gran variedad de temas, como veremos.

Empecemos por sus calles. Girolamo las recorre a diario, las conoce palmo a palmo, allí viven sus amigos, sus compañeros, los artesanos que le prestan los servicios más variados..., y cuando hable de ellos casi siempre citará la calle: la calle Zamora, la Rúa, Placentinos, donde muere un escolar aragonés, la calle Desafiadero, donde ocurren distintos sucesos que nos narrará Da Sommaia –resulta herido un correo de Su Majestad, vive María López, entra un ladrón en la casa del Ratonero sordo–, la calle de Santa Ana, la de Escuderos, la de las Mazas, la de Pedro Cojos, la calle Escoto, donde vive un estudiante al que manda copiar varios libros. La casa de las Muertes y la de las Conchas aparecen también en este diario junto a referencias a la feria en el Teso de San Nicolás, en la Vega en Tejares, a la fiesta en el Arrabal...³.

Por lo que se refiere a los actos religiosos que se llevan a cabo en la ciudad, hay que señalar que, desde su llegada a Salamanca, Girolamo da Sommaia entra en la Cofradía de Aragón y durante dos años, desde 1604 a 1606, servirá como mayordomo: “Me hice cargo de la mayordomía de Aragón e hice el juramento acostumbrado” (VIII, 29, 28v, p. 134). Por eso, irá con gran asiduidad al convento de San Francisco, unas veces para reuniones con otros cofrades, otras para reclutar nuevos estudiantes, sobre todo italianos y, finalmente, para actos oficiales, cartas o incluso pleitos. Tanto unas actividades como otras aparecen reflejadas fielmente y con regularidad en su diario.

2 *Diario de un estudiante de Salamanca. La crónica inédita de Girolamo da Sommaia (1603-1607)*. Edición e introducción de George Haley. Universidad de Salamanca, 1977. De esta edición se toman las citas que aparecen en este estudio y que han sido traducidas por Milagro Martín Clavijo.

3 Cfr. HERRERO, José Luis. *Toponimia urbana en la Salamanca de los Siglos de Oro*. Ponencia presentada en el encuentro “Il cammino e la strada (Gli spazi del romanzo nascente)”, celebrado los días 4 y 5 de marzo del 2004 en la Università degli Studi del Piemonte Orientale de Vercelli y organizado por José Manuel Martín Morán, publicado en <http://www.cisi.unito.it/artifara/rivista6/testi/salamanca.asp>.

Es precisamente una de las fiestas religiosas más importantes, la del Corpus, la que describirá con mayor lujo de detalles nuestro autor en su diario. Estamos a 17 de junio de 1604:

Fiesta del Corpus. La Ciudad no hizo fiesta y la Iglesia sólo una “danzilla”.

Van a esta procesión los frailes mendicantes solos y los Trinitarios, los Benitos, Bernardos, Jerónimos, Mercenarios y otros no van.

Las Mazas del Santísimo Sacramento las llevan los regidores y no los Caballeros, como era la costumbre, y los otros van con su vara y el Corregidor el último, delante dos maceros vestidos con terciopelo rojo, con dos mazas de plata (VIII, 29, 85r, p. 197)⁴.

El diario de Girolamo da Sommaia se puede leer también como fuente inestimable a la hora de escribir una crónica de la Universidad de Salamanca en estos primeros años del siglo XVII. Nuestro estudiante florentino va a registrar puntualmente tanto datos de importancia para la Universidad –oposiciones, tomas de posición de rectores de colegios mayores, inauguraciones de curso...–, como otros elementos que, aunque más triviales, nos van a pintar un cuadro más pormenorizado de lo que ocurría en las aulas, en las clases, los rumores que circulaban por los claustros, las rivalidades entre profesores..., en fin, los entresijos de una Universidad que sólo podía conocer una persona que estuviera dentro y que, como Girolamo, tratara con todos: alumnos, profesores, bedeles...

El diario refleja también día a día la formación intelectual de Girolamo. Registra todos los libros que compra en sus librerías preferidas, como las de la Rúa, que toma prestados en bibliotecas públicas o privadas, que presta a amigos, que copia; hace referencia a los libros de leyes más leídos y nos señala, como lector privilegiado, las obras manuscritas que circulaban en ese momento –las obras de Gil González Dávila, las poesías de Diego Hurtado de Mendoza y de Fray Luis, entre otros–, pudo incluso leer la primera parte del *Quijote* que se acababa de publicar entonces.

De vez en cuando, Girolamo da Sommaia deja sus estudios y sus libros y sale de Salamanca para conocer otros lugares, generalmente no muy lejanos de la ciudad. En Semana Santa de 1604 va a Alba de Tormes y allí se quedará un par de días. Aunque ya hemos dicho que el autor no es muy prolífico en descripciones, cuando sale de excursión y, por tanto, de su rutina, varía bastante su manera de escribir. Se vuelve, en estas contadas ocasiones, más pausado en sus apuntes, más descriptivo, nos aporta más detalles, casi a modo de libro de viaje. Esta excursión parte de Salamanca el 11 de abril de 1604 y cuenta con una sola parada en Calvarrasa de Arriba. Ya desde el primer momento, el viaje se presenta como difícil:

⁴ Entre paréntesis facilitamos la localización del texto citado tanto en el documento original que se conserva, como en el volumen editado por Haley con la página en la que aparece.

Delante de Calbarrasa, a dos leguas de Salamanca, se cayó mi mula en un arroyo y pasé un peligro grande. Los dos mozos se portaron muy bien metiéndose en el agua, aunque cuando llegaron yo estaba de pie.

Desmontamos, me desnudé en Calbarrasa en casa de una labradora llamada Herrera que me prestó un par de calzones blancos y el cura Andrés de Tolosa me prestó unas polainas.

Llegamos a Alba a las cuatro y mostramos respeto a las Descalzas. (VIII, 29, 55r, p. 169).

A partir del día siguiente, 12 de abril de 1604, comienza verdaderamente la descripción de la villa ducal con todo lujo de detalles: recorrerá el Palacio Ducal, el convento de los Jerónimos, el monasterio de las Carmelitas Descalzas e incluso nos contará la historia de las reliquias de la Santa. Comienza con una descripción general:

Alba es tierra de fuegos.

Tiene 10 parroquias, dos conventos, uno de San Jerónimo, otro de San Francisco fuera de la ciudad, 3 monasterios, Carmelitas Descalzas, Benitas, Isabelas. (VIII, 29, 55r, p. 169).

Cuando llega al Palacio Ducal, del que hoy sólo queda la Torre del Homenaje, nuestro florentino cuenta lo que va viendo:

El Palacio del Duque en un alto que mira al puente San Jerónimo hacia Salamanca. [...]

En una torre están pintadas 3 historias, una es conocida, cuando se presenta el Duque Juan Federico al emperador don Carlos, las otras dos deben ser de la misma guerra.

Allí aparecen pintados ciertos cíclopes con la forja con la que baten rayos.

8 ó 10 cabezas con los bustos de mármol y bronce (VIII, 29, 55r, p. 169).

A veces, Girolamo nos describe los monumentos, como acabamos de ver, pero otras veces nos va a hablar de las personas que allí viven o vivían, del duque, de las monjitas... o nos cuenta la historia de Santa Teresa:

Las Descalzas Carmelitas tienen el cuerpo de Santa Teresa de Jesús, que aquí murió y aquí fue enterrada y estuvo unos años cubierta de tierra y piedras sin darse cuenta de lo que allí había. Más tarde la llevaron a Ávila y después de muchas discusiones la volvieron a llevar a Alba, donde ahora han conseguido la custodia del Santo Cuerpo.

El prior don Fernando de Toledo era muy devoto a esta santa y fue un fuerte motivo por el que el cuerpo se quedó en Alba.

Dejo al prior citado para la canonización 14 mil escudos. [...]

Son 20 ó 21 monjas, todas llevan sobrenombres de gran devoción, como de Jesús, de Cristo y otros símiles. Hablamos con las monjas, la priora madre María de Jesús, la Madre [...] de los sacramentos, la hermana Inés de Cristo que es de Zamora y era más conocida como Doña Inés de Gallinato.

Su capellán, Antonio Bravo pretende servir al obispo de Zamora.

Me dieron dos tiras de paño y un poco de carne en una cruz que son reliquias de la Santa Madre.

Al señor don Antonio le dieron lo mismo y, además, una medida del crucifijo de Burgos se la dio la hermana Inés de Cristo.

A Maricca le di uno de los dos paños.

Un puente está al entrar a Alba, muy bueno (VIII, 29, 55r, pp. 169-170).

También, y no exento de cierto morbo, nos contará con detalle la historia de las reliquias de la Santa:

Conservan un brazo sin la mano (que se encuentra en Lisboa) separado de todo el cuerpo y lo muestran dentro de una rejilla de hierro y se encuentra muy bien conservado con un cardenal negro en el codo de una caída que le provocó un demonio.

El cuerpo lo conservan en el coro y ahora se trasladará cerca del altar mayor. (VIII, 29, 55r, p. 170).

Otro centro de atención de Girolamo da Sommaia es el convento de los Jerónimos. Le interesan especialmente los detalles de los distintos sepulcros de los duques de Alba:

En San Jerónimo se encuentra un crucifijo muy devoto en una capilla a mano derecha.

Una sábana como la que está en San Francisco en Salamanca, pero ahora está en Holanda y es de tafetán.

Hay también algunas reliquias de Santa Ana, de las XI mil vírgenes, de San Sixto.

Hay también paramentos otorgados por el duque Don Fernando y don Fadrique, su hijo, y por otros duques

(Fray Juan de los Santos primo de Helana de Ansa.)

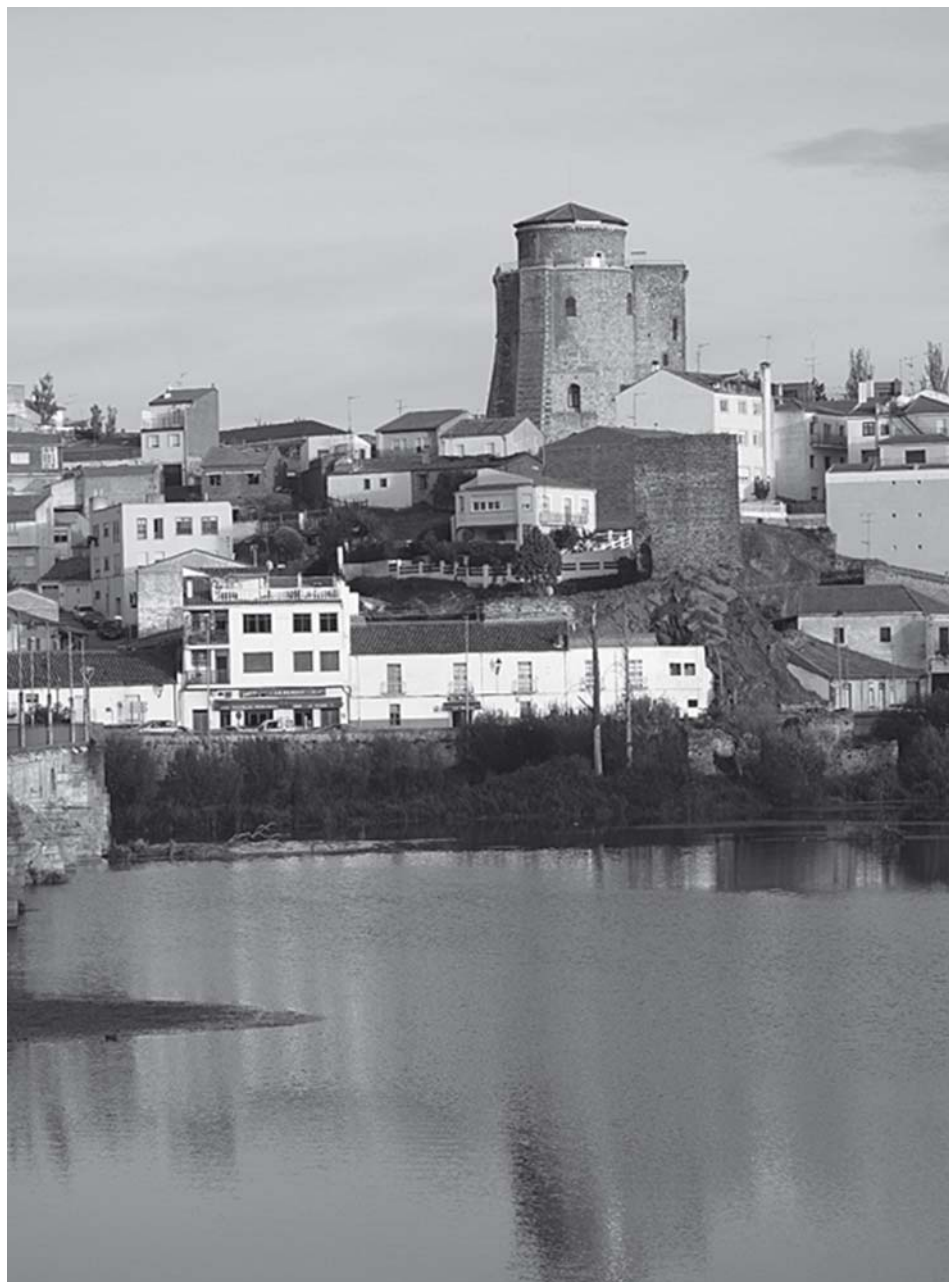
Doña María Pimentel, mujer del duque don Fernando, dio además mucho ella misma y allí se hizo un apartamento donde había bonitas piezas.

Hay, además, muchas banderas colgantes e izadas del duque don Fernando.

Era delante del convento de los frailes Premonstrenses por donde pasaron los jerónimos.

Está enterrado allí el obispo de Palencia don Gutiérrez que recibió en 1430 Alba del rey don Juan II.

El primer duque y la primera duquesa están enterrados en sepulcros de mármol a mano derecha cerca del altar grande.



*Panorámica de Alba de Tormes, destino de la excursión
que Girolamo da Sommaia describe en su Diario*

Enfrente se encuentran el conde y la condesa, no sé si primeros o últimos, en sepulcros parecidos.

El conde de Lerín está también allí enterrado en un sepulcro de mármol.

El duque don Fernando está muy cerca del altar grande más arriba del altar, debajo de un baldaquín de brocado en una caja cubierta de brocado y de terciopelo rojo en depósito para pasarlo a San Esteban en Salamanca.

Doña María, su mujer, y tres hijos del presente duque están enterrados allí a los pies de dicho depósito (VIII, 29, 55r, p. 171).

No es de extrañar este desmesurado interés de nuestro estudiante florentino por las iglesias y conventos. Cuando llegó a Salamanca ya había tomado las órdenes menores y a su vuelta a Florencia se ordenará sacerdote.

LA MIRADA DE UN CLÉRIGO ILUSTRADO EN LA SALAMANCA DEL SIGLO XVIII. NORBERTO CAIMO

LAUREANO NÚÑEZ GARCÍA*

RESUMEN: En la segunda mitad del siglo XVIII asistimos a un florecimiento de la literatura de viajes en Italia, generalmente adoptando la forma del relato epistolar. Un ejemplo excelente de este tipo de literatura lo encontramos en la obra *Lettere d'un viaggiatore a un suo amico (Cartas de un viajero a un amigo)* de Norberto Caimo, clérigo lombardo de espíritu ilustrado que recorrió Europa y España admirando las obras de arte y censurando las costumbres que consideraba contrarias a los nuevos aires reformadores del siglo. Las páginas dedicadas a su visita a Salamanca, en octubre de 1755, constituyen un magnífico testimonio de cómo se presentaba la ciudad a los ojos de un viajero foráneo, que admira el arte custodiado en iglesias y conventos o la perfección de la Plaza Mayor, pero es crítico hasta el sarcasmo cuando describe el estado de decadencia de la institución universitaria o la influencia de una iglesia en exceso tradicionalista en la ciudad.

ABSTRACT: In the second half of the 18th century, travel literature flourished in Italy, generally taking the form of an epistolary tale. An excellent example of this kind of literature is the work *Lettere d'un viaggiatore a un suo amico (Letters from a Traveller to his Friend)* by Norberto Caimo, the Lombard clergyman with an enlightened spirit who travelled Europe and Spain admiring the works of art and censuring the customs he felt ran contrary to the new reforming atmosphere of the century. The pages devoted to his visit to Salamanca, in October, 1755, are a magnificent testimony of how the city was perceived by a foreign traveller, who admires the art held in its churches and convents and the perfection of the Main Square, but is critical to the point of sarcasm when he describes the state of decadence of the university, or the influence of an excessively traditional Church on the city.

PALABRAS CLAVE: Norberto Caimo, Salamanca, literatura de viajes, siglo XVIII, Ilustración, Universidad de Salamanca.

* Universidad de Salamanca.

La ciudad de Salamanca no fue nunca una meta particularmente frecuentada para los escasos viajeros italianos que durante el siglo XVIII se adentraron en nuestro país con el ánimo de conocerlo y de describirlo: demasiado a trasmano para quienes, ya alcanzado el oeste de la Península Ibérica, seguían rutas que o bien finalizaban en Valladolid o bien seguían camino hasta Lisboa pasando por Madrid y Badajoz. Y, sin embargo, uno de estos escasos viajeros italianos que hasta Salamanca se acercaron, el fraile milanés Norberto Caimo, ha dejado unas curiosas y reveladoras páginas de la vida y de la realidad salmantina hacia mediados de siglo; también de la mentalidad con la que el viajero contempló la capital charra, es decir, desde la perspectiva de un literato-viajero ilustrado.

Poco sabemos de este enigmático clérigo lombardo, excepto que pertenecía a la Congregación de San Jerónimo (congregación que pocas décadas más tarde sería suprimida en los convulsos años de la presencia napoleónica en Italia) y que la mayor parte de su vida la dedicó a viajar y a apreciar las obras de arte, fundamentalmente pictóricas, que iba encontrando en su camino. La experiencia de estos viajes la recogió en los cuatro volúmenes de su obra más conocida: *Lettere d'un viaggiatore a un suo amico (Cartas de un viajero a un amigo suyo)*¹.

La publicación de la obra todavía hoy sigue envuelta en algunas ambigüedades e incertidumbres, empezando por la fecha exacta de su publicación pues los dos primeros volúmenes aparecieron sin fecha en 1759 o quizás 1760, el tercero en 1764 y el cuarto y último, con el título de *Osservazioni fatte da un Viaggiatore in alcuni Paesi d'Europa (Observaciones hechas por un viajero en algunos países de Europa)* en 1767. Además, la ciudad en la que se publicó, Milán, se esconde bajo el nombre de Pittburgo pero el volumen primero y cuarto vieron la luz por primera vez en Lucca. Por si esto no fuera suficientemente insólito, el nombre del editor no se cita explícitamente y toda la obra, escrita en forma epistolar, está dirigida a un destinatario (Messer Girolamo Cardano) que además de tener alteradas sus facultades mentales, ya había fallecido.

Aun así, la obra *Lettere d'un viaggiatore a un suo amico* se nos presenta como un ejemplo emblemático de lo que fue la literatura de viajes en la cultura italiana y europea en la segunda mitad del siglo XVIII y su relación con España, y en este caso con Salamanca, como destino del viaje.

Para comprender el contexto en el que se escribió esta obra no estará de más recordar que el siglo XVIII se caracterizó por una profunda renovación cultural que

1 La obra no ha sido nunca traducida completamente al español. Sin embargo, se puede encontrar una significativa selección y traducción de sus textos (a la que nosotros nos remitimos) en la monumental obra de José GARCÍA MERCADAL: *Viajeros extranjeros por España y Portugal (1952-1962)*. La Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León ha realizado en 1999 una nueva edición en seis volúmenes, siendo el tomo cuarto el que recoge el viaje de Norberto Caimo a Salamanca (pp. 828-833). Así mismo, Agustín GARCÍA SIMÓN, en *Castilla y León según la visión de los viajeros extranjeros (siglos XV-XIX)*. Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León, 1999, incluye una selección de los textos de Caimo referidos a Salamanca (pp. 186-192), pero más reducida que la de Mercadal y remitiéndose a su traducción. Lo mismo ocurre con la obra de Jesús MAJADA NEILA y Juan MARTÍN MARTÍN, *Viajeros extranjeros en Salamanca (1300-1936)*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 1988, pp. 114-119.

aspiraba a iluminar, a la nueva y más fiable luz de la razón, todo el horizonte del mundo contemporáneo. La búsqueda de una cultura universal que hiciera desaparecer las barreras entre las culturas de los distintos países favoreció los intercambios internacionales y la curiosidad por conocer otros lugares y otras formas de comportamiento humano, imprimiendo un carácter eminentemente cosmopolita al siglo. Si a esto le añadimos la renovada expansión del mercado editorial, dirigido a un público cada vez más numeroso y ávido de nuevas formas de comunicación literaria, se hace aún más fácil comprender el éxito de nuevos tipos de géneros literarios, como la novela, los libros de memorias y, precisamente, los libros de viajes.

Sin duda en el siglo XVIII se afianzó la literatura de viajes como no había sucedido en épocas anteriores, tanto por la cantidad de obras publicadas como por la variedad de sus contenidos, pero al menos en el caso de la literatura italiana habría que matizar entre la producción de la primera mitad del siglo y la segunda. Y ello porque hasta la primera mitad del siglo los viajeros italianos que entraron en contacto con otras realidades geográficas (y lo que es más importante, dejaron memoria escrita de ello) fueron cuantitativamente muchos menos que en la segunda mitad y los destinos elegidos, generalmente ligados a tradicionales motivos comerciales o religiosos, más exóticos y lejanos². Otra cosa bien distinta es lo que ocurrió en la segunda mitad del siglo. Junto al reducido grupo de viajeros que continuaron explorando remotas regiones y países, se multiplicaron los viajes por el interior de Europa. Destino privilegiado de estos viajes fueron lógicamente aquellas naciones que como Francia o Inglaterra abanderaban el nuevo clima de libertad cultural de un siglo inquieto y reformador; pero también, aunque en menor medida, aquellos países que como España, Rusia o Portugal libraban una más dura batalla contra las fuerzas todavía muy poderosas y arraigadas del tradicionalismo y el conservadurismo. Los mismos estados italianos, que deberán esperar aún más de una centuria para su unificación, se encontrarían en este segundo grupo.

Pero el viajero italiano que emprende su marcha por Europa se siente fundamentalmente ávido de ver y conocer otros lugares y formas de vida. Lo importante es viajar y relatar lo visto. Y precisamente otra característica que distingue la literatura de viajes italiana de la segunda mitad del siglo en comparación con la primera mitad y más aún con la del siglo anterior, es su tendencia a ser más exacta y concreta en la observación y descripción de los lugares que visita, superando prejuicios y la tradicional desconfianza con la que a menudo el viajero contempla una realidad nueva.

En este contexto histórico y literario debemos situar la obra y la figura de Norberto Caimo y la interesante descripción de su visita a Salamanca.

Objetivo fundamental del viaje de Caimo a España fue el de satisfacer una curiosidad genuinamente ilustrada por conocer nuestro país y, al mismo tiempo, examinar personalmente el rico patrimonio pictórico que en él se conservaba. Caimo era un

² Véase el estudio introductorio de Leonello VICENTINI en su *Viaggiatori del Settecento*. Torino: UTET, 1968, p. 11.



Litografía de la Plaza Mayor de Salamanca que visitó el clérigo Norberto Caimo a mediados del S. XVIII

ferviente admirador de las Bellas Artes y muy especialmente de la pintura, como él mismo deseó hacer constar en el subtítulo de su obra: “Viaje de España hecho en el año de 1755. Con notas históricas, geográficas y críticas y un índice razonado de los cuadros y las pinturas de Madrid, de El Escorial, de San Ildefonso, etcétera”.

Este interés de Caimo por la pintura española es un elemento importante para comprender el juicio y la atención con el que a menudo los viajeros extranjeros contemplaban nuestro país. Si es verdad que la mirada de estos viajeros solía recoger con estupor, desdén y no poco sarcasmo las imágenes de una España atrasada, supersticiosa y tosca (y la de Caimo también lo fue), no es menos cierto que el juicio era diferente cuando se entraba a valorar el arte que iban descubriendo en todas las ciudades. Y en este sentido Norberto Caimo fue uno de los primeros viajeros europeos que reivindicó con énfasis las Bellas Artes de nuestro país y muy especialmente la pintura³.

³ Sobre la literatura de viajes en la segunda mitad del siglo XVIII y su interés por el arte español véase el interesante y esclarecedor artículo de CRESPO DELGADO, Daniel. “De Norberto Caimo a Alexander de Laborde. Las Bellas Artes nacionales en la literatura extranjera de viajes por España en la segunda mitad del siglo XVIII”. En *Anales de Historia del Arte*, 11, 2001, pp. 269-290 y SORIANO, M.^a Enriqueta. *España vista por historiógrafos y viajeros italianos (1750-1799)*. Narcea, 1980.

Por las informaciones que el propio Caimo nos facilita, su visita a Salamanca tuvo lugar entre el 24 y el 30 de octubre de 1755, durante el reinado de Fernando VI. Todo lo referido a su viaje y estancia en Salamanca está recogido en la carta número diecisiete del libro. Como señalamos anteriormente, la obra del fraile milanés está escrita en forma epistolar, que fue el género dominante en la floreciente literatura de viajes dieciochesca en Italia, pues de este modo la implicación del autor, el lector y el tema tratado se llevaba a cabo de manera más directa. Además los libros de viajes escritos en forma epistolar aseguraban una serie de ventajas adicionales que, bien aprovechadas, hacían más atractiva la lectura. Así, por ejemplo, el encabezamiento y el cierre de las cartas, tal como hace Caimo, fija el espacio y el tiempo en el que se escribe la misiva, mostrando una organización de la escritura en forma de diario y confiriéndole un mayor realismo. Por otro lado, la forma epistolar concede a Caimo una mayor libertad a la hora de tratar los temas, que pueden ir desde la descripción de lugares y personajes, a la exposición de estados anímicos u opiniones personales. La forma epistolar le permite además adoptar un punto de vista más familiar e informal desde el cual contar la experiencia viajera, con una entonación más irónica, e incluso autoirónica, llena de efectos cómicos y en algunos momentos decididamente sarcásticos.

Todo lo expuesto hasta aquí se puede comprobar fácilmente en esta interesantísima Carta XVII de las *Lettere di un viaggiatore a un suo amico*.

Empieza el texto disculpándose ante el real (o ficticio) destinatario de sus misivas por el hecho de que últimamente sólo le hubiera hablado de conventos, iglesias y arte religioso, pero eso era lo único significativo que había encontrado en Castilla la Vieja, lo que era una queja muy habitual en los relatos de otros viajeros foráneos que recorrían esta región. Critica después la poca inclinación de los castellanos para la conversación y lo relegada que permanecía la mujer en los hogares. Estas críticas eran también muy propias de una mentalidad ilustrada como la de nuestro viajero, consciente de hallarse en un siglo en el que el placer de la conversación (erudita o frívola) estaba considerado como uno de los pasatiempos más civilmente educados. Pasa después a narrar su salida de Valladolid camino de Salamanca, trayecto en el que empleó dos días, teniendo que hacer noche en Nava del Rey. En esta última localidad entabla conversación con el procurador de un convento que dará pie a una interesante disertación sobre la calidad de los vinos españoles, cuya riqueza y diversidad confirman la importancia que la cultura del vino ha tenido desde siempre en los países mediterráneos como España e Italia.

CARTA XVII

IAS CONVERSACIONES DE ESPAÑA. SALIDA DE VALLADOLID. LLEGADA A SALAMANCA. SUCIEDAD DE ESTA CIUDAD. EL EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD: SU REPUTACIÓN. EL MÉTODO DE ENSEÑANZA. CEREMONIA DE DOCTORADO. LAS CABELLERAS DE SANTIAGO. TESIS DE TEOLOGÍA DEDICADA A NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

No os quejéis de mí, señor, poco contento de que, en la mayor parte de mis cartas, no os hable casi sino de conventos, de iglesias y de cuadros de devoción o de otras cosas semejantes poco hechas para usted, que, por gusto, gustáis de entreteneros y por instruiros en cosas que relacionan con la sociedad civil. Pero... ¿qué otros objetos encontraría para presentaros viajando por Castilla la Vieja? Sé que os complacerá el daros cuenta de los usos y de las maneras practicadas en las compañías y en las conversaciones de los castellanos y de sus diversiones, tanto en la ciudad como en el campo. Pero de buena fe, ¿cómo querer hallar conversaciones en un país donde han perdido hasta el nombre? Váyase a cualquier casa, aun de las primeras de la ciudad, se diría una gruta o una morada encantada, en la que con trabajo, a favor de una débil claridad de una lámpara hundida en el rincón de un cuarto, se puede distinguir al que se habla, y si hay señoras, acurrucadas casi siempre sobre esteras, como las sibilas sobre sus trípodes, apenas si os dejan escapar algunas palabras como oráculos a través de los Ave María de su rosario, que recitan, mientras los hombres están bostezando ante ellas, extendiendo los brazos. Si, por azar, tratan un asunto serio, pronto se acaba por alguna bagatela de devoción, y el pobre extranjero no sabe qué decir.

Más sin disminuir nada el mérito de la devoción, ¿no es esa manera de conversar la más desagradable que se puede imaginar? Decid usted mismo si me es posible extraer nada satisfactorio para contaros. Estoy seguro de que, sabiendo cómo usted es, sufriríais mucho en una sociedad en la que los otros no ponen nada suyo para complacer. Consiguientemente, no puedo más que lanzarme sobre otra cosa y sobre los objetos materiales, pero, sin embargo, dignos de vuestra atención, como las iglesias y los conventos, que existen en gran número, riquísimos, y de los que los españoles sacan muchas ventajas para lo espiritual. Es cierto que muchos se quejan de que hay demasiados, que su número es excesivo y de que de ahí viene en gran parte la despoblación y la esterilidad que hacen de España un país tan triste. Sería de desear el que viniese un príncipe que, con decisión y firmeza, hiciera uso de su poder para establecer buenos reglamentos y ordenar las cosas de manera que en todos los cargos, todos los empleos, hubiese personas capaces, dotadas de los talentos y cualidades necesarias para desempeñarlos y desterrar la ociosidad, la ignorancia y la beatería, que triunfan con un gran perjuicio de la nación. Tales son las quejas que oigo en cada momento.

He salido de Valladolid el 23 de octubre para dirigirme a Salamanca, en el reino de León, deseando ver su universidad, que es tan famosa. Dos mulas y un burro para llevar mi equipaje, a falta de no poder encontrar dos, han compuesto

mi séquito en este viaje, que ha durado dos días, siempre a través de llanos muy hermosos, en donde he visto multitud de viñas cargadas de la uva más hermosa del mundo. Habiéndome detenido la primera noche en la posada de un lugar llamado Nava del Rey, he tenido la compañía del procurador de un convento, que había ido allí a hacer provisión de vino. Hablamos durante largo tiempo sobre las diferentes clases de vinos de España y especialmente sobre aquellos de que tanto caso hacen los extranjeros. Al principio me hizo un elogio de los vinos de España, tan largo, que creí que no acabaría nunca, y concluyó diciendo que tenían la aprobación de todos los entendidos, tanto antiguos como modernos. A continuación me preguntó qué vino había encontrado el mejor de todos los que había bebido en España. A lo que le respondí que, no bebiendo ordinariamente más que agua, no era un conocedor bastante bueno para tener sobre aquello un juicio seguro, pero que por lo que podía imaginarlo, después de los ensayos hechos en las diferentes provincias que había recorrido, el que más me había parecido mejor era el vino de Zaragoza. Me replicó que, en efecto, era muy estimado, pero que el de Huesca y el de Cariñena, que son también del reino de Aragón, no lo eran menos, que además, hacían mucho caso de los vinos de Valdepeñas, de San Clemente, de Solana, de Oreja, de Colmenar, de Chinchón, de Cigales, de Alaejos, de Arrendó, de Yepes y de Esquivias, en Castilla; del vino de Valbona y de la Malvasía de Sitjes, en Cataluña, del vino de Fuentelahiguera, de Alicante, de Benicarló y de Torrente, en el reino de Valencia; del vino de Cádiz, de Jerez, de Málaga, de Cazalla, de Montilla y de Lucena, en Andalucía; del vino de Peralta, de Azagra y de Cascante, en Navarra; del vino de Rivadavia, en Galicia, y de muchas otras especies de diferentes provincias; los unos blancos, los otros tintos, algunos claretos; también los que llaman aloques o, de otro modo, vinos pajizos, y una última clase que llaman Pedro Ximénez, del nombre de una especie de uva con la que lo hacen. Añadió que en todos esos vinos los había fuertes, suaves y dulces, varios que tienen el color y el sabor del moscatel, y todos tan propios para ser transportados de un mundo al otro, que en el transporte adquieren más bien la fuerza que la pierden.

Tan agradable disertación se interrumpió a causa de un acontecimiento inesperado. Al viajero italiano le llegó la noticia de que uno de los burros que cargaban con su equipaje había caído en una zanja con agua y había perecido. En el accidente todos los libros que cargaba se mojaron y su estado era más lamentable, nos dice Caimo, que cuando fueron maltratados por los empleados de la aduana a su salida de Italia por Génova. Y sobre este comentario no estaría de más recordar que entre los muchos peligros que aterrorizaban a los viajeros que recorrían el sur de Europa en aquella época, uno era el paso de las aduanas, y otro, el recelo que podían despertar entre los inquisidores, más aun si viajaban con libros.

Pero lo más llamativo en este fragmento del relato de Caimo es que el accidente del burro abre un episodio propiamente narrativo que pretende entretener al lector y llamar su atención, mientras que los poemas que le dedica al asno (“como agradecimiento a los servicios prestados”) pueden ser entendidos como

una broma literaria en la que se mofa del lenguaje poético de la tradición italiana y de la poesía arcádica que tanto éxito había cosechado en la primera mitad del siglo y tan denostada lo fue en su segunda mitad.

La disertación del procurador aún no había terminado cuando vinieron a anunciarme una noticia que me causó mucha inquietud y recibí, sin embargo, sin alterar mi rostro, según el sistema que me he hecho. La noticia era que el burro, que había quedado atrás a cierta distancia, al pasar por un tablón que había de través sobre un foso, había caído en el agua patas arriba y había puesto mi equipaje en lejía. Mis libros sufrieron por ello más que todo lo demás. Me los trajeron completamente mojados, chorreando agua, y mucho peor tratados que lo habían sido en Génova por los empleados de la aduana. Pero el mayor mal fue para el burro, que, habiendo caído desde lo alto y no habiendo sido auxiliado demasiado pronto, se encontró en las últimas cuando lo sacaron a la orilla del foso y expiró un momento después. Tanto por compasión de su suerte como por agradecimiento a sus servicios que me había hecho, le hice enterrar y le hice este epitafio:

Qui d'un pigeo Asinel reposan l'ossa
Che non uso a portar di libri el pondo
Cadde, e mori nella vicina fossa
Secco traendo tutti i libri al fondo.
Deh! Paisegier c'hái pizzicore, e possa
Di trascinar volumi per lo mondo,
non ti venga, per dio, la fantasia
Di mai fidare agli Asin libreria.

Me advirtieron que ese epitafio, estando en italiano, no sería corrientemente entendido, y por eso hice en español otro, que aquí está:

Aquí yace sepultado
un borrico desdichado
que cayendo en fatal rió,
pobrecito se murió
por traer libros atados
que quedaron bien mojados;
y por eso no llegó a ser
en Salamanca bachiller.

Me fue preciso buscar otro, y no me costó trabajo encontrarlo, porque a medida que me aproximaba a Salamanca resultan más corrientes, incluso he encontrado sobre el camino grandes bandadas, que me han sido muy cómodas por sus ataques de amor y los torbellinos de polvo que hacían levantar. Por fin he llegado a esa ciudad, la madre de las ciencias y de las artes, que ha engendrado grandes hombres en las más altas ciencias como héroes salieron antaño del caballo de Troya.

Caimo llegó finalmente a Salamanca. Pero por el tono irónico de su última frase ya podemos intuir que sus expectativas pudieron verse defraudadas, al menos en lo concerniente a Salamanca como prestigiosa ciudad de cultura. Por lo pronto, la primera impresión que recogió fue la suciedad que encontró en sus calles y su deficiente pavimentación. Es de suponer que, como todavía sucede hoy con los viajeros que visitan Salamanca, sus primeros pasos lo condujeran a la Plaza Mayor, cuya construcción había finalizado precisamente ese año de 1755 bajo la dirección del arquitecto Andrés García de Quiñones que se había hecho cargo de la obra tras la muerte de Alberto de Churriguera. La Plaza Mayor (como el Campo de San Francisco) fueron algunas de las obras emprendidas en aquellos años en un intento de dotar a la ciudad de áreas de esparcimiento básicas y modernas. Caimo quedó muy favorablemente impresionado de la visión de la Plaza Mayor, de la amplitud y de la regularidad con la que había sido llevada a cabo. Y así lo recoge en su libro.

La ciudad de Salamanca es tan sucia como todas las otras ciudades de España. Sus calles son también estrechas, mal pavimentadas, unas veces altas, otras bajas, a causa de las diferentes desigualdades del terreno; pero hay allí una plaza de las más bellas que haya en toda España. Está rodeada de casas soberbias, todas de igual altura, a excepción de la del corregidor; son de tres pisos, con balcones de hierro en cada piso, y debajo pórticos muy sueltos, que forman cien arcos, bajo los que están los retratos de los reyes de España en otros tantos medallones; algunos de esos arcos son como otras tantas puertas para entrar allí, estando a igual distancia y proporcionados; en una palabra, todo el conjunto forma como el patio del palacio de un monarca. No está hecha que desde hace poco tiempo y está destinada para la fiesta de los toros y otros espectáculos, según las circunstancias.

Si contemplar la Plaza Mayor llenó a Caimo de admiración, otra cosa muy distinta supuso para el viajero italiano su visita al edificio de la celeberrima universidad. De dimensiones más reducidas de lo que había imaginado, sucia y mal iluminada, sólo la magnífica biblioteca mereció el elogio del viajero. Pero lo más significativo de la impresión que Caimo recoge de la universidad es el estado de decadencia en que se encuentra la institución en comparación al lustre que tuvo en otras épocas, muy visible en la preocupante situación laboral y económica de los profesores y en la disminución de los estudiantes que cursaban sus estudios.

El edificio de la universidad no me pareció merecer todos los elogios que varios escritores le han prodigado a manos llenas, y sobre todo Salmon, que ha querido señalarse en ese punto por encima de todos los demás. El edificio está apretado, sus pórticos son toscos, las cátedras oscuras, y no se tiene más que una cierta limpieza. La biblioteca es espaciosa y muy dotada de esos libros que están llenos de misterios profundos y tan ocultos que solo a los doctores de Salamanca pertenece el penetrarlos. Puede haber allí setenta profesores, de ellos ocho regulares; a saber, dos benedictinos, dos dominicos, dos franciscanos y dos jesuitas,

que trabajan por el amor de Dios; los seculares tienen sueldos, los unos de mil ducados, los otros de quinientos. Hay también lectores que llaman pretendientes a cátedras; estos no tienen otra cosa que la esperanza.

Esta universidad ya no tiene hoy aquella gran reputación en la que estaba en otro tiempo. Hubo un tiempo en la que allí se contaron hasta quince mil estudiantes, ahora no hay mil y no sé cuántos tendrá dentro de algún tiempo. La causa de esa deserción es que, poco a poco, los españoles, volviendo de sus prejuicios, abjuraron los viejos sistemas, que se sostienen en ellos más por compromiso que por cualquier otra razón, incluso hay allí profesores que desaprovechan altamente un método de enseñar que no sirve más que para llenar de tinieblas la inteligencia en lugar de aclararla.

Este último comentario de Caimo es enormemente revelador tanto del modelo de enseñanza que se practicaba en la Universidad de Salamanca a mediados del siglo XVIII como de la mentalidad del propio viajero que sabe que el siglo que ha adoptado la metáfora de la luz (la luz que debía barrer las tinieblas de la ignorancia) había encontrado un obstáculo difícil de remover en las venerables y arcaicas universidades españolas.

Invitado a una ceremonia de imposición del birrete de doctor a un fraile cisterciense, ni la obsoleta ceremonia y disertación del fraile ni el ramplón latín que escuchó fueron de su agrado.

He sido invitado una mañana a una ceremonia en la que debían dar el birrete de doctor a un fraile cisterciense. Comenzó por una larga procesión de frailes, que vinieron a la universidad en tono magistral, al sonido bastante desagradable de un tamboril de la figura de una marmita; cuando hubieron entrado en una sala grande que parecía un gran granero, el candidato debutó con un saludo en verso, en el que daba con profusión incienso a toda la asamblea, después de lo cual recitó una disertación sobre Nabuconodossor, en la que se trataba de saber si realmente se había convertido en bestia. Todo fue dicho en el latín usado en Salamanca, en verdad, no me quedé a oírlo hasta el final, queriendo hacer un mejor uso de mi tiempo yendo a ver lo que merece ser visto.

Decepcionado de la anticuada y prácticamente “medieval” ceremonia que acababa de presenciar en la institución académica, decidió visitar “aquello que merece ser visto”, y esto para Caimo no podía ser otra cosa que el arte que se hallaba custodiado en las numerosas iglesias y conventos diseminados por la ciudad. Era la Salamanca de 1755 una ciudad que conservaba aún una notable presencia del clero en su vida municipal. Gracias al catastro realizado precisamente a mediados del siglo XVIII por orden del ministro de Hacienda, marqués de la Ensenada, sabemos que la ciudad contaba con cuarenta conventos a los que estaban vinculados (entre religiosos y

religiosas, criados, criadas y estudiantes) casi mil seiscientas personas⁴. Caimo tenía, pues, muchas iglesias que visitar y muchos cuadros que contemplar. Como ya dijimos la pasión por la pintura era uno de los motivos principales que condujeron al viajero italiano a España, y en este ámbito es sin duda donde demuestra un mayor conocimiento y preparación. Como él mismo cuenta, de la universidad pasó a la iglesia de San Esteban, posteriormente a Nuestra Señora de la Victoria, a la Clerecía, al convento de las caballerías de Santiago (es decir, el convento de Santa Ana, que desapareció en el siglo XIX para construir la cárcel, hoy también desaparecida, junto a la Gran Vía), a los Capuchinos, a la Purísima y, finalmente, a la Catedral.

Pasé de la universidad a la iglesia de San Esteban, de los dominicos, cuyo pórtico y el vestíbulo están adornados de obras muy hermosas de Juan Antonio Ceroni, excelente escultor milanés que se señaló en el Escorial. Allí destaca sobre todo el San Esteban lapidado, que es un altorrelieve muy suelto, en el que hay mucha expresión. El retablo del altar mayor y los dos que están a los lados son una bella obra de madera dorada, en lo alto del cual está el martirio de San Esteban, comenzado por Claudio Coello, en el gusto de Aníbal Carraccio, y acabado por Lucas Jordán. La bella y majestuosa pintura, que llega desde el coro hasta Cabo Veda, es estimada sobre todo por la belleza de colorido; es del hábil Palomino Velasco. Se admiran en el convento diversas obras de pinturas que son muy hermosas, son de la mano de un dominico llamado Juan Bautista Mayno, milanés, tal como los frailes me lo han asegurado; pero una sobre todo es muy estimada, el Santo Domingo penitente, de la primera capilla del noviciado; en efecto, es un cuadro de mano maestra y en el que reina mucho gusto. Hay en ese convento doscientos religiosos, casi todos doctores de Salamanca, y lo que es más, siempre armados con todas las armas de la didáctica y dispuestos a venir a las manos, aunque fuera con los gigantes más temibles de la escuela de Escoto.

Nuestra Señora de la Victoria es un monasterio fundado en el año 1512 por Francisco Valdés; tiene treinta y seis religiosos jerónimos, por lo que he sido acogido con toda suerte de atenciones y de cordialidad. Treinta son estudiantes, todos en estado de sostener vigorosamente una argumentación sobre cualquier materia que sea, desde el alfa hasta la omega, sin cansarse, sabiendo muy bien todos definir, dividir, distinguir y hacer los silogismos sobre la sustancia y los accidentes, sobre lo que existe realmente y lo que no es más que ente de razón, sobre lo que es unívoco o análogo, sobre la materia y sobre la forma, sobre la potencialidad, la transmutabilidad, la composibilidad, la resolubilidad, etcétera. Los profesores de teología se sirven de Donet y se ahorran con eso el trabajo de componer ellos mismos sus cuadernos, pero por lo menos, ¿dan buenas explicaciones de ellos y de la manera de hacerlos útiles? Eso es lo que yo me dije y que no sabría decir; por lo demás, hablando con algunos que me parecieron más inteligentes, no he

⁴ Sobre este tema se puede consultar el trabajo de RODRÍGUEZ, Ángel. "La articulación del territorio salmantino en la Edad Moderna". En *Historia de Salamanca*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 1997-2001, tomo III.

podido disimularles que los antiguos cenobitas entendían mejor el hacer cestos que los modernos estudiar a Donet.

La iglesia de los jesuitas tiene la ventaja de ser más rica y más adornada que todas las demás de la ciudad. Lo que suele ser corriente en las iglesias de esos padres; es de orden dórico. Uno de sus hermanos laicos llamado Juan Matos ha dado su dibujo, que es magnífico. La cúpula es bonita, el pórtico soberbio, hay, sin embargo, allí algunos defectos en la arquitectura, desde el primer orden hasta lo más alto, por no haber sido dirigida por la mano de Matos. El contorno de la iglesia y del convento está apretado por las casas vecinas, que algunas partes, cubiertas por ellas, carecen de golpe de vista, que no puede ser alcanzado. Del mismo modo, en España los jesuitas encuentran obstáculos para su engrandecimiento. El claustro de ese colegio es de una construcción noble y adornado de muy buenos cuadros de la mano de Sebastián Conca, que representan la historia de la vida de San Ignacio, excepto el pasaje de su herida en el sitio de Pamplona, que es una obra mala de un fraile de la Compañía.

Los amigos quisieron hacerme ver a las religiosas llamadas caballeras de Santiago; son en número de trece; llevan un velo como las demás religiosas; su hábito es negro, con una larga cola; tiene mucha gracia; sobre su hábito está cosida la cruz de su orden, a la que, en los días de gala, unen una más rica y de piedras preciosas, según sus medios. Cuando van a alguna procesión en la ciudad, llevan una capa blanca, cuya cola arrastra mucho más que de ordinario y no debe tener menos de tres varas; es la costumbre de las religiosas de España, en la idea de dar a su gravedad un aire más majestuoso.

He entrado en la celda de la comendadora, la he hallado jugando a la sombra con algunas de las religiosas, pero dejó su juego para recibirme con esas maneras obsequiosas con que reciben a los extranjeros. Su conversación versó sobre asuntos de devoción, que fueron de su parte en tanta abundancia como los refrescos y las confituras, etcétera, con que me obsequiaron, dio orden de que me hicieran ver toda la casa y la iglesia, que nada tiene de distinguido si no es el estar habitada por las señoras más nobles y más afables de toda Europa.

He visto en la iglesia de los capuchinos el cuadro del altar mayor, que es una gloria con un número de santos. Es un asunto en el que hay muchas ideas; está ejecutado acertadamente, su dibujo es natural, así como el colorido. Es de Vicente Carducho. Se ve en la iglesia de los clérigos menores un San Carlos entre los Apóstoles, que es de Francisco Camilo. Es un gran cuadro, muy expresivo, de un buen colorido, lleno de rasgos en los que la fuerza de los afectos pone movimiento. Hay también del mismo dos cuadritos muy lindos en la sacristía; el uno es del Martirio de Santa Inés, el otro es su alma que sube al cielo. Los agustinos reformados tienen, en el altar mayor de su iglesia, una Concepción que es una de las buenas obras de Rivera. Esa iglesia es de una arquitectura noble.

He reservado el ver la catedral en último lugar. Es bella y bien construida en el gusto gótico; tiene diversas esculturas en madera de bastante poco valor, las mejores son la Asunción de la Virgen, en el altar mayor, y los cuatro Doctores; hay, además, muchas otras figuras de santos, cuya inútil multitud produce confusión. Es costumbre de España cargar lo más que pueden las paredes de las iglesias y los altares de santos, de ángeles, de flores, de milagros, de exvotos y de mil

figuras en esculturas o en pinturas, en alto o en bajo relieve, y poner crucifijos, unos encima de otros; he visto algunos al pie de los cuales sujetaban huevos de avestruz y otras semejantes bagatelas. Hay en la iglesia dos estatuas muy buenas, una de Santa Ana y una de San Juan Bautista, que son de Juan de Juni, así como un Descendimiento de la Cruz en el claustro de la antigua iglesia. Este claustro está también decorado de bellas pinturas de la mano de Fernando Gallegos; entre otras, de una Santísima Virgen con el Niño Jesús entre sus brazos y a sus lados San Andrés y San Cristóbal; aunque hayan perdido mucho por la humedad del lugar, que las ha estropeado mucho, se sigue reconociendo en ellas la habilidad del maestro; se descubre también allí una pincelada cuidada, una manera graciosa, acabada y completamente parecida a la de Alberto Durero. Conservan también en esta ciudad otras obras del mismo autor.

Una vez explorados los tesoros artísticos que guardaba la ciudad, y que, como hemos visto, Caimo evalúa con una gran independencia de juicio y el ojo experto de un especialista en la materia, llegó el momento de continuar su viaje. Pero una inesperada invitación a asistir a una tesis de teología en la universidad retrasará su partida. Este acontecimiento es uno de los pasajes más interesantes del relato de Norberto Caimo, al formular una certera crítica sobre el estado de prostración en el que se encontraban los estudios universitarios en Salamanca y diagnosticar las causas que los habían conducido a ese estado de decadencia en un periodo en el que en buena parte de las naciones europeas se encontraban en ebullición las ideas reformistas. Sería precisamente el pertinaz anquilosamiento en las angostas márgenes de una rancia cultura escolástica y una desvirtuada filosofía aristotélica (con sus ridículas lógicas del silogismo y la deducción) el obstáculo que impedía la autonomía de las ciencias y del conocimiento libre y racional. En definitiva, era la Universidad de Salamanca a mediados del siglo XVIII, tal y como nos la describe el viajero italiano, la suma expresión del *ergotismo* y la pedantería, con un pensamiento filosófico sometido todavía a la hegemonía de la teología.

Una universidad en la que se continuaba enseñando el sistema de Ptolomeo y se criticaba el de Copérnico, se desconocía casi completamente a Descartes y donde un profesor de la universidad e ilustre escritor salmantino contemporáneo de Caimo, Diego de Torres y Villarroel, confesaba que nunca había oído nombrar las matemáticas durante la carrera. Todavía en 1771, cuando el gobierno del reformador Carlos III presionó a las universidades españolas para que se preocuparan por la enseñanza de las ciencias exactas y la física, en otras palabras, para que se modernizaran, la de Salamanca respondió (y así se recoge en el Memorial ministerial del marqués de la Ensenada) que “Nada enseña Newton para hacer buenos lógicos o metafísicos, y Gassendi y Descartes no van tan acordes como Aristóteles con la verdad revelada”⁵.

5 Sobre el pensamiento filosófico que imperaba en la Universidad de Salamanca en el siglo XVIII, se puede consultar el capítulo XVI de la obra de MENÉNDEZ BAJARANO, Mario. *Historia de la filosofía en España*. Madrid: Renacimiento, 1927, pp. 327-377.

No es extraño, pues, que Caimo recurriera a la ironía y el sarcasmo al describir la defensa de la tesis que acababa de presenciar.

La graciosa invitación que he recibido para una tesis pública de teología me ha obligado a hacer aquí, para asistir a ella, una más larga residencia de lo que me había propuesto. Llegado el día, me encontré en la reunión, que era muy numerosa, y tuve el distinguido honor de estar colocado entre los sabios más graves y más bárbaros de la universidad. Para daros una idea de la manera de argumentar y de la fuerza con que lo hacen, os diré solamente que se siente el aire agitado, las paredes estremecerse y todos los muebles temblar al ruido de los repetidos truenos de una multitud inagotable de ergos, cuyas descargas se siguen sin interrupción.

Después del gran acto vienen los elogios de los que han sostenido la disputa, y comprenderéis que me fue necesario aplaudir como los demás. Esa tesis estaba dedicada a Nuestra Señora de la Merced. He aquí los títulos que daban en una hoja impresa: “¡Oh maravilla soberana, divina, eterna, incomparable de gracias, prodigio eterno de los habitantes de los cielos, revestida del sol, colocado sobre la luna, que lleva la luz y la claridad de Dios, carro maravilloso del eterno salomón dorado de la claridad del sol; en una palabra, a la Santa Virgen María, bajo el título conocido de Nuestra Señora de Rayces!”.

La dedicatoria no es menos singular y risible; el latín, es del estilo más bárbaro, el más detestable y el más estúpido que jamás pueda verse. Es un conjunto de frases ridículas e insípidas entrelazadas a diestro y siniestro de textos de la Escritura y de los Santos Padres, amontonados sin orden ni medida, una mezcla extraña de palabras españolas y árabes latinizadas y colocadas revueltas. Así hablan el latín en Salamanca. ¿Qué será donde no haya universidad?

Que los españoles no se quejen, pues, tanto de los extranjeros, y sobre todo de los franceses, si los maltratan tanto con relación a sus estudios, puesto que lo hacen con tanto fundamento. Los mismos de su país que son razonables no pueden evitar el censurar los defectos en que incurren al escribir o hablar en latín y se indignan de que no se vea florecer a Antonio Lebrija, Palmirano, Pinciano, Vives, Sepúlveda, Villegas, porque abandonan en absoluto a Plauto, Terencio, Cicerón, César, Salustio, Tito Livio, etcétera; se atienen únicamente a Tertuliano, a San Cipriano, a San Jerónimo, a San Ambrosio, a San Agustín, que son en realidad maestros nuestros en cuanto a piedad y a moral cristianas, pero en modo alguno para enseñarnos la lengua; además, si todos los defectos de las escuelas de Salamanca y de todas las demás de España no estuvieran en la latinidad, serían quizá más tolerables, porque, después de todo, no se trataría más que de una lengua y de una manera de expresarse y podría ser muy sabio sin poseerlas; pero el gran daño está en la manera de pensar; tiene como principio el que para perfeccionar la inteligencia humana es necesario agudizarla, sutillarla, pero eso teniendo por máxima al mismo tiempo el evitar el exceso; llevan tan lejos la sutileza que enervan toda la fuerza de su juicio y lo hacen incapaz de pensar sanamente, poco más o menos, como esos artistas que por querer hacer sueltas las diferentes piezas que deben componer una máquina, cuando se trata de reunir las estropean toda la máquina y

la hacen pedazos. Emplean todos sus esfuerzos en forjarse ideas arbitrarias, ideas en el aire, reflexiones sin objeto real, alejándose siempre de la razón natural, de la que no hacen sino alterar su pureza al querer refinarla y hacerla más sutil; de ahí viene el que los razonamientos que forman vayan a parar a menudo a puros paralogismos y se terminen siempre en vanas y fastidiosas especulaciones, que no sirven más que para confundir las materias y hacer su inteligencia más difícil y más oscura.

Ciertamente que estas pobres gentes dan pena, y si me fuera permitido subir a su cátedra y hablarles con libertad, podría hacerles una buena arenga sobre ese asunto; pero no podría obtener otro fruto sino aburrirlos y aburrirle también a usted al describirlo. Por eso es por lo que acabo, asegurándoos que soy, etcétera.

En Salamanca, el 30 de octubre de 1755

Por la fecha con la que Caimo se despide en su carta, su marcha de Salamanca se debió producir el 30 o quizá 31 de octubre de aquel año de 1755. En cualquier caso, pocas horas antes de que el devastador terremoto de Lisboa, que tuvo lugar el 1 de noviembre, sacudiera también la capital charra y algunos de sus edificios sufrieran importantes daños.

De las páginas que Norberto Caimo ha dejado sobre su visita a Salamanca es posible extraer dos reflexiones esenciales. En primer lugar, que la visión que nos transmite puede ser crítica e incluso sarcástica cuando la realidad que contempla le parece censurable, como la enseñanza en la universidad; o puede ser elogiosa si así le parece oportuno como su juicio sobre la Plaza Mayor; pero lo que caracteriza verdaderamente la mirada de Caimo es la independencia intelectual a la hora de juzgar lo que ve de acuerdo con su sensibilidad (y su moralidad) ilustrada y plasmarlo luego en la escritura siguiendo el principio del *dolcere delectando*.

Y en segundo lugar, que toda la literatura de viajes que en la segunda mitad del siglo XVIII se ocupó de una por entonces desconocida España fue de hecho, como afirma Crespo Delgado, un camino de acercamiento desde una Europa en exceso lejana, convirtiéndose en uno de los privilegiados escenarios en que la ilustración continental debatió y reflexionó sobre nuestro estado e identidad⁶. Y las páginas que Norberto Caimo dedicó a Salamanca son un magnífico ejemplo.

6 CRESPO DELGADO, Daniel. *op. cit.*, p. 270.

BENEDETTO CROCE

PAULINO MATAS GIL*

RESUMEN: El filósofo, crítico e hispanista napolitano Benedetto Croce, nacido en 1866 y muerto en 1952, fue uno de los intelectuales italianos más respetados en vida y después de ella. Su proyección en la cultura universal es muy amplia y así se lo reconocieron eminentes intelectuales, entre ellos los españoles Marcelino Menéndez y Pelayo, Américo Castro, Unamuno, etc. Como era costumbre en la época, y guiado por el libro dedicado a España por Edmondo de Amicis, decide realizar un amplio viaje por la Península Ibérica entre el 8 de mayo y el 30 de junio de 1889. A Salamanca dedicará la jornada del 20 de junio y en un solo día consigue visitar los lugares y los monumentos principales de la ciudad: por sus páginas pasan la iglesia de San Miguel, el Hotel del Comercio, la Casa de las Conchas, San Esteban... Se detiene en la Universidad, admira su fachada, el patio, se deleita con los manuscritos de la biblioteca y rememora a una de sus figuras literarias españolas admiradas delante de su tumba: Fray Luis de León. Una emoción semejante le invade delante del Palacio de Monterrey, porque le recuerda su Nápoles natal donde el conde de Monterrey fuera virrey.

ABSTRACT: The Neapolitan philosopher, critic and Hispanist, Benedetto Croce (1866-1952), was one of the most respected Italian intellectuals during his lifetime and after. His influence on world culture is widespread and was recognized by eminent intellectuals, among them the Spaniards Marcelino Menéndez y Pelayo, Américo Castro and Unamuno. As was the custom of the age, and guided by the book devoted to Spain by Edmondo de Amicis, he decided to travel widely around the Iberian Peninsula between 8 May to 30 June 1889. He was in Salamanca on 20 June and in a single day managed to visit the principal monuments and buildings of the city: his pages describe the Church of San Miguel, the Hotel del Comercio, the Casa de las Conchas, San Esteban, and more. He spends time at the University, admiring its façade, the courtyard; he delights in the manuscripts of its library and recalls one of his admired Spanish literary figures while standing before his tomb: Fray Luis de León. A similar emotion invades him in front of the Palace of Monterrey, because it reminds him of his native Naples where the Count of Monterrey was Viceroy.

PALABRAS CLAVE: Croce, filósofo, hispanista, Península Ibérica, Salamanca, palacio de Monterrey.

* Universidad de Salamanca.



*El filósofo, historiador y crítico literario
Benedetto Croce, excelente conocedor
de la cultura y la vida españolas*

Benedetto Croce (1866-1952), filósofo, historiador, crítico literario, uno de los hispanistas modernos más importantes, es sin lugar a dudas una de las personalidades clave de la cultura italiana del siglo XX.

Nació casualmente en Pescasseroli, un pueblecito de los Abruzos, debido a que sus padres huyeron de la epidemia que azotaba la ciudad de Nápoles. En 1883 perdió a sus padres y una hermana en el terremoto de Casamicciola, heredando una importante fortuna. Marchó a Roma con su tío el filósofo Silvio Spaventa y en la capital italiana estudió derecho aunque no terminó la carrera. También siguió las clases del filósofo que introdujo en Italia el conocimiento del marxismo, Antonio Labriola.

En 1886 regresa a Nápoles donde se dedica fundamentalmente al estudio de la historia de Nápoles; historia muy unida a la de España ya que en Nápoles Croce va descubriendo todo

tipo de rastros de la presencia secular de España en la ciudad napolitana. Es así como va naciendo su vocación de hispanista. Unos años después, en 1889, visita España, pues sentía la necesidad de conocerla personalmente, pues sólo conociendo nuestra historia podría aferrar la de Nápoles.

Escribió obras de proyección internacional como, por ejemplo, *La estética como ciencia de la expresión lingüística general* (1902), *Filosofía de la práctica, economía y ética* (1909), *Ensayo sobre Hegel* (1912), *Breviario de estética* (1912-1913), *España en la vida italiana durante el Renacimiento* (1915) o *Teoría e historia de la historiografía* (1917).

En 1903 fundó la revista *La critica*, teniendo colaboradores tan importantes como Giovanni Gentile. La revista duró hasta 1944 y fue sustituida por *Quaderni della critica*. En 1920 fue elegido ministro de Educación. Se opuso al fascismo. Después de la Segunda Guerra Mundial fue nombrado de nuevo ministro. Pasó sus últimos años en Nápoles donde murió en 1952.

Como hemos mencionado en 1889 Croce realiza su primer y único viaje a España y lo hace en compañía de Francisco Capece Galeota, hijo del duque de la Regina. Traen como guía el libro *España* de Edmondo de Amicis. De este viaje Croce dejó unos apuntes escritos a mano y que no fueron publicados hasta nueve

años después de su muerte. Con el patrocinio del Banco de Nápoles, y bajo el título de *Advertencia*, en 1961, su amigo Fausto Nicolini publica el cuaderno de viaje del filósofo napolitano¹.

El libro autógrafo de Croce está formado por ochenta densas páginas numeradas, más otras cuatro en blanco al principio sin numerar, y otras cuatro, también en blanco, al final.

A este libro Croce no le puso ningún título, pero en la tercera página en blanco escribió de su puño y letra *Copia de un cuaderno de 1889. B. Croce*. Se trata, pues, no del cuaderno original en el que Croce día a día redactaba sus experiencias del viaje, sino de una copia, también autógrafa, de aquel cuaderno.

Como hemos apuntado, este librito se publicó póstumo en 1961, pero hacia 1926 Croce ya había puesto en limpio los apuntes sobre el viaje realizado a España. Es una obra muy poco conocida tanto en España como en Italia, hasta el punto de que no figura en la Biblioteca Nacional "Vittorio Emanuele" de Roma. El motivo se debe a que al publicarla Fausto Nicolini en 1961 lo hizo en forma de separata del *Bollettino dell'Archivio Storico* del Banco de Nápoles.

El viaje por la Península Ibérica de los dos italianos dura desde el 8 de mayo al 30 de junio de 1889. Las ciudades que visitan son Barcelona, Valencia, Sagunto, Alicante, Elche, Córdoba, Sevilla, Jerez de la Frontera, Cádiz, Tánger, Granada, Málaga, Badajoz, Coimbra, Oporto, Lisboa, Alcobaça, Batalha, Cintra, Madrid, Toledo, Aranjuez, El Escorial, Salamanca, Valladolid, el Archivo de Simancas, Santander, Burgos, Bilbao, Pamplona, Zaragoza y San Sebastián. Desde aquí iniciaron el viaje de vuelta por la frontera de Hendaya.

El mejor pasatiempo del napolitano durante los largos viajes o cuando el tiempo no acompañaba y tenía que permanecer en el hotel era la lectura de los libros que iba comprando de escritores españoles de la época como J. Valera o Fernán Caballero.

Cierto es que los trabajos del hispanista Croce empezaron a publicarse poco después de aquel viaje. Personalidades como Marcelino Menéndez Pelayo ya en 1894 hablan del "erudito napolitano Benedetto Croce, tan benemérito de nuestras letras"². La admiración de Menéndez Pelayo por Croce va aumentando cada vez un poco más, y sobre todo en el ámbito de la estética. Por ejemplo, cuando en 1902 le envía Croce su *Estética como ciencia de la expresión y lingüística general* llega a decirle que ha enriquecido no sólo la bibliografía filosófica de Italia, sino la del mundo.

A raíz de la traducción al español de esta obra por José Sánchez Rojas empieza la relación epistolar entre Benedetto Croce y Miguel de Unamuno. El rector de la Universidad de Salamanca se había comprometido a realizar el prólogo de la obra, pero había una frase en la *Estética* del napolitano que a Unamuno no le gustaba

1 CROCE, B. *Nella penisola iberica: taccuino di viaggio (1889)*. A cura di Fausto Nicolini. Napoli: Banco di Napoli, 1961.

2 MENÉNDEZ PELAYO, M. *Antología de poetas líricos castellanos*. Madrid: CSIC, 1944, tomo III, p. 121.

nada: “la sempre sventurata Spagna”. Unamuno decidió enviar a Croce el prólogo que había escrito antes de que fuera publicado y lamentaba que esta frase hubiera sido escrita. Inmediatamente le responde Croce diciéndole que sólo había una *boutade*, no contra España, sino contra la pedertería positivista. Le aseguraba que en la siguiente edición que estaba preparando de su *Estética* suprimiría esa frase, como así hizo. Y Unamuno aceptó las explicaciones del napolitano. Años después, en 1916, en *La Nación* de Buenos Aires, afirma de Croce que “es un hispanista, y de los más eminentes, y uno de los que mejor conocen la historia y la literatura españolas, aún en Italia, donde los hay tan enterados y tan bien informados de nuestras cosas de España [...] Croce es, con Eugenio Mele, con Arturo Farinelli, con Papini, con Savi-López, con tantos otros italianos de hoy, de los mejores y mayores hispanófilos que haya”³.

El viaje empieza el 4 de mayo desde la ciudad de Nápoles, llegan a Roma, Croce hace una visita a su tío Spaventa y parten hacia Génova. Pasan por Pisa donde destaca que desde el tren ha visto el grupo de las cuatro maravillas⁴. En Génova cambian de tren con dirección a Mónaco, duermen aquí y comenta que el Casino le produce repugnancia. De Mónaco marchan hacia Marsella, después Narbona, Perpiñán y, finalmente, el día 8 de mayo llegan a Barcelona, donde permanecen varios días para conocer bien la ciudad, no sólo los monumentos, sino también las calles, los comercios y las mujeres con sus mantillas. Durante el largo viaje que el napolitano realizó por España y Portugal la región que más le gustó fue la catalana.

El 13 de mayo llegan a Valencia y de allí sucesivamente viaja a Sagunto, Alicante y Elche. Tras un largo y cansado viaje llega a Andalucía, región que recorre prácticamente en su totalidad, para dirigirse a Portugal a través de Badajoz.

El regreso a España desde Lisboa con dirección a Madrid lo hizo pasando por San Pedro de Alcántara, Valencia de Alcántara, Plasencia, Talavera de la Reina. Desde Madrid realiza excursiones a Toledo, Aranjuez y El Escorial y, siempre en tren, llegan el 20 de junio a Medina y puesto que la estación le pareció sucia y poco apta para descansar en ella, decidieron continuar el camino hacia Salamanca.

Croce visita ávidamente la ciudad, pretende conocer el mayor número de monumentos posibles y sus descripciones suelen ser certeras y bastante personales, aunque eso no le impide cometer algunas claras equivocaciones, como veremos a continuación en la anotación de su diario, fechada el 20 de junio:

A la una y media de la madrugada hemos llegado a Medina y, dado que era imposible dormir en la estación, a causa del estado indecoroso e incómodo de la estación, hemos continuado enseguida para Salamanca, a donde hemos llegado a las cuatro de la mañana. Nos hemos trasladado al Hotel Comercio, nos hemos

3 GARCÍA BLANCO, M. “Benedetto Croce y Miguel de Unamuno. Historia de una amistad”. En *Annali dell'Istituto Universitario Orientale*, Sezione Romanza, I, 1, 1958, Nápoles.

4 Se refiere a la torre inclinada, el baptistero, la catedral y el cementerio.

acostado sin desnudarnos, hasta las ocho y media, y nos hemos puesto a caminar por la ciudad guiados por uno de los mozos habituales.

La Plaza Mayor tiene un bello pórtico, que da vueltas por los cuatro lados, y un palacio de arquitectura barroca muy agradable. La iglesia de San Miguel⁵ cuenta con una fachada románica y hay tumbas antiguas en su interior. La ciudad está de fiesta por celebrarse el día del Corpus y por la tarde debe de haber una solemne procesión. En la plazuela junto a la iglesia de San Miguel, hay un gran número de campesinos con el traje regional: calzas negras, calzones cortos y ajustados a los muslos, jubón corto de terciopelo negro, malla adornada con hilo de oro al cuello y en la cabeza grandes *sombreros* en forma de quitasol, con la copa puntiaguda. *La Casa de las Conchas* tiene la fachada salpicada de conchas esculpidas en piedra: su estilo oscila entre árabe y gótico. También el patio, con una escalerilla al fondo y con arcos es muy hermoso. Al lado está la enorme y rica iglesia de los jesuitas. Hemos visto también el seminario. La catedral tiene una espléndida fachada con tres puertas en forma de arco semielíptico; está toda ella llena de bajorrelieves, estatuas, escenas de grupos de personas, agujas góticas y otros adornos. El interior es también de estilo gótico. Los edificios de Salamanca están construidos con una piedra de talla fácil, de un color amarillo con tendencia al rojo. Junto a la catedral nueva está la vieja, gótica, con muchas tumbas antiguas.

La iglesia de San Esteban, detrás de la catedral, tiene una fachada de estilo románico. En la misma plaza el palacio del gobierno, de estilo clásico.

La Universidad se encuentra en uno de los lados de la plazuela, en la que se levanta la estatua en bronce de fray Luis de León. La fachada, de estilo plateresco, parece un bordado: tiene dos medallones con los retratos en relieve de Fernando el Católico y de Isabel de Castilla. En el bonito patio, hay una escalera en la parte derecha que lleva al corredor superior y a la biblioteca, cuyo aspecto es el acostumbrado en las bibliotecas monacales. En una vitrina, varios manuscritos importantes, entre los cuales la obra de Alonso de Luna sobre las vidas de las mujeres célebres y autógrafos de fray Luis de León. En la capilla se encuentra su tumba. Entre las aulas de la Universidad vale la pena recordar precisamente la de fray Luis de León, que se conserva en su estado original, con la cátedra semejante a un púlpito, y los bancos completamente marcados y escritos por los estudiantes.

Muchas otras iglesias y palacios muy hermosos tiene Salamanca. En la *Casa de la Salina*, un patio, con la graciosa arquitectura habitual. El Museo, que enseña una colección de cuadros horribles, está situado en el claustro del convento de San Esteban: lo mejor que allí se puede ver son el claustro y la escalera del convento.

La casa de los condes de Monterrey es un gran edificio, del que solamente se terminó la ornamentación superior de arcos y cornisas bastante barrocos. En frente, el convento y la iglesia de las agustinas, en donde, en el altar de la izquierda, está la tumba de Monterrey, que fue virrey de Nápoles y, en el de la derecha, la tumba

5 En realidad se refiere a la iglesia de San Martín.

de su mujer, la virreina. Estaba copiando las largas inscripciones de las mismas, cuando ha venido el sacristán a echarnos, porque debía cerrar. En la misma iglesia, un buen cuadro de Ribera y otros de pintores napolitanos.

Después del mediodía hemos entrado en un café, donde yo he leído durante algunas horas y Francisco ha estado durmiendo. Luego, yo solo, he dado otro paseo por Salamanca. A las cinco hemos salido para Medina, atravesando un campo verde desierto. En la estación de Medina, hemos descubierto que el dueño del bar tenía también *dormitorios*; y muertos de cansancio y todavía medio enfermos por la paliza y por la fuerte humedad de ayer, nos hemos ido a la cama.

Visitan Valladolid y el Archivo de Simancas. El 23 de junio marchan hacia Santander y la define como nada de particular. Duermen al día siguiente en Venta de Baños y por la mañana se dirigen a Burgos y afirma que su catedral es la más hermosa que ha visto hasta ahora en España. El 26 del mismo mes parten para Bilbao, después se detienen en Pamplona, llegan a Zaragoza al día siguiente (considera que no merecía la pena hacer un viaje tan largo para conocer esta ciudad).

Por último de Aragón se dirigen a San Sebastián, ciudad bien trazada, limpia y cómoda. El día 30 de junio pasean por la ciudad y dejan España por Hendaya...



UNA MIRADA DIFERENTE: LA SALAMANCA ANTIRROMÁNTICA EN *PENÍNSULA PENTAGONAL* DE MARIO PRAZ

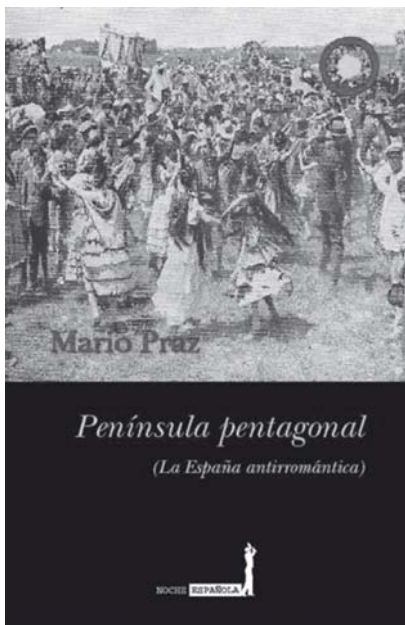
MILAGRO MARTÍN CLAVIJO*

RESUMEN: Mario Praz es un conocido crítico literario y de arte italiano. También un viajero que llega a Salamanca en 1926, ciudad de la que nos dejará sus impresiones en una obra polémica titulada *Península pentagonal: La España antirromántica*. No es ésta la Salamanca que nos esperamos encontrar, la que estamos acostumbrados a leer. Aquí no aparece ninguna de las ideas convencionales. Mario Praz nos ve desde la distancia, nos desacraliza, nos libera de los tópicos, de lo pintoresco; emerge de esta manera también una Salamanca diferente.

ABSTRACT: Mario Praz was a well-known Italian literary and art critic. He was also a traveller who arrived in Salamanca in 1926, a city he gives his impressions of in the polemical work entitled *Península pentagonal: La España antirromántica*. This is not the Salamanca we expect to find, the one we are accustomed to reading about. None of the conventional ideas appears here. Mario Praz views us from a distance, deconsecrates us, and frees us from commonplaces, from the picturesque. A different Salamanca thus emerges.

PALABRAS CLAVE: Praz, antirromántico, pintoresco, desasacralizar, catedral, universidad, convento de las Agustinas.

* Universidad de Salamanca.



Portada de la novela de Mario Praz
 Península pentagonal
 en la que se describen distintos
 ambientes salmantinos

en su mayoría, habían comenzado ya entonces a forjar una idea de España muy particular, una España diferente. A lo español se le califica de genuino, de primitivo en la acepción más amplia del término, de ancestral. Visitar España es volver en cierta manera en el tiempo, reencontrar lo que se ha perdido en otros países. Es una versión, como dice Mario Praz, ciertamente romántica de España y poco cercana a la realidad que él mismo comprobó en su viaje de 1926.

Cuando Mario Praz llega a España y cuando publica por primera vez su libro en 1928 apenas se le conoce en el panorama literario. Es licenciado en Derecho y también en Letras y desde 1923 se encuentra en Inglaterra donde entra en contacto con el mundo literario inglés y fundamentalmente londinense. Allí trabajará durante varios años como lector de italiano en la Universidad de Liverpool. Su viaje a España se encuadra precisamente en estos años de residencia en Inglaterra y antes de que la publicación de su libro *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* en 1930 le haga famoso, sobre todo en Gran Bretaña y en Estados Unidos. Son años en los que se dedica al estudio de la literatura inglesa y fundamentalmente del periodo que va desde el siglo XVII a la época victoriana. Sin embargo, sus intereses son mucho más variados: le apasiona la literatura en general y se ocupa tanto de literatura italiana, como de francesa, española, alemana y rusa.

Mario Praz no es un viajero común. Los ojos con los que mira los países que visita no se centran en lo que es más habitual, en lo ya sabido, en lo ya visto. No es un crítico cómodo ni acomodado, no se deja llevar. Desata polémica allá donde va, sobre todo con sus escritos. El libro en el que narra su viaje por España en 1926 no es una excepción en su trayectoria. Su título ya es curioso, distinto, *Península pentagonal*: a la Península Ibérica se la caracteriza con un adjetivo muy lejano de los que estamos acostumbrados a oír, pentagonal, con el que designa su forma, nada más. Y detrás de un título original, un subtítulo cargado de polémica: *La España antirromántica*.

Estamos a mitad de los años veinte y España está de moda, sobre todo en el mundo anglosajón. Americanos e ingleses, aunque también europeos del norte, visitan España. Y lo hacen mayoritariamente con una idea preconcebida, la que han leído en diversas obras que hablan sobre España, sus costumbres, sus gentes, sus monumentos. Estamos todavía muy lejos de las guías turísticas que utilizamos ahora, pero esos libros, literarios

Pese a que fuera de Italia durante los años treinta es apreciado por su original método crítico, Mario Praz no va a gozar de la misma admiración en su propia tierra. Benedetto Croce y con él otros críticos italianos no van a estar de acuerdo con su peculiar manera de enfrentarse a un texto, lo van a atacar y considerar poco científico. Afortunadamente, en la actualidad las cosas han cambiado también en Italia y se consideran sus estudios como pioneros e innovadores. Su libro sobre la literatura romántica se ha convertido en un clásico sobre la estética decadente en la cultura europea.

Por lo que respecta a la recepción de las obras de Mario Praz en España hay que decir que se trata de un autor todavía poco conocido a pesar de que algunos de sus libros, probablemente los más importantes, se han publicado aquí y en español: *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, *La casa de la vida* e *Imágenes del Barroco*. En 2007 se ha editado también la obra que nos ocupa, *España pentagonal*¹, lo que nos resulta por lo menos extraño: un autor ya editado en España, que tiene desde 1928 publicada una obra sobre nosotros, aquí va a ser completamente desconocida durante ochenta años. Además, Mario Praz cuando muere en 1982 había recibido numerosos reconocimientos y títulos, ocupaba desde 1931 la primera cátedra creada en Italia sobre literatura inglesa y era considerado sin reticencias el padre de la anglística en Italia. En 1959 su obra *La casa de la vida* había llegado a ser finalista para el Premio Strega, uno de los premios literarios de más prestigio en Italia, junto a Giuseppe Tomasi di Lampedusa que se llevaría el premio con *El Gatopardo*. Además de por su obra creativa y ensayística en materia literaria, Mario Praz era conocido como crítico de arte, traductor, periodista y como coleccionista de antigüedades, lo que ha llevado en 1995 a convertir su casa en museo de objetos de decoración de gran valor. Un personaje con muchos y variados intereses, entre los que se encuentra también el viaje, real y metafórico. Sin embargo, a los editores españoles no les ha interesado durante lustros el libro que escribió después de visitar distintas partes de España, entre las que se encuentra también Salamanca.

De Salamanca Mario Praz nos habla al principio del libro. El viajero llega a nuestra ciudad en abril de 1926 y, al igual que harán otros muchos viajeros de su época, lo hará en tren. Comienza su viaje a Salamanca en un vagón, junto a dos personajes que se le quedarán grabados y de los que hablará, a la vez que nos cuenta sus impresiones de la ciudad, hasta que dos días después la deje definitivamente. Ya en estas páginas que dedica a Salamanca podemos ver claramente en qué difiere su visión de España de la mayoría de obras que se han escrito sobre viajes a nuestro país:

¿Cuántas veces habré viajado por Italia con actores mezquinos, sin hacerlos dignos de una mirada? Pero en ese tren de Salamanca, con las ventanillas bajas y con el molesto radiador panzudo como un horno, los dos comicastros brilla-

1 PRAZ, Mario. *Península pentagonal (La España antirromántica)*. Córdoba: Almuzara, 2007.

ban ante mis ojos como personajes eternos. Ella se había pintado las mejillas y los labios como si fuera una americana: era joven, habría podido pasar por una *cocotte*. En él se podía apreciar un no sé qué de demasiado abundante en el pelo, de demasiado ajustado en la forma de vestir, de demasiado móvil en la cara, de demasiado reluciente en los zapatos, que revelaba una profesión no viril –quién sabe, bailarín, cantante, actor– o perfumero, también *coiffeur pour dames*, *Monsieur Charles*. Las maletas eran vistosas, pero muy viajadas; como los vestidos que revelaban la elegancia del corte, incluso ahora que ya habían perdido la frescura. No eran amantes; eran marido y mujer; pero, a veces, parecían amantes. Tenían en su aspecto algo en común, como los pajaritos llamados inseparables.

Los desgarrados viajantes los miraban con descarada curiosidad. A ella la desnudaban con los ojos. Pero ella no daba la sensación de que se sintiera adulada: parecía como si sólo tuviera ojos para él.

No entendí lo que se decían en el *coche* del hotel que, por las oscuras calles, nos llevaba a trompicones. Ella parecía ansiosa, él preocupado. A la luz más viva de una farola, vi los ojos de ella –ojos de niña asustada– fijos en el vacío, alejada de todo ese bistro a su alrededor. Poco antes de llegar, en la penumbra, se pintó un poco los labios, se empolvó la nariz. Él se colocó bien la corbata y el pañuelo de color del bolsillo. En la dirección del hotel me reí por mis suposiciones lacrimógenas. Sonreía ella con su mejor sonrisa al propietario socarrón, aplaudía como una niña al oír el número de la habitación: *Seize: El mismo que la otra vez, ¡Claudio!* ¿Qué hora de felicidad prometía renovar ese número? Conocían bien a todo el personal del hotel: por eso repartían esas sonrisas. Pero la mirada escénica de mujer fatal que le lanzó, en el comedor, al joven camarero azorado y ruborizado, ¿no iba más allá de los límites de la decencia? Que no, que lo hacía sólo para que la trataran mejor, *claro*: ¡era lista la mujercita! Y aquí está el rudo *muchacho*, encandilado por esa mirada caída desde un mundo que para él significaba toda la poesía de la tierra, que lleva amablemente en el plato de la mujercita fatal el estofado y los guisantes –y las manos le temblaban ligeramente y en la raíz del pelo le latía la piel de la frente² (p. 17).

Son estos dos personajes, de los que el autor apenas sabe nada, pero de los que imagina todo y de los que prueba a reconstruir partes de sus vidas, los que le llaman la atención y los que le sirven, en cierto modo, de filtro por el que acercarse a nuestra ciudad.

Cuando llega a Salamanca es ya de noche, el paseo comenzará al día siguiente. Mario Praz camina por sus calles como “secuestrado en un clima sobrehumano”, como “por palacios durmientes”, se acerca a sus monumentos más preciados, los contempla y nos deja sus impresiones:

2 Las citas que aparecen en este trabajo se han tomado de la siguiente edición: PRAZ, Mario. *Penisola pentagonale*, Firenze: Sansoni. 1928. La traducción es de Milagro Martín Clavijo.

El día después, los había casi olvidado: ese cielo primaveral, todo nubecillas de plata y tersas islas de color celeste entrevistas que resaltaban aún más el tono fulvo y amarillo-rojizo de los edificios, me había secuestrado en un clima sobrehumano, donde sólo las piedras eternas y los vastos espacios tenían vida. Como si de palacios durmientes se tratara, entraba en las cortes melladas por los arcos: Casa de las Conchas, Casa de la Salina, Colegio de los Irlandeses, Convento de las Dueñas con ciertos capiteles parecidos a los de Persépolis, en los dos torsos de animales arrodillados dorso contra dorso... no veía nada más que las piedras del color de la rica miel, contra el cielo plateado de abril (pp. 17-18).

Cuando leemos sus impresiones sobre la ciudad, nos da la sensación de que el autor no sólo se encuentra ante una ciudad física, real, presente, la Salamanca tal y como era en 1926, sino también ante una ciudad irreal, incorpórea, soñada, imaginada y, fundamentalmente, leída. De hecho, Mario Praz emprende su viaje con varios libros bajo el brazo, obras que son también fruto de viajes anteriores de otros hombres de literatura, intelectuales italianos y no: son los viajes de Merimée, Borrow, Gautier, Barrès, De Amicis y de otros muchos que han dejado por escrito una imagen muy peculiar de España que será tomada por muchos como “la España real”, la única imagen posible para el que se acerca a España. Como afirma L. Clerici en *La literatura de viaje*,

el libro se configura como un abstracto metaviaje no tanto en España, sino en los escenarios de las competencias del viajero: parte de índole ensayística y crítico-interpretativa se alternan a amplios episodios narrativos irónicos y humorísticos. Así los personajes parecen más retratos de estilos intelectuales y comportamientos culturales y los verdaderos compañeros de viaje son los autores de los textos españoles a los que Praz se refiere constantemente³.

A Mario Praz no le interesan sólo los monumentos. Como vemos, en su corta estancia en Salamanca, un día y medio, no le da tiempo para ver con detalle todos los palacios, las iglesias, las catedrales, los monumentos de las distintas épocas que se encuentran descritos con gran detalle en tantas otras obras. Entrará en la catedral y nos hablará de ella, no nos la va a describir, no nos dirá lo que ve, lo que ha estado siempre allí; su obra no es un tratado de arte, a pesar de que él sí es también un crítico de arte y estaría en grado de hacer una interesante descripción del panorama artístico de la ciudad. Salamanca será, también para él, la ciudad con las “piedras del color de la rica miel, contra el cielo plateado”, pero de sus palabras emerge otra Salamanca bien distinta, una ciudad en la que no hay vida,

3 *Manuale di letteratura italiana. Storia per generi e problema, Dall'Unità d'Italia alla fine del Novecento*, vol. IV. A cura di Franco Brioschi e Costanzo di Girolamo. Torino: Bollati Boringhieri, 1996, p. 790.

salvo la de esas piedras. De la catedral destacará que está desierta, abandonada de toda vida humana:

En la Catedral desierta, la procesión de canónigos de larga cola, arrodillados ante el solemne decano que agitaba la bandera negra con la Cruz roja, continuamente de un lado a otro, como hacen los portaestandartes en el Palio de Siena; y también en la Catedral, con el aura de palacio real abandonado, de culto sin fieles, como en la Universidad donde el terciopelo carmesí de las cátedras se destiñe y se deshilacha bajo el polvo de la edad bárbara (p. 18).

En la ciudad no encuentra calor humano alguno, ni siquiera en las gentes: “De los hombres, veía sólo a los que llevan los trajes tradicionales de terciopelo verde botella, con polainas de eclesiástico y corbata roja y el sombrero sujeto con una cuerda detrás de la nuca y botas claveteadas de becerrillo (p. 18).

No es ésta la Salamanca que nos esperamos encontrar, de la que estamos acostumbrados a leer. Aquí no aparece ninguna de las ideas convencionales. La imagen de Praz es muy diferente, incluso nos puede resultar ciertamente hasta cruel, fruto de un viajero que nos ve con los ojos desencantados sí, pero también capaces de ver más allá de la superficie. Mario Praz nos ve desde la distancia, nos desacraliza, nos libera de los tópicos, de lo pintoresco. Un libro que fue escrito “con el propósito de desenmascarar la leyenda del pintoresquismo español, aparece hoy como un libro pintoresco, repleto de esos contrastes y de esos efectos que normalmente se asocian a la idea de lo pintoresco”, declara el propio autor cuando lo reedita años más tarde, en 1955⁴.

Salamanca, también ella parte de este país sórdido y sobre todo monótono. Porque para Praz la monotonía es lo que mejor define lo español, tanto la vida española –costumbres, espectáculos, etc–, como su arte –incluso los edificios más preciados como la Alhambra– y su pueblo –el autor considera al español como “gente positiva y practican la civilizada virtud de la pereza y la superficialidad”.

Es precisamente esta capacidad de ‘ver lo otro’ lo que resalta el genial poeta italiano Eugenio Montale en la reseña crítica que de esta obra hizo en 1928 para la revista *Solaria*. Mario Praz ve más allá de lo que está a la vista de todos, tanto en los monumentos como en los grandes autores que en Salamanca escribieron y que se han convertido en símbolo de nuestra ciudad. De esta manera, cuando Mario Praz visita la Universidad y las famosas aulas, no se queda en lo que tiene delante, sino que su comentario lo proyecta más allá:

Aquí hablaba Luis de León, aquí, incluso ayer mismo, hablaba Miguel de Unamuno. ¿Transmiten su mensaje los caracteres grabados en los bancos? No: los estudiantes de Luis de León, como los estudiantes de Unamuno, sólo han grabado sus propios nombres y los típicos garabatos estúpidos u obscenos. ¿Para quién

⁴ Advertencia del autor, en PRAZ, Mario. *Península pentagonal (La España antirromántica)*. Traducción de Manuel Vicente Rodríguez Alonso. Córdoba: Almuzara, 2007, p. 25.

agitaba el sacerdote su bandera? ¿A quién había dirigido sus palabras el profesor del siglo XVI o del siglo XX? (p. 18).

La impresión que de Salamanca le deja esa primera visita en el abril de 1926 no es la mejor:

Todo era abandono, olvido, muerte: sólo las piedras y el cielo, las unas siempre inmóviles y firmes, el cielo siempre nuevo. Pero por la noche, dando una vuelta por las solitarias subidas y bajadas de la ciudad decrepita, al girar una esquina (¿fue cerca del seminario conciliar?), mi atención se posó en dos figuras que se movían en la penumbra. Caminaban separados, ella cerca de la pared, rápida, inflexible, muda; él en medio de la calle, desarrollando un largo argumento persuasivo. Un aspecto familiar me revelaban las dos silhouettes: la voz de ella, alterada por la exasperación, no me resultaba nueva. ¡Me voy a Francia! –repetían las palabras de ella que al final pude distinguir. Eran ellos, los dos comicastros –. ¡Me voy a Francia! –no había manera de sacarle otras palabras a la caprichosa mujer que rápida se arrimaba a la pared, arrastrada por la violencia de una decisión definitiva.

Por la mañana, durante el desayuno, los busqué con los ojos en su sitio. Pero no estaban. Volví a darme una vuelta por Salamanca. (pp. 18-19).

Una ciudad que el autor calificará de “decrepita”, de “palacio real abandonado” y que, aunque al día siguiente la vea con ojos diferentes, no podrá por menos que comentar: “¿Qué significaban las edades de la fe y de la ciencia abolidas? ¿Qué importancia tenían las banderas agitadas en vano y el revestimiento raído de las cátedras y los muros impasibles y el cielo lejano? Había dos almas en pena en esa ciudad, dos almas minúsculas: lo habían invadido todo: Salamanca revivía en su drama” (p. 19). Praz se refiere, de nuevo, a estos dos personajes, probablemente actores, con los que se encontró en el tren cuando se dirigía a Salamanca y que continúan afectando su visión de la ciudad.

Su acercamiento a nuestra ciudad que, como hemos señalado, se encuentra mediado por los libros que ha leído, se hace patente en su visita a las Agustinas:



El célebre crítico literario Mario Praz autor de Península pentagonal, novela de viajes por tierras españolas en la que tiene un protagonismo la ciudad de Salamanca

En el Convento de las Agustinas descalzas se admira una Inmaculada de Ribera que Baedeker llama *composition remarquable par l'éclat du coloris et la beauté de la figure de la Vierge*. No me acuerdo bien del colorido y de la belleza del cuadro, pero recuerdo la figura arrodillada frente al altar. Se volvió cuando pasé junto a ella. Por un momento, volví a ver las mejillas y los labios pintados y esos ojos de niña asustada, alejados de todo ese bistro a su alrededor: pero esta vez ya no era solamente bistro. El llanto y el insomnio habían sido maestros de maquillaje mucho más radicales. Fue la última visión que tuve de ella. Con el tren de mediodía dejé Salamanca (pp. 19-20).

De nuevo, la visión de una obra de arte indiscutible se va a nublar por otra visión, la de una joven, de nuevo la actriz con la que iba en el mismo vagón del tren que le trajo a Salamanca, arrodillada en la iglesia. Ésta será la imagen que le quede grabada en la mente, la que deje para la posteridad y la que le lleve a una reflexión final sobre el significado del viaje en términos generales: “¿Cómo es romántica la fantasía del viajero! A lo mejor, si los dos comicastro me hubieran contado por extenso su historia, me habría aburrido hasta más no poder: con toda seguridad se trataría de una nueva y muy antigua historia de banales miserias y de sórdidos errores. Probablemente, si hubiera podido oír más palabras y no sólo la única y dramática explosión ¡Me voy a Francia!, habría llegado al fondo de un monótono prosaísmo; a lo mejor, después de todo, no eran ni siquiera dos artistas, a lo mejor el argumento de la discusión era el rechazo de un vestido o de una baratija y la oración era para conseguir ganar la lotería de la semana.

Este tipo de pintoresco lo encontrará en abundancia el viajero que observe la vida española desde fuera. El que conozca poco a los españoles, considerará más singulares sus modos, interesantes sus caras, misteriosas sus acciones. Los hombres son mucho más difíciles de penetrar que los paisajes y los edificios; y el carácter español ideal que el viajero tiene en mente se mantendrá como estaba si toma la precaución de no aprender la lengua y de dar rienda suelta a la fantasía. Sin embargo, los edificios y los paisajes y todo lo que es obra humana escrita, esculpida, pintada habla un lenguaje universal y el viajero que parte con la mente amueblada con escenas ideales se cansará si quiere encontrarlas en la realidad. No puede evitar tener los ojos abiertos y, si los ojos están preparados para recibir una rápida sucesión de impresiones románticas y para gozar de ese continuo relampagueo de efectos que es la esencia misma de lo pintoresco, entonces sería mejor que leyera su Gautier entre las cuatro paredes de su casa, en vez de viajar a la tierra de sus sueños. Si existe en Europa un país donde se encuentre menos presente ese requisito capital de lo pintoresco, la rápida sucesión de variados efectos, ese país es España (pp. 20-21).

ENCANTOS Y MARAVILLAS DE SALAMANCA: EL VIAJE DEL SALESIANO LUIGI ZILIANI

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO*

RESUMEN: Luigi Ziliani publica en 1927 un libro sobre su viaje a España que lleva el sugerente título de *Encanto de España*, basado en su estancia en nuestro país en 1924. En este volumen Luigi Ziliani nos regala una estupenda y pormenorizada descripción de la ciudad, centrándose especialmente en su arte, en el artista que más define la ciudad, Churriguera y en la piedra salmantina por excelencia, la piedra de Villamayor, que se entrelaza con su historia, tanto antigua como la más reciente.

ABSTRACT: In 1927, Luigi Ziliani published a book about his trip to Spain with the suggestive title *The Charm of Spain*, based on his stay there in 1924. In the book, Luigi Ziliani gives us a marvellous and detailed description of the city of Salamanca, focusing particularly on its art, on the artist that best defines the city, Churriguera, and on the stone that is characteristic of Salamanca, Villamayor stone, which is entwined with its history, both ancient and recent.

PALABRAS CLAVE: Ziliani, viaje, Plaza Mayor, Clerecía, catedral, universidad, piedra de Villamayor, Churriguera.

* Universidad de Salamanca.



Portada de la primera publicación del viaje a España de Luigi Ziliani, Fascino di Spagna

Luigi Ziliani publica en 1927 un libro sobre su viaje a España que lleva el sugerente título de *Encanto de España*¹ y un largo subtítulo en el que se intenta explicar ese encanto: relato anecdótico de un viaje de 6.000 kilómetros: panoramas luminosos, mágicas visiones de arte, huellas romanas descubiertas e ilustres glorias italianas, historias, leyendas y discusiones religiosas y sociales, nueva luz sobre el origen italiano de Colón. Se trata de un libro voluminoso en el que Ziliani recorre distintas partes de España y va ilustrando su patrimonio artístico, sus costumbres, su historia. Parada obligatoria de nuestro viajero será Salamanca a la que dedica todo un capítulo, “Arte y ciencia”.

La edición de 1927, con una tirada de tres mil copias, tuvo tanto éxito que se agotó en un año escaso, lo que llevó al autor a reeditar su libro. Cuando lo publique en 1930, el volumen aparecerá con otro título, más sintético y expresivo, como afirma Ziliani, *España maravillosa*, y se presentará mejorada y ampliada. En la carta a los lectores que aparece en esta edición el autor señala el objetivo de su obra: “Descubrir

la sangre de Roma y el esplendor de Italia en el semblante de España, que es lo que es, expuesta a su verdadera luz, sin los retoques de los escritores partisanos que confunden historia y leyenda. En el libro encontraréis la España vista por uno que ha estado allí, que ha vivido un año entre sus gentes”² (*Spagna meravigliosa*, p. 9).

Un libro que fue todo un éxito en su época y que, aparte de su pronta reedición, cuenta también con los elogios de Alfonso XIII, de Primo de Rivera, del arzobispo y nuncio apostólico en Madrid, Federico Tedeschini, y del rector de la Pía Sociedad Salesiana, Filippo Rinaldi. De *Encanto de España* destacan “el espíritu con el que ha visitado esta gloriosa tierra y la difícil y sana independencia de

1 ZILIANI, Luigi. *Fascino di Spagna: racconto aneddotico di un viaggio di 6000 chilometri: panorami luminosi, magiche visioni d'arte, ritrovate orme romane ed illustrate glorie italiane, storie, leggende e discussioni religiose e sociali, nuova luce sulla italianità di Colombo*. Brescia: Morcelliana, 1927, pp. 399-426. La traducción es de Milagro Martín Clavijo.

2 ZILIANI, Luigi. *Spagna meravigliosa. Nella storia, nell'arte e nella vita. Documenti sulla italianità di Colombo*. Bergamo: Società editrice S. Alessandro, 1930.

prejuicios con que ha descrito su largo y exitoso viaje de estudio”³ y también la importante labor de difusión de España, como señala Filippo Rinaldi:

Es verdad que España es todavía una desconocida para los italianos y, por tanto, Usted ha llevado a cabo una buena obra, tanto desde el punto de vista cultural como nacional, cuando ha escrito este volumen que espero que será verdaderamente fascinante. España debería ser nuestra verdadera hermana, pero muchas ideas de gente recelosa la han alejado demasiado de nosotros⁴.

Luigi Ziliani llega España en 1924: “Una tarde lluviosa del noviembre de 1924, llamé a la puerta septentrional de España, bajando del tren francés en la estación de Portbou, en la playa del Mediterráneo.

Había dejado Italia cuatro días antes y había atravesado Francia a etapas” (*Spagna meravigliosa*, p. 11).

Las razones de su viaje a España las expone el propio autor en el primer capítulo de su obra, “De los Pirineos al mar. Color local”:

Me dirigía al sur buscando sol, azul y flores. Me seducía pensar que iba hacia un país romántico, lleno de memorias, luminoso por su arte, alegre por los matices orientales; me tentaba la idea de llegar a un mundo todavía desconocido para mí, aunque ya vivo y real en la imaginación que se había forjado una España seductora, como un hermoso volumen encuadernado en piel, decorado con orlas de oro y repujado en plata, lleno de miniaturas expresivas, un álbum de acuarelas en el que los paisajes se desvanecen y el arte es un producto de la fantasía y del sueño. Por otro lado, el encanto de poder pasar el invierno en un clima templado, en la tierra donde florece el naranjo, la posibilidad de llegar hasta la punta meridional de Europa, junto al Estrecho donde se juntan dos continentes y se encuentran dos razas, ejercía sobre mí una sugestión a la que sólo con mucha dificultad uno se puede resistir (*Spagna meravigliosa*, pp. 11-12).

Como el propio viajero dice, se trata de motivos personales, pero no los únicos por los que viene a España, no el fundamental:

Nada de turismo, sino estudio. Hacer conocer a los italianos un mundo tan cercano, pero tan desconocido para la mayoría; recordar su historia que tiene tantos contactos con la nuestra en un intercambio de influencias, de supremacía, de dominaciones; examinar la otra rama que brota de la misma cepa latina, animada por la misma savia, descubriendo así en la misma vía a dos pueblos que escribieron juntos páginas inmortales, encuadernadas en el mismo volumen de la civilización humana: éste es el objetivo del viaje.

3 Carta de S. E. Mons. Nuncio Apostólico de Madrid, Federico Tedeschini, en Madrid, 24 de enero de 1927, en *Spagna meravigliosa*, p. 7.

4 Carta del Reverentísimo Señor don Filippo Rinaldi, en Turín, 5 de febrero de 1927, en *Spagna meravigliosa*, p. 7.



Portada de la versión definitiva del viaje por España de Luigi Ziliani, *Spagna meravigliosa*

Aquí está el objetivo de forma más determinada: buscar y descubrir con corazón italiano las huellas de la gran madre Italia bajo el mismo cielo latino, rebuscar en cada ángulo de la península, bañada por el mismo mar, nuestros recuerdos de potencia y de gloria, de grandezas y de heroísmos y, fundamentalmente, hacer revivir con apasionado fervor de patriota las figuras de nuestros grandes genios, oscuros o recordados, olvidados o discutidos que han honrado a Italia por todas partes.

Para poder conseguir ese resultado había que hacer una cosa muy simple: ir a ver. Por eso, un buen día cogí la maleta y me dirigí a España (*Spagna meravigliosa*, p. 12).

Ziliani recorrerá gran parte de España, de norte a sur: Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía, Madrid, las dos Castillas y Aragón. En el último tercio de su viaje el salesiano italiano pasará por Salamanca donde se quedará una semana que dedica a visitar la ciudad y a ir a la biblioteca, como él mismo nos cuenta: “Buena parte del tiempo la he transcurrido en la biblioteca de la Universidad, buscando en códices y manuscritos el abundante material informativo que, unido a la recopilación de Sevilla y Madrid, han servido para compilar este volumen. El resto del tiempo lo empleé en las visitas y las excursiones artísticas” (*Fascino di Spagna*, p. 424).

El capítulo empieza con el viaje a Salamanca en tren desde El Escorial, pasando por Ávila y Medina del Campo. Como el propio autor afirma, para visitar la ciudad, cuenta con un guía ilustre, Luis Maldonado, entonces rector de la Universidad de Salamanca y gran conocedor de la ciudad, por tanto las conclusiones de su experiencia en Salamanca ya las adelanta desde el principio: “Con tal doctísima y autorizada guía, mis excursiones salmantinas fueron un verdadero placer de ciencia y arte” (*Fascino di Spagna*, p. 404). La presencia de Maldonado permite a nuestro autor introducir el diálogo en su descripción, lo que le da mayor ligereza al texto y, sobre todo, le da pie para introducir distintas temáticas que, aunque de gran interés, no presentan una relación directa e inmediata con el tema que les precede. Esto le es muy útil a Ziliani sobre todo cuando introduce temas de carácter histórico, anecdótico, no estrictamente artístico, mientras que es el arte el que motiva el recorrido que va a realizar, es decir, la visita a los distintos monumentos.

En este volumen Luigi Ziliani nos regala una estupenda descripción general de la ciudad, centrándose especialmente en su arte y en la piedra salmantina por excelencia, la piedra de Villamayor, que se entrelaza con su historia, tanto antigua como la más reciente:

En una ciudad tan antigua, donde cada piedra lleva el sello de una belleza nueva, las sorpresas se encuentran a cada paso y en la rápida sucesión de las visiones se echa en falta la libertad para elegir. Todas las casas, humildes o patricias, se presentan con fachadas elegantes, con agujas y portales y balcones de buen gusto. Churriguera ha creado, de hecho, una ciudad propia y en aquellos lugares donde se ha posado su cincel, ha dejado impresa su huella de estilo. Es el estilo salmantino. La piedra dorada de las sierras vecinas fue el único material de construcción de esta pequeña Roma monumental que, al atardecer, toma el color de tenue púrpura y justifica el nombre poético que le otorgó René Bazin de “ciudad rosada”. Sin embargo, estos edificios son macizos y solemnes por los que se nota que han pasado cinco o seis siglos que parece que se han quedado dormidos en plazas teatrales alegradas por verdes parterres, tienen un aire de misterio y, por las calles, los pasos de los viandantes producen ecos portentosos.

La leyenda corre por los atrios silenciosos, sombreados por los grandes portones adornados con quimeras, por las salas con frescos, y sale a los balcones rodeados de parapetos corroídos. Aquí doña María Labrada trajo las cabezas de los asesinos de su único hijo, a los que dio caza sin piedad hasta llegar a Portugal; en otro lugar, son los Maldonado que luchan contra los extranjeros flamencos siguiendo a Carlos V; y el escudo con cinco estrellas nos recuerda el fuerte temple del franciscano cardenal Cisneros, penitente siempre, también en la cumbre del poder político, como regente de España tras la muerte del rey Fernando el Católico”. (*Fascino di Spagna*, p. 424).

Como es de esperar, la visita comienza por la Plaza Mayor, todavía hoy centro neurálgico de la ciudad:

Es el corazón de la ciudad. Aquí confluyen y de aquí parten las principales calles que desde el centro van hacia la periferia. La plaza es un inmenso cuadrado de mármol, cerrado por edificios y porticados simétricos, dominados por la preciosa fachada del Ayuntamiento. Esta plaza parece más bien el patio con jardín de un solo edificio de tres pisos, con balcones en todos los lados. En el pasado fue también plaza de toros; hoy es el centro del comercio de Salamanca. Fuera de aquí se desarrolla la actividad religiosa, intelectual y artística de la ciudad y a dos pasos se encuentra la zona monumental (*Fascino di Spagna*, p. 405).

Ziliani continúa su visita por el centro histórico, adentrándose por lo que él define como “callejuelas retorcidas y mal adoquinadas”, lo que hace que la sorpresa

que le tiene preparada Maldonado sea todavía mayor. Nuestro viajero se encuentra delante de la imponente Clerecía:

Me encontraba a los pies de dos gigantes que habían aparecido de improviso como salidos de la tierra en ese mismo momento, erguidos, macizos, hercúleos. A ambos lados de la fachada de una iglesia se erguían dos campanarios como dos granaderos de centinela. Verdaderamente se trataba de una sola fachada, toda en armonía, imponente en sus mismas líneas arquitectónicas, y sólo después del segundo cuerpo las torres se alzaban por su cuenta a 72 metros del suelo. Completaba el espectáculo una gran cúpula de otro estilo demasiado macizo, pero bonita. Lo que más impresionaba en la Iglesia de la Clerecía, oficiada entonces por los jesuitas y anexa al Seminario Diocesano, era la imponente mole de piedra junto a los pilares colosales que se presentaba tan de repente al girar una callejuela o al enfilar una rectilínea. En el interior, rico de columnas, dominaba un majestuoso altar mayor (*Fascino di Spagna*, p. 405).

A lo largo de todo el capítulo dedicado a su visita a Salamanca nos encontramos con un tema recurrente: la alabanza de Ziliani a Churriguera y su arte. A nuestro autor le fascina cómo trabaja la piedra de Villamayor, cómo la moldea y cómo entre artista y piedra han sabido crear un estilo único que será el que defina, sin lugar a dudas, a toda la ciudad, no solamente ahora que nos está describiendo la Clerecía, sino también más tarde, cuando hable de las Conchas, de San Esteban y, en general, en sus reflexiones más generales sobre la ciudad.

Es obra de José Churriguera, me explicó mi docto profesor. Ese altar es un buen ejemplo de su arte. Salamanca fue el principal campo donde se desarrolló la actividad artística de Churriguera que creó una nueva forma decorativa. Un puente entre el Renacimiento y el Barroco. Cada época tiene su propio carácter, pero entre una época y otra hay matices. Ahora bien, el Churriguerismo no es el Barroco exagerado, sino que ha sabido revestir la rigidez de las líneas clásicas con vestidos de buen gusto. Se podría decir que es la simiente dejada por el Gótico florido y que germinó más tarde y de manera más vigorosa. Churriguera simpatiza con las columnas en espiral y prefiere los capiteles de orden compuesto. Su arte es típicamente español, ha tomado el espíritu del Romanticismo y le ha dado una forma plástica, copiando a la perfección sobre la piedra la decoración de la madera, formando, de esta manera, un verdadero clásico local. Verá otras iglesias y edificios del mismo estilo. Salamanca está llena (*Fascino di Spagna*, p. 405).

La calle Compañía está llena de verdaderas obras de arte: tras admirar la Clerecía, Luigi Ziliani se da la vuelta y se encuentra frente a la Casa de las Conchas:

Original este palacio, una maravilla única en el mundo. Tiene el aspecto de un castillo con torres, pero la decoración extraña y variada le proporciona una nueva belleza. Las paredes se encuentran salpicadas con grandes conchas coloca-

das simétricamente, como si la piedra de color amarillo-oro estuviera en flor. Hay algún millar de conchas pegadas sobre los bloques superpuestos y cuando el sol pega oblicuamente en la fachada y la cubre de oro, las conchas se separan del fondo de sombra y parecen moverse para cambiar de lugar. Una antigua leyenda narra que allí se encuentra escondida una libra de oro debajo de cada concha. Los franceses invasores mordieron el anzuelo, intentaron despegar alguna y se quedaron con un palmo de narices. Las conchas son de piedra calcárea y están adheridas perfectamente a las paredes. Es una verdadera joya artística y la combinada fusión de tantos estilos la embellece. Ventanas y puertas tienen una decoración fantástica y las rejas son obra valiosa. El *patio* tiene abundantes esculturas, columnas, motivos ornamentales variados y delicados: la balaustrada superior es un trenzado de mimbre en piedra. Trabajo paciente, genial, sobre un material que se ha prestado al cincel como si fuera arcilla (*Fascino di Spagna*, p. 406).

La Casa de las Conchas, también de estilo churrigueresco, con las cabezas de león y la flor de lis en los escudos y en la crestería en la parte más alta, marca de fábrica borbónica, como observa el autor. Pero su atención se centrará sobre todo en lo que hace que este palacio sea especial y que le da nombre, las conchas: “la concha del apóstol pelegrino en España no se puede no recordar con insistencia” (*Fascino di Spagna*, p. 406), como observa el rector.

A pocos pasos se encuentra la catedral, “la primera maravilla arquitectónica de Salamanca” (*Fascino di Spagna*, p. 406), en el centro de una zona monumental muy rica que, como bien le explicará Maldonado, ha hecho que a Salamanca también se la llame la ‘pequeña Roma’:

Junto a la catedral no encontrará una casa, un edificio cualquiera que no haya recibido el crisma del arte. Churriguera ha dejado su huella por todas partes. Aquí la piedra tiene que florecer y se presta como la creta a cualquier trabajo que sea muy delicado y difícil. Y es piedra resistente a las inclemencias del tiempo. Una floración criptograma trenza una especie de tejido sobre la superficie, une y solda las células y recubre la piedra de una pátina viscosa por la que el agua discurre por encima como sobre la cera y, de esta manera, la piedra adquiere una consistencia rara. El paso del tiempo que hace caer a los monumentos aquí se revela impotente (*Fascino di Spagna*, p. 408).

A la visita a la catedral dedicará Ziliani varias páginas: nos describirá primero la catedral nueva, tanto desde lejos, como desde muy cerca, la recorrerá por completo por fuera y por dentro. Se trata de una descripción muy pormenorizada que nos revela a un viajero que verdaderamente entiende de arte, que maneja con precisión sus términos más técnicos y, sobre todo, que sabe convertir un texto técnico y difícil en un poema lleno de lirismo y admiración:

Ya la masa inmensa de piedra se perfilaba en el cielo como una montaña poblada de abetos. Desde lejos el ojo podía abrazarla toda de una vez y medirla

desde los pies hasta la cima. Parecía una colina con tres terrazas dominada por un pico gigante. Desde cerca las figuras se separaban, las sombras desaparecían y la catedral se revelaba con todos sus detalles. Junto a las paredes crecían los pilares y, una vez superada la crinera, se afilaban para terminar en punta. Los pináculos se alargaban, se perseguían por cada lado, se adelantaban en competición para superarse y emerger, escalando los contrafuertes externos para alcanzar la cima del campanario. En el cielo destacaban pintorescamente las ágiles antenas, los sutiles pilares, las flechas a punto de florecer. En el contorno del vasto y verde campo, bajo el azul del cielo, las 200 agujas de color oro parecían espigas de trigo maduro. La torre mayor crecía alta como un tallo gigante. Me acerqué. ¡Una maravilla!

La fachada de poniente, llamada del Nacimiento por el hecho evangélico reproducido, es verdaderamente sorprendente. Vista al atardecer es un poema de belleza. La piedra amarillenta se cubre de oro y manda los resplandores propios de un incendio. Todo toma vida en ese palio, imponente como un tapiz tejido con tramas de oro. Los arcos se extienden, las columnas se afilan, los detalles de las ménsulas y de los baldaquines destacan en el juego de luces y de sombras, las filigranas y los adornos parece que ondean al viento. Un centenar de figuras se animan en las hornacinas horadadas, vuelan los ángeles, saltan los pájaros, tiemblan las hojas, sonríen las vírgenes de alegría, las espadas en la mano de los santos vibran como relámpagos. Los particulares forman un conjunto unido; las cabezas, las flores, las hojas, los marcos, gozan y se regocijan con un solo palpito. Incluso la escena sangrienta del Calvario colocada en alto, parece más trágica en la figura del crucifijo que baja la cabeza para acercarse a la tierra y purificarla. El sol que se pone la envuelve en un manto de oro. Un milagro de arte que revela cada instante bellezas nuevas (*Fascino di Spagna*, p. 407).

Nuestros visitantes se adentrarán en esta joya salmantina por la puerta de Ramos,

llamada así por el altorrelieve muy logrado de la entrada de Jesús en Jerusalén. El lugar es muy amplio. Las tres naves están divididas en 16 grandes pilares, cada uno de los cuales reúne 16 columnas unidas para sostener el peso enorme de la bóveda. De estos pilares parten después los cordones que suben entrelazándose rápidamente para reunirse en lo alto bajo un medallón como si fuera un broche. La luz vibra de lleno y las vidrieras ilustradas hacen todavía más fastuoso el lugar. Si no estuviera el coro en medio, la visión del conjunto sería completa. Se diría gótico, si la decoración plateresca no nos llevase al siglo XVII. De hecho, aunque comenzó en 1513, la catedral se terminó dos siglos más tarde. Todos los elementos nos lo confirman: la cúpula aérea, las bóvedas floridas y doradas, los capiteles alegóricos.

Dos galerías superpuestas discurren alrededor apoyándose en la cornisa. Son ligeras, adornadas con encajes, maravillosas. En los arcos los frisos son delicados y se entrelazan con los bajorrelieves en tenues desarrollos florales. Las pequeñas

columnas se visten con coronas y festones, los espejos proponen raras y extrañas fantasías y el motivo decorativo es limpio y claro. El trabajo de los cinceles y de las escofinas fue sabio y paciente. A menudo ciertos tallos de flores con sutiles salientes resaltan sobre la piedra casi enteramente desprendidos, pero horadados con agilidad. La elegancia más refinada, más precisa en todas partes; la piedra rosada salmantina se ha prestado como cera a todos los tipos de arte y el cincel ha traducido en la plástica un pensamiento, una idea (*Fascino di Spagna*, p. 408).

Un simbolismo cristiano se encuentra por todas partes: el mundo vegetal y animal con la riqueza de su flora y fauna está en los capiteles y en las pilastras rampantes para representar virtudes y pecados. El arte cristiano es esencialmente simbólico. Más allá de la realidad sensible hay un mundo inexplorado e inaccesible a los mortales: es el misterio. Es natural, entonces, que se quieran reproducir las escenas del misterioso mundo con figuraciones aproximativas de esa verdad. Divinidad y virtud, jerarquías y sacramentos, luchas y victorias, esperanza y amor aparecen presentadas bajo el envoltorio del símbolo que, elevando mente y corazón a altas esferas, no turba, sino que alegra y satisface. El simbolismo primitivo, simple, inteligible está en los motivos decorativos, pero en el ábside donde se celebra el Misterio está expuesta la realidad histórica del hecho: las escenas de los martirios, las imágenes de los santos y, sobre todo, el crucifijo (*Fascino di Spagna*, p. 409).

Desde el interior de la catedral nueva, se pasa directamente a la otra catedral, la vieja, del siglo XII:

Se bajan algunos escalones y nos encontramos en una sala de unos cincuenta metros con tres naves. Los elementos arquitectónicos: galerías, puertas monumentales, columnas, pilastras, marcos, frisos, se han fundido armónicamente para constituir una obra de arte románica, la primitiva, que se asemeja al bizantino. Oriente y occidente se han dado la mano para embellecerla. El ábside decorado en la bóveda de bellos mosaicos con fondo de oro es de gusto bizantino. Por el contrario, los capiteles de los diez pilares documentan con su variedad las distintas épocas de construcción. Encuentro allí la fuerza románica y el idealismo ojival. También aquí brilla una luz italiana. La pala central presenta 55 cuadraditos pintados por el florentino Nicolò. La catedral servía como cementerio de lujo y muchos sarcófagos románicos con filigranas góticas y muchas lápidas sepulcrales, extendidas en el suelo, pertenecen a distintas generaciones (*Fascino di Spagna*, p. 409).

Luigi Ziliani es un viajero lleno de curiosidad. Algunos pequeños detalles le llaman la atención y se centra en ellos, como cuando lee un epígrafe en la catedral vieja:

Un nombre leído de casualidad en un epígrafe me llama la atención. Me paro, miro mejor y leo: Infanta Mafalda, hija del rey Alfonso VIII, muerta en 1244. El bajorrelieve reproduce la escena del funeral con el cortejo de las plañideras, contratadas a tanto la hora o a peso de lágrimas" (*Fascino di Spagna*, p. 409).

Otras veces comparte con nosotros una reflexión personal y meditada como la que ilustra su visita a la catedral:

Estas viejas catedrales, aunque abandonadas, quebradas, deshechas, se mantienen siempre organismos vivos que proclaman la fe con una augusta y silenciosa protesta, no contra los siglos que pasan, sino contra la ingratitud de los hombres que no recuerdan. Esta protesta a veces se hace en el festón de hiedra que completa la ojiva quebrada por la barbarie, en las figuras mutiladas por el furor revolucionario, en el capitel quebrado sobre el que la golondrina piadosamente construye su nido de amor, en los sepulcros de los paladines de Cristo y de la patria, acostados en la tumba marmórea, con la cabeza escondida en el yelmo que reposa sobre la almohada de granito, con la cruz de la espada empuñada por las manos unidas: todas las cosas que sirven para distraer a los turistas y a los curiosos sin agitarlos. Sin embargo, las revelaciones de un mundo que dejó de existir recuerdan siempre un mundo donde las cosas infinitas no mueren nunca. Y, por esto, todo el que reflexione un poco se convierte enseguida en un filósofo frente a un monumento. Parece incluso que las ideas corran sobre las piedras pulidas por los siglos, como los fuegos fatuos vagan sobre las tumbas que encierran a los cadáveres.

En el claustro hay mucho para meditar. Es un pequeño mundo antiguo. Fue un lugar de oración, de estudio, de sepultura; templo, escuela, cementerio. Hoy, a la distancia de tantos siglos, se respira todavía esa atmósfera de oración y de ciencia, de paz silenciosa que expresan las siete capillas, el porticado, los sarcófagos. La pátina del tiempo ha dado a las piedras los matices del bronce y la técnica primitiva revela el contenido espiritual que da valor al arte (*Fascino di Spagna*, p. 410).

Ziliani arremete en determinadas ocasiones contra los franceses, contra los invasores que “se han llevado lo mejor y han mutilado el resto, destrozándolo todo con la furia bestial de unos bandidos. Y todavía, no contentos, transformaron estas capillas en cocinas, ahumando techos y paredes de donde desapareció el dorado de los ricos frisos” (*Fascino di Spagna*, p. 410).

Pero la mirada de nuestro viajero italiano vuelve siempre al arte, al monumento que tiene delante y que no puede no atraer su atención. Estamos en el claustro en el que “nació la universidad y el mundo entero miraba aquí al sagrario de la ciencia. Sólo existían cuatro universidades en la Edad Media: Boloña, París, Oxford y Salamanca. E incluso después de la construcción del edificio de la universidad se siguió concediendo a este claustro el privilegio de la asignación de los grados académicos” (*Fascino di Spagna*, p. 411).

Luigi Ziliani entra ahora de lleno en la Universidad, pero no como conjunto artístico ya que todavía no se encuentra físicamente allí, sino en su historia, en sus costumbres. Hay detalles del mundo universitario salmantino de hace varios siglos que a Ziliani se le escapan y que le resultan especialmente interesantes y curiosos, como el mecanismo de los exámenes y de la graduación:

El candidato se presentaba el día fijado por la comisión ante los examinadores reunidos en el claustro. Los parientes y los amigos lo acompañaban con gran pompa hasta la puerta que se cerraba detrás de él. Entraba solo y los demás esperaban el resultado en la puerta mayor de la catedral, desde donde se salía sólo cuando se era ya doctor. Eran 24 horas de febril espera y mientras tanto el tiempo lo pasaban entre juergas, apuestas, conjuros y preparativos para la fiesta de la graduación.

– ¿Y si suspendían al alumno?

– Entonces le hacían salir por una puerta secreta, la de los carros, y desaparecía rápidamente de Salamanca. Pero para el aprobado, ¡cuántas fiestas!

– ¿Exámenes fáciles?

– No lo crea. Antes del examen había que llevar a cabo una cantidad de ceremonias, digamos así: prácticas burocráticas. La comisión se encontraba permanentemente en la capilla de santa Bárbara. El candidato entraba con la cabeza descubierta y depositaba en seguida los impuestos bajo forma de regalos. Aquí está el listado de los regalos según el artículo 29 del código universitario de entonces. “A cada uno de los profesores le se entregaban dos doblas de castellanos, es decir, alrededor de 100 pesetas, un cirio, una caja de acitrones y otra de mermelada, una libra de confites y tres pares de gallinas”. ¿Le parece poco? ¡Gente práctica y muy glotona como ve nuestros catedráticos predecesores! Y estos regalos los exigían antes de la prueba para no tener problemas en caso de no admitirle como doctor. El examen duraba 24 horas y ningún reposo se le concedía al examinando aparte de una breve parada para la cena. El mismo artículo fija también el menú para la cena de los profesores: una perdiz o un pollo o dos tórtolas, un plato de arroz cocido con leche, fruta, vino y pan; cena servida en la misma sala de los exámenes y pagada naturalmente por el candidato. Exclusión absoluta de otros alimentos y bebidas fuera de la comida, especialmente las alcohólicas, bajo pena de importantes multas y pérdida de derechos. ¡Antecesores del prohibicionismo americano!

– ¡Un rigor de cónclave!

– Superada la prueba el candidato era conducido a la catedral y aquí delante del altar de la Virgen juraba defender la doctrina de la Inmaculada Concepción incluso con la sangre. Después se volvía a abrir la puerta central y aparecía el nuevo doctor ante la multitud de parientes y de amigos que le aclamaban como ganador. A partir de ese momento empezaba la algarabía goliardesca. La ciudad se movilizaba para la fiesta y se desarrollaba un programa festivo variado y solemne. El nuevo doctor pasaba a caballo por las calles cubiertas de banderas entre confites y flores y al son de la música. Era el ídolo del día y se le saludaba con un lema que recordaba a su tierra de origen: Si era castellano, se gritaba: “Viva la espiga”. Si era de Extremadura: “Viva el *chorizo*” (la salchicha). Si era andaluz: “Viva la aceituna” (*Fascino di Spagna*, pp. 411-412).

En el recorrido por la historia de los exámenes y las celebraciones en honor al nuevo doctor, Ziliani hace una parada para hablar de los Víctor y de la tradición

salmantina de escribir los nombres de los doctores en las paredes, una tradición que no parece agradar a nuestro viajero:

Su nombre se escribía después en las paredes de las iglesias y de las casas con grandes letras mayúsculas de color rojo con el prefijo: *Victor*.

—Ahora entiendo el porqué de esas inscripciones rojas que abundan en las paredes por todas partes en Salamanca. Se ve que la moda reprochable de ensuciar las calles es muy antigua. El proverbio dice que la pared es el papel de la chusma (*Fascino di Spagna*, p. 412).

Nuestro autor continúa con la solemne asignación del grado académico y con las fiestas que le seguían:

La asignación del grado académico tenía lugar el día después de manera muy solemne. Con igual acompañamiento ruidoso, al nuevo doctor se le introducía en la catedral donde le esperaba el cuerpo académico. Después se situaba junto al altar del lado del Evangelio, con los padrinos a los lados. De frente estaban el rector magnífico y los profesores. Seguía una serie de preguntas y de respuestas. Después el canciller leía la fórmula de asignación. Al escuchar: 'por autoridad pontificia', todos se arrodillaban. Luego un padrino hacía el elogio al nuevo doctor y con la invitación del maestro de ceremonias se presentaba al rector que le imponía un anillo y el birrete de forma cuadrada. Luego, de rodillas, leía la fórmula del juramento. A continuación recibía el abrazo del rector, de los profesores, de los padrinos y de los presentes. Más tarde, entre sonidos y cantos, salía de la catedral y sobre un caballo enjaezado volvía a dar la vuelta a la ciudad dando regalos a todos. Terminaba la fiesta con un banquete y la corrida de toros en la Plaza mayor (*Fascino di Spagna*, p. 412).

Ziliani ha hecho un repaso por cada uno de los actos que rodean al nuevo doctor, hace cuentas y no puede por menos que hacer una reflexión en alto sobre el alto precio de graduarse y, por tanto, de la difícil situación de los estudiantes con menos ingresos. Maldonado, como siempre, sabrá dar respuesta a todas sus dudas y curiosidades:

Se calcula que todo sumado los gastos superasen las 10 mil pesetas. Por esto los más pobres aprovechaban los días de luto de la Casa Real para reducir así ceremonias y gastos. Sage pinta de maravilla en su relato "El Bachiller de Salamanca" las tristes condiciones de los pobres estudiantes obligados a limpiar los zapatos a los condiscípulos más ricos. Ahora la asignación de los grados académicos se ha simplificado incluso demasiado. Se entrega al estudiante que ha aprobado el diploma de doctor y se acabó (*Fascino di Spagna*, p. 413).

Desde la catedral, que, como hemos visto, ha dado pie a Ziliani a introducir usos y costumbres de la Universidad de Salamanca, pasamos a visitar el edificio universitario al que se accede desde el Patio de Escuelas Mayores:

Para disfrutar de una visión de arte hay que entrar por el patio, en medio del cual se encuentra el monumento en bronce de Fray Luis de León (1528-1591). En el patio rectangular las paredes de las casas simétricas están adornadas con arabescos de inscripciones goliardescas y adomadas con frisos. La piedra color oro canta la poesía de las flores y de las figuras. En frente está la fachada de la Universidad con una puerta monumental majestuosa. El trabajo es muy fino, parece un palio de lámina de oro cincelado por un orfebre. Se le llamó enigma artístico. Verdaderamente forma parte de una obra incompleta (*Fascino di Spagna*, p. 413).

Será el interior de la Universidad lo que más interese a Ziliani, no tanto por su belleza artística, que también reconoce, sino por los insignes personajes que ocuparon sus aulas. Fray Luis de León se encuentra en el centro de su interés, nos hablará de su arte poético y de sus problemas con la Inquisición:

En el interior el claustro está embellecido por un altísimo cedro que llega hasta la torreta del reloj. Bajo el porticado se abren las aulas. El ojo corre a las inscripciones sobre las puertas: son frases bíblicas adaptadas a cada facultad.

Entro en una: es el aula histórica de Fray Luis de León, conservada todavía en su estado primitivo. Una cátedra y muchos bancos toscos, grabados por las generaciones estudiantiles que han dejado en ellos sus huellas con nombres con timbre en seco. Aquí el agustino Fray Luis Ponce de León enseñó literatura e historia. Estudioso insigne de la musa escribió con elegancia de estilo, por lo que se mereció el siguiente elogio por el mayor crítico español Menéndez y Pelayo: “Si se exceptúa S. Giovanni della Croce, cuyos poemas contienen el aliento de la inspiración divina, no hay en España un lírico que resista la comparación con Fray Luis Ponce de León. En la pureza de pensamiento, en la fineza de la lengua y en la sublimidad de lírica superó a los más célebres de nuestros escritores”.

Culpado por imprudencia y temeridad en algunas cuestiones bíblicas, sufrió la cárcel en Valladolid. Una vez liberado después de cinco años de estar acusado de herejía por el mismo tribunal de la Inquisición, Fray Luis de León retomó en el aula sus clases, pronunciando la famosa frase: “Heri dicebamus” (como decíamos ayer), continuando de esta manera la lección interrumpida cinco años antes (*Fascino di Spagna*, p. 414).

Tras estas breves referencias a algún autor literario o a la historia, Ziliani retoma, también él, como Fray Luis, su discurso anterior y se centra en describirnos lo que tiene delante: la capilla, el piso superior y la biblioteca de la Universidad:

La capilla, que funciona como iglesia parroquial para la Universidad, es espaciosa y artística. En alto en el altar destaca bien visible la frase bíblica: *Initium*

sapientiaiae timor Domini. En el doble banco cubierto de terciopelo, bordado con los escudos reales y pontificios, toma asiento el cuerpo académico en las solemnes ceremonias anuales. A un lado se encuentra la tumba de Fray Luis de León y colgado en una pared con un rico marco está el diploma de doctora, concedido el año anterior a Santa Teresa, firmado por el rey Alfonso XIII y por el rector magnífico el doctor Luis Maldonado.

En el piso superior la decoración recuerda a la fachada. En la escalera monumental, en las galerías, en los estípites, el simbolismo ha tenido un juego fácil para animarse en la piedra, dócil al cincel. Sin embargo, el techo es un cielorraso de casetones.

La biblioteca contiene 150.000 volúmenes, incunables y manuscritos, algunos de gran valor literario e histórico, como una biblia del siglo XIV, transcrita con una caligrafía tan nítida y simétrica que parece de imprenta. El anónimo amanuense, un calígrafo especialista, terminó el trabajo paciente regalándonos en la última página un *Regina Coeli* en música, casi para felicitarse también él por haber terminado. (*Fascino di Spagna*, pp. 414-415).

Luigi Ziliani termina su descripción de la Universidad en la sala del tesoro: “En la sala del tesoro las arcas vacías con sus tapas laminadas en hierro abiertas de par en par, como fauces quemadas por una larga sed. Los cinco millones en oro de la dotación universitaria fueron confiscados por el Estado que dejó a Salamanca los cajones como recuerdo de los buenos y áureos tiempos” (*Fascino di Spagna*, p. 415).

Una visita a la Universidad que, como hemos visto, ha sido muy pormenoriza y llena de reflexiones personales por parte del autor, lo que le lleva a concluir: “Es esta la Universidad célebre que ha dado un nombre mundial a Salamanca, llamada Atenas por ser madre de virtud, de ciencias y de artes” (*Fascino di Spagna*, p. 415).

Pero su curiosidad por la Universidad salmantina no se ha visto satisfecha todavía: ha visitado el edificio, conoce algunas de sus costumbres, pero quedan algunos aspectos en los que quiere profundizar: la historia esta Universidad desde el siglo XII hasta el momento en que nuestro viajero la visita, en los años veinte:

Ya en la fachada y un poco en todas partes, en el atrio, en las aulas, habrá notado escudos de reyes y de papas. Precisamente son los sellos de fundación que le confirman el título honorífico de Universidad Pontificia y Real. Su certificado de nacimiento remonta al siglo XII, el siglo de San Francisco de Asís, de las cruzadas y de la caballería. Alfonso IX, rey de Castilla y León en 1171 le dio vida a la sombra de la catedral. Fernando III, el Santo, la dotó de rentas, Alfonso X le concedió otras facultades, los Reyes Católicos la enriquecieron con privilegios. La universidad gozaba del foro judicial también para los delitos de sangre y los estudiantes estaban exentos de tributos ciudadanos. El Papa Bonifacio VIII, con la bula del 9 de octubre de 1298, le concedió el título de Pontificia y permitió que la tercera parte de los diezmos eclesiásticos se le devolviera a la universidad, consiguiendo

que, con la protección papal, creciera su prestigio. El rectorado era entonces una dignidad ante la que se inclinaba incluso la corte. La elección del rector magnífico se hacía por sufragio universal de los profesores y alumnos. Principio democrático que se puso en práctica hace ya siete siglos. El rector era un rey en su reino de estudios y tenía que gobernar a un pueblo goliardesco.

Cada día había un altercado que arreglar y muchas veces ocurrían serios conflictos entre los estudiantes y ciudadanos y corría la sangre. Por eso, era necesario aplicar el código penal y las relativas sanciones. El estatuto es un tratado de sabia organización social. Entre otras cosas, prohíbe llevar armas bajo pena de excomunión; están prohibidos los vestidos de seda y de piel, no se admiten cabalgaduras de cualquier tipo; está descrito también el corte de barba y de pelo, la uniformidad del uniforme escolar, prohíbe propinas y regalos a los profesores. Existía también la ley de alojamientos y, para evitar abusos en una ciudad abarrotada de estudiantes, vigilaba una comisión de control sobre los alquileres y se aplicaba el precio público. Funcionaba también un hospital con doce camas. De todo esto se encarga el tesoro de la Universidad, también de los funerales (*Fascino di Spagna*, pp. 415-416).

A Ziliani le interesan también las cifras –número de estudiantes, de conventos, de cátedras– y el nombre de los alumnos y profesores más prestigiosos que por esta Universidad han pasado a través de la historia:

En el año 1585 se llegó al máximo de 14.000 estudiantes, de los cuales la mitad estaban matriculados y los otros eran oyentes. Todos se inscribían en la universidad para gozar del *Jus Fori*. Salamanca, invadida por una multitud brillante y despreocupada, tenía que parecer una ciudad en carnaval. Además de las casas, estaban llenos los conventos y los seminarios. Para Salamanca el 25 es un número cabalístico: de hecho había 25 monasterios, 25 conventos, 25 colegios seminarios, 25 parroquias, 25 canónigos en cada capítulo y el puente romano sobre el Tormes tiene 25 arcos. Siglo de oro fue el XV. Los nuevos descubrimientos científicos de la brújula, de la pólvora pírca y, especialmente, el descubrimiento del nuevo mundo revolucionó el ciclo de los conocimientos y se elevó el número de las cátedras hasta 73. Entre las enseñanzas científicas, técnicas y artísticas se encontraba también la música y el canto llano. Las lecciones duraban 11 meses y se tardaba por lo menos cinco años en acabar cada facultad. Para que tenga una idea de la importancia de esta universidad en todos los tiempos, le citaré los nombres de los más insignes alumnos y catedráticos. El cardenal Jiménez de Cisneros, que hizo la primera biblia políglota; el cardenal Francisco Toledo, primer jesuita purpurado que, a la edad de 15 años, era ya doctor; el cosmopolita Padre Deza, después arzobispo de Sevilla; el estadista cardenal Mendoza; el teólogo Cano; el jurista De Soto; el místico San Juan de la Cruz; un conquistador, Fernando Cortés; Las Casas; un poeta, Fray Luis de León; un filósofo, Suárez; un político, Saavedra; un dramaturgo, Calderón de la Barca; un novelista y escritor de relatos breves, Miguel de Cervantes; un orador, Donoso Cortés, quien con 5 años entró en la educación secundaria, con 12 en la universidad y a los 19 era ya profesor (*Fascino di Spagna*, p. 416).

Hay también un tema que le interesa especialmente y que está también ligado a la historia de esta institución: Colón y su relación con la Universidad de Salamanca:

Sobre la llegada de Colón a Salamanca las opiniones son muy distintas. En el vecino convento de San Esteban, que veremos después, se muestra una sala donde se dice que Colón debatió sobre su proyecto. Es un hecho, sin embargo, que su teoría de la esfericidad del globo fue ampliamente discutida en esta universidad que era, por otra parte, la asamblea de doctos más grande y autorizada de España; y es cierto también que Colón encontró en el padre Deza, catedrático dominicano, después arzobispo de Sevilla, un válido protector. No fue, por tanto, Salamanca, como se cree erróneamente, la que rechazó el plan de Colón, sino una reunión de geógrafos y de astrónomos convocada pertinentemente por los Reyes Católicos en la corte, la que declarara, tras tres largos años de discusión, que el proyecto era irrealizable. Por el contrario, Salamanca a través de su célebre catedrático dominicano P. Deza y del franciscano P. Fernando Talavera, después arzobispo de Granada, y del cardenal Mendoza, apoyó a Colón y su descubrimiento llega aquí como confirmación de una verdad ya admitida (*Fascino di Spagna*, p. 417).

Hemos asistido a un rápido recorrido por la historia de la Universidad salmantina que llega hasta el momento de la visita de Ziliani, aunque la situación actual no sea la más prometedora, como le confiesa Maldonado:

Estamos reducidos a poca cosa, con sólo cinco facultades: letras, ciencias, medicina, derecho, filosofía y los estudiantes serán un millar. Hoy España cuenta con 11 universidades, además de muchos institutos técnicos y científicos. Recordando la gloria pasada de la reina de los estudios, orgullo de la nación, célebre en el mundo, seminario de todos los intelectuales, no se puede por menos de decir: *Sic transit gloria mundi* (*Fascino di Spagna*, p. 417).

Un monumento que Luigi Ziliani no podía dejar de visitar es la iglesia de San Esteban y lo hace, acompañado siempre por Luis Maldonado, en una hora que hará relucir el convento de una forma especial, al caer la tarde:

“Resplandecía en el cielo el fuego del atardecer y el sol moribundo revestía la hermosa fachada con un manto de oro, posando delicadas caricias en la elegante puerta monumental y revelando ignoradas sinfonías de colores. Vista de frente es maravillosa.

Un arco soberbio la encierra como en una hornacina poblada de estatuas y de medallones enmarcados con ricos frisos. El arte la ha trabajado como una lámina y los grupos parecen fundidos en el bronce dorado. La fantasía se ha desenfrenado en los detalles más delicados y caprichosos. El sol se infiltra en los bordados sutilísimos y en el juego de sombra resaltan mejor las maravillosas tramas decorativas. También aquí el simbolismo ha armonizado la idea con el estilo, uniendo arte, habilidad, fantasía. En el fondo del tímpano central se encuentra el altorrelieve

del martirio de San Esteban. Es obra de cincel italiano. Leo, esculpido sobre una piedra por los propios lapidarios, el nombre del artista: "Giovanni Antonio Ceroni. Anno 1610".

El interior amplio con una sola nave reproduce los motivos del Gótico en las columnas, en los arcos, en los cordones de las bóvedas que se abren en el medio para lanzar todavía más arriba la bella cúpula octagonal.

Lo más imponente de todo el conjunto es el altar mayor. Es la obra de arte de un genio fantástico. Expresa verdaderamente la idea del triunfo, como un arco de entrada en el cielo de la gloria. Gigantesco como mole, estupendo por el arte, reluciente de oro. Una obra de dos siglos y medio, pero que parece de ayer. Las dimensiones colosales se confirman con una cifra: se dice que para construir el altar se emplearon cuatro mil alerces cortados en los bosques del Duque de Alba. Entre seis columnas salomónicas serpentinadas se asoman una docena de santos de grandeza natural: un pequeño templo muy adornado se encuentra en el centro. Ese altar está bien incluso en casa de otros, es decir, bajo las bóvedas góticas. Original el arco que sostiene el coro, colocado en su lugar, es decir, en el fondo de la iglesia encima de la entrada. El arco, que se presenta casi aplastado, es un milagro de la ingeniería arquitectónica. La apoteosis de la Iglesia en el fresco de la bóveda es de nuestro Palomino que se firma "Regio Pintor" (*Fascino di Spagna*, p. 418).

Junto a la iglesia el claustro cuadrado, ojival, adornado con frisos y de estatuas. El jardín en el medio aporta una nota de alegría también entre las paredes severas de un convento. Aquí el ejército de Napoleón llevó a cabo sus habituales proezas, robó lo que pudo y el resto lo mutiló sin piedad.

Se me ha indicado un salón llamado del *De Profundis*. Se dice que Colón dio allí una conferencia sobre su proyecto. Pero nadie lo cree. Se trata de tradiciones poco serias como la popular del huevo. Sin embargo, existe una carta en la que Colón afirma que "gracias al convento de San Esteban se descubrió el Nuevo Mundo"; e, indudablemente, él quería señalar así la constante protección que tuvo por parte del Padre Deza y de los otros dominicanos.

En el plano superior del convento existe una galería con cuadros: de esta manera, paso revista a reyes, obispos y frailes. Entre los reyes encuentro también al desafortunado Amadeo de Saboya y, entre los religiosos, me llama la atención una figura ascética, con el ceño fruncido, severa, con la mirada penetrante, fija, glacial. Leo debajo: "Torquemada, gran inquisidor general" (*Fascino di Spagna*, p. 419).

Como le ocurre a menudo, una inscripción, un cuadro, una imagen, trae a la memoria de nuestro viajero italiano hechos que ocurrieron en el pasado, leyendas con más o menos base histórica que le sirven de enlace también para la reflexión. El cuadro de Torquemada le inspira mucho más que Amadeo de Saboya: "Cuántos recuerdos históricos me despertaba ese nombre, frito y refrito en todas las salsas de la fantasía de una literatura ligera. Torquemada, Inquisición, *Auto de fe*, torturas, quemados vivos, etc., capítulos de terrorismo negro, barbaries medievales para enterrar España y la religión bajo la avalancha de la leyenda de sangre y de fango" (*Fascino di Spagna*, p. 419). La Inquisición y la leyenda negra que se forjó sobre

ella interesan a Ziliani de forma especial y es a ella y a su intento de echarla abajo que se centra en las siguientes páginas, un magnífico resumen de lo que fue y ha significado la Inquisición en España.

Tras describirnos pormenorizadamente los tres grandes monumentos salmantinos –la catedral, la universidad y San Esteban–, Luigi Ziliani pasa revista a otros tres buenos ejemplos del patrimonio artístico de nuestra ciudad: el palacio de la Diputación provincial, el de Monterrey y la Purísima. Al hablar de estos monumentos, el visitante italiano nos deleita con anécdotas y con alusiones a la historia que a veces no es la que ha pasado a los libros:

El palacio de la Diputación provincial es digno de ser recordado por su bonita estructura arquitectónica que explica en parte también su origen legendario. A la boda de Felipe II y la infanta de Portugal acudieron todos los grandes de España. Desde la lejana Galicia llegó doña María de Ulloa, pariente del cardenal Fonseca, ilustre mecenas de toda obra buena y bella en Salamanca. Todos los palacios patricios bullían con huéspedes, pero para doña María de Ulloa no se abrió ninguna puerta. El Cardenal Fonseca creyó que tal ultraje se dirigía a él y decidió construir enseguida un palacio que oscureciera a todos los demás y los pusiera a sus pies. Y lo consiguió de verdad. Si la parte exterior es maravillosa, el interior es sublime. Es más, lo más curioso del palacio está precisamente allí dentro. La galería interna se apoya en 16 cariátides que representan burlescamente a los 16 adversarios descorteses. Cada figura se muestra ridículamente torcida y se pierde la extremidad en forma de coma o punto de interrogación. Sobre la figura humana se encuentra la cabeza de una bestia horrible que representa el vicio predominante en cada personaje. El arte ha interpretado maravillosamente la pasión flagelando con el ridículo a los adversarios.

El palacio de Monterrey del duque de Alba es, por el contrario, una excentricidad futurista. En los encajes volubles, la piedra está modelada como si fuera cera para representar con detalle una danza de enanos o una fosa dantesca. La fantasía llega al colmo de lo grotesco.

En la iglesia de las Agustinas encontré un cuadro clásico de Ribera. El pintor de las caras pálidas, de los cuerpos esqueléticos, de las caras descompuestas por grandes dolores o rígidas penitencias, nos ha dado la sorpresa de una Inmaculada estática. No es verdaderamente la sonrisa cándida de Murillo, pero se encuentra en ella el candor de una virgen majestuosa como matrona, gloriosa como reina. Librada en el aire, en una luz dorada, sube al cielo en una fiesta de ángeles. Decididamente es una revelación la de la Inmaculada del “Spagnoletto” (*Fascino di Spagna*, p. 425).

La visita a Salamanca termina con una excursión a uno de los pueblos con más historia de la provincia, Alba de Tormes:

He completado mi estancia en Salamanca con una visita a Alba de Tormes, donde se conservan tantos recuerdos de Santa Teresa. Esta pequeña ciudad de

cuatro mil habitantes se encuentra a 25 kilómetros y surge en un alto a cuyos pies discurre el Tormes, el mismo río que baña también Salamanca. La que por su temple enérgico, por la intuición segura, la decisión rápida y la firmeza en sus propósitos, unida a una vasta cultura y a un profundo sentido del misticismo real, se puede comparar con nuestra Santa Catalina de Siena, pasó la mayor parte de su vida laboriosa y santa en el convento de las carmelitas anexo a la iglesia. Todavía se puede ver la celda donde Santa Teresa murió y la reproducción plástica de su muerte es impresionante. En los preciosos relicarios se conserva todavía el corazón transverberado de la Santa y el brazo derecho flexible.

Volviendo a Salamanca, se piensa en estos colosos de la Iglesia católica que han dejado huellas de luz y de bondad. Son las piedras miliarenses en el camino glorioso de la civilización cristiana (*Fascino di Spagna*, p. 426).

La visita a Salamanca ha tocado a su fin. Desde la estación observa por última vez la ciudad que le ha recibido calurosamente:

La ciudad rosada relucía ya en la gloria del sol cuando el tren silbó que partía. Fuera de la marquesina se distinguían perfectamente las siluetas de los palacios patricios, las cúpulas y las agujas de las iglesias; los altos campanarios, llenos de pináculos crestados, subían tan alto como las antenas de las naves en medio del mar verde. Todos los recuerdos más dulces se agolpaban entonces en mi mente (*Fascino di Spagna*, p. 427).

Termina así el viaje a Salamanca desde el tren, como cuando llegó una semana antes. Ahora el viaje continúa hacia el norte. Su próxima escala: Valladolid.

IMPRESIONES DE UN EXPLORADOR EN SALAMANCA: *VIEJA TIERRA DE IBERIA* DE ARNALDO CIPOLLA

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO*

RESUMEN: Arnaldo Cipolla, explorador, corresponsal en el tercer mundo y escritor prolífico, escribe también una obra dedicada a España, *Vieja tierra de Iberia*, donde recoge su viaje en 1925 por tierras españolas y portuguesas, sus impresiones y sus reflexiones personales. El capítulo XI está dedicado a su visita a Salamanca y, de manera especial, a la Universidad y a la disputa de Colón.

ABSTRACT: Arnaldo Cipolla, explorer, Third World journalist and prolific writer, also wrote a book devoted to Spain, *Old Land of Iberia*, in which he describes his journey in 1925 throughout Spain and Portugal, along with his impressions and personal reflections. Chapter XI is devoted to his visit to Salamanca, and especially to its University and Columbus' dispute there.

PALABRAS CLAVE: Cipolla, descubridores, universidad, Colón, Convento de San Esteban.

* Universidad de Salamanca.

Arnaldo Cipolla¹ no es el típico viajero al que estamos acostumbrados. No es sólo un hombre de letras, un intelectual serio, un amante de los viajes. Es, además, un hombre de acción, explorador, mercenario, corresponsal para distintos periódicos –*Corriere della sera*, *La Stampa*–, periodista y escritor prolífico. Es, como se le ha llegado a llamar en los años veinte, el ‘Kipling italiano’. Su mirada será, por tanto, diferente. Sus intereses cuando visite nuestra ciudad y sus reflexiones sobre ella serán muy enriquecedoras, como lo han sido también las que ha escrito sobre otras culturas, otros países, otros pueblos.

De hecho, antes de venir a España en los años veinte, Cipolla ya había estado en el Congo belga y de su experiencia había nacido su obra *Del Congo*, publicada en 1907; más tarde había estado en Somalia y en Etiopía, como corresponsal en África y encargado de seguir a las tropas italianas. *En el imperio de Menelik*, 1911, es el fruto de esa experiencia. Arnaldo Cipolla continuará en África todavía un tiempo: se ocupará de la campaña de Libia, luego pasará al Oriente Medio, a Asia Menor, a América. Será el periodo de entreguerras donde se concentrarán casi todos sus viajes y sus obras más importantes.

Ya su primera actividad está marcada por el signo del aventurerismo, ya que en 1904 dejó lo que se preveía como una brillante carrera militar a la que su padre le había destinado, por la de mercenario en el Congo, entonces bajo el dominio de Bélgica. Esta experiencia la aprovechó y prosiguió posteriormente en otros territorios africanos como corresponsal primero del periódico milanés *Corriere della Sera* en los territorios colonizados por los italianos, Etiopía y Somalia y, posteriormente, en 1910, del diario turinés *La Stampa*, que lo envió a Libia. Fruto de su labor como corresponsal fueron muchos artículos periodísticos, recogidos luego en libros como *Pagine africane di un esploratore (Páginas africanas de un explorador)*, *Dal Grande Atlante a Babilonia (Del Gran Atlas a Babilonia)*, *Nell’Impero di Menelik (En el Imperio de Menelik)*, *Racconti di deserti, di oceani e di foreste vergini (Relatos de océanos y de selvas vírgenes)*, etc.

Arnaldo Cipolla viajó por numerosos países con una actitud abierta, libre de los prejuicios más difundidos en su época de la primacía de la civilización europea frente a otras culturas consideradas bárbaras o subdesarrolladas. Por ello, defendió el valor de las culturas africanas en algunas de las obras que hemos señalado y lo mismo hizo con la India en *La fiamma dell’India. Viaggio in India nell’estate 1922 (La llama de la India. Viaje a la India en el verano de 1922)*; Sudamérica con su obra *Nel Sud America (En Sudamérica)*, Norteamérica, China, Siberia, etc.

Dedicó también una buena parte de su tiempo a la narrativa, escribiendo novelas como *Il re fanciullo (El rey niño)*, *Il cuore dei continenti (El corazón de los continentes)* –una serie de relatos exóticos– y *Un’Imperatrice d’Etiopia (Una Emperatriz de Etiopía)*, que fue su novela con más fama. Las acciones se desarrollan hacia 1921 y versan

1 Arnaldo Cipolla nace en Como, en el norte de Italia, en 1877 y muere en Roma en 1938. En Italia, además de ser conocido como periodista, especialmente como corresponsal en tierras lejanas y poco conocidas, es considerado uno de los más importantes escritores de novelas coloniales, entre las que destaca *Una emperatriz de Etiopía*, 1921.

esencialmente sobre los episodios que sucedieron en Etiopía a la muerte del emperador Menelik II.

De este ambiente viajero surge la obra que a nosotros nos interesa concretamente: *Vecchia terra d'Iberia (Vieja tierra de Iberia)*², publicada por la editorial Paravia de Turín en 1928. La obra consta de 272 páginas, repartidas en catorce capítulos en los que Cipolla narra con detalle y con perspicacia su viaje realizado en 1927 por tierras de España y Portugal.

La ordenación del libro no responde a la secuencia diacrónica del itinerario, sino que narra la visita a los diversos lugares como si fueran

cuadros con entidad en sí mismos y dando mayor o menor relieve a determinadas cuestiones según le interesara. Así, por ejemplo, en Madrid le interesan las cuestiones políticas, las exposiciones en el Museo del Prado y se horroriza ante “la glacial aberración del Escorial”, sugiriendo que debe ser destruido a cañonazos, y se interesa críticamente por las corridas de toros y por las opiniones de castellanos y catalanes sobre la corrida. De Barcelona destaca “la catedral más extravagante del mundo”; Sevilla la visita impulsado de la premisa que encabeza el capítulo IV de “Quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla”, y Granada es para él esencialmente la Alhambra, “tumba de una raza muerta de placer”, como Cipolla la define, y fusión en la paz y en la guerra de los mundos islámicos y cristianos.

Las descripciones que siguen a la de estas ciudades españolas corresponden a lugares de Portugal como Lisboa, Cintra, Coimbra y Oporto y en casi todos ellos priman también las opiniones sobre sucesos políticos, aunque también hay sobre costumbres y descripciones monumentales y paisajísticas.



Arnaldo Cipolla, explorador y corresponsal italiano, en tierras africanas antes de su viaje a Salamanca

² CIPOLLA, Arnald, *Vecchia terra d'Iberia*. Torino: Paravia, 1928. La traducción es de Milagro Martín Clavijo.

En junio de 1927 se encontraba en Oporto y de allí el mismo mes se dirige en tren a Salamanca. Arnaldo Cipolla llega a Salamanca de noche. Su viaje por la Península Ibérica ha empezado mucho tiempo antes, ya conoce gran parte de España y ha pasado por Portugal, como hemos señalado. Es precisamente desde este país vecino desde el que llega nuestro viajero. Esa mañana ha salido de Oporto y en tren ha atravesado Portugal para volver a entrar en España por la provincia de Salamanca. Cipolla sale de Barca d'Alva, la última estación portuguesa, al son de un fado que "es una manera, como cualquier otra, de consolar la pena de los pocos viajeros que salen de la república por esta parte" (p. 194). Esta afirmación ya nos hace sentir que su entrada en España no estará acompañada por esta alegría, aunque sea nostálgica, que ha sentido en Portugal:

El consuelo se destruye rápidamente al saber que el cómodo tren que nos ha traído desde Oporto hasta este pueblo de la frontera, no continúa en España: es la administración de las ferrovías de Salamanca que piensa que continuemos el camino en un tren con vagones arcaicos que parece expresar todo el desprecio de la gran España por el pequeño Portugal. El desprecio también se acentúa con el hecho de que la primera estación española de frontera, Fregeneda, en vez de estar cerca de Barca d'Alva, como sucede en todas las fronteras, está a cincuenta kilómetros; cincuenta kilómetros de perfecto desierto, tras los cuales se tiene el consuelo de volver a ver los flamantes uniformes y las 'lucernas' de la 'guardia civil'. Evidentemente, este espacio es necesario para que nos olvidemos de la risueña y afectuosa Portugal y dispongamos el espíritu y esa especial condición del alma que se asemeja a la tristeza, tan conveniente cuando, habiendo salido de Oporto por la mañana, tenemos como meta nocturna Salamanca, la muerta (p. 195).

Se trata, como dice Arnaldo Cipolla, de un estado de ánimo que no conviene exagerar, aunque su entrada en la ciudad tampoco prometa grandes maravillas: campos desiertos, barrios vacíos, calles llenas de socavones...:

Ciertamente, Salamanca, entre sus colinas a las orillas del río Tormes (a propósito del río, he descubierto un puente romano de 26 arcos, 15 de ellos todavía de la época imperial), rodeada por un campo salvaje y desolado y por suburbios despoblados y sórdidos –Salamanca tiene treinta mil habitantes escasos– con hoteles tristes, viejos y que huelen mal; a primera vista no es una ciudad muy alegre. El trayecto, por ejemplo, desde la estación, que está fuera de la ciudad, al hotel, hace pensar, por los saltos que da el carruaje en un terreno lleno de socavones, que España tiene algunas de sus ciudades más famosas absolutamente refractarias al progreso (p. 195).

Este estado de ánimo y esta primera impresión dejan paso a una visión distinta de la ciudad a la luz del sol:

Pero la mañana siguiente, el color oro de Salamanca tan delicado y dulce, aparece teñido de alegría y entonces nos reconciliamos con ella. Un color que posee todos los tonos de la gama, ya que va del amarillo rojizo de las melenas de Tiziano al ámbar (p. 195).

Es este color dorado que tiene toda la ciudad el que, como a tantos visitantes de nuestra Salamanca, cautiva a este viajero italiano y hace que su visita no sea tan negativa:

Iglesias e iglesias, conventos y conventos; toda Salamanca sería muy monótona sin ese color (p. 196).

La descripción general de Salamanca comienza con un breve recorrido por las épocas históricas que han dejado huella en la ciudad:

De la Salamanca árabe, no queda nada o casi, salvo la costumbre de rodear las plazas con arcos y pórticos. De la Salamanca romana, la única huella que se conserva es el puente sobre el Tormes. De los tiempos del hierro, cuando la ciudad era la extrema fortaleza avanzada del cristianismo contra el Islam, se conservan dos iglesias románicas; todo el resto, es decir, todo, ha crecido con la Universidad y ha muerto con ella (p. 196).

Para Cipolla la ciudad y la Universidad son una sola cosa, por lo que la historia y la gloria o la ruina de la primera están estrechamente unidas a la segunda, por eso:

Caída la Escuela, los conventos solos, antes sus amigos y después sus enemigos, han continuado a invadir la ciudad con sus grandes manzanas de casas amarillo rojizas, obligando a la Universidad a replegarse sobre sí misma, restringiéndola, sumergiéndola, convirtiendo Salamanca en una única gran iglesia. Desaparecidos en 1815 los estudiantes en "bajeta", las calles volvieron a estar llenas de esos magníficos y salvajes bueyes, del mismo color amarillento de la ciudad, conducidos por vaqueros con aires arrogantes que llevan la "navaja" en la cintura de su traje de terciopelo bordado y que son una especie de confirmación visual de que el antiguo reino de León no ha cambiado tanto (p. 196).

Arnaldo Cipolla continúa con su tesis en la que traza un estrecho paralelismo entre ciudad y Universidad y lo hace en un momento de clara decadencia de esta última:

Pero, ¿qué se puede venir a ver a Salamanca si no es la universidad? Salamanca podrá convertirse en centro industrial aceitero o vendedora de anís, pero continuará todavía durante mucho tiempo siendo, tanto para nosotros como para Marineo: "la ilustre ciudad madre de toda virtud, de las artes liberales, igualmente respetada tanto por los nobles caballeros como por los hombres cultos".

A decir verdad, de la antigua y, sin duda, gigantesca universidad de un tiempo que hospedó incluso a catorce mil estudiantes, de la que fue uno de los tres grandes centros de la cultura medieval, no queda más que un vago recuerdo (p. 197).

Tras esta reflexión, Cipolla pasa a la visita de la Universidad, desde el patio a la biblioteca, que calificará de ‘decrépita’; lo que más le interesa en ella, como no nos puede extrañar ya que nuestro viajero es uno de los grandes exploradores de su época, son los manuscritos de Vasco de Gama:

Por una puerta que sorprende por no ser ni severa ni inmensa, sino íntima y delicada, se entra en un pequeño patio que se llama “plazuela”, a la sombra de naranjos a la derecha y a la izquierda de los pórticos. Las estatuas de Fernando y de Isabel sugieren que el monumento, o por lo menos su restauración, data de principios del siglo XVI, tras la conquista de los moros y la ruina de Córdoba, la rival. Continuando, se entra en un tipo de “patio” afable, a medio camino entre el claustro de un convento y la casa morisca. Por el “patio” se pasa a una decrépita biblioteca fundada en el siglo XIII que ha contenido, se dice, ochenta mil volúmenes y que tiene en custodia los autógrafos de Vasco de Gama. En la biblioteca existe también algo que resucita la imagen de los antiguos tiempos de la Universidad: algunos viejos bancos, estrechos e incómodos, medio comidos y grabados por generaciones de estudiantes y una especie de armario en la fachada interna en el que aparecen pintadas las escuelas de Leyes y Teología (p. 197).

A la vista de estas antiguas aulas, conservadas como eran en la época de gloria de nuestra Universidad, Cipolla se imagina a uno de los grandes descubridores españoles, Hernán Cortés, sentado en uno de estos bancos. El autor nos lo sitúa en Salamanca, nos lo dibuja sucintamente, imagina sus pensamientos, sus acciones, cuando todavía no era más que un joven del que no se podía ni imaginar que terminaría en las Américas:

En los viejos bancos se puede imaginar ver sentado, distraído entre los profesores, a un Cortés de 16 años, macizo y sanguíneo. No escucha, no sabe todavía lo que va a ser, piensa probablemente a los duelos que interesan a su valor sin ocupación, pero ya es todo oídos a los rumores que vienen de ultramar. Y aquí, al aula, llegan de todos los reinos y de todas las provincias de España los singulares estudiantes, unos a pie, otros a caballo, vestidos de las formas más extravagantes. Descienden hacia la ciudad del saber, cubiertos por el polvo de las calles y llenos de heridas. Cada uno tiene una novela que contar al estilo de Gil Blas o al de Cervantes; no hay que maravillarse, por tanto, que de aquí haya salido la literatura pintoresca, aunque poco edificante, pero tan dura y viva, y no hay que sorprenderse si la mayoría de los seguidores de Cortés “que vieron cosas antes ni vistas ni oídas ni siquiera soñadas”, conquistadores de Méjico, hayan sido salmantinos (p. 198).

Como vemos, a nuestro explorador y escritor italiano no interesa tanto el arte como los hombres, sobre todo los hombres de acción y, de manera muy especial, los hombres de armas y de letras. De ahí su admiración por esta época de oro de

la Universidad salmantina, cuyas aulas estaban llenas de jóvenes de acción y de estudio a la vez:

Y aquí el néctar del Renacimiento embriagaba a miles de hombres, mientras la universidad rival, Alcalá, nacía y la vida intelectual de España se trasladaba a Sevilla y Madrid. Aquí a los profesores célebres los levantaban en hombros adolescentes entusiastas al sentirse invadidos por un amor un poco más grande que el profesado a las jóvenes. Aquí, estudiantes de todas las edades, no estudiantes librescos, sino hombres con músculos poderosos, endurecidos por el sol y por los peligros, con la espada en el costado, se lanzaban a las letras como a un nuevo reto. La Iglesia, en el seno de la cual ha nacido la Universidad, se abría al soplo del paganismo llegado de Italia. Torquemada había quemado miles de libros: otro fanatismo, ya que todo es fanatismo en las almas violentas, se encendía en los rudos corazones, de repente arrastrados por la pasión de la gracia, de la cultura, de la belleza.

Los soberanos se rodeaban de doctos y de 'adelantados'. Isabel aprendía latín mientras conquistaba Granada y protegía a Colón. Se vieron septuagenarios que deletreaban el abecedario de las lenguas clásicas que les parecía, que eran, una revelación. Y todos, nobles y plebeyos, se sentían arrastrados por el remolino ardiente de los recuerdos antiguos que eran también esperanzas. ¿Quién enseña en las pequeñas aulas? ¿Quién explica los clásicos griegos y latinos? No son los pedantes, sino los grandes cubiertos de oro y espléndidas vestiduras; los héroes hijos de héroes: don Gutierre de Toledo, hijo del Duque de Alba; don Pedro Fernando de Velasco, futuro condestable, que al bajar de la cátedra hablan con deferencia con Barbosa y Nebrija, nobles sólo por el saber. Los héroes explican a Jenofonte y las mujeres comentan a Ovidio, como la marquesa de Monteaugudo, hija y hermana de hombres de guerra.

Renacían las diosas, pero para aquellos hombres fuertes, la eterna y monótona Afrodita no había matado a todos los dioses. El Humanismo pedía a la joven humanidad resucitada grandes cosas. Las gestas de los héroes antiguos daban en esos corazones masculinos la diana para nuevos desafíos. Jasón, primer descubridor de tierras, animaba a Cortés para que fuera a conquistar otro Vellochino de oro en la Colchide a cuatro mil millas más allá del océano: lo dice el primer mensaje europeo que Montezuma recibió de las costas del golfo. De esta manera, la cadena de los aventureros de la lejana Asia se unía, a través de los tiempos, con los aventureros de América y las empresas fabulosas de Alejandro y de César revelaban lo que la humanidad era capaz de realizar (pp. 198-199).

Arnaldo Cipolla lleva la historia de Salamanca y de su Universidad a su terreno, al campo que a él interesa especialmente y en el que se ha cimentado su experiencia, el de los descubrimientos, el de la exploración, el de los viajes a tierras casi desconocidas. Es desde esa amplia experiencia desde la que envidia esta otra época, ya tan lejana, la de Cortés y otros descubridores:

momento único de la vida del mundo en el cual los hombres siguen siendo héroes sin volverse bestias y sin transformarse en perezosos intelectuales. Los escritores manejan la espada y anhelan la aventura en tierra y mar y los genios se llaman Colón, Camoens y Cervantes, materializando, de esta manera, la perfección humana; es decir, saben ser hombres potencialmente armoniosos en los que las mismas letras son todavía un motivo de audacia. Momento verdaderamente sublime ya que la humanidad se sintió aliviada por inmensas esperanzas al asistir a los nacimientos prodigiosos que surgían en todos los puntos del horizonte. Hoy salían de la tierra nuevas estatuas y nuevos textos, mañana emergían del mar, como redivivas Venus, nuevas islas y nuevos continentes y el mismo cielo cambiaba, como la tierra (p. 200).

Junto a los monumentos y a la Universidad, Cipolla elige un tema de suma importancia, como es el de los debates de Colón con los científicos y religiosos salmantinos en San Esteban, como paradigma de lo que Salamanca representa y que es ni más ni menos la afirmación, puesta en boca de Colón, de que sin Salamanca los Reyes Católicos no hubieran tenido América. Para demostrarlo inventa una especie de pieza dramática, en la que imaginariamente hace representar a Colón delante de los frailes dominicos los argumentos en defensa de sus tesis:

¡Colón en Salamanca! El nombre de Colón aquí, en España, en las tierras que lo vieron pasar (es necesario reconocer que entre nosotros a Colón no se le ve, es una larva), despierta algo del inmenso escalofrío que ha hecho correr en el universo. Imaginaos el alboroto cuando en este patio de la Universidad se supo que el hijo del cardador de lana había llegado. Los orgullosos mitrados ríen de aquel visionario infatuado de vanidad. Los profesores explican que la discusión que está a punto de encenderse alrededor del extranjero es irritante y que Aristóteles, etc., etc. Pero entre los estudiantes hay quien escucha al desconocido que golpea con fuertes golpes sordos a la puerta del porvenir que se abre, pero no quiere abrirse todavía.

Estamos en la plaza silenciosa, rosa y desnuda, delante de la puerta del convento de San Esteban y Santo Domingo, que acogió a Colón la primera vez en 1484... “*a Fray Diego de Deza (dejó escrito el descubridor de América) y al convento de San Esteban debían los Reyes Católicos las Indias*”. Y la misma puerta, a la cual el gran vagabundo ya viejo, con la cabellera de oro transformada en canosa y el rostro ahuecado por la miseria, por la amargura y por la obsesión, errante no ya de la casualidad sino de su mismo descubrimiento que pide nacer, ha golpeado pidiendo asilo. Él la conoce desde el tiempo en el que no siendo ya un desconocido, no siendo ya confundido por un equívoco aventurero, la ha traspasado, recomendado por la Corte, por los monjes influyentes, por sus mismos servicios prestados a la causa de Cristo en la guerra de Granada, habiendo obtenido la discusión de su proyecto en Salamanca, centro de la sabiduría.

La puerta se ha abierto; ha aparecido la cabeza encapuchada y henos aquí, en el convento solitario, acompañado por un fraile de pies sordos de mente cerrada.

Aquí la sala donde el “genovés” –la última palabra ha sido pronunciada por el fraile casi con hostilidad– intentó ganar su causa delante de los sabios de Salamanca. Una larga sala llena a veces de sombra y de humedad, donde el salitre aflora sobre las paredes. Nada de frescos, ningún resto de decoración, nada más que escualidez y abandono. Las raras palabras del fraile resuenan en el silencio. Se habla en voz baja. La ocasión, la piedra y la sombra nos pesan sobre las espaldas y sobre el espíritu.

“¡Colón se ha sentado allí!”.

En el vacío hay lugar para los sueños. La historia nos ha dejado pocos elementos sobre la memorable sesión, pero podemos imaginar al italiano hojear sobre la inmensa mesa maciza los pesados “*in folio*” de cuero, los manuscritos, sus notas ilustradas con una escritura cerrada, firme, clarísima, las cartas adornadas con figuras mitológicas, la de Toscanelli sobre todo. Frente al hombre vestido de terciopelo, los grandes, los prelados, los sabios, en trajes resplandecientes o severos. Colón habla. El orgullo trasluce de la palabra, sus presunciones, que enseguida aparecen como ilegítimas, indisponen a la asamblea. Expone con fuerza, pero con un lirismo incoherente y hace sonreír a los hábiles y a los sabios. Agita la inmensidad de los hechos, las tradiciones legendarias que ha recogido en los libros vetustos y en los confines extremos del mundo conocido, las palabras de Séneca y de Platón y recuerda los troncos encontrados sobre las playas de las Canarias. Confunde, sin distinguirlos, las quimeras con los hechos y ofusca los hechos con las quimeras.

Los políticos alzan los hombros, los sabios objetan, discuten, rectifican, olvidando que el error es la ganga de las verdades nacientes. La disputa se enciende (es la única que la posterioridad, amiga de las antítesis simétricas, recuerda). Los monjes encuentran que la idea de Colón es contraria a las sagradas Escrituras. Se blande el Evangelio sobre su cabeza. Pero Colón sacude la espesa cabellera y con el cuello hinchado cita a los Profetas. Recuerda que es un creyente y que ha combatido contra los infieles. Su persona se yergue un momento, pero se vuelve enseguida humilde y suplicante. Quizá juega con astucia. Quiere dar al Papa romano, a la cristiandad, nuevos pueblos, fieles y oro. El oro resplandece sobre la reunión. A puñados, con sus manos poderosas, el humilde, el extranjero, el italiano, lanza sobre los prelados, sobre la Iglesia, los tesoros imaginarios de Cipango de su compatriota Marco Polo. Se exalta y grita que con las riquezas fabulosas que sabrá recoger en los mundos de más allá del océano, reconquistará a los sarracenos el sepulcro de Cristo. Pero los hombres de Estado saben que el tiempo de las cruzadas ha pasado y sonríen todavía más escépticamente.

Entonces Colón precisa: para ir a aquellas maravillosas Indias por el oeste basta algunos días. Es el hombre destinado a agrandar desmesuradamente la tierra, afirma sobre la fe de los alejandrinos, que el mundo es pequeño; ¡pequeño como el puño! El argumento choca, enciende las codicias. La luz que brilla de los diamantes socorre a la que escasea de los textos axiomáticos. Diego de Deza y el cardenal Mendoza

de vasto espíritu, vienen en socorro del Iluminado. La fiebre golpea y quema el amplio pecho de Colón. Quizá está al final de su odisea, quizá el exiliado itálico está marcado por la fortuna y triunfará. No, monjes y sabios condenan sus proyectos “como verdaderamente impracticables”. La túnica ha sofocado a la luz. La ciencia adquirida pronuncia en nombre del pasado su sentencia negativa a la acción y al porvenir. El monumento de la estupidez humana se entrega al futuro.

Sí, escarnezcamos también a los frailes de Salamanca que fueron duros y obtusos, pero recordemos que finalmente han sido los religiosos, los monjes los que, después, acogieron, animaron, impulsaron a Colón e hicieron posible la fatídica partida de las tres carabelas. La fe en el suceso triunfal procedía únicamente de la cultura. Ni uno sólo de ellos era un hombre de acción, sino todos hombres de pensamiento, puesto que, efectivamente, el pensamiento es el más audaz de los aventureros.

Las descripciones posteriores a Salamanca corresponden a Burgos y Toledo y especialmente a las catedrales de ambas ciudades, continuando posteriormente el viaje de regreso por Lourdes y los Pirineos centrales franceses.

EL DIARIO DE UN EMBAJADOR ITALIANO EN SALAMANCA DURANTE LA GUERRA CIVIL. ROBERTO CANTALUPO

YOLANDA ROMANO MARTÍN*

RESUMEN: En los inicios de la guerra, Salamanca se convierte en la capital del fascismo. Franco decide dirigir sus operaciones desde esta ciudad porque estaba lejos de los centros de operaciones y lindaba con una frontera amiga: la Portugal salazarista. Hasta Salamanca llegan el ejército de Franco, la legión Cónдор de Hitler, las Milicias Falangistas, los Regulares de África y las Truppe Volontarie de Mussolini. En 1937 las tropas italianas van a ser respaldadas por un embajador: Roberto Cantalupo. De su misión en Salamanca publica una obra autobiográfica donde narra sus experiencias vividas en aquellos tormentosos y complicados días.

ABSTRACT: At the beginning of the Spanish Civil War, Salamanca became the capital of fascism. Franco decided to direct operations from this city because it was far from the front and close to a friendly border, Salazar's Portugal. Franco's army, Hitler's Condor Legion, Falangist militias, the Regular Army from Africa and Mussolini's Truppe Volontarie all came to Salamanca. In 1937, the Italian troops were supported by an ambassador: Roberto Cantalupo. He published an autobiographical work in which he narrates his experiences of those stormy and complicated days.

PALABRAS CLAVE: Mussolini, Franco, ejército, fascistas, embajador, guerra civil, Salamanca.

* Universidad de Salamanca.



El embajador Roberto Cantalupo era un diplomático que conocía muy bien la realidad geopolítica europea, mediterránea y del mundo árabe. Tras sus misiones diplomáticas en Egipto y en Brasil es enviado a España en el año 36 en plena Guerra Civil española para actuar como interlocutor entre Franco y Mussolini

Roberto Cantalupo fue el primer embajador de Italia ante el gobierno de Franco y por tanto testigo de primera mano de las relaciones entre ambos países durante la Guerra Civil española.

Para entender la misión de Cantalupo en España habría antes que recordar los motivos por los que aquella Italia fascista interviene en ayuda de las tropas de Franco. En la decisión de Benito Mussolini de correr en auxilio de Franco influyeron múltiples y complicados factores de orden político, estratégico e ideológico. Por una parte, la intervención italiana puede ser entendida como parte de una estrategia por mantener el equilibrio en la zona del Mediterráneo. Pero, por otro lado, no es posible ignorar que dicha intervención proporcionaba la oportunidad al régimen fascista de difundir su ideología fuera de su territorio nacional.

Debemos partir de la constatación de que el gobierno fascista italiano toma partido por el bando nacionalista y le va a prestar su apoyo incondicional. Mussolini espera que Franco resuelva el conflicto de manera rápida y victoriosa sin que suponga un excesivo compromiso diplomático para Italia

y Alemania. Pero ante la imposibilidad de una rápida victoria de los nacionales, Italia refuerza su apoyo enviando una impresionante cantidad de material militar y de hombres entre 1936 y 1937. Desde enero de 1937 en los puertos de la España nacionalista se asiste a una llegada masiva de voluntarios italianos que participarán en algunas de las batallas más decisivas de la guerra. Su participación se saldará con importantes victorias en Málaga o Santander y traumáticas derrotas en Guadalajara. Así pues un importante contingente italiano, entre oficiales, soldados y voluntarios, lucharon en el bando nacionalista. A esos alrededor de 80.000 combatientes habría que añadirle un número mucho menor de voluntarios brigadistas que combatieron al lado del gobierno republicano.

Como explica Laureano Núñez en su artículo “Sciascia, Lucarelli, Arpaia. El mito de la guerra civil española en la narrativa italiana”:

La Guerra Civil española se convierte en el acontecimiento que desencadena la toma de conciencia por parte de amplias masas de población italiana de que el conflicto español va más allá de la lucha entre el orden y la anarquía o la religión verdadera y el ateísmo como proponían los medios propagandísticos gubernamen-

tales italianos, y surge la duda de que lo que quizá esté en juego sea la libertad y la cultura en pugna contra la dictadura y la barbarie (Núñez, p. 252).

No hay que olvidar que una parte de la población italiana antifascista tomará el conflicto español como punto de referencia en su lucha.

No cabe duda de que dado el gran contingente y el despliegue de soldados italianos en España esta ayuda resultará, a la postre, esencial para la victoria nacionalista.

La compleja intervención italiana a su vez asentó las bases para una más estrecha colaboración ítalo-alemana. En efecto, el 28 de agosto de 1936 el jefe del servicio secreto militar alemán, el almirante Wilhelm Canaris, concordaría junto al jefe del Servicio de información militar, Mario Roatta, cómo organizar la ayuda que se enviaría a la Península Ibérica.

La utilización de las tropas italianas servía a su vez, desde perspectiva italiana, para plasmar el espíritu del hombre nuevo fascista. Para la ideología mussoliniana el combate forjaría el carácter de los italianos. No olvidemos que en la lógica fascista los italianos debían desarrollar una nueva conciencia como ciudadanos de una potencia imperial. De este modo debían exportar esta visión ideológica portadora de valores universales a través de una política de expansión y de agresión militar si fuera necesario.

Se trataba de justificar la intervención en España resaltando el peligroso avance del comunismo en Europa y para ello Mussolini se embarca en esta cruzada antibolchevique.

A las razones estratégicas, políticas e ideológicas había que añadirles la necesidad perentoria del Duce de reafirmar su prestigio a nivel internacional. De ahí que el propio Mussolini insistiera en su pretensión de que las tropas italianas actuaran bajo mando italiano y que pidiera reiteradamente que fuera reconocida la indispensable contribución italiana en la victoria nacionalista.

EMBAJADA EN ESPAÑA DE ROBERTO CANTALUPO

Roberto Cantalupo nació en Nápoles el 17 de enero de 1891, estudió derecho y desde 1910 ejerció como periodista en el Pungolo. Participó en la Primera Guerra Mundial por la que recibió la condecoración de la cruz al mérito. Tras su incursión militar regresó al periodismo trabajando en diversos periódicos como el *Corriere d'Italia*, el *Avvenire d'Italia*, el *Idea nazionale*, el *Corriere Mercantile*, el *Corriere del Mezzogiorno* y el *Corriere della Sera* entre otros. Fue elegido diputado monárquico en dos legislaturas entre 1924 y 1929. Tuvo el cargo de Subsecretario de Estado en las Colonias entre 1924 y 1926. Permaneció en Egipto desde 1930 a 1932 como enviado extraordinario plenipotenciario ante el rey Fuad I. Desde ese año a 1936 fue enviado como embajador a Río de Janeiro tras lo cual comienza su breve pero intensa misión diplomática en España.

Este político, escritor e intelectual italiano ejerció como primer embajador de Mussolini ante Franco y fue enviado a España para moderar en las complicadas relaciones entre ambos. Si bien no fue un fascista verdadero, fue un conformador, como se llamaba en Italia al que se acomodaba al régimen. Su misión diplomática duró escasamente 55 días pero de este breve periodo el embajador nos dejó un importante testimonio.

Cuando finalizó su misión publicó en 1948 un libro titulado *Fu la Spagna*¹ donde reflejó minuciosamente aquellos acontecimientos vividos durante su estancia en nuestro país. De sus páginas se desprende una posición de cautela en el conflicto español dado que no se identificaba con el Caudillo y preveía el desgaste de la intervención italiana.

Este diplomático napolitano, un hombre culto, periodista y escritor, admirador de Miguel de Unamuno, no duda en el libro en exponer su juicio sobre lo que estaba aconteciendo en España.

ROBERTO CANTALUPO EN SALAMANCA

Antes de su misión diplomática en España Cantalupo había pasado dos años en Brasil liquidando los retazos de la insurrección separatista de São Paulo. En agosto de 1936 tras 7 años en el extranjero Roberto Cantalupo regresa a Italia y se entrevista con el Ministro de Exteriores Galeazzo Ciano², yerno de Benito Mussolini, y le explica cuál es la situación del conflicto bélico español y cuál será su misión.

Nada más pisar territorio español Cantalupo se encuentra con el agregado comercial Mariano, que tenía una gran experiencia en España y no era fascista. A su llegada a San Sebastián descubre con sorpresa la ausencia del agregado militar, el teniente coronel Gabrielli, que se hallaba convaleciente tras una intervención quirúrgica en un hospital de Salamanca, así como la del canciller Vignetti que se había quedado en Salamanca. Nada más llegar a la ciudad salmantina el nuevo embajador relevará de sus obligaciones a un enfermo y cansado De Ciuttis que pocos meses después moriría en Italia. Pronto Cantalupo se da cuenta de que la Embajada en Salamanca no había funcionado nunca y por tanto De Ciuttis no había jamás enviado informes a Roma.

Quienquiera que tenga alguna práctica de la diplomacia se dará cuenta de la situación de trabajo en que vine a hallarme, asumiendo, con la única colaboración del canciller Vignetti, que se hallaba en España desde hacía diez años, la dirección

1 La traducción al castellano de esta obra se publica en abril de 1951 con el título *Embajada en España* en la editorial Luis de Caralt y con la traducción de Alberto Vilá de Avilés.

2 Este político italiano será Ministro de Asuntos Exteriores durante el periodo fascista desde 1936 a 1943. Anteriormente había ocupado el Ministerio de Prensa y Propaganda y había participado en las operaciones contra Abisinia, actual Etiopía, en 1936.

de la llamada Embajada, cuyas consignas políticas nadie pudo comunicarme sobre el terreno (Cantalupo, p. 83).

En el viaje de San Sebastián a Salamanca emplea tres días porque se detiene en varias pequeñas ciudades:

llenas de monárquicos y de aristócratas, de intelectuales y de burgueses, de industriales y de sacerdotes, muchos de los cuales habían logrado escapar milagrosamente de las terribles matanzas de Madrid (Cantalupo, p. 83).

Comienza aquí a tener testimonio directo de lo que el pueblo español piensa de la intervención italiana:

En cuanto a Mussolini y al fascismo juzgaban prudente no excederse: muchos falangistas nos consideraban reaccionarios, retrógrados y enemigos del pueblo: muchos monárquicos nos juzgaban tribunos populares, demagogos y revolucionarios. [...] Los de derechas nos consideraban socialistas y los de izquierdas nos juzgaban reaccionarios. Y desde otro punto de vista pensaban que verdaderamente les estábamos ayudando a rechazar el comunismo, pero quién sabía lo que después pretenderíamos... (Cantalupo, p. 84).

Estas conversaciones con los españoles que va conociendo le permiten escribir una primera carta a Roma indicando sus impresiones. Como él mismo explica queda impactado por la belleza de la pequeña ciudad de Salamanca:

Acogido cortésmente por los españoles en la hermosa Salamanca, todos los palacios se hallaban ocupados por las oficinas de Franco, me instalé en una villa propiedad de un agricultor vasco (p. 84).

Esa misma noche recibe la visita del jefe de gabinete de Franco, don José Antonio de Sangroniz, diplomático, monárquico y católico y uno de los personajes más representativos de la política exterior franquista. Será el interlocutor de Cantalupo durante su breve misión en Salamanca.

Mi interlocutor, que era muy cordial cuando hablaba de Italia, me dio la primera sensación de los fundamentales, graves y crueles equívocos que existían entre nosotros y los españoles: en medida de lo posible había querido aclarar, entre nosotros dos, la atmósfera personal, para aclarar de refilón la que sabía era evidentemente ambigua entre Roma y Salamanca (Cantalupo, p. 86).

Entre la entrevista con el ministro de exteriores italiano Ciano en Roma y la primera entrevista de Cantalupo con Franco la situación había cambiado pues las operaciones militares entre diciembre y enero del 37 habían marchado mal, lo que suponía que la guerra sería larga. Estos acontecimientos bélicos van a influir



Cantalupo dedicó la última etapa de su vida a poner por escrito sus vivencias como diplomático por el mundo. Su breve experiencia de 50 días como embajador en España la plasma en un libro de memorias titulado Fu la Spagna publicado en 1949. Dos años después la editorial Luis de Caralt publica la versión española Embajada en España.

en las relaciones del CTV (Corpo Truppe Volontarie) y el ejército franquista y como consecuencia significará el rápido final de la misión de Cantalupo en Salamanca.

Entre diciembre e inicios de febrero las tropas italianas habían tomado Málaga pero el ejército franquista no había ocupado Madrid. La conquista de Málaga no se había aprovechado para seguir al enemigo hasta Valencia porque la resistencia republicana se había reorganizado rápidamente. Por otra parte las operaciones de los franquistas en Madrid habían fallado por un error de estrategia. Cantalupo se da cuenta de que la situación era muy diferente de como Ciano la había descrito y previsto. El humillante fracaso de Madrid y el consiguiente retraso en el final de la guerra suponían un descrédito entre los españoles y a nivel internacional. Cantalupo empieza a pensar que su Gobierno ha sido víctima de un engaño “engaño tendido más que por los españoles a nosotros, por nosotros mismos, como casi siempre ha sucedido” (Cantalupo, p. 91).

Se preguntaba así mismo si sería capaz en su misión de “reducir y doblegar la realidad al nivel de los deseos y de las esperanzas de joven Ciano” (Cantalupo, p. 91).

A mediados de febrero Cantalupo se entrevista con el caudillo en el palacio del Arzobispado de Salamanca, sede del cuartel general. En su camino hacia el ansiado

encuentro con Franco recorre las calles de la ciudad salmantina lo que despierta los recuerdos de su querido país transalpino:

A mi espíritu, que recordaba tan prolongados vínculos, todo le hablaba en un lenguaje conocido y querido, en las calles de aquella espléndida y humilde Salamanca, tan espléndida y humilde como todas las ciudades de nuestra Península desde Montecassino a Palermo. Me arrastraba también hacia los recuerdos históricos, demasiado fáciles y aleccionadores, la ‘amarillenta faz’ de San Genaro, mi arzobispo mártir decapitado, pintado por nuestro, y suyo a un tiempo, El Greco, en la soberbia catedral salmantina. Allí, una conmoción helada pero imperecedera flota en el aire, en las piedras y en las calles; los silencios son algo vivo y no se extinguen jamás, y continúan hablando, siempre (Cantalupo, p. 94).

Continúa su narración comparando su ciudad natal, Nápoles, con la docta Salamanca. En ellas ve sorprendido extraordinarias similitudes:

La ciudad era soberbia, docta incluso en su aire, dorada en sus calles seculares, altanera de sentirse madre de la sabiduría ibérica, tranquila en sus claras piedras. ¡Pero fíjate en aquellas piedras! ¡Son las tobas napolitanas! Fueron los españoles los que nos enseñaron a usar la toba porosa para edificar nuestros palacios aragoneses (Cantalupo, p. 94).

Alude al característico color de la piedra de Villamayor y a su porosidad. Esta piedra conocida también como piedra franca es el principal material utilizado en la mayoría de los monumentos que constituyen el Patrimonio Histórico Arquitectónico de Salamanca. Este tipo de piedra le recuerda la toba³ utilizada en cambio en la arquitectura de su ciudad.

No escatima en alabanzas en su descripción de la Plaza Mayor salmantina monumento cumbre del Barroco español:

Con sus tiendas abarrotadas de víveres, con sus explanadas ocupadas por los vivacs de los moros, con su Plaza Mayor cuadrada y real, militar y moruna, Salamanca no se asombraba y no se cansaba de nada (Cantalupo, p. 94).

El ágora salmantina era el punto de encuentro de la ciudad, como diría Carmen Martín Gaité, corazón al que afluyen todas las arterias. La intensa y constante vida de la Plaza Mayor era interpretada por Cantalupo como síntoma de la inquietante e inestable situación del país:

La Plaza Mayor se hallaba atestada a cualquier hora del día: atestada de soldados y de paisanos, de mujeres y de niños, de moros y de andaluces, de curas y de vendedores ambulantes, que se entrecruzaban y se seguían, entraban en los cafés que había bajo los porches o volvían a salir de ellos, y todos hablaban y todos fumaban y su serio ir y venir, indolente y nervioso, me parecía un fluir de la psicología y de eterna contingencia española, un alternarse de conquista y de servidumbre, un sucederse de libertad y de dominio, una persecución de peligros y de esperanzas, sin descanso, sin límite, y sin fin (Cantalupo, p. 95).

Subraya también el embajador italiano en su narración la importancia de Salamanca como ciudad representante de la cultura española a lo largo de la historia, desde la reconquista al estado actual de absolutismo político:

3 Recordemos que la toba volcánica es un tipo de roca ligera, de consistencia porosa, formada por la acumulación de cenizas u otros elementos volcánicos muy pequeños expelidos por los respiraderos durante una erupción volcánica. Este tipo de piedra es característico de las edificaciones en Nápoles llamado 'tufo giallo napolitano'.

En los majestuosos palacios de la Universidad, de la Biblioteca, del Arzobispado, parecía que se había refugiado provisionalmente, esperando tranquilamente el fin de la sangre, la cultura española de la más pura cepa, aquella de la reconquista y de la hispanidad, y con ella la reciente cultura revolucionaria y el fermento inquisitorial y la levadura insurreccional, la presión del libre pensamiento y del socialismo contemporáneamente con la del absolutismo, del Estado personal y del autoritarismo, fuerzas que agrupadas constituyen el mayor conjunto espiritual de Europa, la más abundante, desordenada y variada fuente de pensamiento, tanto cuando su linfa es blanca, como cuando es roja (Cantalupo, pp. 94-95).

Cantalupo demuestra su formación cultural al descubrir la figura del insigne pensador, escritor y rector salmantino Miguel de Unamuno que había conocido en París años antes y para el que dedica palabras de admiración:

En una habitación del palacio contiguo al que ocupaba el cuartel general de Franco, había muerto hacía unos días Unamuno, el más español de los grandes cerebros pensadores. [...] El recuerdo que tenía de Unamuno era el de un ser pletórico de cultura, la más anti-germánica y la más totalitaria de las modernas culturas europeas. Unamuno, explicación viviente de la España ya no Gran Potencia y más que nunca gran nación. Veinte años atrás, en París, me parecía que el país de Unamuno no podía morir jamás: ahora, en Salamanca, veinte años más tarde, me convencía de ello (Cantalupo, p. 95).

Cuando se presenta ante Franco se encuentra con un hombre muy español en su personalidad externa que derrochaba cortesía y sencillez, buenos modales y autoritarismo formal.

En el transcurso de la entrevista el caudillo le confiesa que prevé una guerra larga, confirmando así las sospechas de Cantalupo. Así mismo Franco describe al adversario como un enemigo peligroso y valiente al que no se debe subestimar que combate por un ideal aunque sea equivocado. A la pregunta de Cantalupo sobre un posible final de la guerra por pacificación Franco es tajante. Todo se decidirá por las armas.

[...] ésta es una guerra de reconquista, antes espiritual que militar. España no es la enemiga, es mi patria (Cantalupo, p. 100).

A primeros de marzo llegan por fin las credenciales desde Roma con las que se hace efectivo el nombramiento de Roberto Cantalupo como embajador en Salamanca. Estas credenciales debían haberle sido entregadas al partir de Italia pero increíblemente en aquel momento no estaban preparadas. Cantalupo presenta oficialmente sus cartas credenciales al Caudillo para poder acreditarse como embajador junto a su Gobierno. Ésta es la descripción de la ceremonia de nombramiento en el Ayuntamiento de Salamanca situado en la Plaza Mayor:

Los españoles hicieron las cosas como grandes señores, y la ceremonia fue algo magnífico. La Plaza Mayor estaba atestada de una inmensa muchedumbre. Una imponente formación de tropas árabes, nacionales e italianas, ocupaba la parte central. El cortejo fue solemne y pintoresco. En el soberbio Palacio del Ayuntamiento, Franco, rodeado de un gran número de oficiales y funcionarios, todos ellos en uniforme, recibió las cartas del Rey de Italia en una sala adornada con admirables tapices españoles del siglo XVI y con espléndidas porcelanas del XVII, que habían sido transportados allá para tal ocasión, desde la norteña ciudad de Vitoria (Cantalupo, pp. 107-108).

Para Cantalupo esta espléndida y refinada decoración del Ayuntamiento no es más que fiel reflejo de la riqueza cultural española:

Maravillas artísticas extremadamente atrayentes: tapicerías que son joyas inestimables del gusto medieval e incluso humanístico de los ibéricos del primer Renacimiento, tesoros quizá sin igual, de cuya solemne majestuosidad y maravillosa poesía puede decirse verdaderamente que ejercen una fascinación, a la cual no puede sustraerse espíritu alguno: la fascinación de la España voluptuosamente cubierta de la pátina de secular cultura, saturada de espíritu de refinamiento (Cantalupo, p. 108).

En los breves discursos de Franco y Cantalupo se menciona la labor de los dos países aliados en su empeño común de lograr la paz para España de acuerdo con los ideales superiores de unidad patriótica y de orden social. Salamanca es también protagonista del acto, en cuanto símbolo del derecho internacional:

Por parte española se habló de Salamanca engendradora del derecho internacional, de los sufrimientos del pueblo, de justicia social, y de fraternidad entre la nación y el ejército, de la hidalguía, palabra creada por la raza española para expresar su sentimiento regulador de la vida, que impone el deber de no olvidar al amigo que en momento de peligro os ha tendido la mano (Cantalupo, p.108).

Al día siguiente un avión enemigo deja caer sobre la residencia de Cantalupo hojas sueltas del periódico rojo *La Vanguardia* de Barcelona donde se describía con exactitud su biografía política y se cuestionaba qué iba a hacer el representante de la Joven Italia, entre los componentes de la España vieja.

Tras la llegada de Farinacci a Salamanca en misión sindicalista la situación de Cantalupo se complica y le hace preguntarse:

¿Cuántos embajadores tenía Italia? ¿Cuál de nosotros dos era el verdadero representante del pensamiento político de Roma? ¿Por boca de cuál de los dos, hablaba el Gobierno del Rey? (Cantalupo, p. 117).

El encuentro con Farinacci tiene lugar el 10 de marzo en la Plaza de Toros de Salamanca en una corrida de toros organizada en homenaje a Italia “para hacer honor a la sangre que debía verterse como ofrenda a nuestro país”. (p. 120).

De esta entrevista Cantalupo saca la conclusión de que Farinacci viene con la intención de ‘fascistizar España’ en franca oposición a las instrucciones que Ciano le había dado para su misión.

El 20 de marzo Farinacci regresa a Roma y junto a él llega también un informe secreto de Cantalupo dirigido a Ciano que provoca un gran escándalo. Farinacci inicia una campaña de descrédito de Cantalupo ante Mussolini y Ciano donde le acusaba de derrotismo, de poco dinamismo y de ser sustancialmente opuesto a la empresa y a los alemanes. Esto no influyó en el futuro inmediato de Cantalupo puesto que la decisión de relevarle de su misión había sido ya tomada.

Cantalupo tiene un segundo encuentro con Franco el 23 de marzo que describe como penoso y escabroso en el transcurso del cual el Caudillo pretende informarle de manera directa de la situación de la campaña tras el episodio de Guadalajara. De las explicaciones que le da entre reticencias y tuteos Cantalupo saca una conclusión:

Yo había descubierto que la táctica de nuestra política española era casi completamente errónea, y que, aun en el caso de que no perdiéramos la partida militar nos hallábamos destinados, ciertamente, a perder la partida política (Cantalupo, p. 166).

6 días después vuelve a encontrarse con Franco para leerle el telegrama que había recibido de Mussolini donde explicaba que todo marchaba bien, que no había variaciones políticas ni militares por parte del gobierno fascista. Estas noticias tranquilizaron al general español.

Cantalupo tiene una breve conversación con Franco, esta vez en Sevilla, justo antes de recibir la llamada del canciller Vignetti desde Salamanca que le comunicaba la llegada de un telegrama urgente que decía:

V.E. debe volver a Roma. Parta inmediatamente dejando consignas a Bossi (Cantalupo, p. 183).

La noticia de la marcha de Cantalupo no es del agrado del Caudillo que solicita el aplazamiento del viaje porque tenía razones de estrategia:

[...] era necesario que supiese que estaban a punto de comenzar las operaciones militares en el frente norte, en la zona vasco-asturiana; creía que era preferible que esperase a que tuviese efecto el éxito de aquella breve ofensiva local [...] pero cuyos resultados podrían repercutir eventualmente en todos los frentes (Cantalupo, p. 184).

El sustituto de Cantalupo para suplir la ausencia en Salamanca le acusa nada más llegar de abandono espiritual de la misión y de hostilidad contra la ‘fascistización’ de España e incluso de amistad con los republicanos. Pero tras leer los informes enviados por Cantalupo durante los 45 días de permanencia en España, en seguida, cambia de opinión y no duda en alabar y admirar su labor.

El embajador se despide del general Franco tras recibir la orden formal de regresar a Italia. El general español le pide que refiera a Roma el contenido de su conversación con la precisión de un fiel intérprete. Le explica su táctica y la necesidad de seguir por etapas graduadas, región por región. Le expone que la reconquista del territorio es el medio, la redención de los habitantes es el fin y por ello la guerra deberá alargarse dos años más.

A la mañana siguiente Cantalupo parte hacia la frontera francesa pero antes hace un último recorrido por la nevada y fría ciudad salmantina. Primero se acerca a la casa donde había residido Unamuno hasta hacía pocas semanas para rendir homenaje a su memoria:

Pasando por delante de la casa de Unamuno en una plácida y silenciosa calle de Salamanca, pedí a la viejecita que se hallaba como de costumbre en la puerta que me diera noticias sobre la muerte del profesor que había sucedido algunas semanas antes. Ella respondió sonriendo, sonriendo como hacen los españoles cuando hablan de la muerte, que había luchado durante muchos años sufriendo muchísimo. También él, torre solitaria de la nacionalidad y de la humanidad española, de la fantasía y de la religión, había opuesto a la definitiva agresión de la naturaleza su resistencia pasiva; silenciosa, indomable, desolada, mas despreciativa resistencia, hecha de paciencia y de dolor, de filosofía y de historia, su historia individual y la de su país (Cantalupo, p. 200).

Unamuno, al igual que ahora Franco y toda España desde siglos había resistido y continuado.

Se resiste Cantalupo a abandonar Salamanca sin visitar la magnífica Catedral símbolo de la devoción y de la fe cristiana: “Aparecía oscura y majestuosa, imperial y fanática”. Allí observa a unas mujeres que rezan arrodilladas con los brazos en cruz porque la Pascua está próxima:

Algunas mujeres de rostro enérgico y de ojos fríos y claros, que apenas se distinguían a través de las orlas de las mantillas negras que cubrían sus cabezas y espaldas, permanecían arrodilladas sobre el helado pavimento de mármol, inmóviles y como petrificadas al igual que las imágenes que se ocultaban entre las columnas góticas (Cantalupo, p. 200).

El sacrificio y el dolor de estas mujeres le recuerda a Cantalupo el sangriento esfuerzo que tendrían aún que soportar los hombres de Franco durante los próximos años antes de lograr la victoria.

Cantalupo durante su estancia en Salamanca trató de informar detalladamente de la situación real del conflicto dejándose llevar también por su propia intuición. Consideraba prudente reducir el apoyo al Generalísimo e intensificar en cambio las relaciones diplomáticas internacionales para lograr la pacificación en España. Se le relevó de su misión porque Mussolini no toleraba las críticas, ni las opiniones contrarias. Cuando regresó a Italia Cantalupo fue invitado a alinearse con la política fascista pero éste rehusó cambiar de opinión. En julio de 1937 abandonó definitivamente la administración de Asuntos Exteriores dejando por tanto su carrera diplomática. Esta retirada forzosa le permitió proseguir con su carrera como escritor y plasmar en varios libros sus experiencias como diplomático por el mundo. Escribió las obras siguientes: *La politica francese da Clemenceau a Millerand* (1921), *La conciliazione franco-vaticana* (1922), *Fatti europei e politica italiana* (1924), *La classe dirigente* (1926), *L'Italia musulmana* (1928), *Ritratto di Pietro Lanza di Scalea* (1939), *Re Faud I re d'Egitto* (1940), *Racconti politici dell'altra pace* (1941), *Brasile euroafricano* (1942) y, por último, *Fu la Spagna* (1949) al que hemos dedicado este artículo.

EL HISPANISTA MARIO PUCCINI EN SALAMANCA

MERCEDES GONZÁLEZ DE SANDE*

RESUMEN: Mario Puccini nació en 1887 y murió en 1957, perteneció a una generación literaria, el grupo de “La Voce” que, de alguna manera, es el correspondiente a la Generación del 98 en España. Aparte de ser un escritor de numerosas obras narrativas, Puccini fue un hispanista dedicado a difundir en Italia las obras de muchos escritores españoles, a través de estudios, artículos periodísticos y traducciones. Su amplia relación con muchos escritores españoles instó a Mario Puccini a recorrer España en la primera mitad de 1936, recogiendo sus impresiones de su largo viaje en un volumen titulado *Amore di Spagna*, publicado en 1937. A las tierras de Castilla llega en mayo de 1936. A Salamanca, aparte de la aureola que rodea a la ciudad como ciudad universitaria por antonomasia, llega tras las huellas de su amistad con Miguel de Unamuno, que en esos momentos no se encuentra en la ciudad, y las conmemoraciones literarias de Fray Luis de León y Calderón de la Barca. Para él Salamanca es una ciudad del interior española, pequeña, recogida, pero no silenciosa, llena de voces del pasado que saben de historia y, sobre todo, de literatura. Busca esencialmente a Unamuno. Lo imagina en la plaza de San Benito, bajo los soportales de la Plaza Mayor y en las personas que van por las calles. Y junto a él, a Fray Luis de León, enseñando en la Universidad y a Calderón de la Barca, estudiante en Salamanca “no por poco y no inútilmente”.

ABSTRACT: Mario Puccini (1887-1957) belonged to a literary generation, the “La Voce” group, which corresponds somewhat to Spain’s Generation of ’98. Besides being a writer of many narrative works, Puccini was a Hispanist devoted to spreading the work of numerous Spanish writers in Italy, through studies, journalistic articles and translations. His deep relationship with many Spanish writers led him to travel around Spain in the first half of 1936, gathering his impressions of the long trip in a volume entitled *Amore di Spagna*, published in 1937. In May, 1936, he arrived in Castile, and in Salamanca, which held for him, apart from its aura as a university town *par excellence*, the traces of his friendship with Unamuno, who at that moment was not there, and the literary commemoration of Fray Luis de León and Calderón de la Barca. For Puccini, Salamanca was a city of the interior of Spain, small, secluded but not silent, rather full of the voices of the past that speak of history, and above all, of literature. He essentially looks for Unamuno. He imagines him in San Benito Square, under the arches of the Main Square and in the people passing on the street, and together with him, Fray Luis de Leon, teaching at the University, and Calderón de la Barca, a student in Salamanca “no por poco y no inútilmente”.

PALABRAS CLAVE: Puccini, Unamuno, Fray Luis de León, Calderón de la Barca, San Benito, universidad.

* Universidad de Bérghamo (Italia).



Mario Puccini¹ nació en Senigallia (Italia) el 29 de julio de 1887. Hombre de espíritu inquieto y carácter solitario prefirió la formación autodidacta a los estudios regulares, abandonando la escuela cuando era muy joven para colaborar en la actividad de su padre, propietario de una librería en su ciudad natal.

Su tiempo libre lo dedicaba a la escritura, actividad que ya había iniciado en su época escolar con algunos versos y bocetos. Sus primeras obras importantes son *L'ultima crisi* (1911) y *La viottola* (1912). En 1913 se traslada a Milán para abrir en primer lugar una galería de arte y posteriormente una editorial, a la que dará el nombre de Studio Editoriale Lombardo.

Gracias a su nueva empresa tendrá la oportunidad de conocer y estar en contacto no sólo con los principales intelectuales del primer novecientos italiano, sino también con muchas figuras representativas de otros países, entre ellas muchos españoles.

Su participación como soldado en la Primera Guerra Mundial de 1915 a 1918 marcará un momento decisivo en su vida y a este momento pertenecerán algunas de sus más sentidas e importantes obras autobiográficas y encuentros significativos para su posterior viaje a Salamanca: el encuentro físico en Údine, en 1917, con Miguel de Unamuno.

La desilusión por los negativos resultados de la guerra y sus posturas estéticas le llevaron a una cierta exclusión de los círculos literarios italianos, que Puccini compensó intensificando sus relaciones con otros países extranjeros, sobre todo, Francia y España, colaborando en revistas españolas como *La Pluma*, *España*, *La Novela Semanal* y *La Esfera* de Madrid, y en *Caras y Caretas* y *La Nación* de Buenos Aires. En este sentido, desde el periódico *Critica fascista*, se dedicará, entre 1926 y 1928, a presentar las obras y autores que él consideraba más importantes de las literaturas neolatinas, destacando las de habla hispana y francesa.

A partir de 1930 disminuirá su producción literaria para dedicarse a la escritura de libros de viajes que ilustraban diversas zonas de habla hispana y que, pese a su menor consistencia literaria, eran más populares y mejor remuneradas.

¹ Utilizo esencialmente para presentar a Mario Puccini mi libro *La cultura española en Papini, Prezzolini, Puccini y Boine*. Roma: Bulzoni Editore, 2001.

El 5 de diciembre de 1957 morirá sin ver publicadas dos de sus obras: *La terra è di tutti* y *Scoperta del tempo*, en las que había trabajado con gran entusiasmo en los últimos años de su vida y sin ver realizada su ilusión de ser reconocido como uno de los grandes escritores de la primera mitad del siglo XX italiano, quedando en la memoria de sus connacionales como aquel escritor que “ha ordito solitario ed orgoglioso la sua fittissima tela fino a restarne prigionero in vita ed oltre”².

De entre sus numerosas obras citaremos *Foville* (1914); *Dal Carso al Piave* (1918); *Davanti a Trieste* (1919); *La vergine e la mondana* (1910); *Viva l'anarchia* (1920); *La via del ritorno* (1937), etc.

La amplia labor divulgadora de la cultura española en Italia y su relación con muchos escritores españoles instaron a Mario Puccini a recorrer España en la primera mitad de 1936. Fruto de ese viaje y de los datos acumulados en sus variadas y extensas lecturas españolas fue un grueso volumen titulado *Amore di Spagna: Taccuino di viaggio*, publicado en 1937³, en el que España y su cultura se reflejarán con la visión del enamorado que, tras larga separación, por fin puede ver a su amada.

El viaje a España es para Puccini la realización de un sueño incubado durante muchos años de acercamiento ideal a España y a su cultura, el cumplimiento de su deseo de ser un caminante, frustrado por el peso de las obligaciones, porque, a pesar de haber visitado anteriormente, en dos ocasiones, España, en esta ocasión él viene decidido a hacer un balance de ese largo proceso de encuentro con la cultura española, iniciado aproximadamente veinte años antes, a contrastar si lo aprendido en los libros se plasma en la realidad de la España convulsa de 1936.

Puccini, más que hechos históricos, quiere describir paisajes humanos, los pueblos y los hombres reales y espirituales que conforman la idiosincrasia española y que, de alguna manera, explican los trágicos acontecimientos históricos que España está viviendo en 1936.

El itinerario de este tercer viaje comienza por Andalucía, región de la que visitará las ciudades de Cádiz, Sevilla, Jerez, Córdoba, Granada, Málaga y Almería. Andalucía es vista por nuestro autor con desasosiego por su incierto futuro pero llena también de reminiscencias literarias que se agolpan, como luego veremos para Salamanca, en las descripciones de Puccini y que él mismo justifica por haberle entrado en la sangre un poco de esa región a través de las incitaciones de las obras andaluzas de don Juan Valera.

Desde Almería parte Puccini para visitar el monasterio de Guadalupe, al que llega tras un difícil camino que él considera hecho “a posta para dar a los hombres el sentido de la distancia y casi de la inalcanzabilidad de Dios”, aunque el grandioso paisaje reconforta de tan duro viaje. En el escenario mágico de Guadalupe nuestro autor comprende el espíritu que animó a los conquistadores extremeños,

2 “Ha tejido solitario y orgulloso su densísima tela hasta quedar prisionero en ella en la vida y más allá”.

3 Milán: Ceschina, 1937, 395 páginas. Todas las citas proceden de esta edición. La traducción al español es mía.



Portada del libro en el que se recogen sus impresiones del viaje a España en 1936

que, antes de partir a América, pasaron para rezar a la Virgen y convencerse de que, sirviendo a la fe, todas sus acciones estarían justificadas.

En mayo de 1936 emprende el viaje por Castilla con el afán de encontrar en esta región la verdadera historia de España; la casta española de la que tanto trataron sus amigos de la Generación del 98:

Castilla, tierra castiza, tierra que ha representado siempre en relación con otras tierras de España el equilibrio, el orden, la poesía, la estabilidad, la claridad; donde han venido a depurarse todas las tempestades, donde el arte ha podido encontrar sus acentos más legítimos, donde las voces, incluso las más roncadas, se han tenido que endulzar. Corre una época crítica, turbada para el país y para la raza; pero aquí estamos en Castilla, lo que no he visto ni comprendido en el sur, aquí seguro que lo veré y comprenderé; he creído

siempre en España y, en cuanto a la región, yo conservo todavía en mí el eco de las páginas un poco frías pero genuinas, límpidas que ha inspirado a Azorín, porque este sentido que Azorín me ha ofrecido, de una región cálida, armoniosa, correcta, gentil, ¿la realidad no me lo debería confirmar? (p. 102).

Visita Madrid y una tarde de domingo la aprovecha para visitar Toledo y recalca una tarde de mayo en Ávila, donde él quiere recorrer las mismas calles que Santa Teresa y San Juan de la Cruz y eso vale cualquier esfuerzo.

La aridez de La Mancha con sus castillos arruinados, sus casas destruidas y los molinos de viento no le parece, sin embargo, tan desolada como se la imaginó al leer *El Quijote*. Como era previsible, sus juicios sobre la región están impregnados de literatura cervantina y los pueblos y las gentes que ve son un trasunto de los que vio el Caballero de la Mancha.

En los paisajes y pueblos de la vieja Castilla irá encontrando Puccini huellas de costumbres y sentimientos que en otras regiones no han sobrevivido, un mundo todavía virgen, detenido en el tiempo, que ha conservado, sin embargo, su individualidad, un carácter inconfundible.

Cuanto más os adentréis en el interior de la vieja Castilla y os alejéis de las grandes vías de comunicación y de tránsito, descubriréis más huellas de costumbres

y de sentimientos que en otras regiones no sobreviven desde hace décadas: y ciertamente sería estúpido hablar de ingenuidad, de primitivismo en el sentido absoluto; pero, mirando las cosas desde una cierta distancia y con las debidas cautelas, el trasfondo psíquico de estas poblaciones, incluso allí donde ya se ha infiltrado lo que querría llamar el “fiscismo moderno”, me parece que permanece a pesar de todo exquisitamente virgen, verde. Tan virgen y verde que en algunos momentos se tiene la impresión de encontrarse frente a un mundo todavía parado con el sentimiento y con la imaginación en hace algunos siglos, al menos en ciertos aspectos y elementos. Con esto no se quiere decir que también aquí no se haya advertido, acogido, asimilado el proceso de la vileza; pero ha sido una educación aceptada, a mi parecer, más en la superficie que en profundidad, más exteriormente que internamente. Y, sin embargo, mirad: si estas ciudades tienen cada una y todas un carácter propio inconfundible, una clara individualidad, incluso siendo a fin de cuentas tan nítidamente españolas, se debe esencialmente a un hecho: que han permanecido siempre inertes frente a las novedades fueran cuales fueran, y muy atentas y celosas para conservar intactos los caracteres propios tradicionales.

De estas características es Salamanca, a la que acude Puccini tras las huellas de su amistad con Miguel de Unamuno, que en esos momentos no se encuentra en la ciudad, y las conmemoraciones literarias de Fray Luis de León y Calderón de la Barca. Define Salamanca como una ciudad pequeña, pero no silenciosa, un poco apagada, pero no muerta, a pesar de las muchas tumbas e iglesias:

Salamanca sin Unamuno. Pero una ciudad del interior española finalmente no silenciosa. Pequeña, pero no silenciosa. Recogida, pero no sofocada, pero no muerta. A pesar de tantas tumbas y tantas iglesias. A pesar de los frailes: que hay por todas partes y de todas las órdenes: en Salamanca encontráis a los carmelitas, a los agustinos, a los dominicos: toda iglesia tiene su convento en Salamanca, y conventos que no bromean: alguno de ellos vence también en robustez y grandeza a las iglesias más majestuosas. También hay muchas monjas en Salamanca; pero no se ven por la calle: y sus conventos es necesario irlos a buscar: son todos de notable mole, pero se agachan en las calles más sombrías e incluso en los callejones.

Su visión de la ciudad está casi toda condicionada por la figura de Unamuno: los ancianos que ve de lejos se asemejan a Unamuno e incluso los más jóvenes; sus paseos por los soportales de la Plaza Mayor no le satisfacen porque sabe que a Unamuno le gusta pasear fuera de la ciudad para ver cambiar el color del campo charro bajo la luz del crepúsculo.

La omnipresencia de Unamuno, como sucede con otros escritores italianos contemporáneos que visitan Salamanca, no es nada extraña en el caso de Mario Puccini. Entre Unamuno y Puccini se establecieron unas fecundas interrelaciones que fructificaron en una importante correspondencia, en el intercambio de libros, en artículos que recíprocamente se dedicaron y en la difusión de la obra de uno y otro en España e Italia.

Las relaciones comenzaron con el envío por parte de Puccini de su novela *Foville* en 1914, con la respuesta ese mismo año por parte de Unamuno y con la publicación en 1915 de un artículo sobre *Foville* con el título de “El diputado modelo”⁴, en el que Unamuno hace hincapié en el quijotismo que impregna la obra.

La amistad sentida desde lejos se confirmará cuando ambos lleguen a conocerse personalmente en la visita que Unamuno hizo al frente de guerra italiano en septiembre de 1917, invitado por el gobierno italiano, junto a otros intelectuales españoles, a visitar el frente de guerra en la zona del Carso. Desde Salamanca, Puccini rememora ese encuentro fugaz y de sabor entonces agrídulce:

Unamuno no está: alguno cree que está en Madrid, otro me dice que se ha ido para un par de días a Ávila. Pero quien lo ha imaginado aquí en Salamanca, quien lo ha visto incluso sólo lo ha visto con la fantasía, le parece que lo puede encontrar de un momento a otro: ese señor de allí abajo que sale ahora de la placita de San Benito y da la vuelta rápido, derecho, severo ¿no podría ser el gran viejo? Lo he visto una sola vez y han pasado casi veinte años; pero siento que lo reconocería también por detrás; aunque no le viera la cara sombría y sin embargo dulce, enmarcada por la barba plena y blanca. Casi veinte años: había venido a ver el frente italiano con otros escritores como él, *aliadófilos*: el pobre Gómez de Baquero de quien os he hablado, Américo Castro y un periodista de quien no recuerdo el nombre. Yo estaba en Cervignano con Diaz, entonces comandante interino del XXIII Cuerpo de Ejército; nos hospedaba una pequeña villa cerrada entre eucaliptus y robinias, no parecía ni siquiera estar en guerra. Llegaron en grupo, acompañados por Ugo Ojetti: y, apenas hubieron descendido del coche, vi enseguida cuál de ellos era Unamuno. Alto, fuerte, los ojos semicerrados detrás de las lentes, pero encendidos, vivos; me había buscado, éramos ya amigos desde antes de la guerra. Pero no supe responder a su saludo en castellano; le debí pedir que se expresara en mi lengua. Lo hizo sonriendo y excusándose; ¿Cómo se las arreglaría? Habló claro y bien; solamente a trechos se paraba para ajustar un subjuntivo que se le escapaba. Habló no de él, sino de la guerra y de nuestros soldados que había visto en el Carso; subrayó este nombre con una exclamación y con un gesto como de horror: después preguntó si Diaz era quizá de origen español. Le pregunté si deseaba verlo, conocerlo: respondió que sí, que lo deseaba; pero, antes, que le hablase de mí y de la guerra: ahora seguramente no pensaba en la literatura, ¿verdad? Dicho esto, enseguida se volvió a los colegas y sobre todo a Américo Castro que estaba cerca; explicando que mi librito “Foville”, del que él había hablado en el “Figaro”, era una obra “quijotesca”; y quizá quien había escrito aquel libro quizá retornaría un día más maduro sobre el tema, o bien buscaría condensar en un héroe auténtico el espíritu quijotesco del que evidentemente estaba impregnado. No recuerdo qué respondí; no tenía todavía treinta años, desde

4 *El Día Gráfico*, Barcelona, 19-VII-1915.

hacía más de dos años estaba en la guerra, ningún héroe me pasaba todavía por la cabeza; ¿qué podía decir, qué prometer? Quizá pronuncié un sí modestísimo: quizá enrojecí solamente; y por otra parte en aquel mismo momento aparecía Díaz sobre el vano de la puerta, seguido de Ugo Ojetti; y Unamuno se volvía para saludarlo. Presentaciones, intercambios de palabras y de cortesías; Unamuno y los demás españoles fueron invitados al despacho del general, del que salieron después de un cuarto de hora o quizá menos.

Pero el contacto entre el Maestro y yo se había perdido ya; cuando me acerqué a él, Ojetti miraba el reloj; la tarde estaba cayendo, había que hacer otras visitas y quizá tenían que estar en Údine para la comida. Un saludo, por supuesto cordial, pero rápido y en marcha antes que las puertas de los coches se abran; una sonrisa cuando Unamuno había ya subido; un adiós con la mano cuando los automóviles ya en movimiento estaban para salir del jardín. Mil novecientos diecisiete: han pasado casi cuatro lustros.

El encuentro, como hemos podido apreciar, dejó un cierto poso de tristeza en Puccini por no haber sabido aprovechar la ocasión como merecía y de ello se excusará con Unamuno en carta de finales de 1917. Ahora, en 1936, paseando por las calles de Salamanca los recuerdos del encuentro en Cervignano se funden con palabras que escribió sobre don Miguel en artículos como los titulado “Miguel de Unamuno”⁵ y “Unamuno uomo”⁶ y la Salamanca ideal que imaginaba a través de las obras y las cartas de Unamuno le parecen ahora más sombrías porque la figura del hombre oscurece la materia:

Filólogo, novelista, filósofo, poeta, ensayista; en estas vías ha dejado huellas Unamuno; ¿a cuántas actividades se ha dirigido? Catedrático de griego en la Universidad desde muy joven; pero como ésta, las otras expresiones de su personalidad sería un error considerarlas en sí mismas, episodios o momentos separados; cada uno es como la hora de un cuadrante, la coordenada de un sistema. Profesor y durante tantos años cotidianamente profesor, lecciones pura y estrictamente filológicas habrá hecho muchísimas; pero podemos estar seguros que en cada una de ellas habrá brillado siempre y dondequiera un rayo o un resplandor de su compleja y prepotente individualidad humana y espiritual sobre la materia fría de los programas y la gris telaraña ilustrada de los paradigmas gramaticales. Y no porque él lo quisiera; o porque en el círculo estrecho de una enseñanza doctrinal él se encontrara a disgusto; sino más bien porque su naturaleza impetuosa y lírica no veía esta rama de la cultura ir por su cuenta y a esta otra por su propio camino; sino a todas las disciplinas fundidas, incluso las más alejadas; y en el centro de ellas, Dios y demonio, creador y súcubo, el hombre. Este fue finalmente su secreto; él ha existido y movido en el mundo de la cultura y de la vida sobre todo

5 *La Critica Política*, Roma, 25-IV-1924, pp. 158-166.

6 *Il Secolo*, Milán, 4-X-1924.

como hombre: facultades, sentimientos, acciones y reacciones. Y no sólo en las experiencias generosas, sino también en los errores, en los desequilibrios, en los excesos. Por eso su camino es significativo, su historia importante; quien quiera someterlo a juicio, es imposible que lo condene por una actividad y lo absuelva por otra; lo admire por un aspecto y por otro lo deteste. Es verdad que es raro encontrarse cada día sustancial y virtualmente frente a un verdadero hombre: con sus características buenas y malas; con sus ansias y con sus soberbias; con sus defectos y con sus virtudes: y estas y aquellos de vez en cuando ruda y francamente puestos de relieve con una voz que no permanece cerrada e interna, sino que se declara incluso abierta y clamorosamente. La mayor parte de los hombres de hoy día tiene el sentido crítico desarrolladísimo; y comprende bien lo que puede y debe revelar y lo que conviene en cambio esconder; y basándose en este cálculo, que a veces se desarrolla quizá inconscientemente, actúa y se descubre en medio de la sociedad. Pero Unamuno no. Unamuno se asemeja a su héroe y señor Don Quijote; que, con tal de obedecer a su demonio interior, cueste lo que cueste, siempre y en todas partes opera y avanza. He aquí por qué su figura está entre las más típicas no sólo de España, sino de Europa y del mundo. Quizá se pueda decir: su poesía es curiosa, pero no es grande, el ensayista está demasiado ligado a lo contingente, el novelista es capcioso y no convincente, pero no se puede decir: Unamuno no se ve, Unamuno no es, Unamuno no cuenta.

Pero cuando pensaba en él, lo veía detrás de esta ciudad que entonces no conocía, así ahora que estoy en Salamanca vuelvo a ver a Unamuno. Lo sé: la Salamanca que veía, leyendo una carta suya o un libro suyo, no era esta que ahora distingo viva y directa: las casas, las iglesias, la misma universidad me parecían oscuras, negras, umbrosísimas: como se separaba su figura juvenil y nerviosa de estas calles, de este escenario que no es en cambio como lo juzgaba: bajo los soportales de la Plaza Mayor no diría que la luz triunfe, que el blanco domine precisamente sobre el gris o el negro, pero da igual: también aquí hay juventud, brío: ¿por qué las creaturas de Unamuno son en cambio, siendo tan ansiosas de vida, tan cerradas y téticas? El Marqués de Lumbría, Alberto Sánchez: no sé recordar a estos personajes y estos lugares, las casas y las habitaciones donde ellos respiraban y vivían, sin un estremecimiento. Y también las calles del interior, las placitas, las iglesias... Qué bella es esta piedra y cómo es, aunque sea vieja, vívida, luminosa. Veo a Unamuno: y, curiosamente, no en los viejos, aunque ahora él lo sea, sino en los cuerpos más sueltos, aunque no sean muy jóvenes; aquel hombre de hace poco en la placita de San Benito caminaba ligero, ágil: y este que sale ahora de una farmacia podrá quizá tener sus sesenta años, pero miradlo cómo se desliza por la calle: ni que tuviera veinte.

Bajo estos soportales Unamuno no vendrá a menudo: yo sé cómo ama él los paseos fuera de la ciudad, cuánto le gusta mirar desde lejos el campo que cambia de color bajo la luz del crepúsculo. Pero también mira a los hombres: a los que encuentra y a los que imagina perdidos allá abajo en la tierra lejana, sobre la cual la sombra ya se pliega, la sombra de la tarde. Los hombres y el paisaje; toda la vida. Incluso cuando ha viajado fuera de aquí y fuera de la patria, Unamuno

ha puesto atención al paisaje sólo cuando detrás y dentro se veía o se suponía movimiento de seres, lucha de fuerzas, al hombre, al hombre, al hombre. Como su gran maestro Cervantes: que no hay quien lo supere cuando se detiene delante de la naturaleza y la describe; pero no como un esteta; no porque crea en la belleza de las cosas en sí mismas. Y como todos los verdaderos creadores de esta tierra: escritores, pintores, escultores, arquitectos.

Después de esta visita a Salamanca, Unamuno continuará acompañando a Puccini, quien en 1952 publicó un artículo titulado “Unamuno saggista”⁷ y otro en 1955: “Il monologo di Unamuno”⁸. Ésta será la última vez que Mario Puccini hable de Unamuno y lo hará con la misma admiración por una obra llena de potencia comunicativa y que durante tantos años el escritor italiano siguió con puntualidad y siempre con cariño.

El paisaje de la ciudad y de su campo hace rememorar también a Mario Puccini otra figura señera de Salamanca: Fray Luis de León, confrontando a través de él el amor por la naturaleza frente a la vida universitaria y ciudadana.

A Fray Luis lo considera un verdadero poeta, cuyo sufrimiento en prisión no fue tanto físico como espiritual, al verse privado de los árboles y del cielo y casi imposibilitado de transmitir sus sentimientos hechos poesías a los demás hombres. De sus obras destaca sobre todo *De los Nombres de Cristo* y *La perfecta casada*, “dulce y querido librito”, que imagina circulando entre las manos de las señoras que encuentra por la Plaza Mayor de Salamanca:

Y también tú, Fray Luis de León, no dudabas ciertamente con ojos de esteta a las sombras de los chopos, que también tus ojos admiraban, cuando, al salir de la Universidad, donde habías hablado con la austeridad firme pero sabrosa tan propia de tu tiempo y de tu carácter, buscabas el solaz de la naturaleza sonriente. Poeta pero no esteta: y cuando después estuviste en prisión, donde no veías ya ni los árboles ni el cielo, y “la oscura tiniebla”, como escribiste en una de tus poesías más bellas, se cerraban delante de ti tus caminos, solicitabas también la libertad, pero para dar voz todavía a tus sentimientos de hombre y sentir que esta voz llegaba a los oídos de los hombres. Y sí, leías, mientras estabas en tu celda cruel, a Homero y Virgilio; pero aquella luz y aquel retazo de cielo y de mar que los dos grandes poetas antiguos te mostraban, tú los poblabas de criaturas: quizá ya elevadas sobre la tierra, ya quizá separadas de la vida, pero todas ávidas todavía de las alegrías y de las ansias de allá abajo. Aquí en Salamanca, y en la misma Universidad de Don Miguel, también tú: y aquí escribiste e imprimiste la obra a la que quizá menos creíste poder recomendar tu nombre, tú que habías escrito ya aquella obra maestra humana y espiritual que es “De los nombres de Cristo” y que todavía hoy da gusto leerla, saborearla página por página, pensamiento por

7 *Il Giornale*, Nápoles, 11-XI-1952.

8 *Paese del Lunedì*, 4-VIII-1955.

pensamiento: “La perfecta casada” –*La perfetta maritata*– Dulce y querido librito: que quiero pensar que circule todavía entre las blancas y delgadas manos de estas señoras que he encontrado y encuentro en la Plaza Mayor y en Correos: no todas bellas, pero todas tan sutiles en los movimientos y en los gestos.

Que se diría que tuvieran miedo de dar de sí a quien mira una idea menos que pura y clara. “Las que piensan que a fuerza de posturas y vestidos han de hacerse hermosas, viven muy engañadas, porque la que lo es, revuelta lo es, y la que no, de ninguna manera lo es, ni lo parece, y cuando más se atavía es más fea”. Que es un precepto de moral hermosísima, pero que podría también ser de estética: la forma da sentido y estabilidad al contenido, pero cuenta menos que nada si ésta no existe o es débil.

Entre el paisaje urbano ideal salmantino encuentra Mario Puccini en su visita a Salamanca a Pedro Calderón de la Barca. Afirma no importarle si realmente estuvo mucho o poco tiempo aquí, pero está seguro de que, como poeta que era, supo captar con su sensibilidad los fermentos de vida y de cultura que en ella circulaban. En Salamanca debió de conocer a grandes maestros y a estudiantes de diversas procedencias y culturas con los que compartió los estudios de Humanidades y quizá también de Leyes. Puccini, sin embargo, no se imagina a Calderón inclinado sobre los libros de Derecho, sino moviéndose con curiosidad entre la multitud de estudiantes para, como hizo Fernando de Rojas, sacar argumentos para su *Príncipe constante* o para otros dramas y comedias juveniles:

Pero, antes de dejar Salamanca, un pensamiento para Calderón: que fue también aquí joven, pero no por poco y no inútilmente. Si fue estudiante nada más que de nombre, no me importa saberlo: era un poeta, traía aquí no tanto una memoria apta para aprender, cuanto una sensibilidad presta a acoger los infinitos y mudables humores de la vida. Que yo no sé cómo era en aquellos tiempos la vida; pero, más o menos intensa que hoy no sería. En la época de Calderón, no estaba naturalmente Unamuno; pero había también entonces grandes maestros; y, en lo que se refiere a los jóvenes, en Salamanca dice un historiador, “anidaba toda casta de pájaros”, ofrecía el nido a toda clase de pájaros. Había, efectivamente, entonces varios colegios en Salamanca: cada uno de ellos hacía que los alumnos endosasen uniformes de diverso color; y del color nació la semejanza. Muchos alojamientos también: y “*casas de huéspedes*”, pensiones. Multitud de jóvenes: y también de criados; las grandes familias españolas de Madrid o de Andalucía no mandaban a los hijos lejos de casa sin un criado fiel y presto a sus órdenes. Bajo el cedro de la Universidad, que no será el mismo que ahora vemos, pero que permanece de todas maneras como el símbolo espiritual de esta vieja y clásica escuela española, se movieron y vivieron miles de jóvenes que después se esparcieron por el resto de España: notarios, catedráticos, políticos, poetas. Y Calderón estaba entre estos últimos: estudió humanidades y quizá también leyes; pero ¿cómo imaginarlo entre las pandectas, encerrado sobre un libro de derecho? Lo veo más bien girar curioso donde hay aglomeración o, al menos, rumor de voces; si De Rojas había encontrado

aquí en la Plazuela del Puente, en el barrio de Tenerías, la atmósfera que convenía a su Peña Celestina, ¿por qué Calderón no habría podido oír también él en estos lugares o en la plazuela de San Benito, tan llena de gente por la tarde, alguno de aquellos diálogos que encontramos en su “Príncipe Constante” o en otros de sus dramas o comedias juveniles? Pero quiero ir más allá; su Sigismundo de la “Vida es un sueño” nació bastante más tarde y cuando ya las células de la primera edad han tenido tiempo para mudarse completamente en él, ya de treinta y dos años y fatalmente lejano de sus recuerdos de adolescencia; pero ese sentido de la vanidad, de la inutilidad de todo, que da tanta fuerza y respiro épico al Sigismundo no convertido todavía a la piedad, es fácil que Calderón lo haya advertido por primera vez en sus encuentros matutinos con este clima acre y contenido; clima de penitencia; de cualquier sitio se puede evadir, y un joven lo puede de manera más segura y confiada, pero estas casas del XVI es como si no tuvieran ni puertas ni ventanas, como si no pudieran gozar, como si no debieran contar con ninguna luz: Sigismundo prisionero aquí puede soñar su sueño imposible y crearlo verdadero: pero ¿y en otro lado? Por esta razón he dudado en estas calles, he superado la plaza, he terminado con adentrarme en un callejón que más que un callejón parecía un ancho, interminable ANDRONE. Una vieja cantaba escondida no sé dónde; un niño lloriqueaba; arriba en lo alto, dentro de alguna estancia no visible, alguien probaba y volvía a probar una cansada sonata con una flauta. Rumores, voces, aquel sonido: y yo pensé en un Sigismundo de hoy poeta y hombre, instinto y espíritu; no podía existir ningún prisionero en este callejón, pero podía haber un joven, un hombre solo sin apoyos, sin afectos, separado de todo y de todos. Quizá porque estaba enfermo, quizá porque estaba convencido de que la vida era inútil y no tenía cuenta salir de sí mismo para buscarla y poseerla. Un sueño: y la flauta lo preparaba, quizá lo ofrecía: en aquella sonata, la evasión.

A pesar de la primacía del paisaje humano y literario, el recorrido de Mario Puccini por la Salamanca monumental de 1936 fue intenso y positivo, como refleja la siguiente descripción enumerativa de los monumentos que más le atrajeron la atención:

He aquí las iglesias de Salamanca; he aquí, la ruda, pero armoniosa Universidad; he aquí la Catedral majestuosa, he aquí la luminosa fachada de San Esteban, he aquí las construcciones privadas, el palacio de la Marquesa de Almarza, la Casa de las Muertes, la casa de Doña María la Brava y tantas y tantas sin nombre, pero todas tan delicadas y tan puras. Y son así; es decir, bellas, porque han sido pensadas y hechas para el hombre, para exaltar la vida y el amor de los hombres. O quizá para hablarles de la muerte: no siempre el artista está en sus plenas fuerzas, ordena y rechaza sus discrepancias internas: el palacio de Monterrey, podría jurarlo, no nace, por ejemplo, de un arquitecto al que le sea fácil la vida y propicio el aire a su alrededor: quizá le sea negado el amor; quizá está enfermo y lo sabe. Y entonces, ya que no puede cantar a la vida y sin embargo no puede amar a la muerte, resuelve esta elegía en piedra, en la cual, mientras expresa su desesperación por la

dura suerte de las criaturas humanas, grita su anhelo de esperanza: no lo superará, no vencerá: la sospecha del umbral oscuro y cerrado le impide el abandono y la alegría, pero al mismo tiempo afirma cómo la vida es bella, cómo el cielo allá arriba es sereno, seguro, poderoso.

De Salamanca parte Puccini hacia la Sierra de Guadarrama camino de Segovia, para posteriormente visitar Palencia, Burgos, Pamplona y llegar al País Vasco. De allí dará un gran salto hacia el Mediterráneo: Valencia, Alicante, Barcelona y Zaragoza, concluyendo un viaje que le iba a revelar las claves de las causas y los protagonistas de la gran tragedia que se avecinaba para España.

LA ESCUELA DE SALAMANCA EN LOS *CUENTOS POPULARES ITALIANOS* DE ÍTALO CALVINO

YOLANDA ROMANO MARTÍN*

RESUMEN: Italo Calvino, seguramente el escritor italiano más importante del siglo XX, publica en 1956 en tres volúmenes una recopilación de cuentos con la intención de unificar la tradición folklórica italiana oral y escrita. Encontramos en esta antología ejemplos de cada una de las regiones italianas y en todos sus dialectos locales recogiendo las versiones más bellas y originales. En esta magnífica obra encontramos una referencia importante a la ciudad de Salamanca al incluir un relato titulado *La escuela de Salamanca*, originario del sur de Italia. En este relato se subraya la importancia de Salamanca como ciudad docta por su Universidad y como centro de brujería y ritos de magia por la Cueva de Salamanca.

ABSTRACT: Italo Calvino, surely the most important Italian writer of the 20th century, published a collection of stories in three volumes in 1956 with the idea of unifying Italian oral and written folk tradition. In this anthology we find examples from each of the Italian regions and in all local dialects, a gathering of the most beautiful and original versions. There is an important reference to the city Salamanca in this magnificent work, because it includes a story entitled *The School of Salamanca*, which had its origins in southern Italy. The story underscores the importance of Salamanca as a learned city owing to its University, and also as a centre of witchcraft and magic rites owing to the Cave of Salamanca.

PALABRAS CLAVE: Italo Calvino, cuento, Cueva de Salamanca, magia, Universidad.

* Universidad de Salamanca.



Italo Calvino, uno de los autores italianos más importantes del siglo pasado, escribe la antología Fiabe italiane en el año 1956, donde recopila los cuentos italianos más importantes de norte a sur del país, convirtiéndose en todo un clásico de la literatura infantil y juvenil

El cuento es una narración corta y sencilla acerca de un suceso real o imaginario que, de forma amena y artística, se puede manifestar escrita u oralmente. El cuento presenta múltiples y diferentes versiones pero mantiene siempre una estructura similar. Surge con la finalidad de entretener a quien no sabía leer o escribir. Pero nace también de la necesidad del ser humano de conocerse a sí mismo y darle a conocer al mundo acerca de su existencia.

Debemos remontarnos a tiempos muy lejanos para tratar de ponerle fecha al origen del cuento aunque sabemos que los primeros creadores fueron los pueblos orientales (probablemente el Antiguo Egipto) desde donde se extendieron al resto del mundo.

Encontramos ejemplos de relatos orales en todas las culturas y civilizaciones, desde las fábulas de carácter moralizante del griego Esopo, las historias romanas de Ovidio con elementos fantásticos y mágicos, a las historias de Sherazade en *Las mil y una noches*. El primer escritor italiano que recopila esta tradición oral y la transcribe en un volumen es Giambattista Basile (1575-1632). En su libro titulado *Lo cunto de li cunti* o *Pentamerone* encontramos 50 fábulas populares en dialecto napolitano

dirigidas a un lector adulto y con una estructura similar al *Decamerone* de Boccaccio. Publicada póstumamente esta magnífica obra sirvió de inspiración a Charles Perrault y a los hermanos Grimm que posteriormente versionarán algunas de sus historias. Este texto originariamente en napolitano fue publicado en italiano en dos volúmenes, en 1634 y 1636, convirtiéndose en punto de referencia de este género y cuya extraordinaria novedad consistía en haber introducido un final no siempre positivo.

Tras las huellas de Basile se sumerge Calvino en el fantástico mundo del cuento y lo que antes había pervivido en la memoria tenaz y la fantasía del pueblo durante siglos se convierte a partir de su obra en tradición.

Italo Calvino es tal vez el escritor italiano más importante del siglo XX y el más conocido fuera de su país. Nace en Santiago de las Vegas (Cuba) en 1923 de padres italianos, con los que se traslada dos años después de su nacimiento a San Remo (Italia) donde pasa su infancia y adolescencia. Comenzó estudios de agronomía en la Universidad de Turín pero enseguida los abandonó a causa de la guerra. En tiempos de la Segunda Guerra Mundial y aunque en principio formó parte de los Jóvenes Fascistas de Mussolini, finalmente participó en la Resistencia Italiana, integrándose en las Brigadas Garibaldi y afiliándose al Partido Comunista Italiano en el año 1944, opción política que terminará abandonando en 1957. Cuando

culmina la guerra, Calvino abandona la agronomía para estudiar literatura en la misma Universidad de Turín, graduándose en 1947 con una tesis sobre el escritor Joseph Conrad. Comienza en esta época a colaborar en diversas publicaciones, como *L'Unita*, *Il Politecnico* o *Rinascita* Einaudi. En 1964 contrae matrimonio con la argentina Esther Jidith "Chichita" Singer. Su literatura, de gran exquisitez formal, comparte recodos realistas y fantásticos, desarrollados desde una perspectiva irónica. Entre su producción destacan *El sendero de los nidos de araña* (1946), su primera novela, y la trilogía *Nuestros antepasados*, comprendida por los siguientes títulos: *El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) y *El caballero inexistente* (1959). Inicia su trayectoria como escritor en las filas del neorrealismo italiano. Con el paso del tiempo fue abandonando su costumbrismo y su compromiso ideológico para sumergirse cada vez más hondamente en lo fantástico y lo alegórico, llevando a la práctica en cada una de sus obras esos principios teóricos que sólo formularía al final de su vida, en ese legado-manifiesto que es *Seis propuestas para el próximo milenio*. Murió en Siena, el 19 de septiembre de 1985. Tenía 61 años.

Durante dos años, a finales de los años 50, Italo Calvino, atraído por la literatura infantil y juvenil, se dedicó a recopilar y clasificar las versiones más bellas y originales de los cuentos de la tradición popular italiana de cada una de las regiones y en los dialectos locales. Estos cuentos populares transmitidos de generación en generación nos permiten recorrer el país de norte a sur mostrando las diferencias, las afinidades, el carácter, el sabor y el color de cada provincia italiana.

En esta recopilación del extraordinario patrimonio del cuento se refleja de qué manera el verdadero fundamento de la unidad nacional de la Italia de aquellos años era la profunda y prolífica memoria del pueblo.

Esta antología publicada por la Editorial Einaudi en 1956 en tres volúmenes es todo un clásico de la literatura infantil y juvenil. Constituye la primera recopilación de cuentos italianos que pretende unificar la tradición folklórica italiana oral y escrita. El motivo por el que se decide a abordar esta laboriosa empresa será por interés estilístico y estructural, por la economía, el ritmo, la lógica esencial con que el cuento es narrado. Por ello se lanza a esta aventura logrando convertirse en el Grimm italiano.

En su paciente y rigurosa investigación, Calvino vuelve a narrar estas historias, algunas muy conocidas, desde el punto de vista artístico del poeta, sin olvidar los aspectos puramente filológicos. Está presente, por tanto, su vocación literaria así como su minuciosa mirada crítica del autor con la que pone orden en un caos de historias, temas, personajes, proporcionando al libro una extraordinaria coherencia. Como él mismo explica en el prólogo:

Intanto, cominciando a lavorare, a rendermi conto del materiale esistente, a dividere i tipi delle fiabe in una mia mania empirica di catalogazione che via via ampliavo, venivo a poco a poco preso da una mania, una fame, un'insaziabilità di versioni e di varianti, una febbre comparativistica e classificatoria. [...] Ero stato, in maniera imprevista, catturato dalla natura tentacolare, aracnoidea dell'oggetto del mio studio; e non era questo un modo formale ed esterno di possesso: anzi, mi poneva di fronte alla sua proprietà più segreta: la sua infinita varietà ed infinita ripetizione. (Calvino, I. *Fiabe italiane*, vol. I. Milano: Mondadori, 1993).

Sin olvidar los estudios de Propp sobre el cuento ruso, Calvino se deja llevar por un irrefrenable afán de recopilar versiones para a su vez compararlas y clasificarlas. De este modo nos trasmite su idea del cuento como algo verdadero, como pequeños trazos de vida y muestrario de situaciones y destinos de hombres y mujeres.

Como ya hemos expuesto antes, los 200 cuentos que Calvino publica en italiano nos llegan a España en su versión al castellano traducidos por el escritor y traductor argentino Carlos Gardini. Recorre Calvino a través de estos relatos la geografía italiana y sus diversos dialectos. El cuento que nos interesa por su relación con la ciudad de Salamanca se titula *La scuola della Salamanca*. Como explica en el prólogo del libro Calvino elige de cada historia aquella versión más interesante y singular no significando en ningún caso que pertenezca a esa región, dado que, al ser de tradición popular, es posible encontrar de una misma historia múltiples versiones a lo largo de la península italiana. Como él mismo aclara:

In calce in ogni fiaba del volume c'è tra parentesi un nome di località o regione. Esso non vuole assolutamente significare che quella fiaba è di quel luogo. Le fiabe, si sa sono uguali dappertutto. [...] Diciamo dunque italiane queste fiabe in quanto raccontate dal popolo in Italia, entrate per tradizione orale a far parte del nostro folklore narrativo e similmente le diciamo veneziane o toscane o siciliane; e poichè la fiaba, qualunque origine abbia, è soggetta ad assorbire qualcosa dal luogo in cui è narrata, [...] il grado in cui si sono imbevute di questo qualcosa veneziano o toscano o siciliano è appunto il criterio preferenziale della mia scelta (p. XIX).

En el caso de *La escuela de Salamanca* es originario de la región meridional italiana conocida en español como Apulia y más precisamente de Terra d'Otranto. En su investigación Calvino consultó otras versiones populares de Lombardía, Toscana, Marcas, Abruzzo, Basilicata, Calabria y Sicilia. Finalmente tomará como punto de referencia la antología de Pietro Pellizzari titulada *Fiabe e canzoni popolari del contado di Maglie in Terra d'Otranto* de 1881.

Es, por cierto, dicha alusión a la ciudad castellana lo que llama la atención al autor italiano para elegirla en su recopilación.

Como muchas otras historias de esta antología es de origen hindú, como se nos explica en las notas:

[...] sin duda da la impresión de llegarnos desde un mundo tan familiarizado con lo maravilloso que es capaz de representar las metamorfosis más arbitrarias con la velocidad y el ritmo de un ballet, de poder inventar esta carrera de persecución en base a transformaciones con una lógica y un rigor perfectos.

Una fuerte influencia del mundo árabe-oriental está presente en los cuentos de la zona meridional de Italia, mientras que en el norte está más arraigada la tradición germánica¹.

1 Todos los textos citados de *La escuela de Salamanca* en este artículo pertenecen a la primera edición en lengua castellana titulada *Cuentos populares italianos*, publicada en Buenos Aires. En España llega con posterioridad de la mano de la editorial Siruela cuya última edición es del año 2005. Todas las versiones han sido realizadas por el mismo traductor, el escritor Carlos Gardini.

Esta versión pullesa se tiñe de color medieval al ser el lugar de partida y punto de referencia esencial del relato que comienza con dos protagonistas un padre y su único hijo, que consideraba muy inteligente. El padre a lo largo de su vida ha conseguido ahorrar cien ducados y consulta a su hijo en qué debería emplear esta pequeña fortuna. El joven le dice lo siguiente:

Padre, he oído hablar de la escuela de Salamanca, donde se aprenden muchísimas cosas. Si con nuestros cien ducados yo pudiera ingresar, puedes estar seguro de que al salir sabré cómo arreglármelas y me bastará poner manos a la obra para que el dinero nos llueva a paladas (Calvino, I. *Cuentos populares italianos*, tomo III. Buenos Aires: Ediciones Librerías Fausto, 1979).

Este carácter medieval, es decir, la presencia de reyes, princesas, palacios y cortes, está muy arraigado en los cuentos italianos. Al que se le añade el deseo de salir de la pobreza y de lograr prosperar en la vida con lo que arrancan muchas de estas historias.

Como deducimos de las palabras del joven de nombre desconocido, Salamanca y su escuela es sinónimo de sabiduría y una vez obtenida la sabiduría se consigue el éxito y el dinero. Podría ser que la alusión a la escuela de Salamanca se refiera al término genérico que se utiliza para designar el renacimiento del pensamiento en diversas áreas que llevó a cabo un grupo de profesores universitarios a raíz de la labor intelectual y pedagógica iniciada por Francisco de Vitoria. Es indudable el gran influjo que esta Escuela tuvo en otras naciones puesto que muchos de estos profesores lo fueron también en universidades extranjeras.

Emprenden el camino padre e hijo en busca de la sabiduría salmantina y llegan a una ermita donde encuentran a un ermitaño al que le piden consejo sobre su decisión de viajar a la escuela de Salamanca. El ermitaño aprueba sus planes y les indica:

Cuando hayan llegado a la cima de esa montaña que se ve a lo lejos, golpeen el suelo con esta varita y de bajo tierra verán salir un viejo más viejo que yo. Ese es el Maestro de Salamanca.

Este Maestro de Salamanca promete al padre ocuparse de formar al joven:

[...] ya no tienes por qué preocuparte por tu hijo. Aquí estará más cómodo que en ninguna parte; yo le enseñaré los secretos de la ciencia y a fin de año, si logras reconocerlo en medio de todos estos animales, te lo llevarás a casa con los cien ducados que me diste; pero si no logras reconocerlo, se quedará conmigo para siempre.

Así pues el Maestro comienza a aleccionar a nuestro protagonista:

El Maestro le impartía lecciones de mañana y de tarde y el joven pescaba las cosas al vuelo y progresaba a pasos agigantados: al cabo de un tiempo sabía tanto que era uno de los que podían arreglárselas solos. En una palabra, cuando expiró el plazo de un año el discípulo había aprendido del Maestro todo el bien y todo el mal.

El Maestro de Salamanca le va a enseñar la magia de la transformación relacionando así el cuento con las historias de la Cueva de Salamanca, lugar emblemático de la demonología hispánica.

Cuando el padre vuelve a buscar a su hijo teme no poderlo reconocer pero su hijo transformado en viento le avisa antes de llegar que de entre todos los animales deberá elegir al palomo que arrulla. Así pues el padre y el hijo regresan a su aldea contentos con sus cien ducados y los poderosos conocimientos recién adquiridos. Obviamente entre ellos se encontraba la habilidad del joven en transformarse en cualquier animal u objeto. Deciden aprovecharse de ello para poder ganar dinero a paladas. Así en la feria de San Vito en Spongano se convierte en caballo para ser vendido libre de cabestro por cien ducados. Un viejo compra el caballo pero rápido como un jilguero se lo lleva sin que el padre desesperado tuviera tiempo de quitarle el cabestro. Este viejo era el Maestro de Salamanca que quería recuperar al joven, por ello galopó y galopó hasta llegar a una taberna, allí dejó al animal extenuado en una cuadra sin cebada ni agua y con el cabestro puesto.

Una hermosa joven que servía en la taberna vio en qué condiciones estaba el pobre caballo ensangrentado y muerto de hambre y sed y decidió ayudarle llevándole a una fuente. En cuanto hubo bebido y libre de cabestro el caballo se volvió anguila y se zambulló en la fuente. El Maestro corrió tras él volviéndose a su vez en capitón pero su discípulo no se desanimó convirtiéndose en una hermosa paloma. Pero el capitón rápidamente se volvió halcón y voló tras ella hasta la ciudad de Nápoles y a los jardines del Rey donde se encontraba la Princesa. La paloma perseguida por el halcón se cayó del cielo sobre el pecho de la Princesa convertida en anillo.

Esa noche la Princesa descubrió el anillo y conoció la historia del hermoso joven y sus infortunios y vicisitudes la cautivaron.

El Maestro hizo enfermar al Rey de manera que nadie conseguía placar su dolor y la Princesa estaba muy afligida. Un día un médico llegado de un país remoto llega a palacio con el remedio para el Rey. Pero la Princesa fue advertida por el joven convertido en anillo de que era el Maestro de Salamanca. Una vez que este médico logró curar al Rey, le pidió el anillo de la Princesa como pago. Al tratar de quitárselo cayó al suelo y en cuanto lo arrojó el joven se convirtió en granda pero desgraciadamente el Maestro, que era muy hábil, se volvió gallo y comenzó a picotear todos los granos excepto uno que escondió la Princesa bajo sus faldas. De esta manera el joven se convirtió en zorra y logró engullir al gallo de un bocado. Así el discípulo logró superar con inteligencia y rapidez a su Maestro de Salamanca. Un vez que el Rey conoció la historia de nuestro joven consintió su boda con la Princesa.

LEONARDO SCIASCIA

VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN*

RESUMEN: El escritor siciliano, nacido en 1921 y muerto en 1989, se enamoró muy pronto de España leyendo *El Quijote* y a Ortega y Gasset y desde sus primeras obras acuñó la frase “tengo a España en el corazón”. En sus obras Salamanca comienza a ser el ámbito geográfico y vital en el que se movió uno de sus grandes escritores de referencia: Miguel de Unamuno, y tras su huella llegará físicamente a Salamanca en un frío día del 1 de diciembre de 1982. La visita a Salamanca será una confirmación de las ideas previas que tenía sobre ella: la belleza de sus monumentos, la vitalidad de sus calles, el fulgor de su piedra dorada y el tenue recuerdo de don Miguel.

Esa visita se convierte en recuerdo literario y en rememoración histórica en un largo artículo que el 5 de marzo de 1983 se publica en *Il Corriere della Sera* de Milán y que aquí se reproduce íntegro por primera vez. En él Sciascia describe y juzga la que él considera agonía de Unamuno en los días posteriores a su enfrentamiento con los militares el 12 de octubre de 1936 y la hipocresía de la sociedad salmantina que abandonó a Unamuno por miedo o por oportunismo.

ABSTRACT: The Sicilian writer Leonardo Sciascia (1921-1989) fell in love with Spain early on by reading *Don Quixote* and Ortega y Gasset, and as from his early works he coined the phrase “I have Spain in my heart”. In his work, Salamanca becomes the geographical and vital context in which one of the great Spanish writers moved: Miguel de Unamuno. Following his footsteps he arrived physically in Salamanca on a cold 1 December, 1982. The visit to Salamanca was to be a confirmation of the ideas he previously held about it: the beauty of its monuments, the vitality of its streets, the resplendence of its golden stone and the tenuous memory of don Miguel.

This visit was transformed into a literary and historical remembrance in a long article published in Milan's *Il Corriere della Sera* on 5 March, 1983 and which we reproduce here in its entirety for the first time. In it, Sciascia describes and judges what he considers the agony of Unamuno in the days following his confrontation with the military on 12 October, 1936 and the hypocrisy of Salamanca society, which abandoned Unamuno out of either fear or opportunism.

PALABRAS CLAVE: Sciascia, Unamuno, Salamanca, agonía, fascismo, Universidad.

* Universidad de Salamanca.

Leonardo Sciascia nació en 1921 en Racalmuto (Italia), en la provincia siciliana de Agrigento. En 1952 publica su primera obra poética, *La Sicilia, il suo cuore*, colección de líricas ilustradas por el escultor siciliano Emilio Greco. A partir de ese momento comienza su incesante labor de escritor y crítico literario compaginándola con la enseñanza como maestro en su pueblo natal. En 1953 publica *Pirandello e il pirandellismo*, una obra donde también se acerca a Cervantes y que le valió el premio Campiello. Comienza en esta época el reconocimiento de Sciascia como escritor a nivel nacional. Con su obra *Il giorno della civetta* experimenta en el género policíaco y supondrá su éxito también a nivel internacional y la salida al mercado de un gran número de obras –novelas, ensayos, dramas, etc.– como *Gli zii di Sicilia* (1961), *Il Consiglio d'Egitto* (1963), *Morte dell'Inquisitore* (1964), *I mafiusi di la Vicaria* (1972), *Il contesto* (1971), *Todo Modo* (1974), *L'affaire Moro* (1978), *Nero su nero* (1979), *A futura memoria* (1989), etc.

Leonardo Sciascia muere en su casa de Palermo el 20 de noviembre de 1989. La frase “tengo a España en el corazón”, gestada en los años de la adolescencia y repetida a continuación con variantes por Leonardo Sciascia, indica un interés por España y su cultura muy semejante al de algunos de nuestros escritores del 98 en relación con Italia. Nuestro escritor se acercará a la cultura, la historia y la realidad españolas con la actitud de un enamorado y consciente del hecho de que España no es algo extraño para un siciliano, sino que forma parte indeleble de su historia y su modo de ser. Con esta actitud aprende a leer en español, a traducir obras de literatura española, a entrar en relación con escritores hispanos como Borges, Guillén, Montalbán.

El amor se refuerza y se hace duradero con el conocimiento y el de Sciascia por España, iniciado en la lejanía de Racalmuto y Catania, se confirma con los diversos viajes que el escritor realizará a lo largo de su vida a nuestro país.

Cada uno de los viajes se produce con una actitud y un ánimo diverso, según el motivo y los compromisos del escritor. En 1955 realiza un viaje a España, pasando por Lourdes. Volvió a España en tren en 1961 y, posteriormente, en el otoño-invierno de 1982, también en tren, visita varias ciudades españolas: Barcelona, Madrid, Salamanca.

En este último viaje ya es un escritor famoso y no puede moverse libremente, como antes, sino que está obligado a cumplir con muchos compromisos y citas. Y de ello se lamenta el escritor:

Hace treinta años viajaba con mucha libertad y con gran placer; hoy, en la trama de los encuentros y de los compromisos, con poca libertad y mínimo placer. El programa de las cosas que había que ver, preparado antes de la partida o largamente cuidado, era casi siempre vistosamente mutilado o cambiado por los compromisos que surgían uno detrás de otro, imprevistamente.¹

¹ COLLURA, Matteo. *Il maestro di Regalpetra. Vita di Leonardo Sciascia*. Milán: Longanesi, 1996, p. 142.

La crónica de este viaje la realizó el mismo Sciascia, publicando una serie de artículos en los meses de marzo y abril de 1983 en el *Corriere della Sera*, que posteriormente fueron recogidos en un volumen titulado *Ore di Spagna*².

En Madrid consigue liberarse de las citas para visitar una exposición sobre la Inquisición. Recorre La Mancha siguiendo las huellas de uno de sus mitos hispánicos: don Quijote, buscando en el paisaje cualquier explicación de la perennidad de esta figura universal que, a lo largo de los siglos, ha conseguido no sólo ser más real que muchos seres reales, sino que ha dado su impronta al paisaje y a lo que contiene.

Un día frío, el 1 de diciembre de 1982, llegaba Leonardo Sciascia a Salamanca. Venía, como acostumbraban a venir otros muchos escritores y profesores italianos, invitado por el Departamento de Lengua y Literatura Italianas de la Universidad de Salamanca para dar una conferencia y conocer la ciudad.

Para el escritor siciliano, famoso y cortejado por todas las instituciones culturales, esta visita era ambivalente. Por una parte sentía la prevención natural de quien se espera la conferencia rutinaria, las preguntas de siempre por parte de los estudiantes, las entrevistas con los periodistas locales que insistirían –como así fue– en su postura ante la mafia y la política italiana.

Por otra parte, Salamanca era el lugar donde se conservaba la memoria y los paisajes de Miguel de Unamuno, uno de los escritores españoles más amado y leído por él y deseaba, o sentía la obligación, de confrontar sus ideas previas con la realidad del momento.

Así pues, de una actitud un tanto recelosa y silenciosa –puedo asegurarlo porque le acompañé durante toda su visita–, según avanzaba el programa de la visita dejó poco a poco aparte las reticencias y prejuicios, para dar paso al deseo de gustar y de comunicar a los que lo acompañaban o requerían su opinión.

Después de un rápido encuentro en la Hospedería de Anaya con los profesores de Filología Italiana de la Universidad, el primer acto importante de la visita tuvo lugar en el Aula de Unamuno, donde ofreció una conferencia sobre la literatura italiana contemporánea, seguida de un encendido y amplio debate que suscitó su primera reacción positiva. Efectivamente, Sciascia se esperaba lo que sucedía siempre en sus conferencias: se olvidaban los aspectos literarios presentados en la disertación y se le dirigían preguntas esencialmente sobre la mafia y sobre el ambiente político italiano –él era entonces diputado–, siempre tan polémico y tan fascinante para los no italianos. A este prejuicio se unía la incomodidad del aula: “severa, de bancos incómodos”. Sin embargo, los estudiantes salmantinos lo sorprendieron, manifestando principalmente interés por la literatura italiana y por los escritores; cosa que, como es lógico, alabó a un escritor como Leonardo Sciascia, habituado a ser juzgado y buscado más por su compromiso social y político que por el aspecto literario:

Encuentro a los estudiantes de italiano de la Universidad de Salamanca en el aula dedicada a Unamuno y que lleva su nombre. Severa, de bancos incómodos; aunque menos incómodos que los del aula vecina, dedicada a Fray Luis de León que enseñó allí.

2 Marina di Patti: Pungitopo, 1988.



*El escritor siciliano Leonardo Sciascia en su visita
a la Universidad de Salamanca en diciembre de 1982 (Foto Salvador)*

He encontrado a otros estudiantes de italiano en otras universidades españolas. Las preguntas de costumbre sobre la mafia, las brigadas rojas, la política italiana, los escándalos endémicos. En cambio, en Salamanca, hubo más preguntas que se referían a la cultura italiana, a la literatura. Un estudiante me pregunta por la revista "La Ronda". Como si aletease todavía, en esta aula, el espíritu italianizante de don Miguel de Unamuno. Hay, en efecto, y se me regala, un grueso volumen sobre "La cultura italiana en Miguel de Unamuno": de Vicente González Martín, publicado por la Universidad en 1978. Allí están catalogados cuidadosamente los conocimientos que Unamuno tuvo de la literatura italiana clásica y contemporánea suya, las relaciones epistolares y los encuentros con los escritores e hispanistas italianos. Curiosa la frase en una carta al hispanista Beccari que había traducido y presentado la "Vida de don Quijote y Sancho", sobre el juicio que Borgese había dado del libro en un artículo de tres columnas en el "Corriere della Sera": "Quizá tiene razón al decir que Cervantes me habría considerado loco".

Pero con Borgese tuvo también relaciones directas y, en 1917, un encuentro: "He hablado con Borgese, profesor de literatura alemana, que ha sido director del 'Conciliatore' y está hoy en Italia entre los mejores concedores de la literatura española". No se encontró nunca, en cambio, con Pirandello, cuya obra conoció tardíamente; y probablemente a través de Tilgher, crítico al que seguía y admiraba. Y, efectivamente, en julio de 1923, el año en que Tilgher publica los "Estudios sobre el teatro contemporáneo", donde a propósito de "Seis personajes" se hace referencia a la novela "Niebla", Unamuno escribe el artículo "Pirandello y yo". De este artículo procede, en el área hispano-americana, una investigación crítica sobre la relación entre los dos escritores y sobre su raíz cervantina. Pero de estos estudios en Italia no se sabe mucho. Solamente del de Américo Castro sobre Cervantes y Pirandello, alguien ha dado noticia, me parece.

Pero no es solamente en la obra de Unamuno y Pirandello donde se pueden encontrar puntos de semejanza. También sus biografías se asemejan hasta un cierto punto: y precisamente en contradecirse y cambiarse en la adhesión al fascismo por parte de Pirandello, al franquismo por parte de Unamuno. ¿Quién, sin saber nada de la vida de Pirandello y conociendo su obra, conseguiría imaginar una adhesión al fascismo que parece además entusiasta? Hay, sí, una vena de antiparlamentarismo que corre por la obra: pero no es suficiente para explicar la adhesión al fascismo, y especialmente después del delito Matteotti. Todavía menos la obra y la vida de Unamuno explican su acuerdo con la rebelión de los militares contra el legítimo gobierno de la República en el verano de 1936. Dolorosa contradicción en ambos: pero Pirandello se libera de ello –pirandellianamente– con una carcajada: la novela corta "Hay alguno que ríe", publicada en 1934 en el "Corriere"; y Unamuno –unamunianamente– con una desesperada agonía. La agonía: palabra-clave de su mundo, el continuo buscarse y luchar dentro y fuera de sí, pero que hay que entender también como la trabajosa y continua lucha de la vida contra la muerte³.

3 SCIASCIA, Leonardo. "A Salamanca, nell'università di Unamuno". En *Il Corriere della Sera*, Milán, 5-III-1983.

El aula de Unamuno y el Paraninfo de la Universidad fueron el punto de partida de un agitado y rápido paseo tras las huellas de don Miguel en cada lugar de la ciudad: Casa Museo Unamuno, calle de Bordadores, la Plaza Mayor, las librerías y la piedra rosada que Unamuno cantó. Salamanca es ahora realidad y símbolo para Sciascia, actualidad y recuerdo, algo del que forma parte indeleble Miguel de Unamuno, legado indisolublemente a él:

Busco en Salamanca el recuerdo de su agonía. Solamente el monumento, frente a la casa que habitó en los últimos meses, parece decirnos algo: la cabeza dramáticamente encajada entre los hombros, la figura recogida en sí misma como por un hielo de muerte que le asalte por todas las partes. Pocos tienen deseos de recordar a don Miguel, aunque monumento, lápidas, Universidad, fotografías en los escaparates de las librerías lo recuerden. Esta ciudad de piedras de oro donde, como él decía, los estudiantes aprendieron a amar; esta ciudad serena y docta parece haber consumido en la dorada somnolencia el recuerdo de sus últimos meses de vida, el recuerdo de su agonía.

Lo que se consigue recoger no es mucho; pero algo añade a lo que ha contado Thomas en su historia de la guerra civil española.

El 18 de junio (sic) de 1936, a la noticia de que los generales Sanjurjo (sic), Mola y Franco se han pronunciado contra el legítimo gobierno, también la guarnición de Salamanca se subleva y, al encontrar nula resistencia, se adueña de la ciudad. No hay dudas, en la España republicana y democrática, de que Unamuno estará contra la sublevación militar y que en Salamanca esté, desde el momento de la ocupación militar, como un prisionero. Pero los corresponsales de los periódicos extranjeros que corren a Salamanca para entrevistarle o para conocer su suerte, se encuentran frente a un Miguel de Unamuno que declara: "Esta lucha no es una lucha contra la República liberal, es una lucha por la civilización"; y que la civilización estaba en la parte de los generales rebeldes, puesto que el gobierno de Madrid había "hecho vano el sueño de una República liberal y libre, poniendo el poder en mano de los asesinos".

Pero el gobierno fascista comete un error: lo nombra para presidir una comisión de depuración: es decir, que lo pone al frente y lo quiere hacer cómplice de una operación de las más antiliberales que se pueda concebir. Don Miguel toma conciencia de ello, toma conciencia de la realidad que lo circunda, de las masacres, de los fusilamientos. El 12 de octubre, fiesta de la raza en la España fascista, volvió a ser él mismo. Habla según le dicta su corazón, según las ideas de toda su vida. Ha visto en el fascismo la muerte: de la libertad, de la civilización, de la cultura. Habla. Y en nombre de la muerte –"¡viva la muerte!– le responde el general Millán Astray, fundador de la Legión Española. Don Miguel le rebate: "Siento un grito necrófilo e insensato...". En la sala –aula magna de la Universidad– la vociferante protesta se convierte en furor, rabia. Doña Carmen Polo, mujer de Franco, que se

sentaba a la derecha de Unamuno, con presteza lo coge del brazo y lo conduce fuera, entre dos alas de gente que impreca y amenaza. A esa protección, alguien recuerda, don Miguel se asía como un sonámbulo.

Algunos días después (el servilismo y la vileza se habían reforzado suficientemente), no hubo necesidad de un decreto para destituirlo como rector: lo decidieron sus mismos colegas. Don Miguel deja su casa en el rectorado y se traslada a una casa de la calle Bordadores, donde muere el 31 de diciembre. Seis meses –no dudamos de ello– de agonía. Su sentimiento trágico de la vida, su trágico contradecirse, el doloroso juego de las nobles ilusiones y de las devastadoras desilusiones, su quijotismo, habían encontrado el signo más alto. Una crucifixión. Así como, en un dibujo suyo, había visto a “don Quijote de la Mancha, rey de España” crucificado en un árbol.

No es extraño que Sciascia se detenga y recree estos momentos de la vida de Unamuno. A él le interesa, frente a otros intelectuales de su tiempo denigradores del Unamuno cercano a Franco, el momento en el que el intelectual libre se impone y se enfrenta a Millán Astray, defendiendo el valor de la vida y de la inteligencia de la que él se considera el sumo sacerdote. Es ésta la impronta de Unamuno que él busca encontrar en los rincones de Salamanca y es ésta la postura final que permanece de Unamuno y, por eso, nuestro autor no acepta que Pietro Nenni calle en su relato sobre la guerra de España el discurso que Unamuno pronunció en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, porque ese breve discurso “permanece como uno de los más grandes y valientes que los intelectuales españoles hayan hecho nunca contra el fascismo, contra los fascismos”⁴.

Como era natural y lógico, los dos periódicos locales de entonces: *El Adelanto* y *La Gaceta Regional* le hicieron entrevistas que publicaron el día siguiente, aunque, como también era previsible, todas las preguntas giraron en torno a la mafia y la política.

Sé que Sciascia deseaba volver a Salamanca, pero sus ocupaciones primero y la enfermedad después se lo impidieron.

4 SCIASCIA, Leonardo. *Ore di Spagna*, cit., p. 65.

LA PRIMERA Y ÚLTIMA VISITA DE ALBERTO MORAVIA A SALAMANCA

VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN*

RESUMEN: Alberto Moravia, nacido en Roma en 1907 y muerto en la misma ciudad en 1990, ha sido uno de los más grandes escritores del mundo del siglo XX. Su narrativa alcanzó una difusión extraordinaria, siendo traducida a casi todas las lenguas y adaptada en muchas de sus obras al cine por los grandes maestros como Bertolucci o De Sica.

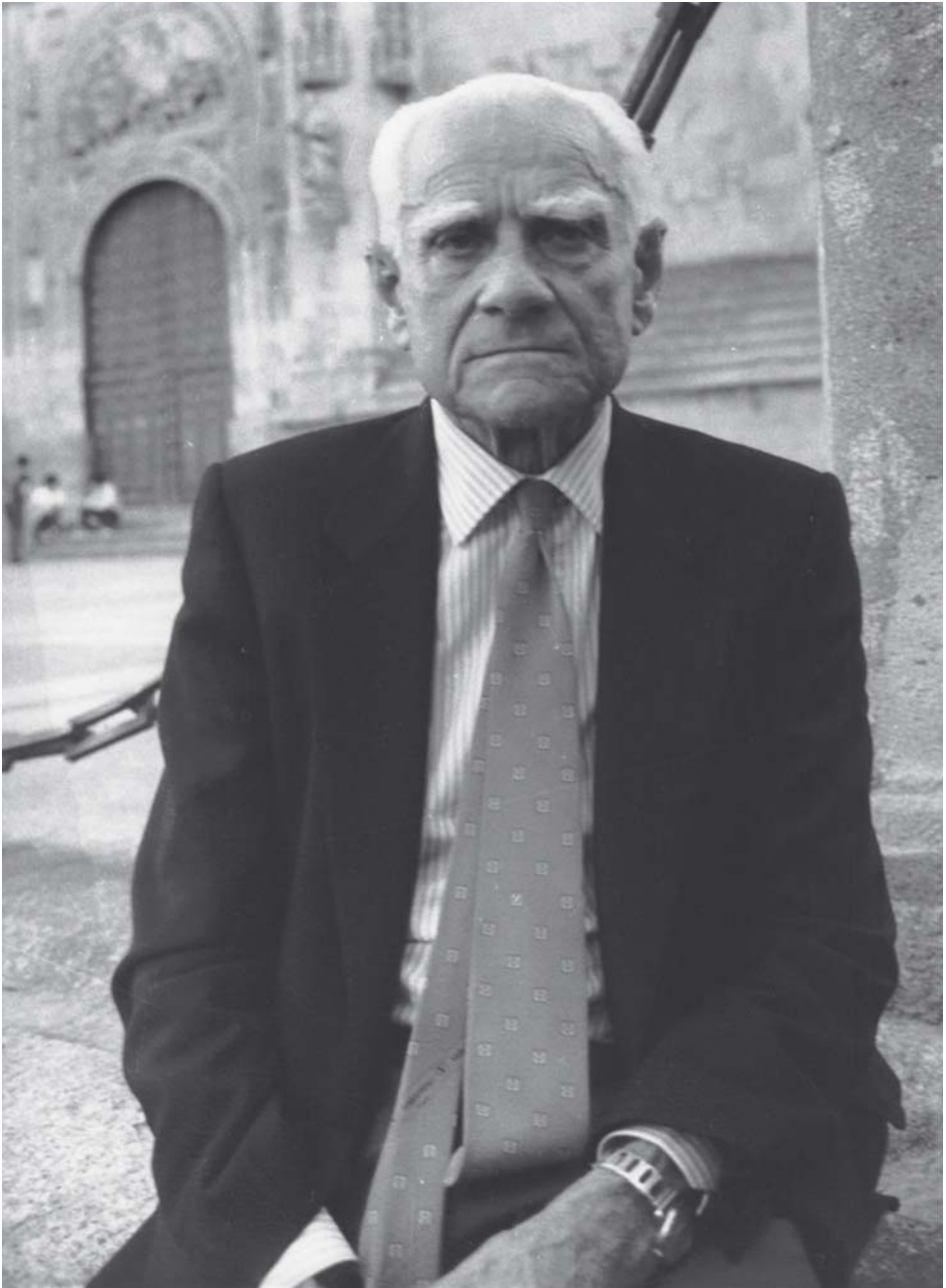
A Salamanca llegó un 9 de mayo de 1986, acompañado de la que entonces era su segunda mujer: la española Carmen de Llera, invitado por el Departamento de Italiano para conocer nuestra universidad y nuestra ciudad, pero también para darle la oportunidad de encontrarse con el hijo que Carmen de Llera tuvo en un matrimonio anterior y que residía en Salamanca. Su estancia pasó casi inadvertida, pero él supo gozar de la Plaza Mayor salmantina y de la belleza de sus monumentos y de sus comidas con una curiosidad viva y casi juvenil, tan extraña en un hombre de 79 años. La prensa de Salamanca lo entrevistó y alguno de los periodistas supo hacer justicia en su crónica a un hombre de tal categoría que honraba nuestra ciudad con su presencia. Aquí recogemos las entrevistas de los dos periódicos locales, porque son, aparte del recuerdo de las personas que lo acompañamos, el único recuerdo que permanece de esta visita tan importante.

ABSTRACT: Alberto Moravia (Rome 1907-1990) was one of the world's greatest 20th century writers. His narrative work became extremely widespread, translated into almost all languages, and many of his works have been adapted to the cinema by great masters like Bertolucci and De Sica.

He came to Salamanca on 9 May, 1986, accompanied by his second wife, the Spaniard Carmen de Llera, invited by the Italian Department to become acquainted with our University and our city, but also to give him the opportunity to meet with Carmen de Llera's son from a previous marriage, who was living in Salamanca. His stay here went unnoticed, but he took pleasure in Salamanca's Main Square and the beauty of its monuments and its cuisine with a lively and almost youthful curiosity, rare in a man of almost 79. The Salamanca press interviewed him and some of the journalists managed to do justice in their chronicles to such a prestigious man who honoured our city with his presence. Here we present the interviews from two local newspapers, because, apart from the memory of the individuals that accompanied him, they are the only memento remaining of such an important visit.

PALABRAS CLAVE: Moravia, Carmen de Llera, Plaza Mayor, Pasolini, Andreotti, política.

* Universidad de Salamanca.



El escritor Alberto Moravia frente a la Catedral de Salamanca (Foto Salvador)

Alberto Moravia es el seudónimo de Alberto Pincherle, nacido en Roma en 1907 y muerto en la misma ciudad en 1990, posiblemente el narrador de más éxito dentro y fuera de Italia. En España es uno de los pocos novelistas italianos conocidos del gran público y cuyas novelas han sido traducidas en ediciones populares y asequibles.

En 1941 se casó con la escritora Elsa Morante y posteriormente con la española Carmen de Llera. Fue periodista del *Corriere della Sera* y participó en la vida política como diputado europeo desde 1984 hasta su muerte.

Moravia supo mantenerse desde sus tempranos comienzos literarios con *Los Indiferentes* (1929) incólume a la transitoriedad de las corrientes y de las modas literarias, y frente al experimentalismo de algunos de sus compañeros neorrealistas, él continuó elaborando una novelística próxima a los cánones de la tradición decimonónica, caracterizada por el uso de un tiempo lineal, una acción desde el punto de vista narrativo, un lenguaje sencillo, popular, pero sin muchas concesiones al dialectalismo y a las innovaciones de los diversos movimientos literarios.

Su segunda novela, *Las ambiciones equivocadas* (1935), consolida la línea del desenmascaramiento y la futilidad de la sociedad burguesa italiana y, más concretamente, romana. A partir de este momento los títulos se multiplican. Así publica *Agostino*, *La Romana*, *El amor conyugal*, *Relatos romanos*, *La campesina*, *La vida interior*, *Bob*, *El hombre que mira*, etc., y Moravia se convierte en el gran maestro del estilo y la dignidad literaria.

Muchas de sus obras han pasado al cine, a través de conocidos directores como Luigi Zampa, Vittorio de Sica, Bernardo Bertolucci, Tinto Brass, consiguiendo con ello alargar el ya de por sí amplio público del escritor romano dentro y fuera de Italia.

Alberto Moravia vino una sola vez a Salamanca, cuando tenía 79 años, exactamente el 9 de mayo de 1986. Él no escribiría nunca sobre Salamanca, pero conoció Salamanca y habló en ella todavía con una mente clara y con la perspicacia de un intelectual de vuelta ya de todo, pero capaz todavía de gozar de las bellezas que nuestra ciudad le ofrecía.

Su viaje a Salamanca se produjo de manera casual. El día 6 ó 7 de mayo me encontraba en el Istituto Italiano di Cultura de Madrid precisamente para oír una conferencia de Alberto Moravia. El director del Istituto, Marco Miele, me lo presentó y, sin dudarle, lo invité a venir a Salamanca. Me miró dubitativo, Miele se anticipó a rechazar mi ofrecimiento por considerar demasiado cansado un nuevo viaje, pero Moravia miró a su joven mujer: Carmen de Llera que por entonces tenía un hijo en Salamanca de su primer matrimonio, y aceptó el ofrecimiento. El 9 de mayo llegaba temprano a nuestra ciudad, visitaba el Departamento de Italiano y acompañado por los profesores de Filología Italiana recorrió todo lo posible en un día. Los periodistas lo encontraron y reproducimos aquí las noticias de su corta estancia en Salamanca, porque Salamanca impresionó a Moravia y el gran escritor italiano honró nuestra ciudad con su presencia. Primeramente la de *La Gaceta Regional* de Salamanca (10-V-1986), firmada por Pilar Laguna y con una foto de Salvador:

Alberto Moravia, en Salamanca

«La Europa política no existe»

El novelista italiano más conocido en España, Alberto Moravia, realizó ayer una corta visita a Salamanca, pasando prácticamente inadvertido –aunque alguien se acercó a solicitarle un autógrafo– entre los centenares de personas que alojaban las terrazas de la Plaza Mayor. De esbelta estampa, ayudándose de un bastón blanco, el autor de «Los indiferentes» y «El aburrimiento», entre otras muchas obras, recorrió el ágora salmantina y preguntó dónde podría cenar calamares a la plancha.

Alberto Moravia, acompañado de miembros del Departamento de Italiano de la Universidad de Salamanca, hizo la ruta turística de la ciudad mientras su mujer, la española Carmen Llera, visitaba a un hijo habido en un anterior matrimonio. Sentado en los proyectos que circundan la catedral, contemplando la espléndida Plaza de Anaya, el novelista italiano nos dedicó unos minutos. A sus 79 años, Moravia conserva una mirada expresiva que sostiene cejas como la nieve.

Desde su Roma natal se había desplazado a Madrid para hablar sobre Pasolini, su gran amigo desaparecido en extrañas circunstancias hace ahora diez años, del que dice: «Éramos amigos precisamente por ser absolutamente distintos. Esa es la base de la amistad; éramos complementarios pero no parecidos». El novelista opina de su compatriota que era «sobre todo un poeta, después cineasta, novelista y ensayista. Pero primero –repite–, era poeta por su manera de acercarse a la realidad: el poeta habla de sí mismo, el novelista habla de los demás». En este segundo supuesto, se autoincluye Moravia afirmando que hablar de los otros es ser sociólogo, moralista, filósofo, etc..., mientras que «el poeta, al hablar de sí mismo, expande su personalidad al mundo entero».

Respecto de los grandes escritores que han dado las culturas española e italiana a lo largo de los siglos, Moravia entiende que hoy día, más que países, existe Europa, «una cosa algo vana todavía pero que siente mucho en literatura. Sin embargo, la Europa política no existe aunque la cultura sea europea». No obstante, valoró la grandeza y antigüedad de la cultura española, rechazando que España tenga que elevarse a «nivel europeo»: «todos los países que forman Europa lo están porque se basan en una civilización común».

Tuvo palabras de alabanza para la literatura hispánica y para los autores que conoce en mayor profundidad –los latinoamericanos García Márquez, Carpentier, Borges–, citando entre los españoles preferidos a Cela y Goytisolo. En el campo de la poesía mostró su inclinación por Machado, Juan Ramón Jiménez y García Lorca: «Las letras españolas tienen altura, pero debo decir que el período bueno para la literatura en toda Europa ha sido el de los primeros cincuenta años de este siglo. Fue entonces cuando hubo grandes poetas, novelistas y ensayistas; ahora hay menos». Sin embargo, Moravia no cree en la influencia de los medios audiovisuales y las nuevas tecnologías en el descenso de creación literaria por una causa que expone tajantemente: «La escritura no se perderá porque la palabra es eterna y el hombre la necesita mucho más que las imágenes».

«Andreotti es un ministro»

El escritor se expresó con cierto laconismo ante la inminente investidura «honoris causa» de Giulio Andreotti por Salamanca –«para mí es un ministro», dijo–, y reconoció que a él le gustaría recibir un honor similar.

Moravia, eurodiputado, combate sin reservas la carrera de armamento atómico desde hace cinco años. Precisamente su programa antinuclear le llevó al Parlamento Europeo. Su preocupación queda reflejada en su última novela, «El hombre que mira», donde argumenta los peligros que pretende combatir. Y sigue creando: afirma que los escritores no se jubilan porque no cobran pensión.

Con mucho menos realce, pero poniendo claramente de relieve la admiración por el escritor italiano, *El Adelanto* dio la noticia de la estancia de Moravia en Salamanca, el 10-V-1986, con las siguientes palabras:

Alberto Moravia, en Salamanca. – El novelista italiano Alberto Moravia, escritor universal de la Italia actual, polémico re creador de la ficción, asombro de los que leen con prejuicios y de los que auscultan vidas privadas desde sus vidas llenas de estereotipos, que le han elevado a la fama sobre la fama por su segundo matrimonio con la española Carmen Llera, cincuenta años más joven que él; Alberto Moravia, conocía ayer una nueva ciudad, Salamanca, difícil novedad para un hombre esencialmente viajero. Se recreó con el plateresco de la fachada universitaria, con la majestuosidad de la catedral, pasó desapercibido en la Plaza Mayor, observando, como «El hombre que mira», su última novela, que recoge el Apocalipsis nuclear, el que a su juicio ya vivimos. Alberto Moravia habló en Madrid de «su amigo» Pasolini y manifestó a EL ADELANTO sus inclinaciones por la literatura española de las primeras décadas del siglo XX.

La cercanía de la muerte impidió a Moravia volver a Salamanca, cosa que deseó porque quedó muy marcada en su mente la visión de una ciudad joven, llena de vida y de literatura.

UN ENAMORADO DE SALAMANCA: RAFFAELE NIGRO

ESTELA GONZÁLEZ DE SANDE*

RESUMEN: Nacido en 1947, el escritor y periodista Raffaele Nigro es uno de los grandes escritores italianos contemporáneos que más veces ha visitado y escrito sobre Salamanca, a la que incluso dedicó una novela completa en 2001 con el título de *Viaggio a Salamanca*, publicada en español en 2004. Los rincones más escondidos de la ciudad desfilan por artículos de prensa, por obras consistentes como *Diario Mediterráneo* y *Viaje a Salamanca*, por la palabra del escritor cada vez que se acerca a Salamanca o la contempla desde Sevilla o cualquier otra ciudad española. Para él Salamanca no es solamente un espacio físico agradable donde la apacibilidad de los monumentos invita a venir y a meditar, sino que también es una metáfora de la literatura todavía viva, un reducto donde la literatura todavía no ha cedido a las premuras y simplificaciones de los medios de comunicación de masas que, para nuestro escritor, paradójicamente, director de la RAI para el Sur de Italia, están matando la literatura o llenándola de banalidad. Para él, es necesario, al menos una vez en la vida, venir a Salamanca, para respirar y retomar las fuerzas que permitan hacer una literatura más libre y menos condicionada por las exigencias del mercado. Sus relaciones fluidas con los italianistas de Salamanca lo han convertido en un ciudadano más de nuestra ciudad.

ABSTRACT: Born in 1947, the writer and journalist Raffaele Nigro is one of Italy's greatest contemporary writers who has most visited and written about Salamanca, to the point of dedicating a complete novel to it in 2001 with the title *Viaggio a Salamanca*, published in Spanish in 2004. The most hidden corners of the city can be found in newspaper articles, and in solid works such as *Diario Mediterráneo* and *Viaggio a Salamanca*, in the words of the writer each time he comes to Salamanca or contemplates it from Seville or any other Spanish city. For him, Salamanca is not only a pleasant physical space where the affability of its monuments invites one to come and meditate, but also a metaphor for literature that is still alive, a stronghold where literature has not yet yielded to the pressure and simplification of the mass media which, paradoxically for Nigro, director of the RAI for Southern Italy, is killing literature off or filling it with banality. For him it is necessary for one to come at least once to Salamanca, to breathe in its air and gather strength to make literature that is freer and less conditioned by the demands of the market. His fluid relations with the Italianists of Salamanca have made him a citizen of our city.

PALABRAS CLAVE: Nigro, literatura, metáfora, medios de comunicación, universidad, cigüeñas.

* Universidad de Oviedo.



Raffaele Nigro, autor de novelas
y artículos sobre Salamanca

Una vez en la vida es necesario perderse entre las calles de Salamanca. Sumergirse en la atracción de su atardecer y de sus amaneceres.

R. NIGRO

En los años ochenta, en pleno apogeo de la época posmodernista italiana y en los albores de la época de la literatura mercenaria y consumista, se da a conocer el escritor lucano, Raffaele Nigro. Nacido en 1947 en Melfi, en la región de Basilicata, y licenciado en Magisterio por la Universidad de Bari; comienza su actividad literaria a finales de los años setenta, pero no será hasta 1987 cuando su nombre irrumpa en el panorama literario italiano. El éxito le llegará de la mano de uno de los premios más prestigiosos de la literatura italiana, el Premio Campiello, otorgado a su primera novela *I fuochi del Basento*. La novela, ambientada en las regiones que atraviesa el río Basento, Basilicata, Puglia y Calabria, recrea las batallas de campesinos y secuaces del rey en el sur de Italia desde el siglo XVIII hasta la unidad nacional. Se trata

de una obra de suma importancia en la trayectoria literaria de Nigro pues supone no sólo su afirmación como narrador, sino también el inicio de una sucesión de éxitos que continuará hasta nuestros días.

Tras la publicación de *I fuochi del Basento* en 1987, Nigro compaginará su trabajo de periodista y director de la emisora de radio y televisión italiana, RAI, en Bari, con la creación literaria, dedicando una especial atención al género narrativo y convirtiéndose en uno de los escritores más fecundos de la literatura italiana contemporánea. En poco más de una década verán la luz una decena de novelas de diferente índole y temática, pero homogéneas en cuanto a forma y estilo: *La Baronessa dell'Olivento* (1990), *Il piantatore di lune* (1991) con la que consigue el Premio Latina, *Ombre sull'Ofanto* (1992) premiada con el Grinzane Cavour, *Dio di Levante* (1994), *Adriatico* (1996) que gana los premios Scanno, Selezione Strega, San Felice Circeo y Bancarella en 1998, *Desdemona e Cola cola* (2000), *Viaggio a Salamanca* (2001), *Gli asini volanti* (2003) y *La Malvarosa* (2005) galardonada con el Premio Biella Letteratura e Industria. A éstas se suma su trabajo como diarista y cronista de viajes que da lugar a obras como *Viaggio in Puglia* (1991), *Sopra i tetti del Bradano e del Basento* (1993), *Viaggio in Basilicata* (1996) y *Diario Mediterraneo* (2001).

Sin embargo, la producción de Nigro no se limita a la ficción narrativa, será también un gran ensayista, conocedor de la literatura italiana y estudioso de la literatura extranjera, se especializará en la investigación literaria de escritores de su tierra natal, Basilicata, y su región de residencia, Puglia, y en los grandes autores de los países mediterráneos. De esta inquietud por la literatura surgirán diferentes ensayos, entre ellos los escritos recientemente para la colección dirigida por Walter Pedullà “Cento libri per mille anni”, *Francesco Berni* (1991) y *Burchiello e burleschi* (2002).

Atendiendo al número de publicaciones, no cabe duda de que los dos grandes intereses de este escritor se centran en la narrativa y en el estudio de la literatura, pero Nigro ha sido y es también poeta y autor teatral. Experimenta por primera vez el género dramático con *Il Grassiere*, publicada en 1980 y su primera obra poética llega un año más tarde, en 1981, bajo el título *Giocodoca*.

Se trata, por tanto, de un autor polifacético, colaborador en diferentes periódicos italianos, reportero y periodista en la RAI, escritor y crítico literario. Sin embargo, todas estas actividades así como la variedad de sus escritos, responden a un denominador común que no es otro que el interés de Nigro por la cultura, las tradiciones y el valor de la palabra.

En una época en la que parece prevalecer la economía por encima de la calidad literaria, en la que se alzan como pontífices de la literatura los autores de best-sellers y se ensalzan nombres como el de Umberto Eco o Susanna Tamaro; Nigro se presenta como abanderado de la tradición, de la cultura popular, de los pueblos oprimidos u olvidados dentro del fenómeno de globalización y se desmarca como escritor que no teme desvelar su compromiso social a través de la literatura, convencido de que ésta, aunque inerme, es capaz de ganar la batalla al olvido.

La idea de la escritura como arma de la memoria, como instrumento mediante el cual podemos rescatar las tradiciones y la cultura que la modernidad desecha y como medio idóneo de reivindicación de una sociedad más justa, será constante en las obras del escritor melfitano. En torno a esta idea surgirá en la producción de Nigro una dicotomía entre tradición y modernidad que nos conducirá a diferentes temáticas. Por lo que se refiere a la tradición, a Nigro le interesa la cultura oral, la sabiduría popular, los cantares, proverbios e historias de sus antepasados y de los pueblos del Mediterráneo. De la modernidad extrae temas tan actuales como la inmigración, la pobreza de los países africanos, los desequilibrios del capitalismo, las pésimas condiciones de los indocumentados en Europa y la necesidad de entablar un diálogo con los más desfavorecidos.

Para Nigro existe un gran “muro de agua” que separa occidente de oriente, riqueza y pobreza, progreso y marginación; y su empeño versará en derribar ese gran muro que es el Mediterráneo. Su objetivo, a veces utópico, será el de crear una fuerte unión entre los pueblos mediterráneos, una cohesión que viene determinada por una historia común de invasiones y colonizaciones continuas que han

generado una gran riqueza cultural, pero han debilitado enormemente la economía. El Mediterráneo marcará ese punto de unión en el que coincidirán intelectuales árabes, croatas, albaneses, griegos, españoles e italianos del sur.

A raíz de este interés por la cultura mediterránea, surge el interés de Raffaele Nigro por la cultura española. El melfitano cree encontrar en la Península Ibérica y, en especial, en Andalucía, una cultura idéntica a la de su tierra natal en el sur de Italia. Para Nigro son tierras que comparten un mismo fervor religioso, semejantes tradiciones, los mismos problemas de atraso respecto al norte e incluso una fisonomía parecida en sus gentes. Por otra parte, son tierras que conservan un importantísimo legado cultural y que han engendrado grandes poetas e intelectuales.

Probablemente el primer acercamiento de Nigro a nuestro país se produjo a través de la lectura de nuestros grandes autores: Cervantes, Calderón de la Barca, Lope de Vega y los poetas del siglo XIX y XX; sin embargo, el escritor no menciona ningún nombre español cuando el crítico Ettore Catalano le pregunta en una entrevista publicada en 2002¹ por sus “escritores preferidos”. En el elenco de escritores extranjeros menciona a los enciclopedistas franceses, a los narradores ingleses Samuel Jhonson y De Foe, Scott, Richardson, y a los sudamericanos João Guimarães Rosa y García Márquez.

Tampoco alude a ningún español cuando se refiere a sus lecturas de joven entre ellas la de los rusos Sologub, Tolstoj y Dostoievski sobre el que escribirá su tesis de licenciatura.

Sin embargo, sabemos, a través de su obra *Nulla concede il doganiere*, obra poética en la que se advierten más explícitamente las huellas de sus lecturas hispánicas, no sólo que leyó a nuestros autores, sino que admiró a muchos de ellos. En esta obra escrita a raíz de un viaje por Andalucía y publicada en el año 2000, rememora los lugares que ha visitado acompañado de sus amigos andaluces, pero también a los escritores que ha leído, entre ellos, Cervantes, Calderón de la Barca, García Lorca y Juan Ramón Jiménez.

La misma obra le brinda la ocasión de recordar episodios de la historia de España: el Cid Campeador, el califato de Córdoba o Cristóbal Colón.

Al recuerdo de éstos se suma la mención a Salvador Dalí que resucitará en su obra *Diario mediterráneo* y *Viaggio a Salamanca* junto a Carmen Martín Gaité, García Lorca y Unamuno.

Tenemos, pues, muestras fehacientes del conocimiento de Nigro de la literatura española clásica y moderna. Es probable que su interés por nuestra cultura no corresponda a sus años de juventud, sino a su época de madurez y a su constante preocupación por la “cultura del Mediterráneo”.

Su conocimiento, por otra parte, no será sólo “ficticio”, a través de la literatura, sino que el autor de Melfi viajará en diferentes ocasiones a nuestro país.

El primer viaje se produce en 1995. El autor es invitado por el área de Filología italiana de la Universidad de Salamanca en colaboración con el Premio Grinzane

1 CATALANO, Ettore. *Il dialogo comunicante*. Bari: Laterza, 2002, pp. 246 y ss.

Cavour a un encuentro de trece escritores italianos en Salamanca los días 6, 7 y 8 de noviembre.

Vicente González Martín durante años ha frecuentado Bérgamo, Roma y Turín, cautivado por la cultura italiana. Se debe a esta pasión la amistad con Giuliano Soria y la decisión de organizar con el premio Grinzane Cavour, un encuentro con trece escritores italianos en Salamanca, para mostrar en vivo y en su realización a los profesores italianistas en qué punto se encuentra la narrativa de nuestro país.

Apenas acabado el congreso y ya en Italia, Nigro sintió la necesidad apremiante de comunicar a sus lectores su visión de una ciudad para él desconocida hasta entonces, pero que se convertiría a partir de ese momento en símbolo recurrente de la vitalidad de la literatura y en *La Gazzetta del Mezzogiorno*, publica el artículo "E eravamo tredici sotto il cielo di Salamanca".

El autor nos ofrece también una pequeña crónica de este viaje en *Diario Mediterraneo* seis años después de su visita a la ciudad del Tormes. Sin embargo, durante ese período de tiempo, Nigro preparaba una novela enteramente ambientada en Salamanca, fruto de la fascinación que le produjo la ciudad en ese otoño de 1995 e inspirado por esa reunión de escritores que debatían sobre el estado de la literatura actual en la Universidad de Salamanca. Sus palabras como personaje al inicio de esta obra bien podrían equivaler a las del propio autor que, tanto en la ficción como en la realidad, se alojó durante su estancia en el Colegio Fonseca.

Como Dios quiso llegué, pues, a Salamanca. Por no hablar del sudor entre los pedregales de Castilla. Las carreteras secas, la tortura del autobús. Me lancé sobre la cama, en una habitación del colegio Fonseca, acariciado por una brisa que se filtraba por las rejillas. Había obligado varias veces al conductor a detenerse y había vomitado en las cunetas los cafés tomados en el aeropuerto en Madrid. Tenía los ojos húmedos cuando Vicente González Martín me abrazó en el umbral del colegio. Tenía la camisa abierta por el pecho, la frente sudorosa, un nudo en la garganta y me envolvía una aureola de polvo. El sol nos había torturado desde los perfiles de los grandes toros de hojalata, sobre los pedregales de roca de León, infinitos y desiertos.

Vicente hizo que me acompañara un portero en mangas de camisa. El joven alargaba el paso pero yo lo seguía lentamente por los pasillos del claustro, entre los retablos dorados de las capillas, por las escaleras arriba y entre columnas contorneadas².

En sus sucesivos viajes a España, el autor se preocupará por conocer el sur, posponiendo hasta el año 2002 su regreso a Salamanca.

2 NIGRO, Raffaele. *Viaje a Salamanca*, Salamanca: Caja Duero, 2004, pp. 11-12.

En abril de 1999 visitará Andalucía. Viajará en avión acompañado por su mujer, Livia, desde Bari hasta Sevilla invitado por la profesora Mercedes Arriaga de la Universidad de Sevilla a un ciclo de conferencias. Una vez liberado de los compromisos, aprovechará el viaje para recorrer diferentes lugares de la geografía andaluza en busca de los parajes de los poetas que ha leído. En palabras del propio Nigro: “Estamos aquí por un ciclo de conferencias y en busca de muchas cosas. Visitar los lugares de la poesía andaluza y encontrar a algunos intelectuales interesados en el diálogo con los escritores del Mediterráneo”³.

Sevilla, “la ciudad de las Vírgenes y los nazarenos”, y Andalucía en general, representan para el melfitano “la casa de la gran poesía española del Siglo XX”. Querrá descubrir todos los rincones de la ciudad y visitar los monumentos más representativos, la catedral, la Giralda, el Alcázar, así como los museos y el Archivo de Indias; lugares todos ellos que le transportan a siglos pasados con evocaciones de la historia de España, del asentamiento árabe y de la posterior expulsión llevada a cabo por los “reyes de Castilla y León”. Pero Andalucía es también el punto de partida de la conquista de América. Nigro visitará Palos, la tumba de Cristóbal Colón en la catedral de Sevilla y recordará a Pizarro, Cortés y Pinzón.

Pero también se sumerge en la tradición española asistiendo a una corrida de toros en la Plaza de la Maestranza. Para Nigro el toro es “la metáfora de España, furia, pasión y destino de muerte, metáfora de la vida, donde todos somos toros destinados a la matanza”⁴.

Tras unos días en la capital andaluza, el escritor y su mujer viajarán hasta Granada, desde allí, siguiendo la estela de García Lorca, se desplazarán hasta Fuente Vaqueros para visitar la casa natal del poeta. La siguiente parada será Córdoba y de ahí, Écija, Carmona y, de nuevo, Sevilla.

Después de un breve descanso en Sevilla, retomarán el viaje, esta vez hacia el suroeste para visitar Huelva. Su primera parada será Moguer para recordar una vez más la conquista de América y para visitar la casa de Juan Ramón Jiménez.

En su recorrido por Huelva conocerá Matalascañas, el parque de Doñana, Almonte y el santuario de la Virgen del Rocío.

A pesar de los muchos lugares visitados en pocos días, el escritor no ha podido disfrutar todo lo que hubiera querido de las tierras andaluzas. Decía Leonardo Sciascia, el gran escritor siciliano, que el mejor viaje es el que se hace sin compromisos ni ocupaciones profesionales, ya que éstas te impiden gozar de la esencia en sí del viaje.

A Nigro, el ciclo de conferencias, la escasez de días y los desplazamientos a otros enclaves andaluces, le impidieron permanecer más días en Sevilla. Por este motivo, un año después, el 9 de abril de 2000 regresará, esta vez para vivir la Semana Santa y conocer la provincia de Cádiz.

3 NIGRO, Raffaele. *Diario Mediterraneo*, Bari: Laterza, 2001, p. 186.

4 Nota 3, p. 191.

Sobre estos viajes por Andalucía, Raffaele Nigro ha dejado un precioso testimonio en su obra *Nulla concede il doganiere* y *Diario Mediterraneo*.

El siguiente viaje a nuestro país se produce el 18 de octubre de 2000, invitado por el profesor Jesús Graciliano González de Miguel para impartir una conferencia en la Universidad de Extremadura. Esta vez, el autor viajará en avión hasta Madrid y de allí en tren hasta Cáceres. Aprovechará este viaje para visitar Trujillo y, nuevamente, recordar a los conquistadores de América.

Los sucesivos viajes de Nigro a España serán a Salamanca. Del 7 al 9 de noviembre de 2002 acude, invitado por el profesor Vicente González Martín, al congreso de la Sociedad Española de Italianistas titulado “La Filología Italiana ante el Nuevo Milenio”.

Dos años más tarde regresará para otro congreso internacional que homenajea al escritor italiano Corrado Alvaro. El congreso se celebra el día 8 de noviembre de 2004 en el Instituto italiano de Cultura de Madrid y los días 9 y 10 en la Universidad de Salamanca. En Madrid, Nigro intervendrá con una ponencia y en Salamanca presentará la traducción al español de su obra *Viaggio a Salamanca* con el título *Viaje a Salamanca*⁵, publicada ese mismo año.

En la primera semana de marzo del 2008 Raffaele Nigro vuelve a Salamanca para participar en la inauguración del Aula Grinzane Cavour que la Universidad de Salamanca dedicaba a esta prestigiosa institución italiana, en el Congreso “Recorridos literarios entre Italia y España” y en el homenaje a la Revista turinesa *Quaderni Ibero-Americani* en su sesenta aniversario. Le acompañaron, entre otros, los escritores Angela Bianchini, Paola Mastrocola, Rosa Montero, Emmanuele Trevi, Filippo Tuena, Andrea Vitali y Arnaldo Colasanti.

El último viaje de nuestro escritor a España tiene lugar el 27 de mayo de 2008 con motivo de la celebración en Sevilla de un congreso que rinde homenaje a su carrera literaria, bajo el título “Escrituras del sur. Homenaje a Raffaele Nigro”. En él tendrá lugar la presentación de la traducción al español de *Nulla concede il doganiere*⁶. El escritor, esta vez como homenajeado, clausurará el congreso el día 30 de mayo.

Este encuentro de amigos y estudiosos de Nigro, que atrajo a profesores y críticos literarios de Italia y España, corrobora el éxito del escritor en nuestro país. A su acercamiento a España y a esta buena aceptación contribuyen, además, las traducciones de sus obras en nuestro idioma. Hoy en día disponemos de la traducción de algunos relatos de *Il piantatore di lune*⁷ y de las obras mencionadas anteriormente, *Viaje a Salamanca* y *Nada concede el aduanero*. La versión

5 NIGRO, Raffaele. *Viaje a Salamanca*. Salamanca: Ediciones Caja Duero, 2004. Traducción de Vicente González Martín y Mercedes González.

6 NIGRO, Raffaele. *Nada concede el aduanero*. Sevilla: Arcibel, 2008. Traducción de Mercedes Arriaga, Mercedes González y Estela González de Sande.

7 NIGRO, Raffaele. *El plantador de lunas*. Cuadernos Literarios La Placeta. Huelva: Fundación El Monte, 2002. Traducción de José Antonio García y Julia Moreno de Vega. Introducción de Jesús Graciliano González y Mercedes Arriaga.

española de estas dos últimas obras no es casual, pues se trata de las dos únicas obras del melfitano ambientadas en España, la primera en Salamanca y la segunda en Andalucía. Y éstas son, sin duda, las dos zonas de la Península Ibérica que el escritor mejor conoce.

Salamanca, a partir de ese primer viaje en 1995, formará parte del imaginario del escritor como ciudad-oasis de cultura. De ella nos hablará en periódicos, diarios y novelas. Primero en 1995 con la publicación del artículo citado: "Eravamo tredici scrittori sotto il cielo di Salamanca", escrito a raíz del encuentro de escritores en Salamanca. Después en el año 2001 en su crónica de viajes y vivencias por los pueblos del Mediterráneo titulada *Diario Mediterraneo* y, ese mismo año, en su novela *Viaje a Salamanca*.

Salamanca le interesa por tres motivos fundamentales: por ser la cuna de formación de grandes escritores e intelectuales, por su grandioso patrimonio cultural y por la belleza física de sus espacios.

En *Diario Mediterraneo*, el autor narra el viaje desde Madrid a Salamanca en autobús y describe su primera impresión de la tierra castellana.

El autobús se dirige hacia el norte, en busca de campo. Salamanca es la ciudad de los doctos, meta obligada del mundo cultural de todos los tiempos, amada y visitada por Colón y Cervantes. La meseta infinita de la región de Castilla y León nos abre sus llanuras, los terrenos incultos rodeados en la multitud de colinas y fugitivos hacia las montañas de roca⁸.

Salamanca es vista como metáfora de la cultura, como lugar que ha acogido a hombres ilustres y que continúa formando cada día nuevos estudiantes. Bajo el epígrafe "La ciudad de los sabios", nos describe esa ciudad "de sueños y estudios".

Los fantasmas vienen del Tormes. Llegan a Salamanca a un paso tranquilo, nos hablan de la historia del pícaro Lazarillo. El asfalto aún se encarama, estamos a ochocientos metros de altitud y el viento se ha hecho cortante, limpio, como si la ciudad estuviese sobre el techo del cielo. Y es una ciudad tranquila, adormecida en el sueño de los años Setenta, la que nos acoge. Una ciudad atrincherada en la colina, desmochante como un símbolo de sueños, el lugar alto de los estudios, que aquí son altos, incorruptibles, son la meta y, por tanto, cuentan el cansancio que el hombre debe soportar para practicarlos.

Tras las ruinas de un puente romano, único testimonio de una edad pre-medieval y paso obligado para los que recorran la Ruta de la Plata, la vía de la plata que corre hacia Cáceres y Algeciras, la ciudad manifiesta una disposición renacentista de su estructura. Por todas partes están internados edificios del siglo XV y XVI, edificios suntuosos de suntuosos patios, de repetidos pórticos mudéjares y románicos. Aquí se ha llevado durante siglos una vida monacal de estudios y de lecturas. Los estudiantes acompañados por los padres en este lugar de formación

8 Nota 3, p. 125.

eran encomendados al colegio de los docentes. A la manera en que Campanella cuenta en la *Città del Sole* su viaje a la isla de la perfección. Aquí los estudiantes venían a conquistar la perfección moral, tanto es así que una fiesta ligada a la de la matrícula tiene como protagonistas a las prostitutas expulsadas de la ciudad y readmitidas, en un tiempo remoto, de esta parte del Tormes, triunfalmente. El triunfo de la carne. La carne que corrobora la vida del espíritu. Pero en la guerra entre espíritu y carne, la Iglesia ha procurado construir en época renacentista a través de los católicos reyes de España las catedrales tardo-góticas adornadas con perifollos platerescos, una cultura recortada de derivación morisca. La Iglesia se ha preocupado inmediatamente de instalar conventos, retablos, altares, nunciaturas pontificias. Y los reyes de España le han dado su nobleza, construyendo gigantes laicos y barrocos al lado de los lugares del culto y de la reflexión. Todo en una piedra caliza dura y rosada, trabajada a martillo y cincel, pero capaz de resistir a los ultrajes del tiempo⁹.

Una atención especial recibirá la descripción de los monumentos que la ciudad alberga y, en especial, la Plaza Mayor que parangona a la afamada plaza de San Marcos en Venecia.

La Plaza Mayor es un recinto cuadrado de pórticos y ventanas venecianas. Si el mar fuera capaz de alcanzarla con su olor a sal, creerías que es la plaza de San Marcos. Los estudiantes se dispersan en las deslucidas capas negras, tocan guitarras, mandolinas y tambores. Los estudiantes de las ridículas coronas de lata y las ridículas capas. Cantan lamentosas melodías para animar el aniversario anual de la fiesta de la matrícula. ¡Qué zambullida me obligan a hacer en mi pasado pre sesentayochesco!

El olor a churros nos embiste desde los bares, mientras suenan las campanas de San Martín y más allá las de San Esteban y San Benito¹⁰.

Esta comparación entre Salamanca y Venecia aparece de nuevo en *Viaje a Salamanca* donde el autor relata: “Un tropel de palomas puso la mirada en nuestra mesa, como si estuviéramos en Venecia, en la plaza de San Marcos”¹¹.

Nigro reserva un espacio importante a la narración del debate que surge entre los escritores en la Universidad de Salamanca. Bajo el título “Escritura y falta de compromiso”, aborda el tema de la literatura en la época actual –argumento por el que ha sido convocado en nuestra ciudad– evocando a Unamuno y a Cervantes y recordando que también ellos estuvieron en la Universidad salmantina.

La Universidad de Salamanca vive en la memoria de Miguel de Unamuno y de su Lazarillo. Unamuno fue, en efecto, rector durante décadas, antes de apagarse

9 Nota 3, p. 126.

10 Nota 3, p. 127.

11 Nota 5, p. 17.

en 1938. Y entre los bancos del siglo XVIII del Paraninfo los trece escritores italianos se ofrecen de manera cabalresca, como don Quijote, luchando entre ellos, como los trece de Barletta, en el desafío más célebre de la historia de Italia. Una batalla apasionada, entre posiciones contrapuestas que muestran en suma cuánta vitalidad y militancia hay en el mundo de la cultura literaria italiana, a despecho de nuestros periódicos que progresivamente tienden a condenar al ostracismo a los escritores, o a suprimirlos. Y sin embargo se trata de una vitalidad consumada en las formas de narrar y menos en los contenidos. Por lo que la escritura se convierte en el lugar de la abstracción y ya no más en el del compromiso civil. Y he aquí el muestrario: si es todavía posible la distinción querida por Moravia entre narrador y escritor; si es necesaria una lengua única y supra regional de la que son partidarios muchos o una lengua rica y variada, nacida de la multiplicidad de dialectos; si la escritura debe entretener o servir. [...] Los doctos están encerrados en las aulas barrocas de esta universidad donde todavía estallan dorados y retablos de los siglos de oro cuando en los mares y en las costas del Mediterráneo parten los clandestinos y los prófugos y aún se continúa muriendo por todas partes de violencia y de derechos negados.

Resplandece finalmente en el cielo de Salamanca el deslumbramiento iridiscente del Mediterráneo. No hay autor moderno que no sienta el deber de enjuagar los paños en este mar rico de historias donde el polen de la cultura, se repite cansadamente con Braudel, ha sido esparcido por el marinero o por el militar un poco por todas las costas. En España, como en Grecia, nada es más fácil que un discurso sobre el mar. El mar que ha unido en la época de los Aragoneses Nápoles y Madrid.

[...] El juego retórico y la melindrería erudita parecen habitar las grandes fachadas de los monumentos de esta ciudad renacentista y plateresca, donde los artistas se han divertido, siglos atrás, martirizando la piedra y donde los trece se sorprenden de tanto en tanto de la duda de estar respirando en vez del aire de Castilla el de Salento¹².

No será una casualidad la aparición de Salamanca como primer escenario español de la ficción narrativa de Nigro. Desde 1995 y desde ese primer artículo, Nigro barajaba la idea de llevar a cabo un proyecto literario más ambicioso, inspirado y originado en esos primeros días en Salamanca.

El proyecto de creación literaria de Nigro será su novela *Viaggio a Salamanca*, publicada en el otoño del año 2001 en Turín. El autor inventa un congreso de escritores consagrados, los denominados “Estados generales de la escritura” que, invitados por el profesor Vicente González y, siguiendo las teorías de Giulio

12 Nota 3, pp. 128-130.

Cesare Vanini¹³, pretenderán resucitar al escritor Miguel de Unamuno a través de su propia creatividad.

Si la creatividad es semejante a la caña con la que Prometeo transportó el fuego desde el Olimpo a la tierra, he pensado que también vuestra fantasía debería conseguir incendiar las cenizas de Miguel de Unamuno, nuestro maestro de libertad¹⁴.

En el transcurso de siete días los asistentes al congreso intentarán poner en práctica, experimentando con el cuerpo de Unamuno, la teoría de Vanini que defendía la capacidad de la creatividad mental de reactivar las células muertas de las mentes que entran en contacto con ella. Esta es la esencia de la obra y uno de los argumentos recurrentes en la obra del escritor melitano: despertar las mentes dormidas mediante la palabra y la literatura para restituirles su valor natural, un valor que la sociedad del consumismo y la modernización están menguando.

En el caso de *Viaje a Salamanca*, la ficción, necesaria en toda novela, se rompe con la realidad de los personajes y con la estructura interna de la obra que reproduce la secuencia organizativa de cualquier congreso. A los personajes y a esta organización se suman las numerosas descripciones reales de paisajes, monumentos y rincones de la ciudad.

En cuanto a los protagonistas, participantes del congreso, se trata de hombres reales, escritores de diversos países que han sido afamados por la calidad de su literatura, entre ellos, Luigi Pirandello, Tomasi di Lampedusa, Assia Djebar, Mohamed Choukri, Marguerite Duras, Jorge Luis Borges, Italo Calvino, Joseph Faresius, Gertrude Stein, Carmen Martín Gaité, Edgar Lee Masters, Georges Bernanos y el propio Raffaele Nigro. La gran mayoría de estos autores, a los que se suma Salvador Dalí, son figuras importantes del siglo XX ya fallecidas.

La estructura interna de la narración también aporta credibilidad a la obra. Simulando un congreso real con acto de inauguración incluido, los capítulos alternan la presentación de los personajes por parte de un moderador y, acto seguido, la "ponencia" o relato del participante.

Y todo ello en un espacio inigualable, la Universidad de Salamanca y ante el féretro descubierto de Unamuno, asistido en todo momento por el doctor y profesor universitario Menéndez Molina.

La decisión de celebrar el congreso en la ciudad de Salamanca nos la explica el propio Nigro protagonista y narrador, al inicio del libro. Sus palabras se dirigen al poeta y crítico francés Bernard Simeone, a quien dedica esta obra.

Realmente tenías razón, Bernard, en Salamanca hay una fiesta continua de golondrinas y se mira con ojos menos preocupados la pena cotidiana. En Sala-

13 Giulio Cesare Vanini fue un filósofo italiano nacido en Taurisano en 1585. Fue condenado por ateísmo y sentenciado a muerte en 1619.

14 Nota 5, p. 26.

manca la fantasía aún no es una distracción de la existencia: la existencia que en mi país y en mi puesto de trabajo se identifica con la lógica del consumir y del producir, con la superficialidad y el no compromiso. Qué amargura, Bernard, confesarte que en mi país se ha convertido todo en supermercado. Mi periódico, Bernard, mi partido, sus maestros, sus banderas. Me había puesto enfermo el día después del 68 y conmigo había enfermado toda mi generación. En mi país ya no había lugar para ninguna ética, tampoco para la fantasía: poeta o filósofo no es una profesión, no es un estado civil. No es nada. ¿Poeta? Y los colegas reían o se encogían de hombros, Bernard. Después de 1917 no habíamos hecho otra cosa que organizar manifestaciones. No había muerto solamente el comunismo, habíamos muerto también nosotros. El día después del 68.

Pero en Salamanca me parecía que todavía tuviera un sentido mi sed de poemas y de rebelión y en cualquier sitio en que estuviera, sentado en una acera o en la mesa de un bar o en las escaleras de entrada a la Universidad advertía que el viento traía las palabras de Lorca, de Machado, de Hikmet, de Neruda y los estudiantes estaban dispuestos a repetir las, las calles y las callejuelas a cantarlas. Bernard, en Salamanca puedes estar solo contigo mismo y no por ello sentirte inútil como en nuestra Europa de cronistas de entrenadores de bailarinas de cantantes de payasos de humoristas de equilibristas de contadores de chistes de presentadores de entrenadores de pregoneros¹⁵.

La afección que el narrador confiesa tener en las primeras páginas del libro no es otra que la pesadumbre por la pérdida en Europa y en occidente de una cultura atávica. Es la enfermedad del “nuevo siglo”, la enfermedad que sufren los escritores que creen en el poder de la palabra y de la escritura, aquellos que aprecian la poesía y la imaginación y rechazan los valores de la sociedad capitalista. Sin embargo “el aire de Salamanca es una tisana... el Tormes se lleva todas las escorias de la mala política. Las golondrinas recitan versos de rebelión y de saludo y todos tienen los oídos listos para escuchar”¹⁶ y sólo en este lugar Nigro podrá guarecerse y curar su “enfermedad muy peligrosa”.

Evocando intencionadamente el *Decamerón*, los escritores se refugiarán en Salamanca como ya lo hicieron en las colinas de Florencia los siete jóvenes de Boccaccio que huían de la peste.

–Bernard, quizá tienen razón nuestros detractores, porque veo que el poeta, que incluso diagnostica las tragedias colectivas, es incapaz de salvar a un solo hombre.

Y tú, en cambio, insististe:

15 Nota 5, pp. 12-13.

16 Nota 5, p. 16.

–Tienes necesidad de recargarte, amigo mío, creer en ti. Vuela a Salamanca, ya verás, Vicente y Graciliano te explicarán que aún es posible salvarse de la barbarie y volver como un apasionado para una nueva lucha.

Aquel día me sentí como el joven Pánfilo de Boccaccio, que se ha retirado a las colinas de Florencia y mira el valle, el río, los campos flagelados por la peste y no sabe si debe esperar todavía o si se puede marchar ya. Mientras tanto escucha el relato de Fiammetta, les propone las historias de Andreuccio da Perugia, de Ceco da Varlungo y de Bruno y Buffamalco e imagina que el impulso para partir llegará, será su sangre o serán las circunstancias las que se lo digan: ve y comienza a construir¹⁷.

El parangón de Salamanca con las colinas de una Florencia asediada por la peste, metáfora, en este caso, de un mundo de caos y desorden, aparece de forma explícita en capítulos posteriores en los que el italiano compara la ciudad de Salamanca con una isla volante en la que se consigue “mirar con distanciamiento la existencia humana”.

Salamanca se había incendiado de luz, las velas de sombras cortaban nítidamente las calles y la belleza de la primavera avanzada se dejaba agredir por la ferocidad del sol. El aire tórrido hacía desear la frescura de los interiores. Atravesaba las calles desiertas en compañía de Graciliano. Ni un coche a esa hora, ni el estruendo de los estudiantes, de los que la ciudad está llena, ni siquiera las voces metálicas de los presentadores del telediario que fastidian comidas y cenas con sus boletines de desgracias, con juicios universales cotidianos, Salamanca era una isla volante, fustigada por el calor, pero acolchonada por el silencio.

Unamuno, la presencia de narradores y poetas que constituían la corona creativa de la tierra, el experimento al que estábamos dando vida habían conseguido sacarme de la violencia de lo cotidiano y proyectarme en una tierra en la cual, aun discutiendo de cuestiones profundamente humanas y contingentes, se conseguía mirar con distanciamiento la aventura de la existencia¹⁸.

Nigro insiste en esta idea de la ciudad como refugio de cultura, a través de las palabras del organizador del congreso.

Bien –dijo Vicente–. Según una tradición castellana, Platón habría colocado aquí, entre las colinas de Salamanca, su república de poetas y filósofos. La prensa española, riendo, porque también en España la prensa ríe, dice que nosotros somos los ujieres.

Graciliano sacudió la cabeza:

17 Nota 5, pp. 21-22.

18 Nota 5, pp. 107-108.

La prensa –glosó–, la prensa, la verdadera enemiga de los poetas. En el cronista como en el crítico, se esconde siempre un poeta fracasado. Prensa y televisión ¿sabéis cómo las llamo?

Lo miramos interrogantes.

–La hoguera cotidiana de la biblioteca de Alejandría”.

[...] Hay en toda Europa un rechazo de la inteligencia, de la reflexión, de la lucha contra la estupidez. Poetas y filósofos son considerados menos que mierda y rechazados –explicó entonces Graciliano– por un golpe de estado de los dueños de la República de la diversión, de la idiotez, de la publicidad, de la superficialidad. Inteligencia y fantasía son inútiles y dañinas, no promueven ventas, no son útiles para el mercado, no logran audiencia, no estimulan a los jóvenes, producen noticias. Entonces son eliminadas, rechazadas por los medios de comunicación y por el mundo, por ser inservibles¹⁹.

Salamanca es, a ojos del narrador, un remanso de paz y quietud donde la larga tradición universitaria, los estudiantes, profesores e intelectuales que desde el siglo XVI han transitado por sus calles han preservado el valor de la palabra. Esa inquietud por la cultura que Nigro cree sentir en Salamanca le transporta a su tierra natal, al mundo rural y tranquilo en sus años de juventud cuando todavía no había llegado la revolución tecnológica. Se trata, pues, de una ciudad que, en el imaginario nigrano, inspira y reconforta como los recuerdos de la infancia.

El alba de Salamanca es verdaderamente clara, mientras nubes de vapores suben desde el Tormes, en un olor de ozono o de moho que me recuerda la frescura de mi país. Y con el olor del agua el sonido de las campanas, los cantos de los gallos, entre las lechugas y los huertos de la periferia. Era también así en casa, cuando todavía somnoliento bajaba desde Porta Bagno y me iba para el campo de Santa Maria de Valverde, y también allí, entre los reclamos de los gallos, la voz de san Roque con el sombrero de peregrino que abandonaba las conchas votivas y buscaba el sol y el rumor de los campesinos. Este cucurucho de vapores del Tormes me parecía la Melfia. Las casas sembraban la colina y sobre los tejados perfilados en un laberinto plateresco, una pasión constructora que despreciaba el vacío, se escondía una catedral inmensa, perdida en el cielo. Si hubieras estado aquí, habrías sentido también tú la extraña expectación que había en el aire, el cielo preñado de calores. Te habrías dado cuenta de que la ciudad era toda nuestra en aquella hora. Nuestra y de los pocos madrugadores que escaseaban por la Plaza Mayor, entre el olor de los churros recién fritos y las cafeteras que respiraban entre los ruidos de trenes y automóviles que llegaban de los barrios modernos²⁰.

19 Nota 5, pp. 16 y ss.

20 Nota 5, pp. 13-14.

La comparación de Salamanca con la región de Basilicata es crucial para entender las razones por las que Nigro sitúa su obra en nuestra ciudad. Para él su tierra natal en los años cincuenta tenía connotaciones bucólicas e idílicas; era un lugar animado únicamente por la fantasía de sus habitantes, por los canta-historias que hoy inundan la obra del escritor. En pleno siglo XXI, el personaje Nigro acude a una Salamanca cuya tranquilidad semeja un oasis de paz y cuya tradición secular de sabiduría y letras se mantiene y resiste al mundo de las imágenes; una situación que ya no encuentra en su tierra.

Bajé al convento de las Teresianas con retraso. A pesar de un sol ya alto había largas franjas de sombra que refrescaban las calles infestadas de golondrinas y estudiantes. Algunos chicos iban vestidos con trajes medievales y otros los acompañaban de casa en casa con instrumentos de cuerda y viento. La ciudad vivía todavía un clima goliardesco, un sentimiento y una moda que en mi país habían muerto desde hacía décadas, con la revolución estudiantil del Sesenta y ocho. A la entrada del convento recordé el extraño descubrimiento hecho con Graciliano. Después de entonces no nos habíamos vuelto a ocupar de la Plath. Busqué el confesionario de Santa Teresa y abrí las portezuelas²¹.

Las reflexiones sobre el motivo ideológico que les ha conducido a Salamanca, se alternan con descripciones paisajísticas y costumbristas de la ciudad: la tuna, los churros, la catedral, la Plaza Mayor, el colegio Fonseca, el convento de las Teresianas, el monasterio de las Clarisas, San Esteban y, especialmente, la Universidad.

Raffaele Nigro es un gran observador y, como tal, nos ofrece una narración minuciosa de la sede del congreso: el edificio histórico de la Universidad de Salamanca:

En la Universidad los pasillos estaban vacíos, los atrios silenciosos. Un bedel, desde lo alto de una escalinata, me detuvo. Era pronto, demasiado pronto, repetía en castellano precipitándose por las escaleras. Pero no me empujó hacia la salida y en esto me pareció discernir la voluntad de Vicente González: acoger a cualquiera que llamara a la puerta.

Lanzando palabras a troche y moche el bedel me escoltó hasta el Paraninfo. En la entrada me dejó solo y desapareció.

Empujé la puerta de plomo y penetré en un vestíbulo profundo como la nave de una catedral, las bóvedas oscurecidas por la altura, las paredes tapizadas de libros. Además de las filas de bancos, entre las gradas sobre las que se había colocado un hemicíclo de sillones y la primera fila de sillas, se levantaba un catafalco [...] Había expectación en aquel catafalco. Y no sé decirte si la construcción celebrase el triunfo terreno de Miguel de Unamuno, el escritor español por el que habíamos sido convocados a Salamanca, de cuya Universidad había sido Rector

21 Nota 5, p. 261.

Magnífico, o el de la Muerte. Solamente puedo testimoniar que fui presa de espanto y conmoción²².

Dentro de la Universidad recordará a Miguel de Cervantes que le sugiere una larga digresión sobre el papel de la escritura.

Heme aquí –me decía– en el sitio donde Cervantes venía a comprar las tintas y las criaturas de sus relatos. Y me hacía una pregunta: Pero ¿la escritura es un refugio o el principio de las rebeliones?

La mención a Cervantes en la Universidad no será fortuita. Son muchos los autores que por Salamanca han pasado y su Biblioteca, una de las más antiguas de España, esconde la sabiduría de muchos siglos. En la biblioteca de la Universidad, el escritor sentirá la presencia de los autores de los libros que allí se conservan.

En Salamanca nuestro profeta era Miguel de Unamuno que nos guiaba entre las paredes de papel de aquel edificio, nos introducía en un mundo de palabras, de tinta, de polvo, de quinternos. Un mundo que inesperadamente quizá por su tamaño y su altitud lograba causarme temor. No era el miedo a un terremoto inesperado, a alguna catástrofe que nos hiciera sucumbir bajo las toneladas de volúmenes, sino el mismo miedo que adviertes si te aventuras solo entre los viales de un cementerio. Sientes los alientos de los difuntos soplar en las orejas, sus ojos vacíos contar tus pasos, sus bocas sin dientes preparadas para cerrarse sobre tu carne. En la Biblioteca de Salamanca yo tuve una idéntica sensación, advertí los soplos de los autores que vivían en aquellas páginas, sus respiraciones, sus llamadas. Cada uno de ellos tenía algo que contarme, que darme, el fruto de una experiencia, una recomendación, el resultado de una investigación, la comunicación de un recuerdo, la simple recitación de algún verso. Una multitud de autores que había esperado demasiado tiempo en silencio y que, de repente, todos en el mismo momento, se abalanzaban sobre nosotros para volver a la vida, para escuchar un juicio.

Eso es, Bernard, me pareció haber entrado en un aula de tribunal donde los autores de cada época esperaban en el banquillo de los acusados a que se abriera el más terrible juicio universal.

Aquellos autores no advertían que nacía sólo una gran confusión, no se daban cuenta de que a la vida se vuelve sólo a través de un diálogo silencioso y profundo entre dos espíritus, uno que interroga, otro que responde, uno que busca, el otro que ofrece o que acompaña.

[...] La República de Platón se había convertido, a falta de otras formas de expurgo de los venenos viscerales, en un circo de gladiadores, Bernard; y hacía

22 Nota 5, pp. 19-20.

falta que nosotros corriésemos esta visión distorsionada de la escritura, precisamente allí, en Salamanca²³.

En palabras del taxista, áter ego de Miguel de Unamuno, el personaje Nigro es de los pocos “supervivientes en un mundo de descomposición... es de los pocos que creen que la escritura puede cambiar el mundo, que tiene un valor civil”. Y el escenario para cambiar ese mundo, como sentencia la novela, será la ciudad de Salamanca.

Raffaele Nigro es, sin duda, uno de los autores italianos que más páginas ha dedicado a Salamanca, en la ficción y en la no ficción, ya sea a través de crónicas de viajes y escritos periodísticos o mediante una obra de creación como es *Viaje a Salamanca*.

Como hemos visto hasta ahora, el italiano nos habla de una ciudad irreal y fantástica, pero también describe lugares reales, calles y monumentos existentes, e incluso encuentros que han tenido lugar años atrás, como el de Vicente González y Graciliano González, que podrían responder a experiencias autobiográficas.

Esta superposición de realidad e imaginación, frecuente en su narrativa, no distorsiona la visión objetiva que el italiano tiene de nuestra ciudad, sino que la enriquece y adorna. Su prosa se impregna de lirismo cuando recuerda su estancia en Salamanca, la ciudad simbólica y metafórica donde “cada cosa tiene la palidez del sueño”.

Puede uno quedarse horas contemplándola desde el Tormes y después entrar o huir con el primer tren. Dejar esos lugares rarefactos de luz donde cada cosa tiene la palidez del sueño y volver a las pasiones de lo cotidiano. Pero una vez en la vida es necesario perderse entre las calles de Salamanca. Sumergirse en la atracción de su atardecer y de sus amaneceres. En Salamanca yo me he perdido entre los reclamos nocturnos que captaba en los ligeros soplos de viento.

La última visión que Raffaele Nigro tiene de Salamanca procede de su última visita a la ciudad en los primeros días de marzo de 2007, acompañado por los escritores italianos que hemos citado antes, y, como es ya habitual, plasma sus impresiones en un amplio artículo titulado pirandellianamente “Seis personajes en busca de Salamanca”²⁴. Lo transcribimos íntegro en español:

Un viento repentino ha roto durante algunos días la larga primavera en Salamanca. El invierno no ha sorprendido este año a la ciudad y las cigüeñas no se han marchado. Aletean entre el palacio de Anaya y las agujas de la catedral del XVI como pájaros prehistóricos. Son ellos los que fagocitan la atención de mis compañeros de viaje, sobre todo de Paola Mastrocola y de Andrea Vitali. No han

²³ Nota 5, pp. 373-374.

²⁴ NIGRO, Raffaele. “Sei personaggi in cerca di Salamanca”. En *La Gazzetta del Mezzogiorno*, 3-IV-2007, p. 21.

visto nunca cigüeñas, por lo menos en invierno y permanecen con la nariz colgada de los campanarios.

Deberían bajar a Cáceres, les sugiero, allí los estorninos envuelven los tejados de la ciudad, el ayuntamiento ha creado plataformas para los nidos y los hombres se sienten en condominio con los pájaros. Los hombres creen que pueden remontar el vuelo y perderse en el aire con la misma fantasía de don Quijote.

No sé ya cuántas veces he venido a Salamanca, capital de la vieja Castilla, a donde se sube en autobús, bamboleándose desde el aeropuerto de Madrid y pasando una serie de montañas rocosas, un rebaño de rinocerontes de piedra en torno a los cuales serpentean pequeños caminos allanados y sobre los que interminables filas de palas eólicas ovillan el hilo del viento.

La carretera para Salamanca no ha sufrido cambios repentinos, dos carriles cortan pueblos desiertos. Montañas de guijarros y macizos y extensiones de prados donde pacen los toros. La España en progreso económico de Aznar y de Zapatero no habita aquí, el interior está hecho de hombres duros como las montañas, de una red viaria muy pobre, de tiendas a las que sólo los muchos supermercados que han surgido en los últimos años enseñan las astucias de la modernidad.

He intentando anticipar a Angela Bianchini la aparición sobre las colinas del perfil en lata de toros. Son el emblema de Castilla y León. Pero mis toros tardan en aparecer. Esta señora pequeña y canosa te sorprende por su fuerza de carácter, débil por un accidente sufrido en América hace muchos años, no se asusta frente a sus 86 años cumplidos y afronta el viaje con la fuerza de una de dieciocho. Me habla de los años de juventud, cuando las leyes raciales la obligaron a huir del continente y a reaparecer en los Estados Unidos, de su amistad con Leo Spitzer y me indica un punto vago y lejano que para ella es Portugal y donde se ambienta una de sus novelas, *Capo d'Europa*, un lugar donde se encontraban hebreos y comunistas, antes de atravesar el Atlántico.

He aquí Salamanca, y he aquí el colegio Fonseca, un edificio del XVI hecho construir por algunas familias irlandesas para atender allí los estudios de sus propios hijos. El Fonseca se ha convertido hoy en un anillo de la cadena de los P, los Paradores, los edificios históricos utilizados por el Estado como hoteles. Alto sobre la cima de una colina y fuera de la cinta urbana, en un tiempo el Fonseca miraba directamente a los arcos laterales de la catedral. Un paralelepípedo de cemento levantado entre el colegio y la catedral impide hoy la vista y se dice que los negocios turbios también existen allá abajo, llamémoslo acuerdo tácito entre instituciones y constructores, en esta ciudad que fue la capital de los estudios y a donde el Caudillo llevó su cuartel general durante la guerra y recoge documentos y testimonios impresos y manuscritos de la gran España medieval.

Salamanca es un bloque de piedra serena, una Lecce dividida entre olimpismo renacentista y retazos platerescos. Quien va allí encontrará mucha calma y un sistema de calles que llevan exclusivamente a la Plaza Mayor, hasta hacerte rozar el abandono o la depresión. Quien va allí tendrá que armarse de deseo de caminar a pie y de deseo de beber vino de Asturias y comer “churros, lomo, cochinito y polvorones de almendras”.

Frente a una sopa de zanahorias encuentra a Vicente González e Giuliano Soria. Los conozco desde hace años. Vicente estaba en el 95 cuando vine por primera vez a Salamanca, vicerrector de la universidad. Me impresionaron su risa fácil y los bigotones, me impresionaron el verbo de su mujer, Mercedes, que escribe versos, lee y relee Cervantes y cría hijos bellísimos. Parten jóvenes casi todos en dirección de Bérgamo, donde son lectores de español en la universidad.

Soria es en cambio el presidente del Grinzane Cavour, la fundación y premio que ha llevado este año seis escritores italianos a Salamanca para celebrar dos eventos: la dedicatoria de un aula de la Universidad al Premio piemontés y la ciudadanía honoraria salmantina a él, don Giuliano, catedrático de hispanística en “La Sapienza” y director de “Quaderni Ibero-Americani”, que han llegado ya al paso de los cien números.

España ha sido sacudida en estos días de un fastidioso hecho político, un terrorista vasco, autor de numerosos homicidios ha sido puesto en libertad por Zapatero. La multitud silenciosa se reúne en manifestación, desfila hacia la Plaza Mayor, pide con pancartas y después con un mitin que se respete la unidad del país, que se llore a los muertos por el terrorismo y no se ofrezcan beneficios a los enemigos de la patria. Vicente, socialista convencido, está con los manifestantes. Mercedes se desata, pide la dimisión de Zapatero. Pero un joven docente de Cáceres me susurra en un oído que esta es la España de derecha, que manifestaciones así y peticiones así están muy próximas a los tiempos de Franco y que nadie coge la mano abierta del jefe del gobierno. Un Zapatero no muy querido, como cree Europa, obligado siempre a contar con sus sostenedores.

Sin embargo, la plaza de Salamanca, perfecta en la orquestación de las arquitecturas barrocas es una armónica, cuando se ilumina para las fiestas, un circo máximo metafísico donde el torero es el tiempo y nosotros somos los toros destinados a terminar a sus manos bajo el filo de la espada.

En autobús afrontamos la nacional que a cien kilómetros te deja en Portugal, se come en una finca de la Diputación Provincial. El viento se ha calmado y los toros arrancan la hierba entre los recintos. Se asustan con el asalto de los medios pesados, se retiran hacia los arcos del establo. Se retiran los caballos manchados en un extremo del paisaje.

Emanuele Trevi, tumbado sobre los últimos asientos, ha intentado recuperar el sueño perdido en la juerga nocturna. Se despierta, se despereza, me dice que ama una vida así, sin paraísos y sin infiernos, el viaje continuo en un presente digno de contarse, en una geografía para explorar. A lo Chatwin. No hecha de invenciones narrativas sino sólo de descubrimientos, la página a la que se siente ligado, sólo de descripciones, porque el hombre es un viajero que atraviesa lugares y tiempos dilatados.

Me parece sentir todavía las voces, en el silencio compungido del palacio de Anaya, donde un retrato de pie de Carlos III de Borbón une con estrechos vínculos el reino de Nápoles y España. Me parece sentir todavía las voces alegres y trashumantes de mis amigos que abordan el patio de la finca, prestos a sumergirse en un baño de “pacharán”, el rosoli de ciruelas, o en un aguardiente de manzana,

la manzana verde: Arnaldo Colasanti, con porte de un héroe homérico, Filippo Tuena, experto de cosas miguelangelescas, Rosa Montero, narradora madrileña de pasión feminista, y Estela y Merceditas González que han introducido en España a los narradores italianos de finales del XX. Sus rostros y sus voces recorren los espacios de mi memoria, confundidos con los monumentos y los panoramas y esperan seguros de entrar en alguna página que fije su recuerdo para siempre, los coloque en el registro de los afectos.

El vocerío de los estudiantes tiene despiertas las noches de Salamanca. Aquí no ha habido nunca un 68, y los jóvenes acostumbran todavía a estudiar, porque los ministerios no han decidido destruir la escuela y la formación universitaria.

Monumentos y personas conocidas y reencontradas en Salamanca se convierten, como hemos visto, en literatura en nuestro escritor. Hace unos años escribía Nigro en el periódico digital *Il Sottoscritto* que “gli occhi del viaggiatore ci guardano e ci giudicano. Il cuore del viaggiatore si lascia catturare o impara a detestarci”, es decir, “los ojos del viajero nos miran y nos juzgan. El corazón del viajero se deja capturar o aprende a detestarnos”. Y es evidente que Salamanca ha capturado el corazón del italiano; un hecho que hemos puesto en evidencia a través del análisis textual de su obra.

SALAMANCA-UNAMUNO EN UNA NOVELA DE ROMANA PETRI

VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN*

RESUMEN: La escritora romana Romana Petri es una de las narradoras italianas más prestigiosa actualmente y, al mismo tiempo, una periodista de gran proyección. En el 2002 publicó su novela *Dagoberto Babilonio, un destino*, en la que el protagonista llega a España en 1936 para combatir en la Guerra Civil española al lado de los republicanos. La novela es una visión de la España en guerra y dentro de esa visión ocupa un lugar importante en la trama de la misma la cercanía de Salamanca, por la que debería haber entrado en España, y porque en ella vive uno de los personajes más vívidos y misteriosos de la obra: Miguel de Unamuno, transformado en otras ocasiones en el profesor portugués Sebastião Rodriguez. Dagoberto Babilonio lee en un periódico que Unamuno muere en Salamanca el 31 de diciembre de 1936 y desde ese momento comienza a elucubrar con la posibilidad de que esté vivo, de que sea uno de sus interlocutores, que, en definitiva, sea una voz histórica actuante desde Salamanca que guía a todo aquel que desde cualquier parte y en cualquier ocasión se acerca a la literatura. Como lazo de unión entre ambos aparecerá la figura de Don Quijote, amado y seguido por ambos.

ABSTRACT: The Roman Romana Petri is currently one of Italy's most prestigious narrative writers, as well as a highly influential journalist. In 2002, she published the novel *Dagoberto Babilonio, un destino*, in which the protagonist comes to Spain in 1936 to fight in the Spanish Civil War on the side of the Republic. The novel gives a view of Spain at war, and within this view an important place in the plot is given to the proximity of Salamanca, where he must have entered Spain, and because in Salamanca lives one of the most vivid and mysterious characters of the novel: Miguel de Unamuno, transformed on occasion to the Portuguese professor Sebastião Rodriguez. Dagoberto Babilonio reads in a newspaper that Unamuno died in Salamanca on 31 December, 1936 and from that moment begins to dream up the possibility that he is still alive, that he is one of his interlocutors, that finally, he is a historical voice acting from Salamanca who guides everyone from anywhere and on any occasion who approaches literature. The figure of Don Quixote, loved and followed by both of them, appears as a bond between them.

PALABRAS CLAVE: Unamuno, Salamanca, guerra civil, don Quijote, literatura, pirandellismo.

* Universidad de Salamanca.



*Romana Petri, escritora romana, que convierte a Unamuno
en personaje de ficción en sus obras*

Romana Petri, nacida en Roma, es una de las escritoras italianas de más prestigio actualmente. Es además traductora y colaboradora en importantes periódicos italianos como *L'Unità* o *La Stampa*. Comenzó su actividad literaria en 1990 con su obra *Il gambero blu e altri racconti* (*El cangrejo azul y otros relatos*), por la que obtuvo el Premio Rapallo y el Premio Mondello. Posteriormente ha publicado otras muchas obras de narrativa como *Il ritratto del disarmo* (*El retrato del desarme*), *Il baleniere delle montagne* (*El ballenero de las montañas*), *L'Antierotico* (*El Antierótico*), *Alle case venie* (*A las casas ligeras*), *I padri degli altri* (*Los padres de los demás*), *La donna delle Azzorre* (*La mujer de las Azores*)... y la obra que más nos interesa para nuestro tema: la novela: *Dagoberto Babilonio, un destino*, publicada en Milán, por Mondadori en el 2002.

Hoy día la mayor parte de su producción ha sido reconocida por los lectores y por la crítica, habiendo sido traducida a diversas lenguas y habiéndosele otorgado numeroso galardones como los premios Bari, Chiara; Grinzane Cavour y Rapallo-Carige, además de haber sido finalista del premio Strega.

Como he señalado anteriormente, de su larga producción nos interesa la novela *Dagoberto Babilonio, un destino* por desarrollarse en un entorno hispano, por narrar la historia de un joven sudamericano de origen italiano: Dagoberto Babilonio, que apenas tres meses después de su matrimonio decide abandonar su pueblo natal, Almandera, y a su mujer Raimunda, en busca de su destino que lo lleva en 1936 a España y a participar en la Guerra Civil a favor del bando republicano y por introducir en el relato de sus vicisitudes referencias a Salamanca o personajes salmantinos, concretamente a Miguel de Unamuno.

El protagonista parte de Hispanoamérica y, pasando por Portugal, llega a España. Aquí se encontrará en un ambiente de desolación y muerte por hallarse en plena guerra. Gran parte de la obra se desarrolla en este espacio en el que aparecen Salamanca, Toledo, Madrid, Barcelona, entre otros, situando en ellos a personajes que le sirven de referencia: a Unamuno, Cervantes, Durruti, Dolores Ibárruri, etc.

El protagonista, guiado únicamente por su instinto y sin planificar su viaje, parte de un lugar totalmente ajeno a este espacio bélico¹. Será consciente de la situación española una vez llegado a Lisboa, donde conoce a Viriato, un portugués comprometido con la causa de los republicanos españoles, que será el primero en informarle de lo que estaba ocurriendo en el país vecino y en alistarle para su causa. El mito de la guerra de España, por tanto, es el verdadero punto de partida de la acción de la novela y los personajes van recorriendo primero los diversos frentes: Jarama, Talavera de la Reina, Madrid, la sierra de Guadarrama, Ciempozuelos, Boadilla del Monte y, posteriormente, al finalizar la guerra, Cataluña y Nápoles.

De Lisboa viaja en tren con dirección a Estremoz –que en la novela aparece como Estromoz–, en el Alentejo portugués, para desde allí pasar a España. La primera intención es hacerlo pasando por Salamanca, como comunica al profesor

1 Vid. GONZÁLEZ DE SANDE, Mercedes. "El elemento hispánico en 'Dagoberto Babilonio, un destino' de Romana Petri". En *Actas del IV Seminario de la Asociación Universitaria de Estudio de Mujeres*. Universidad de Sevilla, pp. 275-284, 2002.

Sebastião Rodriguez, compañero de viaje en el tren y que no es sólo un entomólogo portugués, sino un trasunto de Miguel de Unamuno, como veremos. De él parten las primeras apreciaciones sobre Salamanca, como es lógico, positivas:

–...Se ha oído siempre decir que la vida es sueño, pero para un científico, usted comprenderá, es una herejía. Para un científico sólo queda una esperanza, que el sueño sea la muerte. Pero si no se decide a pensar en ello me diga en cambio al menos a dónde se dirige en España, querría poderlo imaginar.

–No lo sé todavía. Acaso, quizá, a Salamanca.

–Por como están las cosas no lo creo posible, pero si me equivocara no olvide entonces de gozar de los bellos atardeceres salmantinos, son magníficos. Y ahora, si no le molesta, querría reemprender mi lectura, estoy a mitad de un capítulo y debo terminarlo antes de llegar. Es una costumbre mía, nunca pararse en la mitad de un capítulo, se arriesga a perder el hilo...².

Desde la primera andadura de Dagoberto Babilonio por la Península Ibérica le acompañará la figura de Miguel de Unamuno, que actúa como un personaje más de la trama y que aportará al relato una nueva dimensión filosófica e incluso misteriosa con su capacidad de asumir, en determinados momentos, la personalidad del profesor portugués Sebastião Rodriguez, que ejercerá de álter ego suyo encubierto, aunque siempre delatado por algunos indicios. Veamos cómo se produce el encuentro en el tren:

Dagoberto Babilonio cerró la ventanilla y volvió a sentarse. El hombre había abierto un libro de piel verde oscura y detrás de unas gafas de miope su mirada corría veloz sobre las páginas. Tenía una edad poco definible debido a una pingüedad que le conservaba la piel lisa de un niño, pero los pocos cabellos que le quedaban tenían el color del tiempo de una larga vida (p. 61).

Después de un breve intercambio de palabras y de una amplia digresión sobre la oportunidad de fumar o no, se producen las presentaciones:

–Me llamo Dagoberto Babilonio y he nacido en Almadera...

–Yo soy el profesor Sebastião Rodriguez, he nacido en Coimbra y soy un entomólogo. ¿No sabe qué quiere decir, verdad? (p. 63).

La indeterminación de la verdadera personalidad del profesor llega a su culmen, cuando es él mismo el que se refiere por primera vez a Unamuno sin mencionar su nombre, pero dando claras señas identificativas:

2 PETRI, Romana. *Dagoberto Babilonio, un destino*. Milán: Mondadori, 2002, pp. 68-69. La traducción es nuestra. Todas las menciones a la obra se harán por esta edición.

–Muy interesante señor Babilonio. Si además es verdad que no sabe leer ni escribir, como dice, entonces la suya es una locura verdaderamente ejemplar y conmovedora. No me queda más que augurarle que se convierta en un guerrero *castizo*. Una bella palabra, ¿no le parece? La usa a menudo un escritor español de quien no recuerdo el nombre, es la fusión de dos palabras: casta en el sentido de raza, y casto, como puro. En España decir de alguien que es *castizo* quiere decir considerarlo español más que a cualquier otro... (p. 67).

Sebastião no logra convencer a Dagoberto para que no se entrometa en lo que se avecina en España e incluso le ofrece pagarle el viaje de vuelta a su país, con tal de librarlo de las turbulencias que se adivinan en el cercano horizonte. Su agradable estancia en Estremoz llega a su fin, aunque los planes iniciales del lugar de entrada en España cambian:

–Se parte al alba Dagoberto –dijo despacio Antonio–. La espera ha acabado. Nos vamos a España...

–¿Nos vamos a Salamanca? –Preguntó Dagoberto Babilonio.

–Ha cambiado el programa, Salamanca ha caído en manos rebeldes. Se alarga el viaje Dagoberto, un viaje largo como una guerra, vamos cerca de Barcelona. Si llegamos vivos nos espera un gran cuartel, vida de soldados por España (pp. 82-83).

Ciertamente es el comienzo de un largo peregrinaje por la España convulsa y ensangrentada de la segunda mitad del año 1936 en el que los hechos reales van siempre acompañados y comentados con el apoyo sobre todo de figuras literarias estimadas por el narratorio de la novela. Es el caso de Miguel de Unamuno, que, a través de Dagoberto y sus interlocutores, aparecerá como maestro de vida y de literatura y fundamentalmente como el máximo representante del quijotismo español.

Romana Petri escoge a Unamuno, otorgándole el don de la clarividencia, fundada en su relevancia y conocimiento de la sociedad española de la época y convirtiéndolo en uno de los pilares esenciales en la filosofía de vida del protagonista. Por esa razón, el final del año 1936, momentos en los que la atención de Dagoberto debería estar exclusivamente concentrada en salvar su vida en los parajes del Jarama, se caracterizará y adquirirá relevancia, porque muere en Salamanca Miguel de Unamuno:

...Se adormecieron todos antes de que cayese la hora del nuevo año y fue una noche fría y seca, de esas con las que generalmente concluyen los bellos días de sol, cuando es invierno. En aquel 31 de diciembre de 1936, en Salamanca, moría de infarto Miguel de Unamuno.

Transcurridos varios días cayó entre las manos de William Spent un periódico, le pareció un regalo tan grande del cielo que se apartó para leerlo en las primeras horas de la tarde bajo un olivo, comiendo lentamente una patata cocida que

desde hacía tiempo era ya la única comida para todos. Dagoberto lo vio desde lejos y fue a su encuentro de buen humor un poco extraviado por el sol que se lo alejaba. Se le sentó al lado y arrancando un tallo de hierba se lo puso en la boca, se tumbó con la espalda sobre la tierra y quedó supino contra el cielo mirándolo insistentemente por lo bello que era, azul y sin nubes.

–¿Qué dicen las palabras que estás leyendo? –le preguntó en voz baja.

–Cosas feas, y muchas ni siquiera son ciertas... Hace pocos días ha muerto de infarto Miguel de Unamuno, y la verdad futura no servirá para volverlo a traer al mundo, ni para hacerle tener una muerte menos infeliz.

–¿Quién era?

–Era poeta, novelista, filósofo, uno de los más luminosos de España, y como nosotros dos estaba fascinado por la figura del hidalgo y de sus proezas. Era un hombre que ha tenido el valor de rehacer a tiempo sus pensamientos, y se puede sufrir mucho por esto porque después, cuando se mira el mundo con otros ojos, uno se da cuenta de cuánto pesa el mal, qué fatigoso es combatirlo cuando se ha sido cómplice de ello de buena fe. Y esto puede llegar a ser insoportable, porque se está completamente solo. El estallido de esta guerra lo ha sorprendido en territorio nacionalista porque era rector de la Universidad de Salamanca, y por extraño que pueda parecer en semejante hombre, apoyó su causa. Pero el 12 de octubre se había dado ya cuenta. Era el día de la fiesta de la raza, y hubo una solemne ceremonia en el Aula Magna de la Universidad, estaban el obispo de Salamanca, el gobernador civil, estaba la mujer de Franco y un general con un extraño nombre que no recuerdo pero que era famoso por todos los trozos de su cuerpo que había perdido en la guerra. Este mutilado hizo un discurso horrible, dijo cosas como: “¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la Muerte!” y los presentes le respondían, “¡España! ¡Una!”. Entonces Unamuno tomó la palabra y dijo que había pasado su vida creando paradojas que habían indignado a quienes no las comprendían, pero que la bárbara paradoja que acababa de escuchar le repugnaba, porque era realmente doloroso tener que pensar que discursos semejantes dirigían a las masas. Concluyó diciendo, “Vosotros venceréis porque tenéis la fuerza bruta. Pero no convenceréis. Porque para convencer debéis persuadir. Y para persuadir es necesario precisamente lo que a vosotros os falta: razón y derecho en la lucha”. No puso nunca más el pie en la Universidad, desde entonces permaneció en casa, arrestado. Si no lo llevaron a prisión fue solamente por el miedo a las repercusiones que habría tenido en el mundo un acto semejante. No ha resistido ni siquiera tres meses, tuvo que ser tanta la rabia que desde aquel día el mal ha comenzado a comérselo por dentro hasta llegarle al corazón.

–¿Tú crees que verdaderamente vencerán ellos?

–No lo sé, y saberlo ahora no sirve de mucho (pp. 124-126).

Después de estas palabras de William Spent, se produce el hecho más original de la obra: el descubrimiento por parte de Dagoberto Babilonio de que la fotografía que aparece en el periódico, refiriéndose a Unamuno, representa la cara de alguien conocido por él: el profesor portugués Sebastião Rodriguez:

Al acabar de hablar William Spent dejó caer el periódico y Dagoberto Babilonio lo cogió mirando el remolino bajo el sol, esa manera que tienen las palabras de cegarse y apagarse juntas, palabras reblandecidas por la luz y que se ondulan como agua de mar.

En el centro de la página una fotografía granulosa que debía ser ruda al tacto y quizá también templada como el resto del papel. Le pareció que no conseguiría concentrarse sobre aquel rostro, se quedaba suspenso en el fondo oscuro, una tela a las espaldas probablemente una cortina, que parecía absorber el negro de los cabellos, pero quizá también ella era una realidad ilusoria, que el hombre no era ya muy joven, y el color de los cabellos podía ser el efecto de la impresión, negro de fondo que se había extendido para pintar la blancura. Puso la imagen bajo la luz, después la trasladó a la sombra, después se ayudó con la parte vacía y llena de un ramo colgante que la maculaba. Probó desde todos los ángulos, casi buscando rotundidad donde sólo había chatura, casi como si la imagen pudiera emerger y mostrar la hinchazón de una mejilla, el surco de una arruga. Permaneció así largo tiempo en ese ver y no ver, pero después viendo verdaderamente, y de repente. Y entonces cerró el periódico, lo apoyó sobre la hierba y dijo,

–Deben haberse equivocado, han puesto una foto por otra. Yo conozco a este hombre y no solamente no es el que tú dices, sino que no es ni siquiera español. Es un científico portugués y se llama Sebastião Rodriguez. Hemos hecho un viaje en tren juntos, desde Lisboa a Estromoz, y me ha hablado mucho. Estoy seguro de que es realmente él.

–También yo estoy seguro, lo he visto otras veces en los periódicos. Era un hombre importante, aquí en España se lo puedes preguntar a cualquiera. Las fotografías son diferentes de las personas verdaderas, habrás encontrado a alguien que se le parecía mucho.

–Es posible, pero el parecido es tanto. Y además mira, este sombrero, es demasiado pequeño para su cabeza. También el hombre del tren llevaba uno demasiado pequeño. Te digo que es el mismo, pero que habrá tenido alguna buena razón para viajar con otro nombre.

–¿Cuánto tiempo hace que ha sucedido?

–Habrá sido hacia finales del verano.

–Imposible, no tenía ningún motivo para ir a Portugal. No sé si ni siquiera ha estado nunca allí. Escucha, he leído todos sus libros, intenta recordar lo que te ha dicho.

–Me acuerdo muy bien, ha comenzado a hablar de la muerte y después ha dicho que era un científico que estudiaba la vida de los insectos. Le pregunté si los estudiaba todos y él dijo que eso era imposible, que precisamente en los últimos diez años estudiaba sólo a uno. Era un insecto con extrañas costumbres, su único fin era reproducirse y matar a sus semejantes. Los que eran matados morían de repente, y eso le daba mucho que pensar porque él en la muerte quería ver una explicación científica y aquel insecto se resistía a dársela. Dijo que ese modo de morir era realmente innatural. Me he preguntado qué hay nunca de innatural en la muerte, y él, como si me hubiera leído el pensamiento, ha dicho que era muy

innatural la falta de explicación. Lo recuerdo bien, hablando de este insecto ha usado estas palabras: muere de repente, en la plenitud de sus fuerzas, sin ni siquiera un anuncio de decadencia. Y después ha añadido que cada muerte repentina es la derrota de la ciencia.

–Sí, era él, esto es propio de una de sus paradojas. ¿Qué más ha dicho?

“Que no hay necesidad de jugarse la vida, sino jugarse a sí mismo. Y después ha nombrado a un escritor, uno que ha escrito un libro sobre la guerra y sobre la paz, que tenía ideales justos pero no se ha hecho matar porque la vida cuenta mucho, y con el hecho de que hubiera permanecido vivo la literatura había conseguido una gran ganancia.

–¡Tolstoy!

–Él es. Y después ha hablado de la vida, ha dicho que para muchos es sueño, pero no para él que era un científico y conocía solamente lo verdadero. Dijo que para uno como él si había una esperanza de encontrar el sueño era en la muerte.

–La muerte es sueño... Si no era Unamuno, lo imitaba. Muerte como renuncia a la gloria y a la obra, la muerte del buen hidalgo que no teme el infinito ni lo eterno. El hombre que es sobre todo y ante todo bueno, el que dice, “Si la bondad nos hace eternos, ¿qué mayor sabiduría que morir?” (pp. 124-128).

Pirandelliana y unamunianamente la realidad y la ficción no sólo se confunden, sino que se identifican en un mismo grado de verdad y, como en *El Otro* de Unamuno, donde no se sabe quién es Cosme y quién Damián, y si los dos son la misma persona en dos apariencias, aquí Romana Petri hace genettianamente uso del hipotexto y utiliza las ideas más significativas de Unamuno para avanzar en su narración y para sustentar ideas que los personajes por sí mismos no hubieran podido defender y ni siquiera presentar. Unamuno es para Dagoberto personaje vivo y sujeto a la muerte, pero también capaz de trascenderla con sus ideas en beneficio del hombre que sufre y se angustia con su destino:

–Tú sabes lo que escribía y pensaba, pero el hombre que yo he conocido tenía un gran miedo de la muerte repentina. Y si es así precisamente como ha muerto, de repente y de infarto, debo haberlo encontrado en un momento de vida presente pero también futura, porque me pareció que tenía un cierto presentimiento de esa forma de muerte. Aquel hombre se había perdido y salvado al mismo tiempo, lleno de miedo y de valor, luchaba contra la tortura de quién sabe qué invencible timidez y vivía en una continua muerte. Ha intentado saber quién era y a dónde iba, y viéndome tan solo, llegado de la otra parte del Gran Océano para venir a esta guerra, se ha entristecido y me ha dicho que la soledad es un pecado grave, que es mejor abandonar toda idea de grandeza, porque cualquier cosa que hagamos en la vida, eco de un nombre, es cosa fría, destinada a desvanecerse en el aire cuando el aire se desvanece. Y este recuerdo me puso encima una gran melancolía, porque para atravesar la mitad de la tierra sugestionado por quién sabe qué desconocida promesa, he abandonado allá a mi esposa, y entonces he pensado que si los nombres se convierten en humo los amores en cambio permanecen, y

son cosas que calientan las ruinas de los mundos. Desde ese día me he sentido un gran pecador, y como si no hubiera habido ya sólo yo mismo, sino dos hombres dentro de uno solo (p. 128).

Las palabras que el áter ego de Unamuno le dirigió en el tren provocan largas reflexiones de Dagoberto, porque las paradojas unamunianas le ponen en la disyuntiva de cuestionar las verdades e ideales que él creía firmes e inamovibles y que un buen día, en pos de un ideal, le impulsaron a cruzar el Atlántico, para que, al igual que un nuevo don Quijote, pudiera luchar en España por lo que él consideraba la legitimidad y el derecho:

–Si acaso un día volviera a Almandera esta será mi historia. En las tardes de poco viento hablaré a todos del señor Unamuno que ha muerto antes un poco y después del todo para morir mejor y en el fiel de las ideas. Contaré todo lo que me ha dicho, pero me preguntarán por qué se ha aparecido precisamente a mí, ¿Qué debo responder?

–Antes de nada dirás que tenía ganas de hablarte de la guerra, y que ha elegido la paradoja de los insectos porque el desprecio de la vida le producía un gran dolor, y además porque era un gran apasionado del más famoso hidalgo de España, que lo conocía tan bien que le dio una vida verdadera, hecha de carne y hueso y no sólo del papel de Cervantes. Y que si se ha aparecido precisamente a ti, durante este largo y fatigoso viaje tuyo, debe haber sido porque tú se lo recordabas un poco (p. 130).

La terminación de la Guerra Civil lleva a Dagoberto Babilonio a Cataluña, donde pasa desapercibido trabajando como pastor y aprendiendo a leer y a conocer la literatura gracias al alcalde de Sant Pere, aficionado a recitar versos y a leerle pasajes de obras literarias, en alguno de los cuales vuelve a aparecer Salamanca:

Dividida así su formación, dispuesta la emboscada y detallado ya lo que era necesario hacer, se dirigió hacia Salamanca (p. 180).

Después de Cataluña, Dagoberto se establece en Nápoles y hacia el final de la novela, cuando la muerte le está cercana, vuelve a encontrarse con el profesor Rodríguez-Unamuno y nuestro personaje intenta conocer cuál es su verdadera personalidad en un diálogo trepidante en el que poco a poco los límites entre lo real y lo ficticio se eliminan casi por completo:

–Escuche profesor, debo preguntarle una cosa. Hace muchos años, en un periódico, vi la foto de un hombre que era idéntico a usted.

–Si era idéntico a mí sería yo.

–Es probable, pero tenía otro nombre.

–¿Qué quiere que cuenten los nombres señor Babilonio?

–Este hombre, un filósofo, se llamaba Unamuno.

-No era sólo un filósofo, era también novelista, poeta... No sea tan poco generoso.

-Este hombre apareció en los periódicos porque el 31 de diciembre del 1936 murió de repente de infarto.

-Entonces no era yo jovencito. ¿Le parezco muerto?

-No. No sabría.

-¡Enhorabuena! ¿Usted no sabe distinguir los vivos de los muertos? ¿No?

-No sé ya nada profesor. Sabe, encontrarlo después de tanto tiempo e idéntico a entonces, casi más joven, y aquí, en Nápoles...

-¿En Nápoles? (pp. 335-336).

Dagoberto Babilonio se asienta en la confusión y no distingue si vive en Nápoles o en Almandera o en Coimbra, donde el profesor le dice que están, pero él siente la necesidad apremiante de tener una verdad incontestable a la que aferrarse y por ello insiste:

-¿Es usted ese Unamuno que he visto en el periódico, verdad?

-Oiga, yo digo muchas cosas porque me gustan mucho las paradojas. Pero hay una que repito muchas veces al día, y ahora haga el favor de escucharla bien: no quiero morir, no quiero y no quiero quererlo. ¿Qué me dice? ¿Le parece que podría estar muerto?

-Oiga profesor, nosotros nos hemos encontrado antes de la fecha de su muerte, por tanto en aquella época usted estaba todavía vivo...

-Óptima deducción.

-...sin embargo yo, cuando vi su fotografía, tuve enseguida la impresión de que el hombre con el que había hablado en tren quizá fuera un fantasma. Pero si usted no estaba todavía muerto, ¿de quién era el fantasma?

-Ya, quizá era el fantasma de mis miedos a las muertes repentinas. ¿He muerto repentinamente?

-Decían que de infarto.

-Déjalo. Y después hazme caso a mí, no hay cosa que sea la misma en dos momentos sucesivos de su existencia (p. 336).

Rodriguez-Unamuno intenta aclarar la confusión de la mente de Dagoberto Babilonio a través de una serie de ejemplos e incluso le hace partícipe de sus proyectos literarios en curso:

-Profesor, tiene todavía su maleta, la misma que tenía en aquel viaje en tren.

-Sí, la tengo todavía.

-¿Está siempre de viaje?

-No, aquí tengo mis papeles: poesías, novelas. Estoy trabajando en una historia de amor. Sé que a usted estas historias le interesan poco, pero recuerdo bien sus razonamientos sobre la castidad, pero el de mi historia es un amor irrelevante. Al

final el protagonista se da cuenta de no ser ni siquiera verdadero, de ser sólo el sueño de un escritor que sería yo. ¿Le gusta?

–Sí, es una bonita historia.

–Es la historia de un destino, y esto usted debería saberlo, el destino no es nunca suficiente con pensarlo, necesita... sentirlo, y entonces se termina siempre con juzgarse bien a sí mismo.

–¿Como Tolstoy, profesor?

–Veo que tiene buena memoria.

–Me gustaría saber que está leyendo ahora.

–Yo no leo ya nada jovencito, yo releo. Es diferente. En este período estoy rele-
yendo mi obra preferida, la más grande del mundo: el *Don Quijote*. ¿La conoce?

–La he comprado esta mañana, pero desde hace un buen poco de tiempo que ando tras ella.

–Entonces buena lectura, usted es un hombre envidiable, se dispone a dar un gran paso. Pero hágame caso, no se deje influir por la gran cantidad de tonterías que se han dicho sobre esta obra maravillosa. Hay incluso eméritos imbéciles que afirman que si encontramos a un hombre sentado solo en un banco que ríe a más no poder, las posibilidades son solamente dos: o está loco o está leyendo el *Don Quijote*. Acuérdesse que quien afirma esto es un grandísimo imbécil. El *Don Quijote* no hará reír jamás, es trágico desde el comienzo hasta el final. Es desesperación pura. Desconfíe de quien se ríe de este grandísimo caballero errante, porque quien ríe de él tiene el alma malvada y bastante vulgar. Y ahora lo saludo.

–¡Profesor Unamuno!

–¿Qué quiere?

–Usted está muerto, está muerto desde hace treinta y cuatro años, ¿lo sabe?

–Cierre el pico.

Dagoberto Babilonio cumple su destino totalmente en Nápoles, cuando su mujer Raimunda lo mata y momentos antes de entonar la canción de despedida de la vida los lugares se mezclan y en el tránsito a la muerte el profesor Rodríguez-Unamuno lo contempla:

–Estamos quizá en Coimbra. Lo saludo profesor, su cabeza es demasiado grande para ese sombrero, pero no importa, a usted le sienta bien...

ESCRITORES ITALIANOS Y CIGÜEÑAS EN SALAMANCA: PAOLA MASTROCOLA Y ANDREA VITALI

MANUEL HERAS GARCÍA*

RESUMEN: En marzo de 2007 y con motivo de la inauguración de un aula, que lleva su nombre, en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca, el Premio Grinzane Cavour y el Área de Filología Italiana de esta Universidad organizaron un encuentro con escritores italianos y españoles de primerísima fila con la idea de intercambiar ideas y experiencias acerca de su labor como escritores. Un encuentro que dio lugar a una serie de artículos periodísticos aparecidos en los diferentes periódicos españoles e italianos, entre los que destacan los escritos por dos grandes autores italianos: Paola Mastrocola –“Salamanca, escritores y cigüeñas”– y Andrea Vitali –“La magia de Salamanca y un derby sin policía”– en los que las cigüeñas, el color de los edificios y la forma de ser de los salmantinos centran toda su atención.

ABSTRACT: In March, 2007 on the occasion of inaugurating a Hall that bears its name in the Faculty of Philology of the University of Salamanca, the Grinzane Cavour Prize and the Area of Italian Philology of this University organized a meeting with first class Italian and Spanish writers in order to exchange ideas and experiences concerning their work as writers. This meeting gave rise to a series of articles appearing in different Spanish and Italian newspapers, outstanding among which are those written by two great Italian authors: Paola Mastrocola –“Salamanca, escritores y cigüeñas”– and Andrea Vitali –“La magia de Salamanca y un derby sin policía”– in which the storks, the colour of the buildings and what the people of Salamanca are like focus all their attention.

PALABRAS CLAVE: Mastrocola, Vitale, Salamanca, Grinzane Cavour, prensa, cigüeñas.

* Universidad de Salamanca.



Paola Mastrocola en una terraza de su ciudad natal: Turín, en una foto anterior a su visita a Salamanca

En marzo de 2007 y con motivo de la inauguración de un aula, que lleva su nombre, en la Facultad de Filología de la Universidad de Salamanca, el Premio Grinzane Cavour y el Área de Filología Italiana de esta Universidad organizaron un encuentro con escritores italianos y españoles de primerísima fila con la idea de intercambiar ideas y experiencias acerca de su labor como escritores.

Este encuentro de tres días, como es lógico, dio lugar a una serie de artículos periodísticos aparecidos en los diferentes periódicos de tirada nacional tanto españoles como italianos y cuyos autores fueron tanto periodistas presentes como los mismos escritores participantes en el encuentro.

Dichos artículos, recogidos en una “rassegna stampa” (dossier de prensa) elaborada por el Premio Grinzane Cavour, aparte de dar cuenta de las diversas actividades realizadas durante el evento, en muchos casos, dedicaban un gran número de líneas a cantar las excelencias de Salamanca, la “ciudad

dorada”, su belleza, su arte, la hospitalidad de sus gentes, su vida intelectual e incluso sus cigüeñas.

Estas últimas son las protagonistas junto a los escritores del artículo aparecido en *La Stampa* el 5 de marzo titulado “Salamanca, scrittori e cicogne” (“Salamanca, escritores y cigüeñas”) firmado por Paola Mastrocola.

Paola Mastrocola nació en 1956 en Turín donde sigue viviendo. Tras licenciarse en Letras se desplazó a Upsala en Suecia donde dio clases de Literatura Italiana en su Universidad. Actualmente enseña Literatura en el instituto científico de Chieri en Turín.

Paralelamente a su labor docente desarrolla una intensa actividad como escritora.

Hasta 1992 escribió comedias para jóvenes para la Compañía del “Teatro dell’Angolo”, así como antologías de poesía y ensayos sobre literatura italiana de los siglos IV y VI.

Los primeros pasos como narradora los dio con *La gallina volante* (Guanda 1999) que le supuso la obtención de varios premios en los años sucesivos. En el 2001 (Guanda) publicó *Palline di pane* con la que quedó finalista del premio “Strega”.

Otros títulos son: *Alberi maestri* (Guanda, 2003) o *Una barca nel bosco* premio Campiello 2004 y el ensayo *La scuola raccontata dal mio cane, Che animale sei?.*

Storia di una pennuta del 2005 hasta su última novela titulada *Più lontana della luna* del 2007, ambientada en los años setenta en Turín y en la que Lidia, una joven de quince años, hija de un empleado de la FIAT, que ya no va a la escuela ayuda a su madre a vender verdura en el mercado, se topa en casa con un vendedor de enciclopedias y su vida cambia.



El escritor Andrea Vitali en su estudio, que junto a otros escritores visitó Salamanca en marzo de 2007

Se empeña en convertirse en un trovador y escapa de casa para recorrer Italia en busca de ese “amor de lejos” o amor platónico al que cantaban los poetas provenzales.

En el artículo que dedica a Salamanca y al encuentro de escritores, el hilo conductor son las cigüeñas, unos animales que ve por primera vez y que puede contemplar al natural en toda su majestuosa belleza y en plena faena de construcción del nido sobre algunos de los edificios más emblemáticos del barrio antiguo:

Hacen nidos entre las agujas góticas de la Catedral Nueva, sobre los tejados, en las torres del Palacio de Anaya; son nidos gigantes y enmarañados [...]

Otro de los aspectos que más llama la atención de la escritora en todos esos edificios es el color que adquieren con la luz del atardecer:

Aquí en Salamanca, ciudad de piedra arenisca dorada, que se tiñe de rosa al atardecer.

Una luz totalmente diferente de la que ilumina a una de las instituciones más prestigiosas del saber:

Sede de la Universidad más antigua de España “una de las cuatro luces que iluminan el mundo” dijo el papa Alejandro IV, junto a Oxford, París y Bolonia.

El artículo en su versión completa y traducido es el siguiente:

ESCRITORES Y CIGÜEÑAS EN SALAMANCA

Las cigüeñas viven en Salamanca. Seguro que viven en quién sabe cuántos otros sitios del mundo, pero yo viajo poco y las he visto aquí por primera vez en mi vida, por lo tanto para mí las cigüeñas vivirán siempre en Salamanca.

Por el momento me gusta descubrir que existen. No están solamente en la fábula que nos cuentan para explicarnos cómo nacemos, o en la película de Dumbo donde “la cigüeña va por montes y ciudades” dejando junto a cada mamá su respectiva cría. Existen y son muy bonitas, mitad blancas y mitad negras, con el cuerpo largo, las patas delgadas y el pico arqueado y, cuando se echan a volar, despliegan alas enormes. Hacen nidos entre las agujas góticas de la Catedral Nueva, sobre los tejados, en las torres del Palacio de Anaya; son nidos gigantes y enmarañados, parecen copos de un algodón hirsuto y desordenado, están erizados de ramas secas como las que echamos a la chimenea junto al papel de periódico para que se encienda rápidamente el fuego. Ramas que ellas transportan en el pico como si nada, junto a bolsas de plástico como las del supermercado. Quién sabe para qué sirve el plástico. Pero solamente ellas saben cómo se hace un nido, nosotros nos quedamos simplemente mirando. Nosotros escritores italianos traídos aquí por el Premio Grinzane Cavour a un Congreso (nacerá un nuevo premio, el Grinzane España, para escritores italianos traducidos al español) miramos extasiados las cigüeñas.

Aquí en Salamanca, ciudad de piedra arenisca dorada, que se tiñe de rosa al atardecer. Sede de la Universidad más antigua de España “una de las cuatro luces que iluminan el mundo” dijo el papa Alejandro IV, junto a Oxford, París y Bolonia.

Las cigüeñas hacen ruido, nunca lo habría dicho. De vez en cuando las oímos, parece el ruido de las “castañuelas” y me vienen a la cabeza imágenes de bailarinas españolas dando vueltas sin cesar con el pelo negro liso y peinado hacia atrás y el vestido rojo ceñido. Nos dicen que las castañuelas no tienen nada que ver: las cigüeñas mueven el pico y su sonido se llama mortero o incluso “machacar el ajo”. Quién sabe por qué precisamente el ajo, y para qué baten el pico.

Nos olvidamos de preguntarlo, vamos al congreso. Se habla de narrativa italiana y española de hoy. Cada uno dice qué escribe y por qué: las microhistorias, la unión con su propia tierra, el Mediterráneo cómo ha cambiado, los jóvenes de hoy y la escuela, la libertad de no escribir las novelas que pide el mercado, la narrativa que –dice Rosa Montero– nunca debe ser utilitaria, el escritor nunca comprometido, solamente un pescador que pesca en un mar negro...

Bonito. Hay palabras españolas que me atrapan y me pierdo en ellas. La palabra pluma, la palabra papel; y la expresión con la que nos acoge la elegante señora teniente de alcalde y asesora de cultura: personalidades del mundo del pensamiento, así nos define. Nosotros habríamos dicho, quizás, intelectuales: ¡qué pobreza léxica! Ganan ellos, los españoles 10 a 1. Mundo del pensamiento, ¡qué maravilla en este mundo en el que parece que ya nadie piense...!

Las cigüeñas este año no se han ido. Normalmente se iban en otoño y volvían en primavera, un clásico de las aves migratorias. Pero hoy en día todos los esquemas

clásicos saltan, e incluso las cigüeñas se sentirán un poco confusas intentando saber dónde hace calor y dónde frío.

Al final los españoles nos piden que aconsejemos a sus jóvenes algún buen libro italiano de los últimos veinte años. Mencionamos: “Petrolio” de Pasolini, “Il quinto evangelio” de Pomilio, “Passaggio in ombra” de Maria Teresa Di Lascia, “Mattia e il nonno” de Roberto Piumini, “Io non ho paura” de Ammaniti... Construimos puentes de libros. Lanzamos títulos al vuelo, como cigüeñas.

En su versión original, antes de ser publicado por *La Stampa* y la que por fortuna obra en mi poder, Paola había incluido un comentario hecho en un descanso de las sesiones del Congreso con Andrea Vitali sobre las cigüeñas y el hecho de que parezca que están siempre haciendo, deshaciendo y rehaciendo el nido.

Precisamente de Andrea Vitali es otro de los artículos que sobre el evento al que nos hemos referido apareció en la prensa italiana y más concretamente el día ocho de marzo en *Il Giorno*, en la columna que bajo el sugerente título de “Vitalità” escribe habitualmente el médico-escritor.

Andrea Vitali nació en Bellano en 1956. Inició sus estudios en Lecco y se licenció en Medicina por la Universidad de Milán, profesión que ejerce en su pueblo natal como médico de familia.

Escritor prolífico, sus novelas han sido traducidas en Francia, Alemania, Grecia, España, Portugal, Holanda, Bélgica, Serbia, Rumania y Hungría.

Entre sus novelas destacan *Il procuratore* (Camunia, 1990), *L'ombra di Marinetti* (Periplo, 1995) con el que ganó el premio “Piero Chiara”, *Una finestra vialago* (Garzanti, 2003) que le sirvió para alzarse con el premio Grinzane Cavour o *La figlia del Podestà* (Garzanti, 2005) y que obtuvo el premio “Bancarella” en 2006.

Vitali es considerado por muchos como el verdadero heredero de una tradición de escritores, de Mario Soldati a Piero Chiara, que parecía haber desaparecido en Italia.

Maravillosamente construida, *Una finestra vialago* es una apasionante novela coral y polifónica. La avidez sexual y la religión del dinero encienden pasiones y luchas multiplicando rumores, chismes y mentiras. Siguiendo la evolución de Bellano, un pequeño pueblo habitado por gente común, el autor nos hace saborear la historia de Italia de los años cincuenta a los turbulentos setenta con tramas llenas de acción, intrigas donde a menudo la burla roza la tragedia, hechos que, a través de la superficie, narran la profundidad convirtiendo a Vitali en un narrador que seduce, maestro en el antiguo arte del cuento italiano.

Andrea Vitali realiza su pintura salmantina con una serie de pinceladas:

el color

He admirado la luna roja en el cielo de Salamanca. [...]

Al color de la piedra con el que está construida la mayor parte de la ciudad y que crea, cuando la luz se atenúa, una dimensión de fábula [...]

Quizás porque estábamos en Salamanca, ciudad de piedra roja, [...]

el viento

Al viento, desgaste continuo de pensamientos que impulsa en esos otros cielos de atlántica emoción nubes dispersas, perfiladas como las agujas de la Catedral [...]

el silencio

Al silencio de los rincones y de los pequeños jardines, del claustro y de la habitación a medida de solitario del colegio Fonseca donde he dormido y donde, quién sabe cuántos y hace cuántos años, otros han descansado.

la forma de ser de los salmantinos

La invasión de los hinchas del Real Valladolid llegados a Salamanca al derby. Alegre, ruidosa y colorida, acompañada de tambores, bocinas, cantos de desafío gritados con la sonrisa en los labios. Tres mil anunciaban los periódicos, no los he contado, eran muchos de cualquier forma. Faltaba una cosa a la citada invasión para que se asemejase a nuestros espectáculos, un cordón policial a ambos lados que los controlase y protegiese.

Faltaba porque no hacía falta.

LA MAGIA DE SALAMANCA Y UN DERBY SIN POLICÍA

He admirado la luna roja en el cielo de Salamanca. Para mí, acostumbrado a viajar con cuentagotas, ha sido un hecho fascinante para añadir a los otros.

Al color de la piedra con el que está construida la mayor parte de la ciudad y que crea, cuando la luz se atenúa, una dimensión de fábula en la que se insertan bien las cigüeñas, tan elegantes en vuelo como desgarradas cuando están quietas.

Al viento, desgaste continuo de pensamientos que impulsa en esos otros cielos de atlántica emoción nubes dispersas, perfiladas como las agujas de la Catedral o la mano que bendice de un prelado. O incluso, como el hocico extraño de una rana, animal símbolo de la ciudad.

Al silencio de los rincones y de los pequeños jardines, del claustro y de la habitación a medida de solitario del colegio Fonseca donde he dormido y donde, quién sabe cuántos y hace cuántos años, otros han descansado.

A toda la cortesía, o ¿quizás solo?, española de dejar fumar al que fuma incluso en los locales, aunque tampoco falte el aviso de que “fumar puede matar”. Y ¡olé!

A todo esto quiero añadir la última fascinación de este viaje etiquetado Grinza-ne Cavour, una invasión. La invasión de los hinchas del Real Valladolid llegados a Salamanca al derby. Alegre, ruidosa y colorida, acompañada de tambores, bocinas, cantos de desafío gritados con la sonrisa en los labios. Tres mil anunciaban los periódicos, no los he contado, eran muchos de cualquier forma. Faltaba una cosa

a la citada invasión para que se asemejase a nuestros espectáculos, un cordón policial a ambos lados que los controlase y protegiese.

Faltaba porque no hacía falta. Quizás porque estábamos en Salamanca, ciudad de piedra roja, viento, alegría de estar en el mundo y espléndido jamón.

Pero el encuentro al que nos hemos referido al principio dio pie a otra serie de artículos salidos de la pluma de importantes escritores, estudiosos de la literatura española e italiana y periodistas.

Es el caso por ejemplo de Raffaele Nigro y el artículo titulado “Sei personaggi in cerca de Salamanca” parafraseando el título del drama más conocido de Luigi Pirandello, *Sei personaggi in cerca d'autore*, aparecido el tres de marzo en *La Gazzetta del Mezzogiorno* y del que se da cuenta en el apartado dedicado a este escritor, un gran amante de Salamanca y sus gentes.

Pero también es el caso de Gabriele Morelli insigne estudioso de la Literatura Española y en especial de una de las épocas doradas de nuestra literatura como lo es la “Generación del 27”. En un artículo que lleva por título “A Salamanca una casa della cultura italiana” hace referencia a dos de los aspectos clave de la idiosincrasia salmantina.

Por un lado se refiere a la cultura:

La historia y la cultura han marcado profundamente a esta última ciudad (Salamanca), sede de una de las más antiguas universidades humanísticas que, incluso en tiempos no muy lejanos, ha consagrado figuras de escritores de fama internacional entre los que destaca Miguel de Unamuno.

Y por otro ayudándose de las palabras de Cervantes en *El licenciado vidriera* a su afabilidad:

Después del encuentro el grupo de escritores se ha parado frente a la placa cervantina colocada en la pared frente a la catedral plateresca que reza: “Salamanca que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado”.

Otros periodistas venidos a Salamanca con motivo de este encuentro también cantaron las excelencias de la ciudad en sus respectivos periódicos italianos, así Marco Sasano escribía el día 5 de marzo para *La nazione*, *Il Giorno* e *Il resto del Carlino*:

Il Grinzane Cavour se enorgullece de una relación especial con esa espléndida ciudad universitaria que es Salamanca –un museo a cielo abierto, mágica y única– [...]

Un día antes en *Il secolo XIX* aparecía sin firma el artículo titulado “Letteratura italiana e spagnola un confronto sul filo della memoria” y que se abría con las siguientes palabras:

La sombra “profunda y antigua” del rector Miguel de Unamuno todavía aletea bajo los pórticos de la Plaza Mayor de Salamanca, engastada entre los preciosos edificios en piedra arenisca de Villamayor, que hacen única la ciudad, sede de la Universidad más antigua de Europa. Y las cigüeñas que ya no emigran a África, grandes como albatros, colocan amenazantes enormes nidos suspendidos sobre los techos y las agujas.

También *L'Unità* se hizo eco del acontecimiento enviando a Stefania Scateni que el 4 de marzo envió la crónica que comienza:

A las puertas de la vieja dorada ciudad rodeada por una cinta de agua –el río Tormes– [...]

en la que podemos leer:

[...] Incluso a las cigüeñas de Salamanca, que pueblan la ciudad y nidifican en todas las torres y campanarios, se les ha roto la memoria. Culpa del clima, explican. ¿O una señal? Este invierno no han emigrado hacia los países cálidos, no se han ido de los nidos construidos sobre las preciosas iglesias y sobre los edificios antiguos de arenisca dorada. Permanecen sobre las largas patas encima de las cornisas de la “casa de las conchas”, en las ventanas de la iglesia de los jesuitas y de la vieja basílica, sobre los suntuosos bajorrelieves que adornan los edificios medievales y de siglo XVII de esta antigua ciudad universitaria. Se han convertido en “sedentarias”, como otro animal símbolo de la ciudad, la rana. Una rana que está esculpida en la fachada del siglo XIII de la vieja universidad, escondida entre las miles de figuras que la ilustran, tres niveles de entramados de hojas, flores, animales, calaveras, monstruos, angelitos. El que la encuentra, dice la leyenda, tendrá suerte.

[...] Mientras tanto, sobre una torre del bellissimo claustro de la Universidad de Salamanca, una pareja de cigüeñas se preocupa de mantener íntegro y bien hecho el gran nido donde la hembra está incubando.

SALAMANCA
Revista de Estudios

1. LÍNEA DE LA REVISTA

- 1.1. Se admitirán estudios y trabajos de investigación que tengan como ámbito de referencia, la provincia de Salamanca o la región castellano-leonesa.
- 1.2. El Consejo de Redacción de la Revista no se responsabiliza de las opiniones vertidas por los autores en sus artículos.
- 1.3. La Revista será de carácter misceláneo en cuanto a los temas tratados. Sin embargo, podrán existir números monográficos.

2. PRESENTACIÓN DE ARTÍCULOS

- 2.1. Los artículos se presentarán al Director de la Revista o a Ediciones de la Diputación de Salamanca, donde se llevará un Registro en Entrada, comprometiéndose el Consejo a dar una respuesta sobre su admisión.

3. EXTENSIÓN DE LOS ARTÍCULOS

- 3.1. El Consejo de Redacción estima apropiada una extensión de los artículos que se admitan de 15 a 30 folios tamaño DIN A-4 mecanografiados por una sola cara, a doble espacio. Si el trabajo no se ajustara a estos límites, habrán de justificarse las razones.
- 3.2. Se ruega entregar cada trabajo en copia impresa y en disquete de ordenador.

4. NUMERACIÓN DE DIVISIONES Y SUBDIVISIONES DE MANUSCRITOS

- 4.1. Deben usarse siempre números arábigos. No deben mezclarse con cifras romanas o con letras.
- 4.2. Las principales divisiones del manuscrito son divisiones del primer nivel. Se numeran consecutivamente empezando por el 1.
- 4.3. Cada división del primer nivel puede a su vez dividirse en subdivisiones (niveles 2.º, 3.º...), que se numeran consecutivamente empezando por el 1.
- 4.4. El número de niveles de numeración puede alargarse cuanto se desee pero no es aconsejable superar cinco niveles para que pueda ser leído y citado con facilidad.

4.5. Siempre se colocará un punto entre las cifras que designan las divisiones de los distintos niveles.

5. CUADROS Y FIGURAS

5.1. Debe utilizarse una numeración diferenciada para cuadros y para figuras.

5.2. Cada uno de ellos debe numerarse correlativamente en el orden en que se citan en el texto. El término “Figura” designa todo tipo de dibujos y fotografías. No es necesario establecer diferencias entre figura, diagrama, esquema, grabado, etc.

5.3. No se incluirá ningún cuadro que no se cite en el texto.

5.4. Cada cuadro y cada figura deben ir acompañados de un pie o leyenda que empiece por el término “Cuadro” o “Figura” seguido del número que corresponda y que explique el contenido de modo que pueda ser leído y comprendido sin referirse al resto de la publicación. Todos los símbolos y abreviaturas empleados deben ser explicados en la leyenda, si no se hace ya en el propio cuadro o figura.

5.5. Las columnas de los cuadros deben llevar un encabezamiento que describa el tipo de datos que se dan así como las unidades empleadas.

5.6. En el cuerpo de texto siempre se hará referencia a cuadros y figuras mediante su numeración.

5.7. Los gráficos, cuadros y fotografías que se presenten han de ser de una calidad adecuada para su reproducción. Se entregarán en hojas aparte, numeradas correlativamente. Los gráficos se realizarán con tinta china sobre papel vegetal de formato DIN A-4; cada hoja incluirá uno solo. Las letras o números que los acompañen no deberán ser de tamaño inferior a 4 mm.

5.8. El autor deberá indicar la situación en que desea que aparezcan las figuras y cuadros dentro del texto.

6. APARTADO CRÍTICO

6.1. Las notas explicativas, bibliográficas o de fuentes de referencia se numerarán correlativamente a su llamada en el texto. Se usarán números arábigos en situación de exponente.

6.2. Las citas bibliográficas deben permitir al lector encontrar la obra, si lo deseara. Por tanto, se adoptará la norma ISO 690 en su forma abreviada:

- Entrada. *Título de la publicación (en cursiva)*, edición. Lugar de publicación: editor, año de publicación.
- ARTOLA GALLEGO, Miguel. *Antiguo régimen y revolución liberal*, 1.^a ed. Barcelona: Ariel, 1979.

6.3. Si no se cita la obra completa, sino una parte, se indicará el número de las páginas que la contienen.

6.4. Si se cita un artículo de revista:

- APELLIDO APELLIDO, Nombre. “Título del artículo”. En *Título de la Revista (en cursiva)*, número del volumen, año de publicación. Lugar, editor, páginas que se citan.
- ALEJO MONTES, Francisco Javier. “La reforma educativa efectuada en la Universidad de Salamanca en el siglo XVI por D. Juan de Zúñiga (1594)”. En *Salamanca, Revista Provincial de Estudios*, 27-28, 1991. Salamanca: Diputación, pp. 39-55.

6.5. El número de llamada no debe emplearse nunca detrás de numerales, símbolos o abreviaturas. Si fuera inevitable, irá separado de los caracteres que le preceden por un espacio suficiente para evitar ambigüedades. El número de llamada irá antes del punto si coincide al final de una frase. En todo caso se procurará colocar la llamada inmediatamente antes de una pausa.

6.6. En ellas se evitará usar abreviaturas como *ibíd.*, *íd.*, *loc. cit.*, que confundirán al lector, en vez de darle información útil.

6.7. Si se hicieran repetidas citas de una misma obra, pero lógicamente, a diferentes partes o páginas, para evitar la repetición de descripciones, se citará sencillamente el número de referencia en que ya figura y la nueva página o parte.

Ejemplo: 16. Nota 3, p. 215.

7. RESUMEN Y PALABRAS-CLAVE

7.1. Cada artículo debe ser presentado con un resumen en español y su traducción al inglés. Éste, sustancialmente, ha de informar del objeto del trabajo, pretensiones, metodología utilizada y resultados obtenidos. No debe exceder del tres por ciento de la extensión del artículo. Debe escribirse de manera continuada, sin puntos y aparte, omitiendo cuadros, figuras o abreviaturas poco conocidas.

7.2. Se debe incluir, además, una serie de 4-5 palabras-clave. Éstas pueden ser tomadas del “Thesaurus” de la UNESCO. Un ejemplar del mismo puede ser consultado en la Diputación.

8. NOMBRE DEL AUTOR

8.1. De acuerdo con las normas de la UNESCO, los nombres de los autores deben ir ordenados alfabéticamente. En todo caso, el Consejo de Redacción respetará el orden que figure en el original.



SUMARIO

Presentación

ESTUDIOS

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: *Una Salamanca de cuento en Il Novellino de Masuccio Salernitano*

CELIA ARAMBURU SÁNCHEZ: *Lucio Marineo Sículo*

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: *Crónica de un historiador de España en Salamanca: el Epistolario de Pedro Mártir De Anglería*

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: *La Salamanca estudiantil del siglo XVII el Diario de Girolamo Da Sommaia*

LAUREANO NÚÑEZ GARCÍA: *La mirada de un clérigo ilustrado en la Salamanca del siglo XVIII. Norberto Caimo*

PAULINO MATAS GIL: *Benedetto Croce*

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: *Una mirada diferente: La Salamanca antirromántica en Península pentagonal de Mario Praz*

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: *Encantos y maravillas de Salamanca: el viaje del salesiano Luigi Zilia-ni*

MILAGRO MARTÍN CLAVIJO: *Impresiones de un explorador en Salamanca: Vieja tierra de Iberia de Arnaldo Cipolla*

YOLANDA ROMANO MARTÍN: *El diario de un embajador italiano en Salamanca durante la Guerra Civil. Roberto Cantalupo*

MERCEDES GONZÁLEZ DE SANDE: *El hispanista Mario Puccini en Salamanca*

YOLANDA ROMANO MARTÍN: *La escuela de Salamanca en los Cuentos populares italianos de Italo Calvino*

VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN: *Leonardo Sciascia*

VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN: *La primera y última visita de Alberto Moravia a Salamanca*

ESTELA GONZÁLEZ DE SANDE: *Un enamorado de Salamanca: Raffaele Nigro*

VICENTE GONZÁLEZ MARTÍN: *Salamanca-Unamuno en una novela de Romana Petri*

MANUEL HERAS GARCÍA: *Escritores italianos y cigüeñas en Salamanca: Paola Mastrocola y Andrea Vitali*



Diputación
de Salamanca

Cultura

Ediciones